

**HELEN MACINNES**

**LA RED  
DEL CAZADOR**

Helen MacInnes - LA RED DEL CAZADOR

Traducción: Lucrecia Moreno de Sáenz

© 1974 Emecé Editores, S. A. – Buenos Aires

Título original inglés: THE SNARE OF THE HUNTER

© 1974 by Helen MacInnes

*Los personajes y los hechos de esta novela son puramente imaginarios. Cualquier semejanza con personas vivas o muertas, o acontecimientos de la vida real es mera coincidencia.*

Versión 1.0 - Word 97

*“La Biblioteca de El Trauko”*

<http://www.fortunecity.es/poetas/relatos/166/>

<http://go.to/trauko>

[trauko33@mixmail.com](mailto:trauko33@mixmail.com)

Chile - Octubre 2000

Texto digital # 4

Este texto digital es de carácter didáctico y sólo puede ser utilizado dentro del núcleo familiar, en establecimientos educacionales, de beneficencia u otras instituciones similares, y siempre que esta utilización se efectúe sin ánimo de lucro.

Todos los derechos pertenecen a los titulares del Copyright.

Cualquier otra utilización de este texto digital para otros fines que no sean los expuestos anteriormente es de entera responsabilidad de la persona que los realiza.



## LA RED DEL CAZADOR

Helen MacInnes

*A Gilvert,  
Con el dulce recuerdo  
De mi buena suerte.*

*Pues Él te librará de la red del cazador  
Salmos 91,3*

### UNO

Una sensación de lasitud, de deslizarse suavemente en el sueño, se esparcía por los campos a medida que el sol de julio trazaba un lento surco hacia abajo y profundizaba su color, perdiendo intensidad. Allí, al borde de la arboleda, las frescas sombras del atardecer se transformaban en el frío de la noche. Irina Kusak ajustó más contra su cuerpo el ordinario impermeable de un tono marrón sucio, tan discreto como su falda y blusa grises. El chal oscuro que había ocultado sus cabellos rubios durante el largo día de viaje hacia el sur caía ahora suelto sobre sus hombros. Se ajustó el chal alrededor del cuello y se estremeció, no tanto por las sombras cada vez más profundas del bosque, como por la ansiedad creciente, y el temor que sentía al escudriñar la desnuda pendiente cubierta de maleza que llegaba hasta el cerco de alambre de púas. La frontera.

Y tras el cerco, del lado opuesto, en otro país, había un tramo de camino angosto y solitario, entre el alambre de púas de Checoslovaquia y las colinas de Austria.

Josef, tendido muy cerca de donde estaba sentada Irina, apoyado sobre los codos, los ojos fijos ya en el camino, ya en la ancha pendiente de maleza, y por último en los árboles que los protegían, intuyó su tensión.

—Tranquila —dijo. Su voz era baja, casi un susurro ronco, pero no áspera. Le dirigió una sonrisa para darle ánimo. "Era ya algo", pensó ella, después del hosco silencio durante todo el viaje—. No falta mucho ahora. Cuarenta minutos más. Entonces veremos el automóvil, un Volkswagen claro, avanzar por el camino. Vendrán del Oeste. El sol se habrá puesto ya, pero no estará completamente oscuro. No te preocupes. Te aseguro que nos verán.

–Cualquiera puede vernos –Irina contempló el campo abierto. Ofrecía un aspecto vulnerable, de una aridez desnuda y melancólica, en contraste con las ricas tierras agrícolas y la maraña de arroyos, senderos y caminos rurales que había atravesado. Allí habían desmontado todos los árboles y la maleza hasta los bordes del bosque. Se preguntó si sus pies, cansados y ampollados después de las tres horas de marcha dificultosa que la habían llevado hasta la última etapa del viaje, serían capaces de moverse con la rapidez suficiente como para permitirle llegar hasta el cerco. ¿La última etapa? Era el comienzo de otro viaje, de otra vida. Esto era lo que le inspiraba temor. La ansiedad provenía del campo severo y amenazador, y del cerco de alambre de púas. Le desgarraba el corazón.

Cualquiera puede vernos –asintió Josef. Por fin se mostraba algo más conversador, más cordial–. Las patrullas pasan cada dos horas. Pasaron por aquí a las seis. Pero antes de las ocho, apenas oscurezca, aparecerá el automóvil del lado austriaco. Y si hay chacareros conduciendo carros por ese camino –dijo señalando el carro que aparecía en él, ahora cargado de heno–, bueno, no tenemos que preocuparnos por los austriacos. No nos denunciarán en la estación policial más próxima –al decir esto casi llegó a reír–. Es raro, ¿no? Mi abuelo solía maldecir a los austriacos por haber subyugado a los checoslovacos. Mi padre maldecía a los nazis. Mi hermano y yo maldecimos a los rusos. –De pronto su voz se llenó de amargura– ¿No podremos hacer otra cosa nunca? ¿Maldecir al invasor? ¿Formar pequeños focos de resistencia clandestina? –Después de decir esto pareció calmarse, pero siguió hablando en voz baja, como si sintiera que sus palabras podrían serenar a Irina–. Mi hermano... ¿lo recuerdas? ¿Alois?

Irina buscó en la memoria. Tuvo la sinceridad de mover la cabeza negativamente.

–Escribía para "Crónica" antes de que la clausuraran. Pero no creo que tu marido te haya permitido nunca leer un periódico clandestino.

–Me separé de mi marido –dijo ella con una voz tan fría sus piernas ateridas. Se las frotó deseando que fuera igualmente fácil devolver la calidez perdida a sus sentimientos–. Se divorció de mí el mes pasado.

–¿Lo comprometías demasiado tal vez? ¿Hasta la hija del gran Jaromir Kusak, héroe intelectual universalmente aclamado le resulta ya inútil?

–¡Por favor...! –Irina se mordió el labio.

Y él calló, pero no se disculpó. ¿No sabía ella que la llevaba hacia la salvación porque era la hija de Kusak? No porque alguna vez había sido la mujer de Jiri Hrádek. Al final ella había descubierto quién era aquel traidor, pero quizá nunca había sabido qué importante era en la policía de seguridad. Josef decidió que ya había sufrido bastante. Y una vez, hacía mucho, mucho tiempo, habían sido amigos. –Hace muchos años murmuró con una voz que había perdido su aspereza–. Un grupo de estudiantes reunidos en torno a una mesa de café en Praga, hablando de música, murmurando de política y de la revuelta húngara, esperando... la verdad es que habían esperado demasiado. ¿Qué edad tenías entonces?

–Diecisiete años. –Todo el tiempo estiraba las piernas y los pies, los hombros y la espalda. No debía congelarse. Debía mantenerse capaz de moverse; de moverse con rapidez.

–Recién llegada del campo, llena de entusiasmo. Tenias una risa muy alegre, Irina. Sí, siempre la recordaba cuando oía mencionar tu nombre de tanto en tanto.

Irina trató de reír ahora, pero no logró más que esbozar una sonrisa tímida. –¿Fue por eso que te ofreciste para llevarme sana y salva hasta Austria?

–Digamos que fue por curiosidad. Me pregunté si serias todavía la hija de tu padre, o bien si al final había ganado tu madre.

–Nunca fui miembro del partido –apenas se alcanzó a oír su voz.

–Bueno, pienso que tu madre fue comunista por las dos y por tu padre. Debo decirte... –pero no lo dijo. Falta de tacto, se advirtió a sí mismo, hubiera sonado demasiado como autosatisfacción excesiva. Hedwiga Kusak, fiel miembro del partido comunista, encarcelada por desviacionismo a principios de la década del sesenta por sus propios camaradas. Había experimentado en carne propia lo que había infligido a los demás. La política verdaderamente arruina a la familia, ¿no? Ahora, pues, vas a reunirte con tu padre. ¿Por qué no te fuiste con él cuando entraron los tanques rusos hace cuatro años? Sí, hacía cuatro años, pensó con rencor: agosto de 1968. Era el 24 de julio de 1972. Cuatro años, y los juicios seguían aún.

Se produjo un largo silencio. –Tenía dos hijos entonces.

Josef ahogó una imprecación. Había olvidado la tragedia de los chicos. Demasiado ocupado en gozar de su propio triunfo personal sobre Hedwiga Kusak; (quien había destruido la carrera del padre de Josef al conseguir que le prohibieran enseñar, dar conferencias, publicar). –Perdóname, Irina –dijo.

Durante un instante Irina le tocó la mano. –Creo que todavía eres mi amigo a pesar de todo lo que oíste sobre mí. Mi amigo, de vez en cuando –y esta vez consiguió desplegar una sonrisa más manifiesta–. Hoy estuviste tan callado durante la mayor parte del viaje que empecé a creer que... bueno, no tiene importancia –terminó diciendo con un suspiro y seguidamente contempló el cielo hacia el oeste. Las nubes tenían franjas doradas con algo de bermejo. ¿Volvería a ver otra puesta de sol en su propia patria?–. Gracias por haberme traído hasta aquí, sana y salva.

–Me dieron órdenes. Es mi deber –si bien su tono era brusco, se sentía contento.

–Lo haces muy bien.

Josef restó importancia al comentario con un encogimiento de hombros.

–¿Quién te encomendó este trabajo? –Estaba tensa otra vez. Imaginaba ver la cara vigorosa y bien parecida del hombre que una vez había sido su marido contemplándola fijamente, hablándole con sinceridad. Las palabras de Jiri resonaban tan claramente en sus oídos ahora como si fuese él quien le

hablaba en lugar de Josef. *Estarás a salvo. Todo está arreglado. No habrá dificultades.* Todo pudo haber sido una estratagema, una mentira más. Quizás estuviera dispuesto a arrestarlos a ambos en la frontera. En tal caso Jiri podría encarcelarla legalmente, utilizando esto como el medio de atraer a su padre y lograr que volviera de su exilio. Sin embargo la voz de Jiri había sido sincera. Para entonces Irina sabía muy bien cuándo mentía. Y de todos modos ésta era su única oportunidad de huir. Hasta esas últimas semanas la habían vigilado estrechamente, la habían tenido siempre bajo control. Durante el último mes la habían liberado de todo eso. Era parte del acuerdo que había hecho Jiri con ella—. Perdona —dijo a Josef—. ¿Qué decías?

—Decía que no puedo decirte quién me dio este trabajo. Cuanto menos sepas, más seguros estaremos. Pero estarás en buenas manos una vez que cruces el cerco. Ludvik Meznik estará en el automóvil con mi hermano —de pronto se interrumpió al ver la expresión azorada de ella—. ¿Qué sucede?

—Ludvik Meznik, ¿es de tu grupo?

—No sabía que lo conocías.

—Sólo vagamente. —Por poco no le dijo que lo había visto visitar a Jiri: visitas secretas. Pero de ello hacía tres años. Se dijo además que Ludvik debía haber cambiado de creencias políticas, puesto que muchos no hacían otra cosa, o bien, más probablemente, como miembro secreto de la resistencia le habían dado la misión de infiltrarse en el personal de Jiri. Había vivido demasiado tiempo en medio de la suspicacia, pensó. Su capacidad de juzgar se había deformado. Apenas era capaz de distinguir ya la verdad de la mentira, o los amigos de los enemigos.

—Ludvik es seguro —le dijo Josef—. Nos hizo unos buenos trabajos en Praga. Tiene cerebro y además valor. No le importa nada el peligro —echó una mirada a su reloj—. Es la hora, casi —anunció. La semioscuridad comenzaba a desdibujar los campos y las colinas—. Luz suficiente para ver, pero no para que nos vean con mucha claridad —añadió. De un profundo bolsillo interior de su gastada chaqueta de cuero extrajo unas pinzas para cortar alambre, pequeñas pero sólidas. De otro bolsillo aparecieron guantes de goma gruesa. Llevaba puestos zapatos con suelas gruesas también de goma. Al advertir su mirada de curiosidad, comentó—: La cautela ante todo, digo yo. Los alambres del cerco pueden estar electrificados. Yo iré primero. Tú cuentas diez segundos, luego me sigues. Pero no toques ningún alambre. Te ayudaré a pasar. En seguida corres como el diablo, en caso de que hayamos puesto en marcha alguna alarma. El cruce de la frontera más próximo está bien vigilado, pero queda por lo menos seis kilómetros al este.

—Pueden tener reflectores montados sobre camionetas —dijo ella al ponerse de pie. Apretó el chal sobre la cabeza, ajustándolo bien debajo del mentón. Alambre de púas, se acordó, y contuvo un estremecimiento. Levantó la bolsa de lona depositada junto al árbol bajo el cual se habían cobijado.

—No estará lo suficientemente oscuro para que los reflectores sean de verdadera eficacia —no era del todo verdad, pero quería tranquilizarla. No necesitaba tener preocupaciones adicionales en los próximos



cinco minutos. Además, tendrían que zarandearse a lo largo de seis kilómetros de terreno desparejo y cubierto de maleza—. La carretera está del lado austriaco, ¿recuerdas? —y al decir esto Josef señaló la angosta cinta del camino. El Volkswagen acababa de aparecer en ella, desplazándose lentamente con los faros apagados.

—No vuelvas por este camino, Josef —le dijo ella rápidamente—. Ni tampoco recojas tu motocicleta donde la dejaste. Toma una dirección diferente estaba pensando en Jiri mientras hablaba.

Josef se detuvo un instante y la miró sorprendido: —No te preocupes, Irina. En este juego soy un veterano —y tomando la bolsa de ella la cargó sobre un hombro y se echó a correr velozmente. Irina verificó que su chal estuviese bien ajustado, terminó de contar los diez segundos y salió de la protección de los árboles. Corrió tras él, tropezó dos veces en el terreno desparejo, pero siguió corriendo. Antes de que hubiese recorrido la mitad del camino Josef estaba ya junto al cerco, cortando diestramente el alambrado de púas. El automóvil estaba todavía a cierta distancia. Gracias a Dios, pensó al llegar a la amenazadora maraña de púas, gracias a Dios que Jiri había mantenido su promesa: ninguna patrulla surgiendo rápidamente detrás de los árboles a sus espaldas, ningún estallido de fuego de ametralladoras barriendo el campo, ningún reflector. Había solamente el velo gris del atardecer que caía cada vez con mayor intensidad sobre las colinas de bosques, poniendo una mortaja sobre los colores, haciendo más profundo el silencio. Irina se arrodilló y tocó la tierra con la mano extendida.

—¡Ahora! —le dijo Josef. Había dejado caer el alicate. Con un pie mantuvo bajos los alambres inferiores al costado del boquete que había abierto. Apartó luego los del medio a un costado y los retuvo con un esfuerzo. Irina se inclinó bien, con los brazos muy juntos al cuerpo, pasó sin dificultades con sólo un pequeño desgarrón en una manga de su impermeable—. Apártate bien —le advirtió él cuando se volvió para mirarlo. El mismo se apartó cuando soltó los alambres. Levantó la bolsa de ella, la arrojó alto sobre el cerco en su dirección. Irina no habló. Se quedó inmóvil mirándolo.

A sus espaldas el automóvil se había detenido. De él se bajó un hombre y se acercó corriendo a través de la angosta franja de pasto que separaba la carretera del cerco, y la asió del brazo. Era Ludvik Meznik y la hizo girar en dirección al automóvil.

—¡Sube! —le dijo mientras pasaba junto a ella hacia el cerco.. ¿Estas bien, Josef? ¿Ninguna alarma?

—Todo bien —Josef estaba recogiendo el alicate y guardándolo en el bolsillo.

Y en ese momento sonó un disparo. Un solo disparo cortando limpiamente el profundo silencio, enviando a una bandada de cuervos fuera de las copas de los árboles. Sus graznidos roncospertaron ecos en el pequeño valle.

Irina, ya casi junto al automóvil se volvió rápidamente. Al principio sólo alcanzó a ver el cuerpo macizo de Ludvik apartándose del cerco. —¡Sube, sube! —le gritó aferrándola de un brazo—. ¡Nos matarán a todos!

Irina forcejeó hasta apartarse y miró en dirección al cerco. Josef yacía allí, completamente inmóvil. Cuando trató de correr hacia él Ludvik la tomó más fuertemente aun del brazo y la arrastró hacia el automóvil. El conductor había bajado. Ludvik lo aferró a él también e insistió. –¡Suban, imbéciles! Ya no podemos hacer nada por él. Está muerto. Suban, maldición, o nos atraparán a todos. –Al decir esto empujó a ambos dentro del auto.

–No podemos dejarlo ahí –Irina gritaba ahora.

–Es mi hermano –gritó Alois.

Y en ese momento cesaron todas las protestas, todas las discusiones, porque un reflector barrió el cielo con su luz y el sonido distante de un motor de gran potencia comenzó a oírse cada vez más cerca. – Manejaré yo –dijo Ludvik.

Manejó con furia a través de los senderos para ganado y el terreno desparejo, el rostro serio, silencioso.

Alois callaba. Todavía estaba en estado de shock.

Irina lloraba. Cuando pudo controlar lo suficiente la voz, dijo: –Pero, ¿de dónde vino el disparo?

Ludvik estaba concentrado en la carretera por la cual se acababan de internar, una carretera más ancha y con mejores indicaciones. Había encendido los faros y corría a una velocidad menos alocada en medio del escaso tráfico: –Acabamos de doblar hacia el sur del cruce de la frontera. ¿Ves la caserna detrás? Vista simbólica final de Checoslovaquia, Irina. ¡Mírala bien!

Pero ella no volvió la cabeza para mirar, sino que repitió la pregunta: –¿De dónde partió el...?

–Del bosque, creo.

–No, no. Estábamos ocultos allí. Josef lo había explorado. Me dijo que era seguro.

–Entonces, de los árboles más hacia el este. Es el lugar donde estaban los nidos de todos esos malditos pájaros.

Irina movió la cabeza lentamente, poco convencida. –Pero la luz era escasa. ¿Cómo pudo nadie...?

–Tienen todos los dispositivos, aparatos infrarrojos. No me preguntes a mí. No soy experto en armas livianas. O tal vez fue un tiro bueno de alguno de sus francotiradores especiales. Esta noche no había viento, ni siquiera una brisa. Ellos son así: nada de variables. Fue un tiro afortunado, con todo. El primero nos hizo impacto cerca de nosotros.

–¿Dos disparos? Sólo oí uno.

–El primero nos erró a nosotros dos. Y en el momento en que Josef se volvió para correr, llegó el segundo. Y entonces cayó.

Sí, se dijo Irina, no había oído nada, salvo el estrepitoso graznido de los cuervos. Se quedó callada. Junto a ella Alois estaba rígido, las manos crispadas, los ojos cerrados.

Ludvik le dijo: –Irina, ya estamos en la Ruta 2. En un par de horas te tendremos sana y salva en Viena.

Salvada. Irina pensó en el cuerpo inmóvil de Josef. Se echó a llorar otra vez, pero ahora silenciosamente.

La voz de Ludvik era airada cuando habló: –Alguien tenía que conservar la cabeza esta noche. Y de cualquier manera, ¿qué podríamos haber hecho?

A partir de este comentario todos se quedaron mudos.

## **DOS**

David Mennerly estaba tratando de concentrarse en su escritorio. Había bastante trabajo que terminar en él antes de que volviera en automóvil a Nueva York a la mañana siguiente. Aquel fin de semana había escrito un artículo bastante bueno, a pesar de las distracciones derivadas del buen tiempo (el sábado y el domingo habían sido perfectos para nadar y holgazanear), pero era necesario revisarlo y comprimirlo. Como siempre antes de escribir algo, había pasado días preocupado por el temor de no tener suficiente material, y luego, una vez que hubo empezado, había descubierto que tenía demasiado. Así pues relejó el texto escrito a máquina con ojos críticos y exigentes, empezó a sacarle puntas a un manojo de lápices, e hizo un esfuerzo por ignorar el ritmo del Atlántico, cuyas olas rompían contra la arena firme y blanca, así como al sol que le permitía asarse por las tardes sobre los médanos altos cerca de su chalet de playa.

Las ventanas, protegidas debajo del ancho techo saliente, estaban abiertas de par en par, con las persianas plegadas, lo que permitía la entrada de una brisa del sudoeste que jugueteaba al circular por las espaciosas habitaciones. (Pero no cerca de este nicho, donde había diseminados, bien al alcance de su mano, papeles sueltos, apuntes y programas de conciertos). La iluminación, proveniente de una claraboya de plexiglás sobre su cabeza, era eficaz y con ángulo hacia el norte. Tenía casi fresco, aun a pesar de la temperatura en el corredor del frente, donde bordeaba los treinta y dos grados. No tenía por qué quejarse. Desde que se había separado de Caroline, cuatro años antes, mi Dios, ¿era posible que fuesen ya cuatro?, se había cuidado de que las condiciones de su trabajo fuesen apropiadas, simples pero satisfactorias. Fuera las alfombritas de Caroline en las cuales tropezaba, los cortinados, los almohadones apilados en asientos incómodos, los espejos con marcos barrocos y los candelabros venecianos, por encantadores que fuesen. Bienvenidos, en su lugar, los estantes para libros y los parlantes de alta fidelidad y el estéreo, los pocos sillones confortables y el piso de madera desnudo, las lámparas que permitían leer, y el telescopio para observar las estrellas sobre el océano. Allí podía realizar mucho más que en la ciudad, aún permitiéndose una vuelta de golf por la mañana o una marcha por la

playa, o bien una tarde dedicada a absorber el sol, o en fin, una cena con alguna de las mujeres bonitas que pasaban el verano perfeccionando su tono tostado. Las chicas bonitas florecían como rosas en aquel sector de Long Island. Los cuatro años se habían pasado volando.

La ciudad, desde luego, era necesaria para él, su base de operaciones en su calidad de crítico musical del "Recorder", revista mensual para la apreciación del sonido ya fuera clásico o contemporáneo, jazz o rock, canto de cámara o folklórico norteamericano, ópera o sinfonía. David Mennery era miembro del equipo permanente de colaboradores del "Recorder", al que aportaba dos páginas de crítica general en cada número. Además de ello, dirigía su propio departamento especializado, que había inventado o poco menos en virtud de haber escrito un libro sobre festivales musicales. Había combinado en él sus dos aficiones máximas, los viajes y la música, y descubierto que millares de norteamericanos que amaban la música también sentían atracción por los viajes. "Un Lugar para la Música" lo había establecido como crítico ambulante de gustos de amplio alcance. Lo que era igualmente importante, había provisto los medios para viajar así como para cubrir necesidades tales como las cuentas del carnicero y las reparaciones de su casa. Nunca había logrado sondear cómo un libro que tanto había disfrutado en escribir había logrado hacerle ganar a la vez tanto dinero y proporcionarle la entrada a una carrera permanente. La crítica esporádica realizada hasta entonces, hasta antes de escribir el libro, había sido grata durante los años de vacas flacas y gordas cuando tenía entre veinte y treinta años y aún buscaba su camino. Ahora, a los treinta y nueve, sabía lo que podía y lo que no podía hacer, y por lo menos tenía la sensación de tener una idea definida de adónde se dirigía. Esto lo conformaba y se sentía muy afortunado. (En realidad no tenía por qué ser tan modesto. Escribía bien, tenía un agudo espíritu crítico. Tenía ciertas normas de excelencia y no temía juzgar según ellas. Sabía mucho de música, de compositores, de la gente que la dirigía y que la ejecutaba. No pertenecía a ninguna camarilla, no seguía ninguna moda. Era un hombre independiente).

Había afilado el último lápiz, servido cerveza helada, y no hallaba ya más excusas para postergar la autoamputación inevitable y siempre dolorosa. Empezó a tachar oraciones superfluas, a suprimir frases, a escribir notas al margen para alterar pasajes. Un pasaje que de algún modo había hallado lleno de tacto y diplomacia la noche anterior, resultaba una confusión de ambigüedades a los ojos más fríos del día, una zambullida espiritual en el fango intelectual. Verdaderamente no había manera de tratar con suavidad a un compositor moderno cuando sus sonidos desordenados eran básicamente pobres y aburridos. No había manera. La crítica más benévola que podía hacerse a un hombre como aquél era decirle que dejara de vagar por caminos que no llevaban a ninguna parte, que evitara los golpes de efecto y que volviera a la senda capaz de llevarlo a algo con verdaderas posibilidades. La música era más que una serie de sonidos.

Siguió trabajando, olvidó el mar y el sol afuera, perdió la noción del tiempo. Volvió a escribir todo el artículo, le dio la forma deseada, por fin, y emprendió la tarea de pasarlo en limpio a máquina. Quería entregarlo al día siguiente antes de partir al Festival de Salzburgo. Fue entonces cuando sonó el teléfono.

Al levantarse a contestarlo, miró el reloj junto a su escritorio y le sorprendió comprobar que eran casi las seis. Levantó el receptor. Hora de los tragos, pensó, y de la espontánea invitación veraniega. Estaba preparando una negativa cortés, pero no tuvo ocasión de usarla. El llamado era de Nueva York.

En un principio no reconoció la voz de Mark Bohn, simplemente porque no había esperado oírlo. Bohn era un periodista que vivía la mayor parte del tiempo en Washington, un especialista en política internacional que solía viajar. Era un viejo amigo, pero sus apariciones eran esporádicas. Debía hacer cerca de cuatro años que no lo veía. Y ahora oía su voz, apresurada y lacónica como siempre, diciendo a David que era un hombre infernalmente difícil de localizar. Había llamado varias veces por teléfono al departamento de David en Nueva York, por fin se había comunicado con el portero del edificio y le había arrancado, con mucho trabajo, su número de teléfono que no figuraba en la guía. –Y lo obtuve –dijo Bohn con tono de reproche– sólo cuando le dije que tu hermano había tenido un accidente y que yo era el médico de la familia.

–A mi hermano James no le hará gracia. ¿Qué clase de accidente?

–Accidente automovilístico. Si se parece a ti, debe ser loco por correr, ¿no?

Ésta era la manera de Bohn de decir que David disfrutaba de manejar automóviles, mientras a Bohn no le agradaba. David no dijo nada. Ya había pasado la sorpresa de oír la voz de Bohn. Comenzó a preguntarse los motivos del llamado. Bohn, en Nueva York, habiendo hallado el calor y la humedad tan grandes como en Washington, contemplaba pedirle prestado su chalet junto al fresco océano por unos días.

Bohn seguía hablando. Quiero verte, Dave. Es urgente. ¿Cuándo vienes a la ciudad?

–Mañana alrededor de mediodía.

–Pasaré por tu departamento. ¿A las doce?

–Imposible. Estaré terminando unos trabajos en el "Recorder".

–Entonces, después del almuerzo. ¿A las dos, o a las tres?

–Estoy preparando el viaje. Parto en avión mañana por la tarde. Voy a Salzburgo.

–Ya lo sé. Ya lo sé –el tono de Bohn era impaciente, como si estuviera preocupado o irritado–. Vas al festival.

–¿Cómo te enteraste?

–Leo el "Recorder" y escucho la charla de tus amigos. Pero creía que el festival era en agosto.

–Empieza en la última semana de julio. Este miércoles. Estaré allí la noche de apertura, a las siete en punto.

–¿Qué dan?

–"Las bodas de Fígaro".

–¿No podrías dejar de ir? ¿Oírlo en la próxima función? Debes haberla visto veinte veces.

–Pero no con Karajan y la filarmónica de Viena. –La voz de Dave era fría. Bohn era un hombre sumamente informado pero sobre algunas cosas era muy ignorante–. Y no puedo oírlo la próxima vez, porque esa noche estaré oyendo a Geza Anda, nada menos que uno de los mejores pianistas en todo este ancho mundo. Y lo que es más, no se cambian las entradas a esta altura. Las reservé en enero, como millares de otras personas. Lo siento, Mark. No puedo verte mañana. Tendremos que esperar hasta que vuelva a fines de agosto. Pensé que podría incluir una visita rápida a Bayreuth después de una semana en Salzburgo, y luego seguir rápidamente a Suiza, al Festival de Lucerna, y de allí a Edimburgo.

Esto hizo callar a Bohn, y quizás estaba haciendo otros cálculos. ¿O bien consultando a otra persona?, pensó David. Por fin dijo:

–¿No te sería posible cancelar el compromiso para divertirme que tengas esta noche?

–No tengo compromisos, salvo el trabajo que debo terminar

David esperaba que la respuesta fuese clara. Pero no fue así.

–Nos bastará con una hora, no mucho más. ¿Estás solo allí? ¿No tienes invitadas de fin de semana que te ayuden a escribir a máquina?

–Estoy solo.

–Muy bien –se produjo una nueva pausa (está consultando a otra persona, se dijo David)–. Te veré a eso de las ocho.

–¿Piensas manejar ciento diez millas en dos horas? –Ése no era el estilo habitual de Bohn. Te recuerdo –añadió David– que existen *otros* autos, para no mencionar camiones en la carretera. Creo que hoy tienes una fijación con los accidentes –¿Y qué era tan urgente que le hiciese proponer semejante visita?– ¿De qué se trata?

–Te veré a eso de las ocho, quizás, o bien a las ocho y media. Quisiera ubicar tu chalet antes de que esté demasiado oscuro para decidir dónde doblo junto a los cultivos de papas. La última vez que te visité fui por la carretera a Montauk, doblé en ángulo cerrado frente a la laguna, pasé por la plaza del pueblo, seguí por la calle principal, casas viejas, árboles viejos, luego unos comercios, etc., y por fin un molino de viento. ¿Y después?

–Doblas a la derecha, y tomas por la próxima calle a tu derecha. Sigues esa calle hasta llegar a la cancha de golf. Luego doblas a la izquierda y sigues una media milla más.

–Y llego a los cultivos de papas. ¿Están todavía allí?

–En su mayor parte. Toma el segundo camino de tierra a tu derecha. En dirección al océano.

—Y allí estarás tú, entre las madre selvas, los arbustos y los médanos. Hasta luego.

David se quedó mirando el receptor silencioso. Lo colgó con aire pensativo. Los llamados telefónicos de Mark Bohn eran generalmente breves. A Bohn le gustaban sus comodidades, y cinco horas de manejar, ida y vuelta de Nueva York, no respondían a su idea de la felicidad. Bohn no hacía nunca nada sin motivo. ¿Qué era pues lo que lo traía tan lejos? Urgente, había dicho. Debía ser sumamente urgente.

Después de colocar una de las cintas magnetofónicas en el tocadiscos, controló el volumen y el tono y volvió a su máquina de escribir. A las siete y media había terminado su trabajo, con una selección variada de Vivaldi y Albinoni en calidad de alegre compañía. Lo que tenía de especial esa clase de música, pensó mientras se ponía los pantalones de baño, era que no contribuía a aumentar el resentimiento ni la irritación. No hacía erizarse el espinazo, ni rechinar los dientes. Y el milagro era que tampoco empalagaba. No era de extrañar que la gente siguiese escuchando a esos venecianos sutiles al cabo de doscientos cincuenta años,

Salió al corredor, esperó a que terminara el último movimiento de un concierto de Albinoni. No era posible alejarse en medio de ese encaje de cuerdas con la trompeta dominando el complicado fondo. Era decididamente el mejor trompetista del mundo, pensó cuando Maurice André dejó que sus últimas notas se agitaran y elevaran. Se había elevado seguramente hasta aquellas nubes blancas, teñidas ahora de oro, sobre el mar infinito. Siguió el silencio y el rumor acompasado de las olas al romper.

Recorrió el angosto trayecto de pasto áspero, siguió el sendero entre los arbustos de ciruelos marítimos y de rosales silvestres, llegó a los grandes médanos que protegían su chalet contra las tormentas invernales. El sendero rodeaba uno de estos médanos, pues la gente de Long Island no seguía la costumbre de romper los médanos caminando sobre ellos. A pesar de ello David lo cruzó en esta ocasión, corriendo y saltando sobre la arena blanda y mullida. Se apresuró aun más al pisar la arena más sólida, apretada y alisada por la marea. Con un prolongado grito de guerra corrió hacia el borde del agua y luego aminoró su velocidad hasta que el agua le llegó a la cintura. Y entonces llegaron las olas grandes, las que llegaban del Atlántico abierto. Se zambulló en la base de una muy alta y la atravesó antes de que cayese. Una zambullida más y se encontró nadando vigorosamente. Esa noche reinaba una gran calma, dentro de lo que es la calma del Atlántico, pero era mejor volver antes de que llegase a la segunda línea de olas que se elevaban y rompían inmediatamente contra algún banco o barrera de arena invisibles. Ya estaba bastante lejos de la costa. Le gustaba arriesgarse, pero no era temerario. El regreso fue fácil, pues durante la noche el océano lo ayudaba, con los espasmos de sus olas llevándolo casi a flote. Algunos días debía casi luchar para volver, otros, no deseaba poner ni el tobillo en aguas como éstas.

Se dejó caer en la playa desierta y descansó en medio de esa paz. No se veía ni un barco pesquero. Algunas gaviotas. Algunos andarrios flotando a lo largo de la cresta espumosa de las olas, sus largos picos buscando afanosamente su alimento antes de que el brillante atardecer llegara a su fin. Por fin se incorporó e inició el regreso al chalet. Comenzaba a sentir frío, pero era un frío agradable. Era la primera

vez en el día que sentía fresco. Se preguntó, mientras escuchaba las eternas olas, cómo se las habían arreglado los balleneros del pasado para entrar sus embarcaciones a través de esas olas. Y lo hacían. Aquello sí que había sido reciedumbre, se dijo, e inmediatamente se puso a trotar hacia la casa.

En el camino junto al chalet estaba detenido un Buick. En el corredor sumido en la penumbra lo esperaban dos hombres.

—Ocho y cuarto —le dijo Mark Bohn—. Te dije que llegaríamos. Y traje a alguien que maneja muy bien, para estar seguro. Hugh McCulloch —añadió señalando al hombre alto a su lado.

¿Hugh McCulloch? David miró un instante al recién llegado. Se preguntó si debía conocerlo. —Vamos adentro —propuso. Les dio la mano y les mostró el camino, encendiendo las luces a su paso. Sírvanse algo mientras me visto. ¡Los dos tienen un aspecto tan formal! —Hugh McCulloch llevaba un portadocumentos y aparentemente buscaba un lugar donde dejarlo. David se encaminó al cuarto de baño para darse una ducha rápida y quitarse la arena del pelo y la piel. Lo llevó dos minutos vestirse: pantalones de algodón crema, camisa de mangas cortas y mocasines. En el living alcanzaba a oír a Mark preparando las bebidas y hablando exclusivamente. De pronto se le ocurrió a David que a los tres les molestaba este encuentro, a cada uno a su manera. Para él, sin duda, era una intromisión.

—Mira esto —decía Bohn junto al escritorio—. ¡Realmente ha estado trabajando! —Evidentemente esto lo sorprendía.

Por otra parte, debía haber sido una verdadera molestia para estos dos recorrer toda esta distancia a toda velocidad. Bohn era capaz de ir a cualquier parte por conseguir material periodístico. McCulloch, en cambio, no parecía ser un individuo de los que hacen viajes innecesarios.

## TRES

—Bueno —dijo David cordialmente cuando volvió al living room—, ¿comemos ahora o más tarde? No hay mucho que ofrecerles, me temo. Estoy por cerrar la casa, ¿saben?

—No queremos molestarlo —dijo McCulloch—. Podemos detenernos a comer algo en el camino de vuelta a Nueva York. —Se apartó de la biblioteca, donde había estado estudiando los títulos. Tenía una voz agradable, tranquila y suave como sus modales, pero a la vez era firme. Tenía una talla de un metro ochenta por lo menos, unos cinco centímetros más alto que David y diez más que Mark Bohn. En un tiempo sus cabellos habían sido de un tono rubio rojizo, pero ahora eran bastante entrecanos y cortados en un estilo convencional, lo cual le daba un aspecto prolijo y cuidado. También eran convencionales sus ropas, el traje liviano de color gris y la corbata azul marino. Ojos castaños, observadores, tez pálida, como si pasase gran parte del tiempo bajo techo. Tenía, quizá, cuarenta y cinco años. No mucho más, seguramente. No, pensó David, no recuerdo para nada a este McCulloch, a pesar de que me mira con expresión amistosa, como si me reconociera.



–No es molestia –mintió David con tono despreocupado. Qué pena le daba renunciar a aquel bife que había esperado preparar esa noche. Dividido en tres, no rendiría más de tres bocados a cada uno. Tengo jamón y queso. Y –añadió sonriendo, al ver la expresión de la cara de Bohn, de Mark el epicúreo, con sus extensos viajes, Mark el conocedor de vinos–, siempre podemos rellenar los huecos abriendo una lata de porotos.

Creo que primero debemos hablar –dijo Bohn.

–Muy bien– asintió David, y tomó el vaso de whisky que le tendía Bohn. Siempre estaba tratando de aparentar que estaba cómodo, pero decididamente estaba nervioso. Físicamente, tenía el mismo aspecto de siempre: rostro delgado, rasgos afilados, ojos grises e irónicos detrás de anteojos que le daban aspecto de sabiduría. Tenía pelo oscuro, lacio y algo largo, ahora con mechones que caían pesadamente sobre su cuello. Como inesperado contraste, lucía patillas crespas, espesas y canosas, que abultaban sus mejillas. Si Bohn se había dejado todo ese pelo con el objeto de aparentar menos edad, el efecto logrado era lo opuesto. Aparentaba cincuenta años llenos de fatiga, con todo el peso del mundo sobre sus hombros delgados. En realidad era dos años menor que David, y tenía, pues, treinta y siete años. David se prometió hacerse cortar bien el pelo al día siguiente, no Corto, pero tampoco debajo de la línea del cuello de la camisa.

–Bueno ¿de qué se trata? –y al preguntar esto, volvió a preguntarse para sus adentros qué podía haber reunido a tres hombres como ellos.

McCulloch había ocupado un asiento y dejado su porta documentos en el suelo junto a él, en forma no muy ordenada. Tenía la intención de dejar que hablara Bohn. Hombre diplomático, pensó David, y a su vez se sentó frente a él. McCulloch tenía un aspecto tan aliñado y fresco como si no hubiese atravesado Long Island en una tarde calurosa y húmeda. Bohn, por el contrario, sentía evidentemente la humedad, a pesar de que la brisa fresca del mar circulaba por la habitación. Se aflojó la corbata ancha de seda italiana, se entreabrió la camisa inglesa rayada, y por fin se decidió del todo y se quitó el saco arrugado su traje de gabardina liviana. Lo apartó a un lado, se sirvió otro trago y se pasó la mano por el cabello. Efectivamente, pensó David, decididamente nervioso. ¿Respecto a mí? No era probable. ¿Respecto a McCulloch que parecía ser un hombre de buen genio? De pronto todas las vacilaciones de Bohn desaparecieron. Era nuevamente la persona práctica que le era familiar a David, de habla ágil, con pensamientos dispuestos en un orden lógico. Fue derecho al grano. –La hija de Jaromir Kusak quiere salir de Checoslovaquia.

David sintió que se demudaba. –¿Irina?

–Irina. Y necesita ayuda.

David no repuso. Acababa de abrirse de un tirón la puerta de uno de los recintos secretos de su pasado. La había cerrado, cerrado con llave y con el tiempo había logrado arrojar la llave lejos, pero ahora, alguien la había forzado y estaba abierta de par en par. Por lo menos, pensó, podía ahora

persuadirse de mirar hacia el interior y verlo como un pequeño museo. Dieciséis años son mucho tiempo para un desgaste emotivo. Ya no tenía sentimientos respecto a Irina. Hasta era capaz de permitirse el recordarla, de recordar la Praga del otoño de 1956. La chica que había conocido el día de su arribo allí. Conocido por accidente. Lo totalmente inesperado. Y él mismo, joven, por cumplir los veinticuatro años, recién dado de baja del ejército, con dinero suficiente ahorrado como para permitirse vagar por Europa un par de meses. Pasaría algún tiempo, seguramente, antes de que le fuera posible volver a viajar así. Tendría asimismo suficiente como para decidir si volvería o no a sus estudios universitarios. Se había presentado como voluntario al finalizar su segundo año en Yale, en mitad de la guerra de Corea, cuando se amplió el reclutamiento. En parte porque un voluntario siempre tenía ciertas opciones en cuanto a las ramas donde podía cumplir su servicio militar, y en parte, para ser brutalmente franco, porque el grupo que lo rodeaba y hablaba sobre la forma de eludir el servicio militar obligatorio y dejar que "los otros" lo hicieran, le había provocado verdaderas náuseas. ¿Qué "Otros"? ¿Otros, excepto yo, yo, yo? Desde luego, nadie lo expresaba en forma tan directa. Las racionalizaciones eran tan hábiles como de costumbre, hasta se llegaba a invocar la vieja y popular moral, aunque arrastrada por los cabellos. Lo cómico era que se sabía presentado en un estado de ánimo de ira contenida, y en definitiva no lo habían enviado a Corea para que lo hicieran trizas. En lugar de ello lo habían destinado a Alemania Occidental. Y cuando lo dieron de baja se había dirigido a Viena, porque allí estaba el movimiento, tanto en materia musical como en política internacional, sus dos intereses en pleno desarrollo. Cabe señalar aquí que su vida en Alemania no había estado exclusivamente basada en las salchichas con chucrut.

Aquel otoño Europa Oriental hervía de conatos de rebelión. Los primeros desórdenes de Polonia habían estallado en julio, y consecutivamente sofocados con un saldo de cincuenta muertos y de centenares de heridos. Al llegar septiembre todavía se registraba una agitación peligrosa en Varsovia. En vista de tal situación David abandonó Viena para dirigirse a Praga, creyendo que tal vez podría llegar a Polonia por Checoslovaquia. O bien, en caso de no lograrlo, intentar llegar a Hungría, donde según se comentaba en Viena, podrían surgir dificultades también. No era más que el observador joven, entusiasta y atropellado, preparado para hacer algún reportaje original que resultara seguramente un hallazgo para el "New York Times" y un anuncio de la identidad del futuro ganador del premio Pulitzer de periodismo. Sí, pensaba ahora, había sido muy joven entonces.

Y el primer día en Praga, había conocido a Irina. Olvidó todo lo demás. Era Irina, Irina.. Tres semanas de risas, música, amor. Nunca había sentido nada semejante, ni antes ni después. Una dicha alocada, maravillosa, un júbilo que lo hacía a uno flotar sobre los sólidos edificios grises, y que hacía danzar el corazón en medio de las prosaicas calles de la ciudad. Había sido amor, con su ternura y su deleite de primer amor en cualquier parte del mundo. Salvo que para ellos había terminado de pronto. Se había encargado de ello la política de potencias. Encerraron a Irina. Y dejaron fuera de este encierro a David, enviándolo de regreso a Viena sin que atinara a darse cuenta de cómo habían hecho las cosas con tanta eficacia. Esto era, sin embargo, lo que podía sucederle a uno cuando se enamoraba de una muchacha cuya madre era miembro prominente del partido comunista, y cuyo padre estaba lejos de Praga,

imposibilitado de ayudar a nadie, por estar cumpliendo su condena en su domicilio, reducido a los límites de su casa y su jardín. Y esto era lo que podía ocurrirle a un gran novelista, candidato al Premio Nobel, si su propio pueblo lo admiraba demasiado, si adquiría demasiada fama en el exterior como para que fuera posible encarcelarlo sin provocar la protesta internacional.

–Dave –dijo la voz de Mark Bohn con evidente paciencia–, Dave, ¿no me oíste? Jaromir Kusak consiguió salir de Checoslovaquia hace cuatro años. Vive en el exilio. Irina quiere reunirse con él. Necesita ayuda.

–Entonces, ayudémosla –dijo David bruscamente. En seguida logró dominarse y añadió con un tono despojado de toda emoción. Tú tienes relaciones en Washington que estoy seguro podrían ayudar. Haz que tus amigos en la CIA presten ayuda.

–Se niegan a hacerlo.

–¿Qué?

–También se niegan los británicos. Su servicio de inteligencia también se resiste.

–¿No les interesa? –dijo David con incredulidad.

–Sí les interesa, decididamente. Se muestran muy conmovidos. Desean a Irina la mayor suerte posible, pero no quieren complicarse en el asunto.

–¿Por qué no?

McCulloch rompió su prolongado silencio y dijo a Bohn:

–Creo que estamos anticipándonos. ¿Por qué no empiezas la historia desde el principio, y das al señor Mennery una idea más clara de todo el problema?

Pero David se anticipó a ambos hombres cuando los interrumpió diciendo:

–Si han venido aquí creyendo que yo puedo serles útil, ni lo piensen más.

–¿Por qué?

–No estoy capacitado para ese tipo de trabajo. No soy experto en huidas. No les serviría en lo más mínimo. En primer lugar nunca podría entrar en Checoslovaquia, por lo menos legalmente. Me echaron de allí con una velocidad increíble en 1956.

–Lo hicieron con gran sigilo, sin ninguna publicidad. No se registró oficialmente. La madre de Irina se cuidó de ello. Estaba en el poder en aquella época, y sabía usarlo.

–Todo por el bien del marido –dijo David con amargura. Aquélla era la razón que le había dado al disponer que lo deportaran. Si se quedaba, si insistía en ver a su hija, ella no tendría ningún poder contra los enemigos de su marido. Dirían que se hacía uso de la hija para llegar a él. Un militarista occidental, puesto que, ¿acaso no acababa de salir David del ejército?, y decididamente un capitalista y un

anticomunista, posiblemente agente de la CIA, no eran necesarias pruebas, simplemente una declaración oficial, sí, en todo ello había lo suficiente como para que se arrestase a su marido bajo el cargo de conspiración. En tal caso ni su reputación ni su nombre podrían salvarlo. Siempre era éste un cargo grave, en aquel preciso momento en que acababa de estallar un levantamiento en Polonia a pesar de la magnánima actitud oficial en los tumultos de julio. Aun en aquel momento, le parecía a David estar oyendo el ritmo de ametralladora de sus palabras agresivas. Y también por el bien de Irina, diría yo.

–Siempre existe eso –asistió McCulloch. Pero en realidad protegió a su marido no obstante estar ambos a una distancia enorme entre ellos tanto ideológica como físicamente. ¿Y qué habría sido de la madre, piensan ustedes, si la hija hubiera partido sin autorización para los Estados Unidos de Norteamérica? En los países comunistas las cosas de este tipo le caen bastante mal.

–Bueno, a pesar de no estar en ninguna lista negra oficial, sigo afirmando que no tengo preparación como para sacar a Irina del país. Sana y salva. Lo que importa es su seguridad. ¿No es así?

–Nosotros no necesitamos un nombre con preparación especial. Necesitamos un hombre capaz de identificar a Irina. Necesitamos un hombre que maneje bien un automóvil y pueda sacarla de Viena.

–¿Dijo usted, "nosotros"? –En los ojos de David había un desafío y cierta cautela.

McCulloch contuvo un leve suspiro. –No estoy conectado con la CIA, ni con ninguna otra rama de la inteligencia de Estados Unidos. –Y por qué ninguno de nosotros tiene que disculparse, siguió preguntándose. Si no tuviéramos organismos de informaciones estaríamos nuevamente en la situación absurda de Pearl Harbor–. Soy abogado, trabajo principalmente en Washington y en una época estuve en el Departamento de Estado. Mi estudio se especializa en asuntos legales relacionados con las inversiones comerciales norteamericanas en el exterior, y con las compañías extranjeras que instalan sucursales aquí. Tenemos oficinas en París y en Ginebra. Hasta allí llegan solamente mis actividades internacionales.

¿En una época en el Departamento de Estado? David le dijo entonces:

–Pienso todo el tiempo que debo conocerlo de alguna parte. ¿Puede ser? –y miró a McCulloch unos instantes con mucha atención–. ¿Viena? –adivinó.

–Sí. Octubre de 1956. No creí que hubiese ningún motivo por el cual usted debiese recordarme. Era uno de los funcionarios menores de nuestra misión y no pude ayudarlo.

Había sido entonces cuando David había concurrido insistentemente al consulado y a la embajada, suplicando a todos que sacasen a Irina Kusak de Checoslovaquia para poder él casarse con ella: –De manera que yo era uno de los tantos ciudadanos que van a molestar. Dios mío, era verdaderamente joven, ¿no? –añadió, y no pudo evitar sonreír–. ¿Pero, cómo diablos pudo recordarme? Debía recibir centenares de quejas.. y reclamos.

–Los olvidé casi todos. Pero no lo olvidé a usted. El nombre de Jaromir Kusak me hizo recordarlo. Yo era uno de sus admiradores, y sigo siéndolo. Gran escritor, gran hombre.

Bohn, quien aparentemente consideraba haber ocupado el segundo plano demasiado tiempo, interpuso un comentario.

–Fue Hugh quien te propuso como el mejor candidato para esta misión. Yo había hecho una lista de cinco norteamericanos que habían conocido personalmente a Irina. Uno es director de orquesta, actualmente en gira, otro es un geólogo que anda buscando petróleo en el medio de Alaska, a quien no podemos recurrir con poco tiempo. El tercero trabaja en una dependencia de seguridad nacional. El cuarto ha presentado su candidatura al Congreso. Sigo creyendo que podríamos haber hecho mayor presión sobre la CIA hasta que iniciasen alguna acción. Pero hay poco tiempo, de manera que tuve que recurrir a ti.

–¿Y un inglés? Jaromir Kusak tiene amigos en Londres, como el editor que sacó una edición completa de sus primeras obras el año pasado.

–¿George Sylvester? Si, es un antiguo amigo. Fue por intermedio de él que intenté persuadir a la inteligencia británica de que se interesase en el caso. No lo conseguí. En cuanto a dos ingleses que conocieron a Irina cuando estuvieron en Checoslovaquia hace unos años... bueno, uno de ellos está actualmente en la OTAN y el otro trabaja para el gobierno inglés.

David hizo una última tentativa. –Nunca hablé más que unas, pocas frases en checoslovaco. Y ahora ni las recuerdo ya.

–No irás a Checoslovaquia. Iris a Viena. Hablas bien el alemán. Manejas bien un automóvil. Conoces las carreteras austriacas. Has manejado mucho en Austria, ¿no?

–Sólo en ciertos sectores.

–Y has recorrido en auto el norte de Italia, Suiza, Alemania.

–Sólo ciertos sectores –insistió David. Y pensó al decir esto que ya había contado a Bohn demasiadas cosas sobre su vida, mientras se quedó mirándolo.

–Eres el indicado –le dijo Bohn con una sonrisa–. Tienes un buen motivo para estar en Austria en las próximas dos semanas.

–Una semana.

–Podrías estirla.

Sí, podría estirla. ¿Pero acaso deseo estirla? Será demasiado doloroso. ¿Y qué hay de Irina? ¿Querrá volver a verme?

–No, ni siquiera los muchachos de la policía de seguridad checa –decía Bohn– pueden sospechar ni siquiera remotamente que puedas estar envuelto en este asunto. Estás en Salzburgo, ¿no? Corbata

negra, smoking, haciendo tu trabajo de siempre. Todo está arreglado desde hace meses, mucho antes de que recibiese yo la carta de Irina. Serás perfecto.

–Creí que estaba en último lugar como candidato –dijo David. secamente y se levantó para servirse otro trago, llenando seguidamente el vaso de McCulloch. Bohn estaba tomando ya el tercero.

–No entre los aficionados –observó Bohn.

–¿Y la carta? –preguntó de pronto David.

–¿Comemos algo? –replicó por su parte Bohn. Condujo a los demás a la cocina. Caroline, la ex esposa, había dejado algunas huellas de sus mejoras aquí, pensó al dirigirse a la heladera. ¿Sabía David que estaba por divorciarse de su segundo marido, y que ya tenía elegido el tercero? No, era mejor no mencionarlo esa noche. Era esencial mantener a David de un humor serio, Caroline era un personaje cómico.

Comieron rápidamente y Bohn empezó a hablar mientras tomaban el café en torno a la pesada mesa de madera ubicada en un extremo de la cocina.

En los últimos días de junio habían hecho llegar una carta a Bohn en Washington. Había sido despachada en Viena, y era de Irina. La había escrito en Checoslovaquia y, lo que era evidente. para Bohn, la habían sacado clandestinamente del país por medio de algún amigo de Irina, alguien perteneciente al movimiento de resistencia. La carta decía que su madre había muerto, sus hijos también, que había abandonado a su marido, quien estaba por divorciarse de ella, y que había entablado contacto con algunos amigos que estaban dispuestos a ayudarla a salir del país. Podían hacerla llegar hasta Viena. Desde allí necesitaba ayuda para llegar hasta su padre donde quiera que estuviese. Adjuntaba una carta que Bohn debía enviar a "cualquiera que pudiese llegar hasta su padre". La carta era breve "Por favor, déjame verte. Te necesito". Daba asimismo un número telefónico en Viena que Bohn podía utilizar para comunicarse con ella. Cualquier mensaje enviado allí, utilizando el nombre de Janocek como identificación, le llegaría. Le rogaba por último que le comunicara si estaba dispuesto a ayudarla. En caso afirmativo, podría salir del país sin ninguna demora.

–Todo aparece expresado en términos claros y sencillos Bohn–. Y el número telefónico es auténtico.

–¿Hablaste por teléfono? –preguntó David.

–¿Por qué no? Quería probar la autenticidad de esta carta. El expediente Janocek dio resultados. Y también me enteré de que planean sacar a Irina de Checoslovaquia a principios de agosto. Mi idea es que la esconderán en una casa segura en Viena, con amigos checos, hasta que podamos recogerla. –Al notar el ceño fruncido de David, preguntó: ¿No elogias mi eficacia? Vamos, David, ¿qué te preocupa?

–¿Verdaderamente telefoneaste para decir que la ayudarías? ¿Aun antes de tener nada organizado?

–¿Qué habrías hecho en mi lugar? ¿No contestarle?

–No. Le habría dicho que estaba intentando hacer algo. Que había recibido la carta y que le avisaría cuando tuviera algo preparado.

–¡Pero ya estaba haciendo mis planes! –dijo Bohn algo molesto. Empecé ese mismo día. Fui hasta Langley y hablé con uno de mis camaradas de la CIA. Allí pasaron la carta a alguien, alguien de arriba, supongo. Supe que también habían consultado a otras organizaciones. Gran conferencia general. Pero Jaromir Kusak es alguien importante, y ahora, más que nunca.

Mientras Bohn se inclinaba para servirse más coñac, McCulloch hizo lo mismo, pero para decirle a David en voz baja: –Yo me encargaré de darle los detalles sobre la importancia cada vez mayor de ese nombre. Más tarde. Además de todos los otros puntos que usted quiera que le amplíe. –Dicho esto siguió bebiendo su café.

Otra vez ocupó Bohn el centro del escenario. –Estaba bastante seguro de que alguna de nuestras unidades de informaciones vendría en nuestra ayuda. Me equivoqué. Hasta llegaron a decirme que no sabían dónde está Kusak. Llamé por teléfono a George Sylvester, el editor de Londres que *tiene* que estar en contacto con Kusak, pues de otro modo, ¿cómo pueden haberle llegado los manuscritos? Le dije que tenía una nota de Irina para su padre, y que acababa de mandársela por correo. Le advertí que nadie debía leerla salvo él, y le pedí que volviera a llamarme cuando la hubiera recibido, para hacerme saber cómo podría ayudarme. Pensaba que quizá sus amigos, los funcionarios de relaciones exteriores de Whitehall, estarían tal vez interesados, y que en tal caso yo podría disponer que todo se manejase con cierta eficiencia. También le dije que estaba preparado para volar a Londres tan pronto como él tuviera algo concreto que sugerir, mantener una entrevista privada, y mostrarle la carta que yo mismo había recibido de Irina. –Bohn respiró profundamente–. Bueno, creo que puede decirse que me moví bastante – y con una mirada intencionada a David, agregó: Luego telefoneé a Hugh y lo comprometí para la campaña. Hugh tiene relaciones, formas, y medios.

–Verdaderamente estabas desesperado– comentó McCulloch sonriendo.

–¿No tuviste resultados con George Sylvester? –pregunto David.

–Sí, y no. Sylvester había enviado la nota de Irina a Kusak, pero se negó a darme la dirección de éste. Me dijo que no la sabía, que sólo conocía el primer paso de una serie que llevaba hasta Kusak. Y en el sector de informaciones varios entre los amigos de Sylvester habían mostrado bastante interés, pero todos propusieron que yo realizase el trabajo. Qué gente extraña. La última vez que estuve en Checoslovaquia, partí por rumores que me persiguieron fuera del país. Decididamente estoy en la lista negra allí. Por supuesto no tenía ninguna conexión con las unidades de informaciones, pero en materia de espionaje los checos son bastante paranoicos.

–Como siempre –murmuró McCulloch

–De cualquier manera –dijo Bohn, caminando de un lado a otro de la cocina, como para entrenarse desde ese momento– Sylvester fue útil en cuanto a tres puntos. Primero, Kusak quería ver a su hija, y la

nota de ella era auténtica, sin lugar a dudas, pues había identificado su escritura. Segundo, si conseguía organizar la huida de Irina después de Viena, Sylvester arreglaría el encuentro con Kusak, y tercero, Kusak lo autorizaba a pagar los gastos, a deducirse de los honorarios por sus libros.

–Mantendremos bajos los gastos –dijo McCulloch. Yo voy a Ginebra por negocios de cualquier manera. Y Jo Corelli también viaja por razones de trabajo, a... Viena. Y Walter Krieger está por volver a Austria, que visita a menudo. Así pues, pagamos nuestros propios gastos. Los extras surgirán del alquiler de un automóvil o de lo que gasten Irina y Mennery. Es decir, siempre que Mennery esté dispuesto a aceptar...

–¿Quiénes son Jo Corelli y Walter Krieger? quiso saber David.

–Son todos amigos de Jaromir Kusak. Eso es todo, es simple.

–Todos son gente de mundo –dijo Bohn como para tranquilizar a David–. Saben lo que hacen.

David respiró profundamente. –¿Qué quieren que haga?

–Bien, bien –dijo Bohn. Hagamos un brindis– y se aproximó al aparador inglés a buscar dos copas de coñac más.

–Le daré los detalles en el avión, mañana –dijo McCulloch a David–. Pienso que usted tomará la ruta directa a Viena, con escala en Amsterdam, ¿no?

David mostró sorpresa, repuso afirmativamente, dio la hora de partida, número de vuelo, y número de asiento. Eran detalles que siempre memorizaba, por la eventualidad de que se le perdiese el pasaje de avión. –¿Pero, no será un riesgo... quiero decir, que usted y yo tomemos el mismo vuelo, y nos vean conversando? –preguntó con tono perplejo.

–¿Por qué no habría yo de viajar en ese vuelo? ¿O Jo? ¿O Krieger? Nos falta tiempo, y usted tiene que poder reconocerlos cuando los vuelva a ver. ¿Qué método más simple hay que éste? Yo converso con usted. Le señalo a los otros. Eso es todo. No se preocupe. Aun cuando los agentes de Jiri Hrádek nos vieran juntos, no podrían establecer ninguna conexión entre nosotros, por lo menos en este momento.

–¿Jiri Hrádek?

–Principal colaborador del jefe de la seguridad de estado en Checoslovaquia. Esto quiere decir policía secreta. Con los poderes de una Gestapo. –McCulloch vaciló antes de añadir–: Fue el marido de Irina.

Se produjo un breve silencio.– La madre de Irina sabía elegirlos, verdaderamente, ¿no? comentó Bohn. Hrádek es candidato firme al puesto máximo en seguridad de estado –y mirando a David con un dejo de ironía, le preguntó–: ¿Quieres echarte atrás?

McCulloch se irritó y lo demostró. –Deja de decir tonterías, Mark. De lo contrario olvidaremos algún punto importante –y volviéndose hacia David–: ¿cuándo puede usted estar en Viena?



–El 2 de agosto.

–Antes, ¿no?

–No.

–¿Y cuánto tiempo podría quedarse allí? Puede haber demoras.

–Hasta el veinte. –Y adiós Bayreuth, Lucerna y Edimburgo.

–Muy bien. Le transmitiré sus fechas a Krieger para que él las maneje. Está a cargo de la organización en Viena.

–¿Cuándo quieres que esté allí? –preguntó Bohn.

–Krieger te avisará si hace falta.

–Desde luego hace falta –dijo Bohn con aire despreocupado. No vas a trampearle semejante historia, ¿no?

–Creo que deberás aclarar ese punto con Jaromir Kusak. Si no desea publicidad alrededor de la reunión con su hija en el exilio, no la tendrá. ¿Me explico?

–Te explicas –repuso Bohn sonriendo–. Yo viviré más que el viejo. Y algún día se podrá contar la historia, y yo seré el único que pueda contarla. ¡Mira la hora que es! Es mejor que volvamos. Quiero comunicarme con Viena lo más temprano posible mañana y decirles que estamos preparados. Esto les dará, espero, tiempo suficiente como para sacar a Irina de Checoslovaquia sana y salva para principios de agosto.

McCulloch asintió. Estaba observando a David. –¿Le sucede algo?

–No –dijo David–, estoy algo intrigado.

–¿Por qué?

–Por Jaromir Kusak. ¿Está el lugar donde vive en el exilio tan escondido que nadie sabe dónde está? ¿Ni siquiera su editor?

Es el secreto mejor guardado desde la bomba atómica –dijo Bohn.

–Tiene sus razones –dijo McCulloch en voz muy baja. No había tocado el coñac–. Tengo que manejar –explicó con una sonrisa y seguidamente apuró su tercera taza de café negro. Lo verá mañana, David. – Su cambio en llamar a David por su nombre de pila se efectuó en forma casi inadvertida.

David hizo un gesto afirmativo y lo acompañó hacia el living room. Bohn estaba ya en el corredor del frente, poniéndose el saco. McCulloch levantó su portadocumentos del suelo, al costado del sillón y lo abrió. Extrajo de su interior dos o tres hojas de papel claramente escritas a máquina con líneas bien espaciadas y fáciles de leer.– Si tiene tiempo esta noche, podría echar una mirada a estos apuntes. Y quémelos una vez que los haya leído.

–¿Secreto máximo? –preguntó David sonriendo.

–De mi marca especial. Digamos que implicaría un riesgo mayor que alguien los dejase olvidados en un escritorio, que el hecho de que usted y yo nos encontremos accidentalmente en un avión mañana. ¿Tiene alguna objeción? –No, David no la tenía.

Se estrecharon las manos, pero nadie habló en el corredor oscuro. McCulloch extrajo una linterna de bolsillo y se alejó pausadamente con Bohn hacia el automóvil. Bohn agitó la mano en un saludo y partieron.

David se detuvo unos minutos a escuchar el ruido de las olas mientras contemplaba el cielo. Era una noche despejada, hermosa. Una noche extraña y fantástica.

Entró nuevamente en la casa, se sentó al escritorio, y apartando su manuscrito tomó las hojas de McCulloch. Se trataba de tres notas biográficas concisas y a la vez detalladas: Jaromir Kusak, su mujer, Hedwiga Kusak, Jiri Hrádek, el marido de Irina. Cuando terminó de leerlas, las quemó en la chimenea y revolvió las cenizas negras con un atizador hasta que quedaron reducidas a polvo. Ahora conocía los antecedentes de la vida de Irina en aquellos dieciséis años. Sacudió la cabeza tristemente, juntó sus propios papeles y comenzó a guardarlos para llevarlos a Nueva York.

## **CUATRO**

David se instaló cómodamente en su nuevo asiento. Hugh McCulloch había dispuesto el cambio a primera clase en el vuelo a Amsterdam–Viena. No era que McCulloch fuese un sibarita, ni un despilfarrador. Resultó luego que sus comentarios siempre excesivamente moderados tenían un doble significado. "Más tranquilo", había dicho el día anterior, lo cual quería decir simplemente una posibilidad mayor de encontrar lugares en el último momento para él y sus compañeros de viaje. McCulloch era un organizador, no cabía duda. Hasta había obtenido para sí un asiento junto al de David.

Cuando ocupó este asiento hizo un saludo breve pero amistoso, como cualquier extraño que examina rápidamente a otro con quien compartirá un espacio algo reducido durante un viaje largo. David comprendió el gesto y lo devolvió con otro. ¿Dónde estaban Jo Corelli y Walter Krieger?, se preguntó. Mientras esperaba en el aeropuerto Kennedy los trámites habituales se había divertido tratando de ubicarlos, a través del proceso de subir a bordo de un avión. Gracias a Dios aquella compañía tomaba grandes precauciones: búsqueda de armas escondidas por posibles piratas aéreos. Y cualquiera con aspecto de hombre de Neanderthal, o que hablaba solo, o que hablaba en forma agresiva, o que movía los ojos como un caballo drogado, o que miraba con ojos de furia al mundo que lo rodeaba, corría el riesgo de encontrarse frente a la fría mirada de un psicoanalista que lo estudiase con creciente interés. Hora de ajustarse los cinturones y mantener un silencio aprensivo. El avión despegó, ganó altura, pareció

detenerse en el aire. Y luego, quitarse los cinturones y aflojarse. –Próxima escala, ¿Cuba?–preguntó David.

–Siempre que no nos detengamos mucho –comentó McCulloch y se encogió de hombros para completar el comentario. La azafata que esperaba sus pedidos de bebidas no lo había hallado muy gracioso. Extraña manera tenían algunos pasajeros de romper el hielo, pensó, pero mantuvo su sonrisa cálida y protectora, y luego anunció la cena para dentro de media hora.

–O más tarde –especuló McCulloch. De todos modos hay tiempo para un Martini doble.

–Para mí, whisky con hielo y agua –pidió David–. Traiga dos, por favor. –De este modo prevenían los dos cualquier lentitud en la atención. La chica estaría suficientemente ocupada con el montón de mujeres en el lado opuesto del pasillo, para no mencionar al niño que viajaba en el asiento detrás del de él.

La azafata se alejó, elegante y prolija con su uniforme bien planchado, el bonito rostro iluminado siempre por la bonita sonrisa. Con estos dos pasajeros no tendría dificultades, pensó. Las tendría, en cambio, con el chico y con su madre, sentados detrás de los dos hombres, o bien, quizá, con el grupo de mujeres de cierta edad, y aún nerviosas, que volaban por primera vez sobre el océano para visitar los cultivos de tulipanes en Holanda, los comercios de encajes en Bruselas y los castillos del Loire. ¿Qué serían, esos dos pasajeros? El mayor tenía aspecto de profesional, y había conservado su portadocumentos sobre las rodillas, diciendo que tenía que trabajar. Los abogados siempre trabajaban, aparentemente, y nunca lograban separarse de sus estudios. El otro había traído revistas, aunque ninguna con portada de colores brillantes, todas por el contrario, serias, y además, un par de libros de bolsillo.

Evidentemente, un lector. ¿Alguien dedicado a la enseñanza, o a publicar libros, o tal vez, un ejecutivo joven? Hoy en día nunca se podía saber por el aspecto, tampoco por la ropa que vestían. No era del teatro ni el cine, su pelo no estaba suficientemente revuelto, y usaba corbata. Tampoco un buscador de talentos. No tenía esa mirada que parece decir "¿Cómo serás desnuda?" que se detiene en cada punto del cuerpo de una chica. Pelo castaño claro, ojos oscuros, combinado todo con un tostado saludable. ¡Muuuy atrayente!.. *Molto simpático*. Lo único que no le había gustado en él era su sentido del humor. Cuba, nada menos... Cuando volvió con la bandeja llena de los diversos pedidos, notó que estaban presentándose mutuamente, pero aún no habían llegado a la etapa de conversar espontáneamente. Debían ser reservados, los dos. Bueno, eso nunca causaba dificultades. Ella, por lo menos, no tenía quejas respecto a ello. Se alejó rápidamente, con una sonrisa. Bastante que hacer en otra parte.

David estudió el whisky doble que le habían traído en un vaso, con soda, además, y agitó la cabeza. Nadie sabía escuchar, aparentemente. Esperaba que le tocaría la misma suerte a sus compañeros de viaje, pues todavía le preocupaba la posibilidad de que alguien oyese lo que conversara con McCulloch. Seguidamente examinó el lado opuesto del pasillo.

Allí las mujeres habían recobrado la voz. Discutían en pares, mientras saboreaban sus copetines de champaña, sus futuros, y dejaban caer nombres con total abandono: Chaumont, Chamboid; Chenonceaux, Cheverny. Y al diablo con la pronunciación correcta, pensó David, lo que contaba era el entusiasmo. ¿Pero, dónde estaban los maridos? ¿En vuelo de huida de la cultura? ¿En excursión de pesca? Sea como fuera, podía estar tranquilo respecto a la Sociedad de Damas en Pro de la Cultura. Estaban demasiado absortas en sus proyectos para oír a McCulloch.

Detrás de David, el muchachito levantaba su propia barrera. Con su discusión constante borraba cualquier otra voz a dos metros a la redonda. La voz de la madre denotaba una mujer joven y agotada, cuando era posible oírlo, y ello sólo cuando levantaba el tono. No prestaría ninguna atención a nada, salvo a la batalla con su hijo.

Delante de él, en cambio, se encontraba el único peligro para su seguridad de hablar sin que los oyeran. Era un peligro sumamente agradable de aspecto, debía reconocerlo. Una muchacha qué viajaba sola, sin nadie en el asiento junto a ella, que había subido a bordo delante de él. Cabello oscuro, liso y brillante, muy bien cortado. Era todo lo que había visto, excepto por la forma en que mantenía la cabeza erguida. Una figura esbelta vestida con pantalones y saco muy bien cortados también, que si bien ocultaba sus piernas, revelaba caderas bien formadas y una cintura fina.

McCulloch se quitó los anteojos, dobló el diario que había estado leyendo y lo dejó sobre sus rodillas. También él había estado estudiando la situación. –Podemos hablar –dijo en voz baja, y guardó los anteojos en un bolsillo.

David señaló con un leve gesto el asiento delante de ellos.

–Es Jo.

Durante unos instantes David se quedó mudo. Jo Corelli. ¡Bueno, bueno, bueno! ¡Qué buena ubicación! Mirando a McCulloch, comentó: –No me gustaría jugar al ajedrez con usted –seguidamente expresó cierta duda respecto a Jo. ¿Servirá para este trabajo?

El rostro serio de McCulloch se redondeó en su sonrisa cordial. Encaró la pregunta dejándola sin respuesta. Pero David pronto la conocería. –Bajaré en Amsterdam, conmigo. Antes usted tendrá ocasión de verla y oírlo. Debe estar seguro de poder reconocerla por teléfono. Memorice también su cara. Lo mismo respecto a Walter Krieger. Cuando pase por el pasillo camino al salón, se lo indicaré. Podrá seguirlo unos cinco minutos más tarde. Véalo y óigalo, eso es todo.

–¿Y dónde está Bohn? Supuse que estaría pegado a nosotros.

–Ya hizo su parte. No es necesario que venga.

–Estará presente al final, sin embargo. No podrá mantenerlo alejado de una buena historia.

–Sin duda.

–¿Así que estamos todos? Jo Corelli, Krieger, McCulloch y yo.

–Todos. Yo me quedaré entre telones, pero en contacto con todos ustedes. Krieger estará a mano, si llega a necesitarlo. Jo lo acompañará la mayor parte del tiempo.

–No estoy seguro de que eso me suene bien.

–Jo es muy capaz.

–No pensaba en Jo. Estaba preguntándome quién manda.– No quiero discusiones durante el viaje al oeste, eso es todo, se dijo.

–Usted. Usted toma todas las decisiones, elige los caminos más seguros. Y estará allí, todo el tiempo, hasta hacer nuestra... nuestra entrega a las manos que corresponde.

–¿Dónde?

–Se decidirá. Conocerá su punto de destino tan pronto como lo conozca yo. Y durante ese viaje, téngame al corriente de cómo van las cosas, o bien dígaselo a Jo. Ella me mantendrá informado, si usted no puede hacerlo. Aquí está mi número –añadió deslizando una tarjeta en la mano de David, junto con un sobre lleno de dinero, y aquí tiene para sus gastos. Mantenga contacto conmigo. Habrá alguien día y noche junto a ese teléfono. Y, ¿por qué Ginebra? –preguntó, anticipándose a la pregunta siguiente–. Es central. Buen servicio telefónico, buen aeropuerto, carreteras y trenes. Y tengo allí además dos miembros de mi personal completamente discretos y de absoluta confianza.

David resistió la tentación de mirar la tarjeta o el sobre, los guardó en un bolsillo seguro, y extrajo sus cigarrillos para justificar el haber buscado algo en su saco. –¿Puede darme una idea aproximada de cuánto tendremos que esperar antes de que deba iniciar el proceso de la entrega? –Aquél sería el momento de preocuparse, cuando estuviese ocioso en Viena, esperando y lleno de incertidumbre.

–Depende de su último concierto en Salzburgo.

–Una semana después de mañana, el miércoles. A las ocho de la noche.

–¿Dónde será?

–En el "Grosses Festspielhaus".

–Ah, el teatro grande. De etiqueta. ¿Seguido por cena, sin duda?

–Si, había convenido en encontrarme con unos amigos...

–Entonces dejemos mi idea, y puede partir de Salzburgo por la mañana.

–Puedo cancelar mi compromiso de cenar.

–No, no. Deje todo como está, y no despierte la curiosidad de nadie. Pero a la mañana siguiente, llévese sólo las ropas necesarias, viaje liviano, y deje el resto en Salzburgo para reclamarlo más tarde. O bien disponga que lo manden a Londres o a París, lo que le venga mejor. Es mejor que alquile un auto en

Salzburgo por una semana. Y cuando llegue a Viena, pare en el Sacher. Tendremos un cuarto reservado con anticipación. A su nombre. Así Jo sabrá cómo comunicarse con usted. Ella le dará más detalles de todo lo que hemos podido organizar hasta ahora. Tendremos una semana activa, preparando todo.— McCulloch le dirigió otra de sus sonrisas inesperadas, y sus ojos relucieron frente a las perspectivas que le aguardaban. Inmediatamente recobró su aspecto habitual de hombre de negocios. Pasará una noche en el Sacher. Prepárese para partir a la mañana siguiente.

—¿Tan pronto? ¿Está seguro? —le preguntó David. Si McCulloch no tenía más que ocho días para preparar todos sus planes, el grupo de la resistencia encargado de ayudar a Irina a llegar a Viena, en cambio, seguramente necesitaría más tiempo. Las huidas llevaban preparativos. Habría demoras, postergaciones.

—Ya salió —dijo McCulloch en voz muy baja.

¿Irina? ¿Fuera de Checoslovaquia? David miró a McCulloch con los ojos muy abiertos pero en seguida se repuso del asombro.

—¿Cuándo?

—Ayer.

—¡Gracias a Dios! —murmuró David.

—Está a salvo. Y esperando.

—Mire, yo no puedo cancelar nada de lo que hay la semana próxima. Tengo que estar en Salzburgo. — La voz de David se mantenía baja, pero estaba enojado.

—No le pedí que cancelara nada.

—Pero no me gusta la idea de que esté en Viena más de una semana.

—No estará sola. La mantendrán escondida, en alguna casa. Deje de preocuparse por cosas que no podemos cambiar. Seguiremos nuestro programa de acción. —La boca de McCulloch se había apretado visiblemente.

David le dijo con amargura: —Se nos adelantaron, ¿no?

—Alguien se adelantó. Le dieron la noticia a Bohn esta mañana cuando comunicó por teléfono nuestro acuerdo.

—Apuesto que la noticia le causó un buen choque.

—Su ego quedó un poco herido, Pero pronto se repuso. Es un hombre muy resistente.

De pronto los pensamientos de David se desviaron por otro rumbo. Los amigos de Irina debían haber estado bastante seguros de que nosotros acudiríamos. ¿Qué los había llevado a actuar? El enfoque

inicial de Bohn, sin duda. Optimista y confiado, ése era Bohn. –Por Dios dijo nuevamente al comprender el significado de la noticia. ¿Qué habría ocurrido si hubiera rechazado el pedido anoche?

–Hubiéramos seguido buscando denodadamente quien lo reemplazara. Y al finalizar esta semana habría estado de rodillas rogando a los profesionales que me prestaran algunos de sus genios. –Al pensar en lo que hubiera sido, posiblemente, la respuesta, McCulloch movió la cabeza.

–¿Aun entonces se habrían negado? –¿Qué era lo que había transformado a Washington en un montón de gelatina?, se preguntó David y miró con resentimiento a McCulloch, quien se limitó a levantar su diario y a ofrecérselo, señalándole al mismo tiempo un largo comunicado en el cual había rodeado un párrafo con su lápiz.

David tomó el diario y leyó un despacho de la agencia Reuter desde Praga, fechado el día anterior, cuyo título era: COMIENZAN DOS JUICIOS MAS POR SUBVERSION EN CHECOSLOVAQUIA. Empezó a leerlo, pero no llegó más allá de la primera oración. Se acercaba el carro con la cena.

–Guárdelo para el café –le propuso McCulloch.. Léalo con cuidado. Puede que le aclare ciertas cosas. De cualquier manera la carne asada fría no merece comerse.

La azafata se disculpó. –Lamento que haya sido una media hora un poco larga.

No lo bastante larga; pensó David, y dejó a un lado el periódico de mala gana.

–Apenas me di cuenta de la demora dijo McCulloch, el ex diplomático. Creo que el señor y yo podríamos compartir una botella de Burdeos –y volviéndose cortésmente hacia David, le preguntó: ¿Quiere?

David reflexionaba, mientras retiraban los platos, que McCulloch se había ganado otro punto. Su conversación privada con David había sido oportuna en cuanto al momento en que tuvo lugar, ya que ahora, servida y consumida la cena, había un silencio satisfecho entre los dos, una tendencia general a prepararse para descansar durante la noche, y el activo intercambio vocal y las risas habían cesado. Hasta el chico, después de unas protestas finales, se había dormido.

Manipuló el foco para la lectura en el techo y levantó el periódico. Pero desde el asiento delante del de él la muchacha habló a la azafata cuando ésta pasó por el pasillo luego de una breve visita a los pilotos. Se había puesto de pie mientras hablaba con la azafata. –¿Así que estamos en horario? Muy bien. Llegaremos entonces a la hora prevista. ¿Cuál es el informe del tiempo? –La azafata le aseguró que era normal.

–¡Magnífico! –dijo la muchacha, y abandonando su asiento, se volvió hacia la parte posterior del avión, lo que permitió que David le viera bien la cara–. Terminó el ruido, creo –añadió dirigiendo una mirada al niño dormido, y la azafata sonrió a su vez. Dicho esto Jo se encaminó hacia el lavatorio de damas.

¿Muchacha? De haber pertenecido al movimiento de Liberación Femenina e insistido en que la llamasen por el título neutro habitual entre ellas, le habría molestado que la describiesen como

"muchacha". Pero, pensó David con su espíritu de superioridad masculina, tal vez sería mejor llamarla una mujer adulta que se acercaba a la treintena, y podría ser que fuese más lista e inteligente que él, ya que McCulloch, ese viejo astuto, nunca habría elegido una chica bonita con cerebro de mosquito para la misión. Rostro ovalado, piel suave y pálida y buena estructura ósea. El perfil le había parecido nítido y bien trazado. Ojos grandes, pestañas oscuras, cejas cuidadosamente delineadas, el conjunto sumamente agradable bajo los brillantes cabellos negros. No olvidaría esa cara, ni tampoco la voz. Bien modulada, ni ronca ni áspera, registro medio, con un rastro de algo que no era puramente norteamericano. ¿Inglés? Un levísimo dejo en las vocales, pensó, con algo de italiano, como su apellido lo indicaba, en la fluidez de ciertas sílabas. Por lo menos, si comenzaba a darle órdenes, su voz no aumentaría su fastidio. Esperemos que no sea autoritaria, se dijo. Esperemos que el nivel de comando se mantendrá en partes iguales. Tenía sus dudas. Jo era decididamente una mujer competente. La forma como se había comportado en todo momento era sumamente hábil.

Volvió a su diario. McCulloch había extraído unos papeles de aspecto legal de su porta documentos, se había puesto los anteojos, luego destapado su lapicera, y aparentemente estaba absorto en su trabajo. David comenzó a leer. No le llevó mucho tiempo terminar de examinar el despacho de Reuter, cuyas cuatro columnas abarcaban aproximadamente la cuarta parte de la hoja del diario, de dimensiones normales. El título era algo ambiguo. Los "Dos Juicios Más" se referían, en realidad, a dos lugares diferentes, Praga misma y Brno, ciudades en las que una serie de juicios, cada uno contra grupos de comunistas de las facciones más liberales, venían realizándose desde la semana anterior, y continuaban aún. Los acusados eran en su totalidad universitarios: médicos, historiadores, un filósofo, dos ingenieros, un sacerdote, abogados. Los habían arrestado en el mes de noviembre, antes de las elecciones checas, por haber distribuido panfletos que recordaban a los ciudadanos sus derechos constitucionales al voto. Algunos, además, habían otorgado entrevistas a periodistas occidentales. Podrían recibir condenas de hasta diez años de cárcel. Podían ser, según el párrafo marcado por el lápiz de McCulloch, una tentativa "de eliminar de una vez por todas los últimos restos de oposición política activa. El hecho de que ésta se halla en evidente disminución surge de otro, el de que durante los meses que precedieron a los juicios los corresponsales del Oeste recibieron mucho menos información que la habitual del movimiento de oposición clandestino". Había asimismo otro detalle interesante. El jefe del momento del partido comunista, actualmente con el control del gobierno, estaba tratando de mantener los juicios en un nivel mínimo de publicidad, de no perturbar la calma general en el país, y de no dar ninguna oportunidad a los partidarios de la línea dura "de intervenir con la proposición de medidas más severas".

Aquí hay un indicio oculto, se dijo David, en cuanto a la forma en que están actuando nuestros organismos de informaciones, si bien él no alcanzaba a establecerlo. Leyó nuevamente el despacho. El indicio estaba allí, pero seguía escapándosele.

Con todo, había aprendido algo. Había cuatro agrupaciones políticas en Checoslovaquia. Primero estaba la minoría en el poder, gente del centro que trataba de mostrar a Rusia que todos eran buenos



comunistas, y para ello señalaban su propia eficacia en la tarea de mantener la disciplina. Segundo, había una mayoría, ahora fuera del poder, tan liberal pero no tan osada como Dubcek en la primavera de Praga de 1968, a quienes se disciplinaba para persuadirlos de que debían mantener la cabeza inclinada. Tercero, había el grupo de fondo, los de línea dura, los neostalinistas, "listos para adoptar medidas más severas", lo cual significaba la toma del poder y las tácticas de choque. Ellos sabrían llevar a cabo juicios mejores y más grandes, espectáculos preparados con acusaciones de traición, exactamente como antes. Y cuarto, existían los no comunistas y los ex comunistas, posiblemente el grupo más reducido de todos y actualmente relegado al silencio; por lo menos en el despacho de Reuter se les restaba toda importancia: *"durante los meses que precedieron a los juicios los corresponsales del oeste recibieron mucho menos información que la habitual del movimiento de oposición clandestino"* –

David dobló el diario y lo colocó junto a McCulloch. Cerró los ojos y buscó la clave del problema. La resistencia clandestina no había muerto, pues de ser así Irina no podría haber llegado a Viena sana y salva. Pero a la vez estaba actuando con gran cautela y evitando toda publicidad manifiesta. Los organismos de informaciones norteamericanos e ingleses se mantenían al margen del movimiento de oposición checo. ¿Dónde estaba la clave? ¿No había ninguna conexión entre los gobiernos occidentales y la clandestinidad checa? ¿No existía ninguna posibilidad de dar a los comunistas de la línea dura una excusa para sus juicios altamente publicitados y para tomar el poder con el fin de asegurar una disciplina total? Indudablemente los juicios más grandes y mejores requerían evidencia sensacionalista, elementos que mantuvieran distraído al mundo y silenciases toda objeción de su parte. "Seguramente" se debía llevar a la gente a afirmar, "seguramente son culpables, vean cómo la CIA está detrás de todo. Es vergonzoso cómo crean dificultades y luego dejan a los pobres ingenuos soportar las consecuencias" – Todo lo que verían sería los resultados de la tortura, los arrestos, las purgas extensas, las condenas a trabajos forzados a perpetuidad, cuando no la ejecución. Nunca conocerían el verdadero motivo de todo. Éste quedaría oculto bajo un lodazal enorme de propaganda. Lo cual, desde luego, era exactamente lo que deseaban los comunistas de la línea dura. Todo ello facilitaba sus maniobras para la toma del poder.

Bueno, esta vez, pensó obstinadamente, no les haremos el gusto a los organizadores de la propaganda. Somos un grupo exclusivamente civil. Miró a McCulloch, quien estaba observando el pasillo, y casi dijo en voz alta: "Retiro lo dicho. Tengo la clave. Es mejor que Washington se mantenga al margen de todo esto" – Se contuvo, no obstante, diciéndose que era posible ser un aficionado pero a la vez dar por lo menos la impresión de ser profesional. Y en ese mismo instante sintió el codo de McCulloch en su costado.

Un hombre de aspecto sólido y mejillas sonrosadas pasaba por el pasillo. David anotó mentalmente: espeso cabello gris, bigote también espeso, cejas gruesas, y un saco de tweed liviano de tonos neutros. ¡ Así que aquél era Walter Krieger! Llevaba una pipa en la mano y un libro bajo el brazo. No miró ni a derecha ni a izquierda.

Cinco minutos de espera. Al cabo de este período David dijo:

–Creo que voy a estirar las piernas –y se abrió paso entre los pies de McCulloch. Jo volvía a su asiento. Se apartó para dejarla pasar, oyó su "Gracias" y avanzo.

En el salón de primera clase, sumamente reducido, había cinco hombres y tres mujeres y la consabida inspección general de cada recién llegado. David ocupó un asiento, sonriendo a los presentes, y pidió un whisky. –No –decía Walter Krieger a un hombre sentado junto a él–. No vivo más en Nueva York. Voy sólo de visita.

–Yo también vengo del centro de Estados Unidos. Plásticos. Es mejor que vidrio o porcelana. Hay un gran mercado para los plásticos en Europa. Nuevo. Es lo que les gusta, algo nuevo. Apenas podemos cumplir con el volumen de pedidos.

–Me alegro –comentó Krieger. Tenía una voz profunda, grave, llena de resonancia. Si alguna vez la elevara a su máximo volumen, pensó David, seguramente sería capaz de hacer estallar las paredes del aeroplano. Un hombre físicamente fuerte, de cerca de cincuenta años, tal vez, pero posiblemente en mejores condiciones de salud y resistencia que todos en aquel salón. No era alto. De talla ligeramente inferior a la mediana, pero con buena musculatura y contextura firme. Tenía una cabeza magnífica, que se veía imponente tal vez porque era más bien bajo. Perdón, le dijo David para sus adentros, no eres tan bajo, un metro sesenta y ocho quizá, con un contorno de pecho que avergonzaría al hombre de los plásticos. Buena parte del contorno de plásticos se había instalado alrededor de su cintura. No parecía mala persona, en cambio, con su cara infantil y su espontaneidad.

–Sí –decía ahora–, hay un gran futuro en los sintéticos. Contamos con el mundo. Lo único que necesitamos es paz, ¿no es verdad? Pero llegará, llegará.

–Ojalá –comentó Krieger.

–Voy a Viena. Luego a Checoslovaquia si todo sale de acuerdo a los planes. Nunca se sabe. Con todo, ofrecen un mercado en plena expansión. Podemos utilizar sus cosas...

–¿Como vidrio, por ejemplo?

–Bueno, eso... y otras cosas. Y ellos pueden usar las nuestras. Me dicen que están llenando de mercadería sus almacenes de comestibles. No hay escasez. Hay que mantener feliz al pueblo.

–Evidentemente es un buen mercado.

–Es la vida de los negocios. ¿Qué trabaja usted?

–Chocolate.

–Ah, sí. ¿Está con una firma extranjera? ¿O bien nuestra?

–Nos amalgamamos hace unos años.

–¿De manera que usted es el representante europeo?

–Quizás ésa sea una calificación algo ambiciosa.

–¿Dónde tienen la oficina central?

–Vevey.

–¿Suiza? ¿Y por qué va a Viena? ¿Dijo que iba allí, o me equivoco?

–No –repuso Krieger–. Voy a Viena. Varias veces por año. Austria también elabora buen chocolate.

–¡No me diga! Bueno, ¿qué piensa de las probabilidades de McGovern? ¿O bien es partidario de Nixon? Usted vota desde Suiza, seguramente. ¿Con voto de ausente, o algo semejante?

–Me arreglo para estar en Estados Unidos cuando hay que votar.

–Si quiere saber lo que pienso –Krieger no quería, pero el hombre de negocios del centro de su país siguió hablando. No era uno de la mayoría silenciosa, pensó David mientras apuraba su whisky. Los viajes aflojaban la lengua de mucha gente. Siguió escuchando la mezcla de voces (hija, ni reconocerías Acapulco... Me pregunto qué estará tramando St. Laurent para esta temporada... Personalmente, siempre me gustó Jamaica...Y el promedio de Dow Jones...Munich realmente ha gastado para la Olimpiada...¡Dos cincuenta la platea, cinco dólares los dos, y siempre nos vamos por la mitad! Pero, ¿qué es de la vida de...?). Antes de que lo envolvieran en la conversación David se levantó y se retiró silenciosamente. Pero ahora Walter Krieger era más que un hombre.

McCulloch había terminado su trabajo. El portadocumentos estaba cerrado. Había desaparecido el diario, junto con los documentos legales. Estaba profundamente dormido. Aparentemente Jo también se había dormido, como asimismo las señoras de los castillos y el chico. Otros estaban mirando la película, con los audífonos puestos. Era una película que había visto él mismo en un preestreno en Nueva York, dos semanas atrás, y aun cuando no había pagado dos cincuenta por la platea, también se había retirado. ¿Qué era de la vida de...?

Tampoco tenía ganas de leer. Se sentía inquieto. Cerró los ojos, se preguntó sobre qué parte del Atlántico volaban. Envidiaba a McCulloch por su calma indestructible, y cuando por fin dejó que los pensamientos pasaran por su mente en forma desordenada, sin darse cuenta de ello, se quedó dormido.

Cuando despertó, era hora de ajustarse los cinturones para el descenso en Amsterdam.

## CINCO

David llegó a Salzburgo agitado por pensamientos inquietos y por emociones contradictorias. Una vez allí debió luchar consigo mismo durante tres horas, y por fin, mientras se afeitaba antes de vestirse para la función de apertura del festival, *Figaro*, llegó a una decisión. Tenía dos trabajos que realizar, uno para el "Recorder", y el otro para Irina, cada uno totalmente separado del otro. En vista de ello era necesario mantenerlos igualmente separados en sus pensamientos. Durante los próximos días estaría sumergido

en la música, y cuando eso hubiese terminado, se encontraría en el viaje hacia el oeste. Si no actuaba de este modo, si seguía preocupándose por una actividad y luego por otra como venía haciéndolo desde hacía veinticuatro horas, escribiría un material crítico totalmente sin valor y terminaría en Viena contrariado y furioso. No era éste el mejor estado de ánimo para emprender una misión delicada.

El viaje tendría, además, sus problemas. Estaba seguro de ello. El marido de Irina no permitiría que se alejasen de Viena sin oponer resistencia. Seguramente su yo masculino, por así llamarlo, se sentiría muy satisfecho si lograba arrastrar a Irina de regreso a Checoslovaquia. Jiri Hrádek podía haberla repudiado públicamente por razones personales o políticas, pero nunca él perdonaría el insulto final de escapar de sus agentes de seguridad. Los agentes eran hombres duros, disciplinados y aplicados, y tan escurridizos como cualquier otra policía secreta. ¿Cómo diablos se las había arreglado Irina? David se lo preguntó por centésima vez. Bueno, basta ya, se dijo perentoriamente, has tomado tu decisión y ahora la cumples. No pienses en Irina, pues si piensas en ella te cortarás con esa navaja nueva y llegarás a Grosses Festspielhaus con la camisa llena de sangre. Está bien segura, después de todo, ¿no? Está bien escondida, y posiblemente, corre menos peligro ahora que el que correrá cuando suba a tu automóvil.

Terminó de afeitarse y empezó a vestirse, leyendo al mismo tiempo las notas del programa de esa noche, tareas que invariablemente combinaba en una sola.

La rutina conocida actuaba como relajador. Se había dominado y había terminado la discusión consigo mismo cuando salió a la calle concurrida frente al hotel y se unió a la procesión incesante de gente, parejas, personas solas, grupos reducidos que se encaminaban por el puente hacia la Ciudad Vieja. Era una multitud tranquila, con jóvenes, así como también gente de edad mediana y bastantes veteranos de edad, todos hablando en voz baja y sonriendo, las mujeres vistiendo sus vestidos largos más sentadores cuyas largas faldas se arremolinaban con la brisa del río en torno a los zapatos de raso, prestando su nota extravagante en pleno día. Pero había más que ropas sentadoras. Esa gente conocía su música y había viajado largas distancias para oírla. Nadie parecía sentir tedio, tampoco. Había un tono de expectativa en sus voces, de excitación en el aire, mientras las altas cúpulas y torres de Salzburgo daban la bienvenida a los peregrinos de sus calles angostas y tortuosas. Aquí, pensó David, existe otro mundo. ¿Irreal? De ningún modo. Había vivido sus siglos de peligros y desesperación. Y aun, sólo treinta años atrás, había tenido sus cráteres de bombas y sus llamas, sus pilas de escombros y sus cenizas frías. Esto era realidad más que suficiente para cualquiera. De pronto pensó, en retrospectiva, en uno de sus rivales del personal del "Recorder", alguien recientemente incorporado que era ferviente admirador de los festivales de "rock". (Tendría dificultades con ese hombre, pues sospechaba que estaba detrás de su propio puesto.) Bueno Woody, le dijo, ahora puedes comerte todas las subculturas que puedas tragar. Yo me quedo con la civilización.

Y con este último pensamiento entró en el inmenso hall, se abrió paso entre la gente allí congregada y divisó a dos amigos esperando al pie de la gran escalera. Les hizo un saludo y atrajo su atención.

Sonrisas abiertas, afectuosa bienvenida. No sólo se había dominado totalmente. Era el hombre normal de siempre.

Los ocho días habían pasado ya. Los últimos informes musicales estaban ya en camino por vía postal, dirigidos al editor del "Recorder". Le entregarían el automóvil alquilado frente a la puerta del hotel. En la portería estaban seguramente sumando la cuenta. David había preparado su equipaje, y luego de haber entregado la valija en depósito al portero. Había guardado en otra, más fácil de transportar de un lado a otro sin ayuda, toda su ropa de uso diario. Tenía los mapas ruteros, que había recogido el día anterior en la agencia de automóviles, extendidos sobre la cama junto con su propia guía turística de Austria, en cuya contratapa posterior había un buen plano de Viena. Todo esto David lo estudió detenidamente mientras esperaba el llamado desde la portería.

Sonó el teléfono. –¿Sí? –preguntó, aún calculando kilómetros: como ciento setenta millas por la autorruta que llevaba directamente hasta los suburbios de la ciudad. No pasaba por las pequeñas ciudades y poblaciones. El tramo llevaba pues unas tres horas, tal vez menos, si viajaban mientras la mayoría de los automovilistas se detenían para almorzar. Debía calcular media hora, por lo menos, para cruzar las doce millas de suburbios y calles hasta llegar al corazón de Viena—. ¿Sí? –repitió, al advertir que su locutor no era el empleado de portería anunciando la llegada del automóvil—. Soy Mennery.

–¡Encantada! –dijo una voz femenina—. ¿Te desperté?.

–No, estoy listo para partir.

–Pensé que todo el mundo dormía hasta las once en Salzburgo después de una noche movida. Por suerte llamé temprano. Hay un pequeño cambio de planes.

Era Jo Corelli, sin ninguna duda. De la sorpresa pasó a la preocupación. –¿Sí?

–Nada para preocuparse. Es muy pequeño. Estarás manejando desde el oeste, de modo que una vez que la autorruta termina podrías atravesar el Wienerwald. Podría encontrarte en algún punto allí. Nombra un lugar.

–¿Por qué no Grinzing? –David había pretendido hacer un chiste. Era una aldea de "Había una vez..." semisumergida ahora en la extensión de los suburbios vieneses, una atracción para los turistas muy conscientes de su color local.

Pero Jo aceptó inmediatamente. –Perfecto. Para mí no puede ser mejor.

–¿Un escenario de masas como ése? –No era muy del estilo de ella, se le ocurrió.

–Para cuando llegues allí, la mayor parte de la gente habrá terminado de almorzar y partido. Todo lo que encontraremos será unas cuantas camareras agotadas y otros tantos posavasos de cerveza sobre las mesas. Hay un lugarcito muy pintoresco exactamente sobre la línea del tranvía. Persianas verdes, geranios rojos... Sí, pienso que estará muy bien. Se llama algo así como el "Alegre Campesino", o algo

muy parecido No puedes dejar de verlo. Hay una parada de tranvía exactamente frente a la puerta, y una playa de estacionamiento a un costado Muy simple. Llegarás allí a las dos, más o menos y...

–Con media hora más de margen –interrumpió él. Estaba llena de instrucciones, esta chica.

–Estaré catando vino debajo de las parras en el jardín del fondo. Es un vino potente, de modo que no llegues tarde.

–No, señora –replicó antes de que cortara la comunicación.

Maldición, se dijo mientras recogía sus mapas y su guía y los guardaba en la valija. El teléfono sonaba otra vez, pero ahora fue un breve llamado de la portería. –Ya bajo –dijo. Miró rápidamente a su alrededor por toda la habitación. Era increíble cómo llegaba a acostumbrarse uno a un cuarto después de ocuparlo ocho días; y por fin se puso en marcha.

El trayecto sin curvas hasta los suburbios de Viena había sido fácil. El corto desvío hacia Grinzing, en cambio, fue más complicado. David sintió cierta satisfacción al lograr llegar a las dos y cinco. Estacionó el auto, se refrescó un poco en un baño desordenado por los desechos dejados por los turistas, y se encontró en el jardín al fondo de la hostería. Jo estaba allí, como le había prometido, con un aspecto descansado y despreocupado, con su sencillo vestido blanco. Por una extraña circunstancia no se la veía fuera de lugar allí, sentada bajo la glorieta de viñas con el sol jugando suavemente entre las hojas del follaje. El jardín era grande, con mesas ubicadas muy cerca las unas de las otras. Sólo alrededor de la mitad estaban ocupadas a esa hora, y ninguna cerca de Jo. Tenía delante un vaso grueso lleno hasta la mitad y una garrafa de vino blanco empañada por el calor del día. La garrafa estaba casi llena, según pudo observar David al acercarse. Bueno, pensó, no era necesario disculparse, no debía hacer mucho que había llegado.

–Muy bien calculado todo –le dijo estrechándole la mano brevemente–. Y felicitaciones por la mesa –inmediatamente su sonrisa dio lugar a una expresión sorprendida. Jo seguía teniéndole la mano.

–Lo considero necesario –le explico. La camarera no te perdonaría nunca que no fueses demostrativo. Ella me ayudó a conseguir esta glorieta. Estaba empezando a preocuparse por mí. Es muy sentimental, la pobre mujer.

–¿Y qué le dijiste para conseguir esta mesa? –preguntó David apretándole la mano. Si iban a estar de la mano, él tendría la iniciativa, decididamente. Se deslizó luego en el banco junto a ella–. Avísame cuando se te acalambre.

–Tengo que comer –dijo Jo retirándola. Le comida llegaba ya en una fuente enorme en equilibrio sobre el hombro de una rubia madura Y opulenta vestida de traje tirolés.

–¿Tan pronto?

–Me tomé la libertad de pedir –dijo Jo. Le dije que tendrías hambre. Además, no quedaba ya mucho que elegir. Cerdo o ternera. Elegí ternera. ¿Está bien? Conviene terminar con esta parte, para poder conversar luego tranquilos. ¿Cómo fue el viaje?

–Bien. –Estaban ubicando delante de David un calentador para fuentes y encendiendo una vela debajo.

–¿Y la música?– ¿De la calidad habitual? –la fuente quedó apoyada sobre el calentador, una fuente grande llena de ternera a la vienesa.

–Decididamente sí. –En aquel momento Salzburgo parecía sumamente lejano. Les dejaron una ensaladera llena de pepinos cortados en rebanadas flotando en un aliño especial. Rebanadas de pan negro. Otro vaso grueso con su correspondiente garrafa.

–¡Mi querido –le dijo Jo–, verdaderamente es maravilloso verte! Si su intención había sido desviar la atención de David de la velocidad con que los servían, lo consiguió plenamente. David sonrió como correspondía, mantuvo los ojos fijos en el rostro de ella y esperó que la camarera interpretara su actitud como amor. Golpes de platos pesados, tintineo de cuchillos y tenedores, ruido sordo de dos pequeñas servilletas a cuadros depositadas sobre la mesa por la camarera, y por fin, con una última mirada afectuosa y comprensiva y una expresión de deseo de que comieran muy bien, ésta se alejó, y quedaron solos.

–¿Qué le dijiste sobre nosotros? –insistió David ¡No me digas que estoy robándote de un marido celoso!. Tal historia habría estado dentro de la mejor tradición de las operetas vienesas, y a Viena le encantaba su Strauss.

–No tuve necesidad de decir mucho –dijo Jo, con aire inesperadamente confuso–. Me limité a bajar los ojos y ruborizarme un poco.

David tuvo de pronto una sospecha. –¿Cuánto tiempo estuviste esperándome?

–Bueno... Quería asegurarme de conseguir esta mesa, y además todavía había mucha gente.

–¿Cuánto? –repitió él.

–No, sólo media hora. Tal vez un poco más. Verás, no puedo calcular muy bien mi llegada. Por lo tanto... –aquí se encogió de hombros.

Si era así, era lo único que no hacía bien. –Oye –le dijo con cierta aspereza–. Sé servirme muy bien. Prueba tu plato primero.

– Señor Mennery, estamos en la patria de las mujeres sometidas. Tranquilízate y disfruta mientras puedas.

David bebió un buen trago de vino. Algo dulce, pero a la vez liviano y agradable.

–Es traicionero –le advirtió ella–. Es extraño cómo un vino joven, prácticamente recién salido de las prensas, puede tener mucho más efecto sobre uno que otro más añejo.

–Aparentemente lo toleras muy bien. No te has comido ni una consonante.

Jo se mostró ofendida. –Tomé exactamente medio vaso.

A pesar de sí mismo el comentario le divirtió. –Entonces eres mágica, si pudiste retener esta mesa tres cuartos de hora por el precio de una garrafa chica de vino.

–Es la segunda. Vacíe la primera detrás de la silla. No hay peligro. No me vio nadie. Además, no le hará mal a las raíces de la parra.

Él rió abiertamente:

–No, no le hará ningún daño. Probablemente, realzará el aroma de la próxima cosecha de uvas.

–Nuestra camarera está encantada –le informó ella seguidamente–. Cree ahora que casi te he perdonado por haberme hecho esperar.

–¿Es tan importante? –preguntó él, todavía divertido.

–Todo el mundo es importante. Y mucho más en este jueguito que estamos haciendo.

¿Jueguito? ¿Era eso para ella? ¿Algo para romper la monotonía de sus actividades sociales? ¿Algo novedoso, algo diferente? Se contentó con el fino escalope pasado por huevo batido y pan rallado. Siempre eran sabrosos en Austria, y además, fáciles de digerir.

Jo estaba estudiándolo. –Lamento que no les hayan puesto anchoas. Deben haberseles terminado. Pero ponte contento. La música con guitarras no empieza hasta la noche.

–Me gusta la música con guitarras en el lugar de origen.

–A mí también –dijo ella–. Me gusta todo esto. Pero sólo de vez en cuando –y luego añadió rápidamente–, no como régimen permanente.

Como el juego que estamos jugando ahora, pensó él.

–¿Rompe la monotonía?

Jo había sentido algo en su voz, porque frunció el ceño; le sirvió ensalada de pepinos y no dejó caer ni una gota del aliño sobre la ropa. –Una razón por la cual nos encontramos fue una idea que tuve. Pensé que sería útil que nos conociéramos un poco antes de empezar con nuestro trabajo mañana por la mañana.

No era mala la idea, debió reconocer David. –¿Qué otras razones? –preguntó.

Bajando la voz, Jo repuso: –Tuvimos que cambiar los planes. Lo siguen a Krieger.



David la miró atentamente, mientras ella seguía hablando en voz baja, con tono tranquilo y pausado. – Tuvo que salir pues del hotel Sacher y me dijeron que no me comunicase contigo allí, de manera que no podemos tener esa reunión en tu cuarto esta noche, como habíamos planeado. Está aún en Viena, desde luego, vigilando las cosas, pero trata de que no lo vean mucho... Hasta llamó a Bohn a Viena.

–¿También Bohn aquí?

–Desde esta mañana. Y encantado de ayudar. Estuvo en Londres el fin de semana pasado, tratando de persuadir a mi tío George y a Hugh McCulloch de que le permitieran acompañarlos al feliz encuentro de Jaromir con su hija. Es toda una noticia y Mark Bohn está empeñado en obtenerla como primicia. –Jo rió suavemente–. Imposible contener a un buen periodista. Invariablemente aparece.

–¿Qué hará Bohn aquí? ¿Viajar con nosotros?

–No –repuso ella moviendo la cabeza–. Krieger lo necesitaba para que le hiciera dos llamados telefónicos. Al número que dio Irina a Bohn en la carta que le escribió. ¿Recuerdas?

Como si pudiera olvidarlo. –¿Él pasó la identificación Janocek?

–Exactamente.

–¿Por qué *dos* llamados?

–Krieger es cauteloso. El primero es para avisar a Irina que se prepare para partir. Además es para averiguar cuánto tiempo necesitarán sus amigos para llevarla en automóvil desde el lugar donde está escondida hasta la Ópera.

La Ópera de Viena estaba en un lugar céntrico, con bastante circulación de tránsito a su alrededor y calles concurridas que desembocaban allí. El Sacher estaba muy próximo, en realidad, detrás de la Ópera. Esto facilitaba las cosas, pensó David, no corría peligro de perderse en las calles de Viena cuando fuese recoger a Irina.

–Te explicaré –le dijo Jo–: no tenemos la menor idea de dónde está Irina, si está dentro o fuera de la ciudad, por ejemplo. Por ello la única forma es...

–Comprendo. El tiempo que ellos calculen nos dará una base para nuestros propios cálculos, y podemos llegar al punto convenido casi al mismo tiempo, si tenemos suerte: Y supongo que el segundo llamado de Bohn es para dar a Irina la hora exacta en que debe partir hacia la Ópera.

–Hará el llamado mañana por la mañana y le dará cinco minutos para que parta. Pero sus amigos no la llevarán al Sacher. Es demasiado visible. Se les dirá que la dejen en la Ópera, y sólo hay una cuadra corta hasta...

–¿... el hotel? ¿Va a caminar hasta encontramos a nosotros? ¡Es una locura, una locura total!

Jo señaló fríamente: –Lejos de ello. No entrará en el hotel. Entrará en el café por la entrada que da a la calle. Y allí la verás.

–Mira, sería más fácil y más sencillo que estacionase el auto mañana frente a la Ópera y esperase hasta ver a sus amigos dejarla en la esquina... podría avanzar muy lentamente, y entonces...

–¿Estás seguro de poder identificarla a cierta distancia? No estará vestida como tú la recuerdas.

David vaciló. –Que Bohn les dé instrucciones precisas sobre dónde tienen que hacerla bajar del auto. Yo estaré en ese mismo punto. –Y con un profundo suspiro, añadió–: Y la reconoceré si estoy suficientemente cerca como para verle la cara.

–Lo harás en el café.

–¿Por qué allí? –preguntó él irritado.

–Porque tienes que cerciorarte bien de que es Irina, y no alguien que pretende ser ella, una chica de la policía secreta checoslovaca que sea una buena imitación de la última fotografía de Irina. La he visto. Krieger tiene una copia, pero yo no podría decir si es auténtica o no. En cambio tú lo sabrás, ¿no?

–Si –repuso David por fin–. Lo sabré. Se produjo otra pausa. Y si no es Irina... ¿qué?

–La dejas. La dejas sentada junto a la mesa del café. No queremos saber nada de esta tentativa de escape a menos que sea la que buscamos.

–¿Me levanto, simplemente, y me voy? –preguntó él con tono de incredulidad–. O bien, digo: ¡Qué diablos, eres una falsificación! ¡Busca el camino a través de la frontera!

–No te levantas, porque no estarás sentado. Déjame explicarte... –aquí se detuvo al ver que se acercaba la camarera. Más tarde. Tengo además otras instrucciones para ti.

Te apuesto a que las tienes, pensó David.

–Éstas son de Hugh McCulloch –señaló Jo con ojos sonrientes. Dejemos el "strudel" y tomemos litros de café. ¿De acuerdo?

–De acuerdo –asintió David. ¿Acaso podía decir otra cosa? Notó, sin embargo, que ella lo dejaba pedir el café–. ¿No dijiste que McCulloch estaba en Londres el último fin de semana? –preguntó cuando se llevaron la comida. La camarera se había alejado agitando la cabeza al ver el poco apetito que tenían, y David abrigó la esperanza de que lo atribuyera al amor no correspondido (Acto II, Escena 3).

–Sí. Todos los planes están completos por el lado de tío George. Hugh está ahora en Ginebra.

–¿Vamos allí después de Viena? –Central, la había llamado Hugh McCulloch. ¿Pero Kusak podría haber elegido Ginebra como lugar de exilio? Demasiados refugiados ya allí.

–No sé.

–¿Todavía no sabemos?

–Tú y yo no lo sabemos. Es una medida de precaución. Tío George vive obsesionado por la seguridad.

–¿Tío George? ¿Te refieres a Sylvester, editor de Kusak?

–Sí. Y además, es mi tío.

Aquella era una leve sorpresa. –De manera que fue así como te contrataron. Me lo preguntaba. – Todos somos amigos de Jaromir Kusak, había dicho Hugh McCulloch. ¿Conoces a Kusak?

–Sí.

–¿Lo conoces personalmente?

–Sí. en Londres, cuando estuvo como huésped de tío George hace cerca de cuatro años. Pero éste es el tipo de anécdota que podemos reservar para más tarde. Ahora, debo repetirme todas las instrucciones de Hugh. Y en el orden correcto, además –Jo revolvió su café, se permitió una cucharadita de crema batida dentro de él–. Bueno, ¿dónde estaba? Realmente, sueles ser desconcertante.

Lo mismo digo de ti, pensó David, pero sólo dijo: –Viajamos en automóvil a un lugar llamado Ninguna Parte.

–Nuestra dirección general será el Oeste, si ello te ayuda algo.

–Nunca pensé que iríamos al sur, hacia Yugoslavia.

–Hugh quiere que tomes la dirección de Suiza.

–¿Porque es tan central?

–¡La verdad es que es central! Y tiene una variedad de buenos aeropuertos en varios lugares. No viajaremos en auto todo el camino a... bueno... dondequiera que sea. Podría ser París, o Roma. Pienso, y esto es solamente una suposición, que primero llegaremos a Suiza, allí nos dirán a qué aeropuerto debemos ir, y desde allí volaremos. Es bastante simple. Viajamos sin detenernos hasta recibir las instrucciones de Hugh desde Ginebra.

–Podría sugerir un plan más sencillo aun: recoger a Irina y dirigimos directamente al aeropuerto de Viena. Es nuevo, grande y uno de los mejores de Europa.

–Y además está vigilado. Podría apostar. Como están vigiladas también las estaciones ferroviarias en Viena. Y aun, quizá, los barcos del Danubio. No, quiero señalar que el mayor peligro para Irina está en que se encuentre tan cerca de Checoslovaquia, y Viena está a sólo treinta millas. No mucho más. Cuanto más nos alejemos hacia el Oeste, más floja estará la red. Cuanto antes lleguemos a Suiza, más seguros estaremos.

Jo aspiró profundamente–. Esto es lo que piensa Hugh, y Krieger está de acuerdo.

–Seguramente tienen razón –admitió David luego de reflexionar–. ¿Hay instrucciones especiales sobre nuestra ruta?

–Krieger está ocupándose en este momento de nuestra primera parada. A partir de allí, tú tendrás que elegir los caminos mejores. Creo que será mejor evitar el camino tradicional por Innsbruck.

–¿Demasiado fácil? –insinuó él sonriendo.

–No, demasiado concurrido. En esta época del año todo el mundo está viajando en sus bonitos autos nuevos. Ayer hubo congestiones de tránsito, algunas hasta de tres horas en todo el valle. Y si estás pensando en un rodeo por el sur de Alemania para entrar en Suiza desde el norte, pues... hace solo dos días me encontré en una columna de automóviles de mas de siete millas en la frontera germano–austríaca.

–Buena como si estuviera nuevamente en la autorruta de Long Island. –Pensándolo seriamente no obstante, el tránsito apretado con automóviles pegados, el uno al otro siempre creaba tensión, y con Irina en el auto sería peor aun. Seguramente los nervios de ella tampoco estaban muy templados en estas circunstancias.

Jo había abierto su cartera, un elegante y amplio bolsón de viaje en el característico cuero negro de Gucci. –Ahora que me acuerdo, necesitas un mapa.

–Tengo varios, muchas gracias. –No era muy apropiado como respuesta. En realidad no había tenido tiempo de comprar, en Salzburgo el mapa que necesitaba. Lo hallaría en Viena.

–¿Tienes éste? –le preguntó Jo, sacando un mapa de Austria. Está en cuatro idiomas. Te cuenta los kilómetros, además. Y tiene todas las rutas, desde las autorrutas hasta los caminos secundarios. –Lo puso entonces en el asiento junto al muslo de él. David lo tomó sin discutir más, sin llegar a decir que había pensado buscarlo esa tarde.– ¿Tienes una corbata roja? –le preguntó Jo por último.

–¿Tengo una corbata cómo?

–Roja.

–Sí, pero la dejé en mi valija en Salzburgo.

–Entonces, toma ésta –y le pasó una corbata doblada color rojo vino. David echó a reír–. La necesitarás mañana –le dijo ella, y con esto debió interrumpir bruscamente su risa. ¿Qué traje vas a usar?

–Este saco con pantalones de franela.

–Tweed –dijo ella pensativa. Era liviano, de un tono verde grisáceo. Jo fijó en su memoria este tono y añadió–: Entonces no hay caso de que lleves una flor en el ojal. Tal vez sea suficiente con la corbata. ¿Tienes un impermeable?

–Todos los que viajamos a Austria tenemos impermeable.

–¿Podrías llevarlo suelto sobre los hombros?

–¿Como un inglés?

Jo asintió con una sonrisa: –Y además llevarás un diario francés, doblado de manera que se le vea el título. También una copia de "Oggi" bajo el brazo. Será bastante evidente. Puedes comprar las dos cosas en...

–Sé exactamente dónde comprarlos: en la calle Kärntner. Pero hay algo que no haré y es andar con un impermeable colgando de los hombros dentro de un café vienés. Decididamente no.

–En tal caso, llévalo doblado sobre el brazo. Creo que es todo... ¿Has comprendido?

–¿Cómo debo estar arreglado mañana cuando entre en el café Sacher? Sí, he comprendido. –Por dejarla contenta, repitió todos los detalles.

–Sé que piensas que todo es bastante cómico, pero podemos reír hoy, mientras podemos. Mañana, creo que no estaremos riendo ni mucho menos.

–Mañana –dijo, David–, ¿qué debo hacer exactamente? ¿Aparte del número de disfraz? Ibas a decirme los detalles mientras tomábamos nuestra última taza de café.

–Esto es lo que ha planeado Krieger comenzó a decir Jo, y seguidamente le dio todas las instrucciones, claras y concretas. –Ya ahora sabes todo lo que sé yo. –Terminó su café. Te llamaré por teléfono esta noche a las once. Muy brevemente para decirte la hora exacta en que empezamos a movernos por la mañana. Ahora creo que es mejor que vuelva a la ciudad. Tengo que hacer unas compras, cosas para Irina. ¿Qué tipo tiene?... ¿Delgada, mediana, o bien con líneas curvas?

–Mediana tirando a esbelta –dijo David lacónicamente–. Y no tan alta como tú. Unos cinco centímetros menos. –Llamó a la camarera con una seña.

Esto quiere decir que Irina tiene un metro sesenta y cinco sin zapatos, pensó Jo. Era útil conocer la estatura, pues no cambiaba tanto como podía haber cambiado el ser medianamente esbelto, en dieciséis años. ¿Habría engordado o bien adelgazado, en el caso de Irina? Decidió no arriesgar un error y elegir ropa de punto capaz de estirarse con las curvas en caso necesario, o bien ajustarse con un cinturón si llegaba a flotarle como una carpa.

–Seguramente tiene su propia ropa –le señaló David con cierta impaciencia.

–No, según lo dispuesto por Krieger –dijo Jo mirando el reloj–. Verdaderamente tengo que apurarme. ¿Puedes llevarme? Vine hasta aquí en tranvía.

–Esto sí que es novedoso –debía estar bromeando.

–Así lo pensé. El último lugar donde el hombre podría pensar encontrarme era en un tranvía.

–¿Qué hombre?

–El que trató de seguirme esta mañana.

–¿Te siguieron?

–No te preocupes –le dijo ella–. No pasó nada. Me deshice de él en Viena mismo.

–¿Estás segura?

–Completamente segura. Nadie me siguió después de bajar del segundo taxi. –David estaba mirándola bastante sorprendido. Vamos, ¿crees que habría venido aquí si no hubiese estado segura?

–No –David estaba seguro de esto. ¿Pero la habrían seguido realmente? ¿O bien había estado esperando que la siguieran y la imaginación se había encargado del resto? Sin duda estaba disfrutando de su pequeño triunfo, real o no. Debo reconocer una cosa –comentó David con tono despreocupado. Eres una chica capaz de viajar en tranvía sin arrugarse la ropa.

–Pero, es un vestido inarrugable –empezó a decir ella indignada, pero en seguida advirtió que David estaba divertido.

–Es verdad que además eres experta en viajes –comentó él como si acabara de recordarlo. Ahora, este personaje que trató de seguirte...

–¿No me crees?

–Bueno, quizá lo hizo por darse un gusto –David era capaz de imaginar a más de un hombre dispuesto a pasar una mañana feliz siguiendo a alguien tan bonita como Jo.

–Realmente, David –dijo ella con un gesto de protesta. Era extraño que los hombres no la tomasen en serio casi nunca, salvo los de mayor edad como McCulloch y Krieger. Quizás el hombre que había comenzado a seguirla por la mañana tampoco la había tornado en serio, hasta que ella desapareció. Bueno –dijo, nuevamente serena y objetiva–. La advertencia está hecha.

–Y la tendré presente –le prometió él, e hizo una seña a la camarera–. Caminaré por Viena con mi radar funcionando.

Por lo menos, pensó Jo, Krieger no hallaría nada de cómico en su historia. Se mostraría satisfecho de su actuación, pues estaba aprendiendo con bastante rapidez. Se sintió mejor aun al recordar al hombre que la había seguido muy de cerca, aún después de que cambió de taxi, y quien poco después, cuando Jo bajó rápidamente de este segundo vehículo y desapareció velozmente entre la multitud, entrando por fin de un salto por la puerta de un tranvía que se cerró automáticamente tras ella, se había quedado mirando en la dirección opuesta con aire de furia.

Miró a David, –quien estaba esperando la cuenta. No tardaría en aprender todas estas pequeñas estratagemas, y entonces dejaría de reírse hasta de sí mismo. Allí estaban los dos, sin un arma o aparato para escuchar, o dispositivo electrónico. Dos agentes muy modernos, si se los juzgaba por las tendencias actuales: nada de violencia, de ideología o de mentalidad de guerra fría. No hacían más que dar una

mano a algunas víctimas de la paz fría. Eran buenos, demasiado buenos y complacientes, un par de idiotas, en suma.

A pesar de todo, valdría la pena, decidió al pensarlo más seriamente. Era una misión que alguien debía cumplir. ¿Utilizando qué? Cerebro y sentido común, según Walter Krieger. Esto era lo más importante en toda emergencia. Y Krieger tenía autoridad para opinar. Había pasado cuatro años en el corazón de Europa cuando los nazis estaban en todas partes. Cuanto menos se dependía de los aparatos, decía, más se veía uno obligado a depender de su propio ingenio. Se tendía a ser doblemente cauteloso cuando no se contaba con un transmisor-receptor disfrazado de encendedor, cuando no se tenía la sensación de que era posible recurrir a terceros para que lo sacaran a uno de un aprieto. Lo importante era contar exclusivamente con uno mismo y conocer los propios límites. De ese modo había un mínimo de contratiempos. Qué suerte, pensó Jo por último, que ese veterano de Krieger estaba entre bambalinas dirigiendo la acción en escena.

David agregó una buena propina al total de la cuenta y abandonaron la mesa seguidos por un pequeño coro de *Auf Wiedersehen*. (Acto III, Escena final.. Mujeres de la aldea cantan canción de adiós. Todo termina felizmente con acordes ascendentes en tono Mayor). –Me gustó este lugar –dijo. Sol entre las hojas de la parra–. Es una lastima que no tuvimos tiempo, después de todo.

–¿Tiempo para qué? –le dijo ella rápidamente.

–Para conocemos un poco mejor –repuso David citando las palabras dichas antes por Jo.

–¿No crees que nos conocimos? –preguntó ella sonriendo. David decidió pasar a un tema menos peligroso. –¿Cómo te enteraste de este lugar?

–Vine el año pasado con un amigo austriaco. Quería ver algo de color local, tuviese o no turistas. Música de cítaras, canto, todo el *Gemutlichkeit*. Lo divertió mucho que me gustara tanto, pero a la vez estaba halagado. –Aparentemente estaba recordando la salida. Quiero decir –añadió que hace bien dejar de actuar como mujer de mundo durante algunas horas del día, ¿no?

David se mostró de acuerdo. Era una mezcla rara, esta chica, y lograba contradecir todas las primeras impresiones. Debía hacer una nota mental de esto y dejar de apretar la mandíbula cada vez que ella tomaba la dirección de las cosas. Si no le hubiera pasado instrucciones ese día, ¿dónde estaría él en ese momento? Vagando a ciegas por Viena. –Hay algo más en Krieger que chocolate –dijo– ¿Cuál es su verdadera actividad? –chocolate –dijo Jo frunciendo el ceño mientras trataba de hallar el motivo detrás de su pregunta. Este hombre podría resultar difícil en ciertos momentos, pero no era ningún tonto. El ceño desapareció–: Bueno... estuvo en la Oficina de Servicios Estratégicos, la OSS.

–De eso hará mucho tiempo. ¿No ha trabajado en informaciones desde entonces?

–No. Pero algunos de sus mejores amigos están en la CIA o en la M16 de los ingleses. ¿Encuentras que esto lo condena?

–No tanto que me interese –dijo David y recordó el despacho de Reuter sobre Praga. (Había hallado más información en los diarios de Salzburgo, lo cual reforzaba su teoría.) Seguidamente sonrió y al tratar todo el comentario como si fuese algo cómico, consiguió que ella sonriera a su vez.

Este estado de ánimo de despreocupación se mantuvo mientras entraban en el centro de Viena en su Mercedes alquilado, un modelo compacto de cuatro puertas de un color verde oscuro muy discreto. Terminó bruscamente cuando ella señaló: –No puedes estacionar más de noventa minutos cada vez.

¿De manera que Jo tomaba la iniciativa otra vez? –Trataré de encontrar un garaje cerca del hotel. Te dejaré allí primero.

–Iré contigo al garaje. Hay uno grande cerca del Mercado Nuevo.

–¿De verdad? ¿Y por casualidad, tú sabías de él?

–Bueno, tenía una idea...

–¡Seguramente!

–Pensé que... para mañana por la mañana... que sería fácil para mí recoger tu coche. Esto estaría de acuerdo con tus planes.

–¿Mis planes?

–Los de Krieger –Jo habló con una expresión casi sonriente en sus ojos azul oscuro, expresión que ocultó inmediatamente bajo sus largas pestañas bajas.

–Qué nombre apropiado fue el de Oficina de Servicios Estratégicos –comentó David moviendo la cabeza. Pero de algún modo sintió a la vez satisfacción de que Jo no fuera mentirosa.

–Sabes –le dijo ella cuando se aproximaron al Mercado Nuevo en medio de un tránsito compacto, sería más fácil que cada uno de nosotros tuviera un nombre, simplemente para pegarlo al final de una frase, por ejemplo. El mío es Jo, por Joanna. ¿Y tú, eres Dave, o bien David?

–Dave. Así me llaman generalmente. Salvo Irina... ¿Sería por ello que mentalmente se llamaba a sí mismo David? Doblo de pronto en una calle más tranquila y detuvo el automóvil junto a la acera. Sacó su valija y su impermeable y dijo–: Muy bien, Jo, es tuyo. No olvides las llaves. –Se encontró cruzando la calle angosta y marchando rápidamente en dirección al Sacher antes de que ella se deslizase al asiento del conductor.

Jo lo llamó por teléfono a las once de la noche.

–¿Cómo estás? –dijo para que David reconociera su voz.

–Muy bien, ¿y tú?

–Paso una noche tranquila, escribiendo postales. Diez postales, ni más ni menos.

–¿Diez? –repitió él, como para controlar.



–Sí. Y ahora voy a acostarme. Tengo que ponerme al día con mi sueño. Hasta pronto. –Y cortó.

Diez. La hora estaba fijada. Diez de la mañana exactamente, e Irina estaría sentada a la mesa del café. Dobló el mapa el mapa de Jo que había estado estudiando desde que había vuelto a su cuarto después de una comida excelente pero solitaria. Lo guardó en el bolsillo más profundo de su impermeable, verificando que no se le caería. En contraste con otros mapas que tenía, no terminaba con las fronteras de Austria sino que abarcaba buena parte de los países vecinos más allá de las fronteras mismas. Seguidamente guardó su guía turística y el pulóver de cuello alto que había usado ese día, y se deshizo de las revistas y novelas en rústica que ocupaban lugar en su valija. No creía que tendría mucho tiempo para leer en los próximos dos o tres días.

¿Dos días? No podía decir cuántos en esta etapa. Ni siquiera sabía con certeza dónde harían la primera escala del viaje. Krieger se ocupaba de esto, le había dicho Jo.

Nuevamente repasó mentalmente los detalles que conocía. Trató de no pensar en Irina, pero no lo consiguió. Estaba nervioso, y podía admitirlo en la soledad de su dormitorio dorado y rojo, con demasiadas mesitas y asientos tapizados que no le permitían por lo menos pasearse de un lado a otro y aliviar así su tensión. Durante media hora se quedó mirando por la ventana alta y angosta los avisos luminosos y los comercios cerrados de la Kamtnerstrasse. Dieciséis años eran mucho tiempo. Seguramente Irina lo había olvidado, y tal vez la Irina que él vería no sería la misma. O bien sería alguien que la reemplazaba, una impostora. En tal caso, sería porque Irina había muerto. Bien podría ser que la hubieran obligado a escribir a su padre, y luego... y luego...

Consiguió dominarse. Habló por teléfono a la portería y pidió el desayuno en su habitación para las siete de la mañana. Primero manifestaron algunas objeciones, debía haber llamado antes, o bien dejado la orden por escrito para el camarero del piso, o alguna otra condición, pero por fin consiguió lo que quería merced a su alemán corriente. Era un idioma eficaz para dar órdenes. No estaría mal ensayarlo con Jo alguna vez.

Y por fin no le quedó otra cosa que acostarse. Mañana...

## SEIS

Irina había perdido la cuenta de los días de espera. Todos eran semejantes y no llegaban a diferenciarse ni a separarse los unos de los otros debido a esta monotonía, mientras transcurrían dentro del departamento de Ludvik. Sólo el domingo había resultado identificable por las campanadas de tantas iglesias. El lunes se volvía nuevamente al rumor distante del tránsito, de los chicos que gritaban en la calle, cuatro pisos más abajo. Todo lo que alcanzaba a ver por las ventanas era la luz de un sol cálido al desparramarse sobre los techados y mansardas en la acera opuesta. Ludvik le había dicho que no se acercara a ninguna de las dos ventanas del frente. Debía mantenerse bien oculta, no escuchar la radio,

no acudir a los llamados de la puerta, y retirarse al pequeño dormitorio del fondo, donde debía encerrarse con llave. Y si alguien llegaba a entrar en el departamento, debía mantener un silencio total.

El departamento en el último piso era reducido y pobremente amueblado, y con la temperatura reinante, muy caliente. Alois compartía los gastos, pero Ludvik era quien lo había alquilado tres meses antes. Pronto volverían a partir, según deducía Irina de sus conversaciones, según las cuales se mudaban tres o cuatro veces al año. Sus empleos eran también inestables, seguramente con el objeto de ayudarles a ocultar sus verdaderas identidades. Alois, quien en una época había sido periodista en Brno, estaba ahora empleado en un trabajo nocturno en un garaje Ludvik, antes contador en Praga, tenía un empleo como camarero a tiempo parcial en un restaurante.

El arreglo hacía que siempre estuviese uno de ellos en el departamento, posiblemente con el fin de estar siempre dispuestos a contestar los llamados telefónicos. Además, se aseguraban así, tal vez, de que nadie entrase a registrar el departamento. Los visitantes eran escasos, y se quedaban muy poco tiempo. La encargada; cordial y también curiosa, nunca había pasado de la puerta. Vivía en la planta baja y era una mujer de cierta edad. No había por qué preocuparse por ella, le había dicho Ludvik a Irina, él se encargaría de mantener a la vieja en una relación amistosa. Irina debía limitarse a no dejarse ver.

La ansiedad de Irina respecto de la encargada no lograba desaparecer del todo. Era posible, cuando los dos hombres la habían traído sigilosamente escaleras arriba, que la mujer los hubiera visto. Los escalones eran de piedra, recordaba. Había hecho lo posible por moverse sin ruido, pero en aquel momento había estado exhausta. ¿Habría oído la encargada el ruido de sus tacos en el primer descansillo? Por lo menos el corazón de Irina había latido cada vez que producía el sonido leve pero a la vez nítido en medio del silencio.

—Ni lo pienses —le había dicho Ludvik—. El día siguiente habría parecido aquí a pedir alquiler extra. Le interesa más el dinero que la política. Es amiga mía, ¿no te lo dije? Conseguí este departamento por su intermedio.

Alois había callado, pero por otra parte, rara vez decía algo. Salía a las diez de la noche aproximadamente y volvía a las ocho de la mañana. Comía lo que Irina le había preparado, apenas decía algo más que "Gracias" y se retiraba a dormir. Cuando se levantaba, a las cuatro de la tarde, tomaba una merienda y revolvía entre los diarios, y luego, mientras ella retiraba los platos, desplegaba sus papeles y apuntes sobre la mesa y comenzaba a trabajar en los volantes que preparaba para ser entregados detrás de la frontera. Nunca mencionaba a su hermano, sino que la observaba con una mirada triste cada vez que intentaba hablar algo, que él contestaba con unas pocas palabras o un comentario muy espaciado.

Me culpa por la muerte de su hermano, pensaba Irina todo el tiempo. Si no hubiera intentado cruzar la frontera, Josef no hubiera quedado tendido muerto allí junto a un alambrado de púas.

Sin embargo Alois era quien había cedido su pequeño dormitorio para que ella durmiera con mayor comodidad.

Había allí una ventana alta que le permitía respirar aire fresco durante aquellas noches calurosas. Alois se había trasladado a un nicho oscuro, seguramente una pequeña despensa, sin otra ventilación que un tubo al exterior. La primera noche Irina había estado demasiado agitada para advertir lo que había hecho Alois, pero al día siguiente, cuando intentó devolverle su dormitorio, él se había mostrado totalmente obstinado. Ludvik, que dormía en una alcoba separada del living-room por una desteñida cortina verde, se había mostrado divertido. –Alois debe creer que eres alguien muy especial –le dijo. Nunca le da su cama a otros huéspedes. Sí, solemos tenerlos. De vez en cuando. Y la encargada nunca se ha dado cuenta de la presencia de ninguno de ustedes. –Ludvik era quien hablaba la mayor parte del tiempo. Realizaba un esfuerzo considerable por mantenerla tranquila y confiada. Irina debiera haberse sentido agradecida, pero Ludvik no llegaba a gustarle del todo. Todo el tiempo se le ocurría que sus esfuerzos por ser cordial eran artificiales. Seguidamente se repetía que era un hombre bueno y competente, y que ella no era muy perspicaz. Era el cuarto. Era la espera.

Esa noche estaba sentada junto a la mesa, frente a Alois. Eran las cinco de la tarde y él estaba absorto en la redacción de una nueva diatriba. La miró sorprendido. Generalmente Irina no se hacía muy evidente, sino que leía revistas viejas, evitando los diarios del día como si no esperara otra cosa que malas noticias en ellos. Los breves comunicados de esa última semana se referían a los juicios. Aparecían listas de nombres conocidos, así como las sentencias impuestas a algunos comunistas más liberales. El largo panfleto que había estado escribiendo Alois daba detalles más precisos, e informaría al pueblo en Praga en forma más completa que lo que podían leer en "Rude Pravo".

Irina seguía mirándolo con ojos suplicantes. Durante unos instantes ambos permanecieron silenciosos. Está demasiado pálida, pensó él, demasiado tensa. –¿Es miércoles hoy? –preguntó Irina.

–Jueves.

–¿Qué fue del miércoles? ¿Y cuánto hace ya, Alois? ¿Es mi undécima noche aquí? ¡Ah, no puede ser!

Alois hizo un gesto. –A veces tenemos que esperar. No te preocupes. Estás segura.

–Ya lo sé.

Alois dejó su lapicera y estudió el rostro de ella. –Necesitas un poco de aire. Necesitas pasear al sol. Pero muy pronto tendrás todo eso.

–Y tú, ¿nunca sales a hacer ejercicio? ¿Nunca puedes ir al teatro, o ver a tus amigos?

–Bueno, ya veré a mis amigos y pasaré días con ellos cuando... –aquí Alois titubeó.

–Cuando me saquen de tus manos –dijo Irina, contemplando la cara afilada que tanto le recordaba la de Josef. Era un Josef de más edad, menos curtido, más delgado, menos vigoroso físicamente, pero con los mismos ojos inteligentes. Ay, ¿qué carga les he traído a todos? –exclamó desesperada, y poniéndose de pie, salió del cuarto.

Alois la siguió, pero se había encerrado en su cuarto. La oía sollozar. Hay algo que le preocupa profundamente, se dijo mientras volvía a su mesa. No es la espera. Ésta no es más que una tensión adicional. ¿Qué le preocupa tanto? ¿Josef? Se sentó nuevamente y comenzó a escribir. El trabajo era en parte, su manera de olvidar. Y ahora, con la muerte de Josef, las palabras que fluían incesantemente de su lapicera tenían mayor importancia aún.

Apenas diez minutos más tarde sonó el teléfono. Al cruzar el cuarto en dirección a la pared junto a la cocina y descolgar el tubo, vio a Irina de pie junto a la puerta de su dormitorio. Siempre tenía esperanzas, pensó Alois. Contestó entonces, escuchó y seguidamente habló en inglés. Con su mano libre llamó a Irina con aire excitado. Estaba sonriendo, además.

Irina se le acercó y se detuvo junto a él, vacilante y perpleja, mirándolo con ojos ansiosos. Alois le hizo un gesto con la cabeza pero a la vez levantó la mano como para contener el torrente de preguntas de Irina.

Por fin dijo al teléfono: –Una media hora. Depende de la hora del día. Podemos llegar fácilmente a la Opera en media hora cuando el tránsito no es muy denso. Ella estará lista. Esperamos sus instrucciones. –Al colgar el tubo, Alois se volvió hacia ella con aire de triunfo. El cambio en su rostro, en su actitud, era tan sorprendente que Irina se quedó mirándolo, y luego lo abrazó. Evidentemente Alois también había estado temiendo que el llamado no llegara nunca.

Acompañándola hasta la mesa, Alois le dijo: –Están preparados. Llamarán por teléfono nuevamente mañana para decirnos la hora exacta... El lugar de la cita tiene que ser en algún punto cerca de la Opera. Mañana nos dirán. Actúan con gran cautela, y tienen razón. Me darán una descripción del hombre con quien debes encontrarte; ropa, lo que llevará en la mano, a fin de que estés segura de reconocerlo. Pero primero... ¿tienes cartera? No debes llevar ningún equipaje, me dijeron. Solamente una cartera.

–Tengo una cartera. No es lo bastante grande como para llevar...–Irina vaciló–, dos cuadernos de notas que llevo a mi padre. Eran de él, y tuvo que dejarlos cuando partió. Los encontré antes de que llegase la policía a allanar la casa, y...

–Sí, sí. ¿Cómo te conseguimos una cartera? Si encuentro un negocio abierto... hay uno en la calle próxima...

–Pero, necesitaré algo de mi ropa.

–Ningún equipaje –le recordó él–. ¿Por qué, me pregunto?. No pueden contemplar esperarte en una esquina, abiertamente. ¡Debe ser algún lugar donde el equipaje quedaría ridículo!

Irina lo miró sorprendida. Nunca podría haber pensado en todo eso.

–Y querrán que tengas un aspecto diferente, además –siguió diciendo Alois rápidamente. Sacó su aplastada billetera. No había mucho allí. Había pagado el alquiler ese martes.

–¡Espera! –Irina corrió a su dormitorio y volvió con su cartera, de la cual extrajo dinero, esparciéndolo sobre la mesa. Tómalo. ¿Sabes de alguna tienda donde quieran cambiarte dinero checo?

–Conozco un lugar. –La cartera le resultaría más cara allí.

Recogió los billetes doblados. No sabía cuánto podría necesitar—. Cierra la puerta con llave, y coloca una silla contra la falleba. No la abras para nadie salvo Ludvik o yo. ¡A ningún mensajero, a nadie! ¿Comprendes?

–Y tú cómprame una cartera suficientemente grande, pero no muy llamativa. Las de correa al hombro son elegantes.

Alois no pudo menos que sonreír. Cerró la puerta tras de sí y bajó corriendo ágilmente las escaleras. Luego, al llegar a la calle, su paso se hizo más lento y terminó caminando con un ritmo normal. Daría como excusa el haber olvidado el cumpleaños de la chica hasta ese momento. Hablaría con un fuerte acento checo a fin de explicar el dinero. Los austriacos estaban acostumbrados a los refugiados.

En menos de cuarenta minutos regresó. La cartera era la mejor que había podido encontrar en la vecindad, de cuero castaño, suficientemente amplia sin llegar a lo exagerado, con correa para colgar del hombro. –Y aquí tienes el vuelto –dijo colocando el dinero cuidadosamente sobre la mesa.

–¡Es muy bonita! –le dijo Irina mirándola detenidamente. No era lo que ella habría elegido, pero tampoco eran de su gusto las ropas que llevaba. Eran exactamente lo contrario de lo que se podría esperar ver usar a alguien como Irina. ¡Gracias, Alois! –y dirigiéndole una de sus sonrisas de antes, añadió–: Preparé café. Ahora cuéntame lo del llamado telefónico.

Se sentaron con los codos apoyados en la mesa y conversaron espontáneamente. La excitación de Irina era contagiosa. Alois no se mostraba ya distante, vacilante como anteriormente. Fue él quien introdujo el nombre de Josef. –¡Qué contento estaría Josef! –dijo– Creo que estos norteamericanos han planeado muy bien las cosas. Me siento mejor ahora –y luego de una pausa agregó–: Ése fue un mal comienzo.

–Y yo todavía no sé qué sucedió.

–¿Has estado pensando en ello?

–Constantemente.

–Yo también. –cuando la miró a los ojos, Irina no eludió su mirada–. ¿No viste nada? ¿A nadie que se moviera, a nadie disparando desde la arboleda?

–Nadie. Nada. Estaba todo tranquilo. ¡Y tan silencioso!

–Y luego, el disparo. Dijiste que habías oído un solo disparo...

–Uno solo.

Alois guardó silencio.

–Pude haberme equivocado. Ludvik obstruía mi visión. No vi dónde hizo impacto el primer disparo.

–Estaba oscureciendo, es claro –murmuró Alois hablando casi consigo mismo.

–Debe haber hecho impacto muy cerca de nosotros. A menos que fuese un disparo perdido. –¿Era posible que un francotirador disparase tiros perdidos? Una vez más recordó aquella breve escena última en la ancha pendiente del campo. Comenzaba a cubrirse de sombras, y lo único claramente visible había sido la silueta de Josef. Éste se había inclinado para recoger su alicate, y no había podido verlo porque el ancho cuerpo de Ludvik lo había ocultado–. Un disparo –repitió–. Es todo lo que oí. –Y Josef se había desplomado. Recordó haberlo visto por última vez cuando la arrastraban hacia el auto. Yacía como si estuviera dormido, tendido sobre el pasto, el rostro vuelto hacia el cielo.

Alois intuyó la emoción que se había apoderado de ella y le rodeó los hombros con un brazo. Aparentemente siempre le tocaba a los vivos formular preguntas, y aun buscar culpables de una muerte. ¿Qué importaba ahora? Josef había muerto. Enterrado por extraños y enemigos.

–Quizá Ludvik tuvo un momento de pánico –dijo Irina. Seguía tratando de hallar una respuesta–. Es entonces cuando uno puede cometer un error. –Ella lo sabía muy bien. ¿O acaso soy yo quien me equivoco? ¿Tú no oíste...?

–Sí –dijo él–. Oí solamente ese único disparo. Ludvik se equivocó. –Pero Ludvik nunca lo reconocería. Además, ¿qué importaba ya? Miró hacia la puerta, y dejó caer el brazo al ver entrar a Ludvik.

Ludvik no aparentó haber notado la expresión confusa en el rostro de Alois, ni la preocupación en el de Irina.. Se mostró alegre y totalmente dueño de sí mismo.. –Bueno, ¡qué buenos amigos se han hecho! comentó–. Es mejor así. –De manera que habían tocado el tema de Josef. *Sí. Oí solamente ese único disparo. Ludvik se equivocó.* Era inevitable, sin duda–. Pero había tenido la esperanza de que no sucediera. La sonrisa de Ludvik era amplia, sus ojos azul pálido, sin expresión. Fingió estar buscando una botella de cerveza.– Se había equivocado, ¿eh? No pasaría mucho tiempo antes de que la mentalidad rápida de Alois avanzase un paso más. Y entonces... bueno, era mejor no esperar hasta ese momento–. ¿Algún secreto que pueda compartir? –preguntó con tono despreocupado, pero sus pensamientos eran implacables y fríos.

–El llamado telefónico. Lo hicieron –dijo Irina– Alois y yo estábamos hablando de eso, y... .

–¿Lo hicieron? ¿Cuándo? –La voz de Ludvik era imperiosa.

–Hace pocos minutos. Debo estar preparada para partir tan pronto como vuelvan a llamar.

–Vamos, Alois. Dame todos los detalles, desde el principio –dijo Ludvik sin prestar atención a Irina. Y cuando Alois terminó de hablar, preguntó con impaciencia–: Por Dios, ¿por qué no nos dijeron el lugar ya? ¿Y por qué no fijaron la hora? Podríamos habernos ocupado del resto. Los norteamericanos deben creer que están frente a un montón de ingenuos.

–Cuestión de seguridad, supongo– dijo Alois con tono forzado–. Me gusta esa cautela– dirigiendo una mirada a Irina, añadió–: Saldrá sana y salva.

–No creo que pueda decirse que nosotros la hemos puesto en peligro. Bien, bien, nuestra pequeña Irina está ya en camino. Casi. ¿Cuándo vendrá ese segundo llamado mañana?

–No dijeron.

–¡Qué despliegue de astucia!

–¿Por qué no? No nos conocen.

–Y nosotros no los conocemos a ellos. Estamos a mano.

–Ludvik bebió un trago de cerveza–. ¡Qué sed tenía! Fui caminando hasta la casa de Georg. Quiere tener tus panfletos mañana, ahora que recuerdo. ¿Cuántos tienes ya listos para entregarle?

–Tres. Posiblemente tendré cuatro si me quedo y trabajo esta noche. –Alois se puso de pie y se acercó al teléfono–. Les diré en el garaje que no me esperen.

–¿Estás seguro de que es tu periodismo lo que te retiene aquí? –preguntó Ludvik con una ancha sonrisa socarrona que transformó su rostro ancho cuadrado en un círculo–. No hace falta, ¿sabes?, que los dos nos quedemos esperando junto al teléfono, mañana. Yo puedo ocuparme del asunto y llevar a Irina a la cita.

–¿Y tu trabajo?

–Sabes perfectamente que entro y salgo. Mi empleo no tiene nada de estable. No pagan lo suficiente. –Riendo, Ludvik hizo un ademán de brindar en dirección a Irina–. No me extrañarán por un día que falte.

–Quiero estar aquí cuando hagan el llamado, y puede que lo hagan temprano –dijo Alois–. Quiero estar seguro, eso es todo. –Seguidamente marcó el número del garaje. Su dueño era un checo que vivía en Viena desde 1948. Sabía lo suficiente como para no preguntar nada. Además, los obreros que compensaban las ausencias sin pedir salario extra eran difíciles de obtener en aquel momento.

Ludvik se puso de pie, apuró su cerveza y llevó el vaso hasta la pequeña pileta. –¿Temprano crees tú? Entonces es mejor que saque el auto y lo guarde en el garaje de Anton a la vuelta de la esquina. Para tenerlo preparado. En caso de que debas partir a las seis de la mañana, Irina.

–¿A las seis?

–¡Todos durmiendo a las diez, esta noche! –Le advirtió Ludvik luego–. Y tú, es mejor que termines esos panfletos –dijo a Alois mientras se dirigía hacia la puerta–. Georg dijo algo de que vendrían a buscarlos mañana por la mañana.

–Antes de que Alois pudiese replicar, se fue.

–¿Quién es Georg?

–Un amigo. Se lleva los panfletos cuando visita Praga. Irina levantó su cartera nueva, pero dejó el dinero sobre la mesa.– No lo necesitaré, ahora. Y me gustaría pensar que estoy apoyando con esto tu trabajo.

Alois movió la cabeza sonriendo y recogió los billetes y monedas, devolviéndoselos.– Nunca hay que viajar sin dinero, ni aun cuando estás con amigos. –Es demasiado confiada, pensó. ¿Cómo puede una mujer que ha sufrido lo que ella debió sufrir, tener confianza todavía? ¿Era esto lo que la había engegucido respecto a Jiri Hrádek? ¿Era confianza, fe mal depositada, o bien la estupidez del amor? Algún día, si volvemos a encontrarnos, quizá lo averigüe. Este es un acertijo que me gustaría solucionar.

–Prepararé mis cosas –le dijo Irina desde la puerta del dormitorio–, y en seguida haré la comida.

–No hay apuro –le dijo Alois y reanudó su trabajo.

El segundo llamado telefónico llegó a la mañana siguiente, a las nueve y veinte. Por casualidad Alois estaba cerca del teléfono. Al descolgar el receptor hizo una seña a Irina, quien vino corriendo casi antes de que Ludvik hubiese salido del cuarto de baño. Alois la atrajo junto a sí para que pudiera escuchar mejor. Ludvik terminó de secarse las manos, arrojó la toalla raída sobre una silla, trató de escuchar también, pero no lo consiguió. Primero escuchó con impaciencia, hasta que oyó decir a Alois: –Sí, habla Janocek. –Se acercó entonces a la ventana, la abrió de par en par, encendió un cigarrillo, y miró hacia la calle. No había nada de extraordinario allí: todo bien. Contempló luego la pequeña panadería enfrente, apoyado sobre los codos, la cabeza asomada para disfrutar del aire matinal.

–¿Listos? –preguntó a Alois cuando éste hubo cortado la comunicación.

–Nos vamos, dentro de cinco minutos. Las identificaciones ya están arregladas. –Alois dijo esto con gran alivio y alegría.

–Abrigo marrón y echarpe azul–: dijo Irina mientras iba a su dormitorio y dejaba el resto de las explicaciones a Alois. Estaba lista. No tenía más que su impermeable y su cartera, más bien un bolso, repleto de cosas. Y el echarpe. Se detuvo a mirar la valija de lona. La última de sus posesiones, pensó. Pero llevaba consigo lo importante, su pasaporte, sus documentos, algún dinero, los dos pequeños cuadernos de notas que su padre había dejado atrás en su apresurada huida. Además había las cosas de menor cuantía como polvos, lápiz para los labios y peine. Y un pañuelo de seda muy bonito, de color celeste, que se colocó como una corbata, lo cual dio cierta gracia al impermeable castaño. Examinó el rasgón remendado, causado por el alambre de púas. Las puntadas eran prolijas, no se veían mucho. Con el cinturón bien ajustado ya y la cartera con correa colgando del hombro, y una expresión excitada en los ojos, tenía un aspecto casi desafiante.

Miró su reloj al entrar en el living–room. Habían pasado dos minutos, quedaban tres. Su excitación desapareció para dar lugar a la ansiedad.



Alois acababa de dar a Ludvik los detalles del llamado, y ahora estaba buscando sus zapatos. –¿Pero, dónde están?, ¡Maldición! –preguntó mientras caminaba con sus viejas zapatillas de fieltro por el cuarto–. Los dejé debajo de esa silla. ¡Estoy seguro!

–Traeré el auto. Me sigues dentro de dos minutos –dijo Ludvik a Irina–. Doblas a la izquierda al salir a la calle. Te encontraré en la esquina. Y no te preocupes –con una mirada hacia Alois, añadió–: siempre pierdes cosas. Te llevaré sana y salva hasta la Ópera. –Ludvik estaba ya fuera y tan apurado que había dejado la puerta abierta.

Irina tenía los ojos fijos en su reloj. Tenía los labios resecos. Los dos minutos habían pasado casi.

¡Los encontré! –gritó Alois con tono de triunfo–. ¿Quién diablos los metió debajo de la cómoda? ¡Sal, Irina! ¡Apúrate! ¡Estaré contigo antes de que llegues al vestíbulo!

Irina lo dejó poniéndose un zapato y echó a correr velozmente escaleras abajo hasta el primer descanso. Estaba ya casi en el segundo piso cuando se cruzó con dos hombres que subían. Se apretó contra la pared, presa del pánico, pero pasaron junto a ella el uno detrás del otro, sin mirarla siquiera. Irina lanzó un suspiro de alivio y siguió bajando.

El vestíbulo de entrada al edificio era un lugar húmedo y melancólico, con olor a gatos y a repollo colorado. Allí vivía la portera. Irina escuchó pero no oyó nada salvo el llanto de un bebé detrás de una puerta cerrada. Se abrió camino cuidadosamente entre una bicicleta de niño medio deshecha, un coche de bebé y dos tachos de basura, y seguidamente salió a la calle llena de sol y dobló a la izquierda. Junto a la entrada había tres mujeres con canastas que conversaban locuazmente. En el lado opuesto de la calle angosta vio unos cuantos comercios. Ahora alcanzaba a oler el pan recién hecho y el café, gratamente combinados, provenientes de una pequeña panadería que pretendía asimismo ser un café. Llegó a la esquina. Y allí estaba el automóvil, con el motor en marcha y Ludvik detrás del volante.

Se deslizó rápidamente en el asiento junto a él. Casi cinco minutos desde el fin del llamado. Ludvik pasó de punto muerto a primera y se pusieron en marcha.– Pero Alois... comenzó a decir Irina.

–No llegará a tiempo, me temo. ¿No encontraste a Georg en la escalera? Subía a buscar los folletos.

–Vi dos hombres.

–Georg con un amigo. Saldrán para la frontera dentro de una hora. Cada uno pasará dos de los escritos de Alois y los hará imprimir en un pueblo chico al sur de Praga. Y las elegantes frases de Alois estarán circulando por las calles mañana por la noche. ¡No me digas que no cumplimos bien!

–Pero Alois quería venir con nosotros...

–Estará demasiado ocupado dándoles directivas finales sobre cómo quiere que le impriman los panfletos. Alois es un viejo veterano. ¿Nunca leíste las cosas que escribe?

–Probablemente sí. –Había visto varias de las hojas de periódico impresas que circulaban constantemente en Checoslovaquia. Pero los artículos nunca estaban firmados. No podía decir pues si había leído o no los de Alois.

–La prensa clandestina –dijo Ludvik sonriendo de oreja a oreja. Tal vez no te parezca muy importante, pero preocupa infernalmente a la policía de seguridad.

–¿Con qué frecuencia hace Georg esta clase de viajes?

–Vamos, esto sería revelar secretos del oficio, ¿no? –repuso él mofándose de ella–. Digamos que viaja cuando puede y vuelve, si tiene suerte. –Atravesaban ahora calles más llenas de vehículos y Ludvik debió concentrarse en esto–. Tienes muy buen aspecto –le dijo–. Mucho mejor que cuando te vi por primera vez. Debes haberte aburrido en el departamento. No era nada como los que estabas acostumbrada a habitar, ¿no? Pero por lo menos descansaste. ¿Hasta dónde viajarás?

–No lo sé.

–Bueno, ¿dónde está tu padre? No tienes que darme el número de la calle. Me conformo con el nombre del país.

–Ni siquiera sé eso.

–Entonces, tus amigos norteamericanos deben saberlo. Es típico de ellos, saberlo. Es la CIA que entra a intervenir, ¿no?

–No tengo la menor idea.

–Tiene que ser. No puede desperdiciar semejante oportunidad.

–¿Oportunidad de qué?

–De conseguir que tú y tu padre vayan a los Estados Unidos ¡Piensa en la explosión de propaganda que significaría!

Irina trató de cambiar la conversación. –¿Llegaremos pronto a la Ópera? –Debía abandonar el automóvil frente a la entrada principal, y luego caminar sola al café Sacher en el fondo de la Ópera. Esas eran las instrucciones.

–Sí. El tránsito podría ser peor. Supongo que es por ello que deben haber elegido esta hora del día. ¿Con quién debes encontrarte? Alois no llegó a decírmelo. O tal vez lo olvidó.

–Un hombre –repuso Irina mirando fijamente las calles más anchas. Alcanzaba a ver árboles verdes, cantidades de canteros con flores, un amplio parque.

–¿Qué tendrá puesto? Tienes que poder identificarlo rápidamente, ¿sabes? Estoy preocupado por ti, Irina.

–Lleva unos diarios y saco de sport.

–¿Eso es todo? –preguntó Ludvik con ansiedad. Si Alois no le dio los detalles, pensó Irina, yo no se los daré, decididamente. –Nos detenemos frente a la Ópera– le recordó.

–Te ahorraré la marcha. Te llevaré hasta la esquina, exactamente detrás de la Opera.

–No.

–¿Por qué no?

Irina no repuso, fingiendo estar absorta en los edificios. Eran grandes y elegantes, sólidos, espaciados en medio de grandes plazoletas. Y árboles. Árboles en todas partes.

Con tono muy tranquilo Ludvik le dijo: Quisiera entrar contigo en el café. No se enterarán. Me mantendré a cierta distancia.

–No – repitió ella.

–Tengo que asegurarme de que estás bien. En realidad, quisiera estar cerca todo este primer día.

–¡No me seguirás!

–Pero, son extraños.

–También tú y Alois eran extraños. –Muy deliberadamente Irina miró su reloj.

–Sabes Irina, eres una gran responsabilidad para mí. –la voz de Ludvik tenía una inflexión a la vez preocupada y amistosa. No quiero que nada marche mal. No en este momento. –Y calló.

¿Por qué sentiré siempre que me estoy mostrando ingrata con Ludvik?, se preguntó Irina. Está tratando de ayudarme, y ha arriesgado mucho por mí, y lo único que hago es tratarlo mal. Me siento incómoda con él, y no sé por qué. No tengo ningún motivo para ello.

–Ya estamos –dijo Ludvik, y se detuvo en la esquina del macizo edificio. Después de todo la había llevado hasta la esquina en la parte posterior de la Ópera–. Esperaré aquí –le dijo–, hasta que te vea entrar en el café. ¿Estás segura de que no quieres que estacione el auto y te acompañe? A cierta distancia –añadió rápidamente.

Esta vez sonrió al negarse nuevamente. Le dio la mano. –No te preocupes –le dijo–. Me irá muy bien. Y gracias. Agradece también a Alois. Dile que lamento que no pudimos despedirnos.

–El café está a un costado del hotel. ¿lo ves? –Ludvik señaló el lado opuesto de la calle hacia la izquierda.

Irina bajó rápidamente del automóvil, pero éste no se alejó. Ludvik está haciendo más de lo que se le pidió, pensó Irina aprensivamente. Cuando llegó a la terraza fuera del café, miró rápidamente por encima del hombro en dirección a la esquina de la calle. Ludvik se alejaba ahora... ¿Pero qué lo había retenido? ¿Curiosidad, cautela, o desconfianza de los norteamericanos?

Cuando atravesó la terraza, su aplomo desapareció completamente. Había allí gente tomando un desayuno algo tardío, café, medialunas. Tenía conciencia de su presencia, pero al mismo tiempo no los veía, y ni siquiera habría sido capaz de describir sus caras o sus ropas. Su nerviosidad se intensificó hasta convertirse en temor cuando entró en el salón. ¿Y si nadie la encontraba? ¿Y si esperaba, y esperaba, y nadie aparecía? En ese momento deseó, casi, que Ludvik la hubiera seguido para vigilarla, para asegurarse.

Walter Krieger había llegado con tiempo suficiente como para cerciorarse de que todo marchaba sin inconvenientes. Dentro de quince minutos Irina aparecería por la puerta de la casa de departamentos baratos frente al lugar donde él estaba disfrutando del café de la mañana y de unos pancitos en la panadería. Había cuatro mesas junto a la ventana. Y Krieger ocupaba una de ellas. Los únicos otros clientes eran dos hombres, jóvenes y de aspecto vigoroso, que parecían estar más interesados en la calle que en la gente detrás de ellos en el comercio, comprando su pan y sus tortas y charlando sobre los chismes del barrio. Después de haber dirigido una mirada fugaz en su dirección, le habían vuelto la espalda. Lo cual convenía a Krieger. No estaba allí para entablar conversaciones amistosas.

El día anterior había pasado por la vecindad para verificar la dirección correspondiente al número telefónico de Janocek. (En seis minutos, por su reloj, Mark Bohn llamaría por teléfono por última vez). Había notado la panadería y decidido que allí se ubicaría para observar cómodamente la partida de Irina. No había sido difícil localizar la dirección. Uno de sus antiguos contactos de la OSS en Viena era además un verdadero amigo y en aquel momento inspector de policía. La combinación era bastante útil. Se había planteado, sin duda, la posibilidad de que Irina no estuviese viviendo en esa dirección, pero desde sus primeros llamados Bohn había manifestado estar seguro de que "Janocek" no correspondía a un servicio de respuestas automáticas. La respuesta era demasiado rápida y el hombre que hablaba con Bohn era capaz de tomar decisiones sin tener que consultar a una tercera persona en otro lugar. Y el hecho de que hubiesen aceptado sin discusión la noche anterior las instrucciones de Bohn, de que Janocek no opusiera dificultades a que Irina partiera tan pronto como llegase el llamado final, afirmaba la creencia de Krieger de que aquél era el lugar donde se escondía. Desde luego, admitió al pensar en ello, podía haber llegado a una deducción falsa. Pero no tenía otro punto al cual aferrarse, y era mejor aquél, aun cuando resultase errado, que no contar con ninguno. Por último el café era excelente.

Miraba con frecuencia su reloj, aparentando estar absorto en su diario. A las nueve y veinte, dejó a un lado el diario y se sirvió otra taza de café. Miró el edificio y se preguntó cuál de los pequeños departamentos era el que tenía el teléfono al que contestaban en ese instante. Qué satisfactorio era, se dijo, sentarse y ver cómo sucedía algo que uno había planeado casi en su mayor parte. De pronto su atención se fijó en los dos hombres sentados a la mesa delante de la suya. ¿Qué diablos estaban observando que estaban tan reconcentrados?

Dos perros de caza, se dijo y levantó nuevamente su diario para disimular su curiosidad. Sí, estaban observando una ventana en el cuarto piso de la casa de departamentos. Un hombre la había abierto de par en par. Se lo veía muy bien, encendiendo un cigarrillo, mirando hacia la calle. Luego apoyó los codos en el alféizar, sacó la cabeza como para disfrutar de la mañana de verano. Pelo rubio, notó Krieger, espaldas anchas y camisa azul. Y... qué diablos, miraba en esta dirección con una ancha sonrisa. De pronto entró la cabeza y desapareció en la habitación, dejando la ventana abierta..

Los dos hombres estaban de pie, pagando por su café. Se fueron inmediatamente, cruzaron la calle y entraron en la casa. Bueno, pensó Krieger, esto se vuelve interesante. Y me preocupa. Apartó el diario, llenó su pipa y observó.

Alguien salía del edificio, el hombre de pelo claro, con un saco gris sobre la camisa azul. Era alto, también en buen estado físico. Desapareció por la esquina a pocos metros de distancia, en un par de segundos.

Krieger levantó una ceja. Miró su reloj. Dos minutos más tarde apareció una muchacha en la puerta del edificio. Impermeable castaño, con cinturón, pañuelo azul, pelo rubio. Llevaba un bolso colgado de un hombro. Tampoco ella perdió tiempo. Se dirigió directamente a la esquina, llegó a un Fiat gris detenido allí y en unos pocos segundos más estaba dentro de él y se alejó.

Krieger volvió a mirar su reloj. Las nueve y veintisiete. Era Irina. Y estaba en marcha. Una mañana muy satisfactoria, decidió Krieger, salvo que se le había apagado la pipa. Volvió a encenderla y se dispuso a salir, el dinero en la mano listo para pagar en la caja registradora.

Estaba dándole el vuelto la rechoncha mujer del panadero cuando de pronto, cortando en seco sus comentarios amistosos, se oyó el grito penetrante de una mujer. Krieger se volvió hacia la puerta y vio que algo había impactado en la calle frente al edificio sobre la acera opuesta. Era un cuerpo. El cuerpo de un hombre. La mujer que gritaba estaba a sólo unos metros de él. Y ahora las mujeres junto a ella gritaban también. Un hombre se echó a correr hablando a gritos. Más gritos, más gente corriendo.

Krieger no se unió al grupo de gente cada vez más numeroso. No había nada que hacer. La mujer del panadero había salido apresuradamente a ver qué ocurría, pero no tardó en volver, al recordar, tal vez, la caja abierta, o bien porque había satisfecho su curiosidad. —¡Pobre hombre! —le dijo a Krieger, quien estaba de pie junto a la puerta. ¡Era tan tranquilo! Y muy agradable. Siempre cortés.

—¿Sí?

—¿Quién hubiera dicho que saltaría por la ventana? Y por poco no mató a esas mujeres, además. Cayó desde el cuarto piso. Sin aviso. ¿Terrible, no?

—¿Quién era? —preguntó Krieger. Estaba mirando a dos hombres que habían salido de la casa hasta colocarse al fondo de la multitud, los mismos hombres que desde la mesa junto a la suya habían

observado la calle. Seguidamente empezaron a caminar en dirección a la esquina donde Irina había subido al automóvil.

–Uno de esos refugiados checos. –Podría haber dicho más, pero alguien la llamó desde el interior del comercio y se apresuró a entrar.

Había cierta inquietud en el interior de Krieger. Se fue sin detenerse más allí, siguiendo la misma dirección que los dos hombres. Ya había llegado a la esquina, por la cual doblaron. Krieger apuró el paso y alcanzó a verlos entrar en un pequeño garaje. ¿Qué debía hacer ahora? ¿Esperar?. Lo último que deseaba hacer era atraer la atención. Estaba esperando antes de decidir, cuando un Volkswagen salió velozmente del garaje. Los dos hombres no habían perdido ni un minuto. Fingió entonces estar observando la vidriera más próxima, pero cuando pasaron junto a él logró identificarlos claramente. Antes de que llegara el primer auto policial se habían alejado.

Krieger reanudó la marcha. La inquietud interior ya no era vaga. El próximo paso era conversar con sus amigos en el departamento de policía. La dificultad era que disponía de poco tiempo en Viena, pero era mejor encontrarlo de alguna manera, se dijo ásperamente. Aquel refugiado checo no había caído accidentalmente ni saltado desde la ventana del cuarto piso: había caído muy lejos de la acera, en el pavimento mismo.

## SIETE

El viernes por la mañana David Mennery bajó al vestíbulo principal del hotel con media hora de anticipación. Había abonado la cuenta y distribuido propinas a cuanto gente uniformada aparecía, asegurándose así de no dejar nada pendiente en el Sacher. De este modo, lo olvidarían rápidamente. Depositó su valija tan cerca de la puerta de salida como le fue posible. "Espero a un amigo", dijo a unos botones de servicio allí. "No necesito taxi". Y ahora a las diez menos seis minutos, comenzó a estudiar las carteleras, anuncios de conciertos, listas de exposiciones que llenaban el tablero junto al mostrador de la portería. Vestía su saco de tweed liviano, una camisa rayada gris, práctica para viajar, y la corbata roja. Llevaba sobre el brazo el impermeable doblado, y bien seguros en una mano, los ejemplares de "Oggi" y "Le Monde". A las diez menos dos minutos miró el reloj del vestíbulo, y comprobó que la hora concordaba con la de su reloj. Faltaban dos minutos: Irina debía estar llegando al café. Mirando hacia la puerta del frente, el café estaba ubicado a su derecha, cerca del vestíbulo, pero a la vez separado por un cortó pasaje que desembocaba en una puerta, lo cual facilitaba el acceso a los huéspedes del hotel sin salir a la calle. Volvió a estudiar el programa de un concierto al aire libre en el palacio de Schönbrunn. Decidió dar a Irina unos minutos para que eligiera una mesa y se sentara. Seguramente encontraría una libre en el interior en esa mañana de verano. La mayoría de la gente estaría sentada afuera. Se recordó a sí mismo, una vez más, que estaría hacia el fondo del salón, con un abrigo marrón y un pañuelo azul. Esto le permitiría verla rápidamente aun si por alguna casualidad las mesas en el interior estaban en su

mayoría ocupadas. Recordaba muy bien el plan, pero se sentía nervioso. Encendió un cigarrillo y al instante lo dejó caer en un cenicero. Una vez más, la última, repasó los movimientos que debía realizar. Tendría que cambiar algunos detalles, improvisar en caso necesario. Siempre había que estar preparado para eso.

A las diez y cinco se encaminó al café, un hombre que aparentemente, o por lo menos así lo esperaba, creía necesario establecer si su amigo no había confundido el lugar donde debían encontrarse. El botones, siempre junto a la valija de David, debía suponer lo mismo. Renunció allí mismo a la perspectiva de una propina de David para optar por otra más segura representada por el arribo de tres valijas.

David se detuvo en la puerta del café y entró pausadamente. Había más mesas ocupadas de las que había esperado. Tuvo una sensación de escalofrío al ver en el centro del salón a una figura vestida de marrón, con pelo de un rubio metálico, atacando una gruesa porción de torta vienesa. De su taza se elevaba una montaña de copos de crema batida. ¿Irina? No, no tenía el pañuelo azul. Con secreto alivio se detuvo a pocos pasos de la puerta y sus ojos recorrieron el salón. Una camarera se detuvo a su lado para preguntarle si deseaba una mesa. Había una muy buena junto a la ventana.

David movió la cabeza negativamente y dijo: –Estoy esperando a un amigo. Tiene pelo negro largo y barba. –Y mientras decía esto vio el abrigo marrón y el pañuelo en la esquina, exactamente detrás de él. Pero por el momento no se atrevía a mirar con mayor insistencia.

–No lo he visto –dijo la camarera, perdiendo todo interés en él.

Y ahora podía mirar. Con expresión despreocupada. La mujer del impermeable marrón estaba inmóvil, mirando fijamente al frente, pero aparentemente sin ver. Todavía no habían tomado su pedido, y tenía las manos apoyadas sobre la mesa. No era una impostora. Era Irina, sin ninguna duda. Durante un momento David se quedó tan inmóvil como ella. Y luego se movió.

Al volverse tropezó contra la mesa al lado de la de Irina y dejó caer sus diarios sobre ella. Irina lo miró aprensivamente, pero no en la cara. Estaba mirando el diario francés y la revista italiana que él había recogido de la mesa. Luego los ojos de ella se desplazaron a la corbata, el saco, el impermeable doblado. Y David vio entonces la ola de alivio que la invadió y que distendió sus labios. Estaba ahora levantando su bolso, como si estuviera cansada de esperar a que le tomaran el pedido. Todavía no lo había mirado en la cara.

David se alejó caminando normalmente en dirección al vestíbulo. Allí recogió su valija y salió a la calle soleada. Los fondos de la Ópera se levantaban allí, impenetrables. Durante una fracción de segundo imaginó el aspecto que debieron tener antes, bombardeados, vaciados por los incendios, otra de las ruinas totales de la guerra. Y luego vio solamente la calle tranquila y el macizo edificio que parecía haber estado siempre allí, y el automóvil verde que salía a su encuentro de entre las sombras. Se alejó unos pasos de la puerta del hotel en dirección al café. Esto permitiría que el auto se detuviera fuera de la vista desde el

vestíbulo, lo que facilitaría las cosas para Irina. En pocos segundos más el Mercedes se detuvo suavemente a su lado.

–¿Qué tal? –le dijo Jo. ¿Todo bien?

–Es Irina. –David abrió la puerta delantera y vio dos valijas pequeñas apiladas sobre el asiento junto a Jo, de manera que depositó la suya en el suelo, apoyando encima de ella los diarios y el impermeable–. Ve atrás –le dijo. Yo manejaré.

–Es mejor que te ocupes de ella.

Era lo que menos deseaba hacer en aquel momento.

Jo vio el pañuelo. –¡Y allí viene! –dijo, comentario que dio fin a toda discusión posible.

David tenía la puerta trasera abierta, la mano extendida para tomar el codo de Irina y ayudarla a subir. Irina lo miró y contuvo la respiración. David le pidió que subiera ayudándola rápidamente para evitar toda vacilación. Muda aún de sorpresa, Irina se apartó para darle lugar a él. David se sentó a su lado luego de haber cerrado la puerta, y el auto reanudó la marcha.

Miró hacia el café al pasar frente a él. Nadie les prestaba la menor atención, nadie salía apresuradamente ni se levantaba bruscamente de ninguna mesa. Seguidamente miró por sobre el hombro. La entrada del hotel estaba igualmente tranquila.

Creo que lo logramos –dijo.

Jo calló. Había estado mirando por el espejo lateral con el ceño fruncido, y ahora se concentraba alternativamente en el espejo retrovisor y el tránsito frente a ella, en la plaza. En ella convergían seis calles, no todas a la vez, pero suficientemente próximas como para dejar perplejo a cualquier visitante. Seguía con el ceño fruncido. David le dijo: –¡Allí hay un lugar tranquilo, allí delante!. Detente allí para que yo tome el volante.

–¡Ahora no! –La voz de Jo vibró de ansiedad, pero a pesar de ello sus maniobras con el Mercedes seguían siendo perfectas. Como todo buen conductor, David se sentía incómodo cuando otra persona manejaba, pero poco a poco se tranquilizó al ver cómo manejaba Jo el auto. Era buena. Nada de arrancar bruscamente, nada de decisiones inesperadas que llevaban a cortar las esquinas de cualquier manera, nada de cambiar todo el tiempo de carriles. ¿Qué la preocupaba, en tal caso? David volvió a mirar detrás. Había algo en el tránsito que preocupaba a Jo, pero no sabía qué era. Jo dobló a la izquierda y se dirigió hacia el sur, luego cruzó el Ring, la gigantesca avenida de cintura que rodeaba el centro de la ciudad, cambió de rumbo otra vez, ahora hacia el este. Nuevamente dobló hacia la izquierda y hacia el norte, una vez más hacia el este, y después de un nuevo cambio hacia el norte, dirigió el automóvil hacia el Oeste. –Es toda una hazaña espectacular –le dijo David. Jo le dirigió una sonrisa fugaz, miró un instante a Irina y volvió a concentrarse en el tránsito. David sintió que su tensión cedía



completamente. Evidentemente Jo mantenía la atención tanto en el tránsito delante de ella como en el que había a sus espaldas. No había ningún problema.

Se arrellanó en su asiento y se permitió mirar a Irina. Ella estaba mirándolo con sus ojos azules agrandados por el asombro. El pelo era del mismo tono rubio muy claro, pero ahora no era largo, sino que caía algo debajo de sus orejas, algo desparejo aquí y allá, pero suave y brillante como antes. La había hallado pálida en el café, ahora había algo de color en sus mejillas, un leve rubor, debido quizás a la excitación de los últimos quince minutos. Su rostro era algo más delgado que antes, y tenía una expresión triste. No era la muchacha riante que él recordaba, pero era Irina aún.

–Bueno –le dijo él con tono ligero–. ¿Te recobraste del susto?

Irina movió la cabeza. –No te miré. Nunca creí que conocería al hombre. Sólo cuando subí al automóvil... –al decir esto desvió la mirada–. ¡Debí haberte reconocido! –El no haberlo hecho le causaba agitación.

–¿Pero hallaste la corbata demasiado fascinante?

–Tranquilizadora, además. Alguien había venido a buscarme, después de todo.

–¿Tenias dudas?

–Sí. Podría haber habido algún inconveniente. Y entonces... vi la corbata.

–Bueno, debemos agradecerle a Jo la corbata. Jo Corelli –dijo señalando el asiento del conductor–. Estudió psicología en Vassar.

Jo se echó a reír. –No lo creas. Estudié lo menos posible. La corbata fue idea de Krieger.

–En ese caso puedo quitármela sin herir tus sentimientos.

–David se la quitó con un gesto de alivio y desprendió el primer botón de su camisa. Ahora, por otra parte, convenía deshacerse de todo lo que pudiera atraer la atención.

–¡Ah! –comentó Jo ¿Estilo negligente? En realidad es más apropiado ahora. –A su vez se quitó el sombrero, un sombrero de fieltro blanco con ala ancha que había llevado puesto inclinado sobre un ojo, el izquierdo, y lo arrojó sobre el impermeable de David. Seguidamente, aprovechando el tramo recto de carrera frente a sus ojos, pudo utilizar una mano para esponjarse el pelo hasta que perdió su aspecto liso y tirante.

–¡Qué habilidad! –le dijo riendo. Tienes un aspecto totalmente diferente.

–Pronto tú también tendrás un aspecto diferente –le dijo Jo golpeando suavemente la valija. Todo esto es tuyo.

Qué extraño era todo aquello, pensó David. Allí estaba él, sentado junto a Irina, y todo lo que hacía era hablar de trivialidades con Jo, sin haber osado hasta aquel momento dirigirle la palabra. De todos modos, ¿por dónde empezar?

Probablemente era mejor así. De ese modo todo se mantenía en un nivel impersonal, sin dar lugar para los sentimientos individuales. Pero no era lo que había esperado. ¿Y qué sentía Irina? La miró y le sorprendió una leve sonrisa en los labios de ella mientras lo miraba. Luego le tendió la mano y David la tomó entre las suyas. Pero ninguno de los dos habló todavía.

Jo rompió el silencio. –Ahora creo que estoy de acuerdo contigo, Dave. Creo que hemos salido. –A medida que dejaban las calles de los suburbios había ido aumentando la velocidad hasta que tomó por la carretera que bordeaba la orilla sur del Danubio a esta altura.

–¿Qué dificultad había antes de que saliéramos de la ciudad?

–El tono de David era fingidamente despreocupado, por no intranquilizar a Irina. Se dijo a sí mismo que era necesario mantener un tono más bien apagado.

–Un Fiat gris.

David sintió que la mano de Irina se crispaba. –¿Hasta dónde nos siguió?

–Durante una distancia bien larga. Pero nos perdió de vista, creo.

–¿Dónde empezó a seguirnos? ¿En el Sacher?

–Estaba estacionado exactamente frente al hotel. Luego, cuando partimos, se puso en marcha y comenzó a seguirnos.

–¿Quién diablos pudo haber sido? –La preocupación de David surgió bruscamente en estas palabras.

–¿Quién diablos pudo haber estado tratando de seguirnos toda esta semana a Walter Krieger y a mí? ¿Y a mí, ayer?

–Aquel episodio había sacudido a David. Ahora sí la creía, pensó Jo. Alguien sabía que estábamos en Viena.

Y alguien conoce el motivo, pensó David. Pero, ¿cómo? ¿cómo? Se dio cuenta entonces de que Irina había retirado su mano de la suya. Estaba sentada con los brazos fuertemente cruzados como si tuviera frío. –¿Estás bien, Irina? –Irina asintió con la cabeza, pero la pequeña amiga de preocupación entre sus cejas oscuras estaba aún allí. La habían asustado, pensó David, con toda esa charla de que los habían seguido. Jo estaba perpleja, él estaba perplejo, pero Irina estaba asustada. La miró tratando de establecer nuevamente contacto, el poco contacto iniciado hasta entonces. Pero había una máscara sobre el rostro de Irina, una protección contra todo intento de que leyese sus pensamientos. Y en una época nunca había ocultado nada. Recordó en ese instante su franqueza y su risa, su espontaneidad, su

desprecio por la afectación. Tiempos pasados, se dijo, antes de decidir borrar aquel recuerdo de su mente. Era doloroso recordar.

Irina estaba diciéndose que era demasiado tarde para hablar. Había desperdiciado la oportunidad. Podría haber dicho, debiera haber dicho, cuando Jo había mencionado el Fíat gris, que no había por qué preocuparse, que no era más que Ludvik Meznik pecando de comedimiento excesivo. Hubiera sido fácil explicarles eso. Pero a pesar de ello había cosas en Ludvik que ella misma no alcanzaba a explicarse. Ludvik Meznik y Alois Pokorny no tenían más responsabilidad respecto a ella una vez que los norteamericanos intervinieran. Esto se lo había dicho muy claramente Josef Pokorny antes de emprender el viaje con ella hasta la frontera. Josef no había hecho más que repetir las instrucciones del comité de la resistencia que había organizado aquella parte de la huida. Ellos la llevarían hasta el punto de la cita en Viena, y no más lejos. No tenían ningún contacto directo con los norteamericanos, ni tampoco lo deseaban.

Pero lo que verdaderamente la asombraba era que Ludvik hubiera ido más lejos de las instrucciones recibidas. Al intentar seguirla podía poner en peligro las vidas de sus amigos en Praga. El ex marido de Irina recibiría con sumo placer cualquier oportunidad de establecer conexiones entre el movimiento de resistencia y las operaciones de espionaje norteamericanas. Jiri lo había indicado casi expresamente en sus alusiones llenas de tacto a la "ayuda extranjera" para su huida. Siempre se había mostrado totalmente seguro de que los norteamericanos estaban detrás de toda la resistencia. ¿Era ésa la verdadera razón por la cual la había dejado salir? ¿No para persuadir a su padre de que volviera a Checoslovaquia, en la misma forma en que se había convencido a otros exiliados de que volvieran? Esta era la explicación que daba Jiri, lo que había invocado con tanta insistencia, junto con la promesa de permitir a su padre vivir y escribir en paz, sin persecuciones, sin represalias. ¿Era acaso la razón verdadera y no expresada, simplemente un plan para sorprender a la inteligencia norteamericana y a la resistencia checa en algún error que pudieran luego usar contra ellos? Y aquí estaba Ludvik Meznik, obstinado, listo pero a la vez estúpido, Ludvik el comedido exagerado, haciéndole el juego a Jiri. Era muy posible que Ludvik intentara establecer contacto con los norteamericanos y hablar con esa charla que inspiraba confianza hasta convencerlos de que lo aceptaran como uno de ellos. Era exactamente el tipo de individuo que más tarde se jactaría de haber ayudado a Irina a reunirse con su padre.

Irina cerro los ojos y trató de ordenar sus pensamientos tumultuosos. Algunas cosas había comprendido, según creía, pero había otras sobre las cuales se había equivocado. Pero, cuáles eran cuáles, no lo sabía. Todo se reducía a esto: ¿Hasta qué punto podía creer a Jiri Hrádek? ¿Estaba él luchando realmente por su posición dentro del partido, como le había dicho? En ese caso, y qué cinismo implicaba todo ello. Irina podía creerle. El retorno de su padre a Checoslovaquia sería un triunfo personal para Jiri. Sí, era la única razón capaz de convencerla de que por una vez Jiri se había visto obligado a decirle la verdad. Por Dios, se dijo, y abriendo los ojos, miró a David, y luego a Jo. Y por primera vez notó entonces la campaña que estaban atravesando.

Vio la curva de un río de cauce agitado, colinas que se elevaban y hundían suavemente, con riscos rocosos en las cimas y viñas en las pendientes más bajas. En algunas cimas se apoyaban las ruinas de viejos castillos, o las altas torres de viejas abadías aún intactas. Por un instante se llenó de pánico al pensar que estaba nuevamente en Checoslovaquia. –¿Dónde estamos? –preguntó.

–Cruzaremos el Danubio en quince minutos –le dijo Jo. Después del cruce estaremos a unos cinco kilómetros solamente de Dürnstein.. Nos detendremos allí, y podrás cambiar de ropa.

David tomó su impermeable y extrajo el mapa. Dürnstein.

–¿Por qué Dürnstein? –preguntó. Estaba a sólo setenta y cinco kilómetros aproximadamente de Viena. Hacía tiempo que habían abandonado la gran carretera, pero la que seguían ahora a lo largo de la orilla derecha del Danubio era muy buena, aunque más angosta. Con la velocidad uniforme que había mantenido, los suburbios de Viena estaban a solamente una hora de distancia.

–Krieger reservó un cuarto en un hotel allí, para Irina. Espera reunirse con nosotros y hacernos una visita corta. Luego con el espíritu renovado, ya que no el cuerpo, nos dispersaremos todos en todas direcciones. ¿Has decidido tu primera escala después de allí, Dave?

–Lo decidiré en Dürnstein. –No le gustaba nada que los hubiesen seguido desde el Sacher, y menos aun le agradaba la idea de que alguien hubiese intentado poner bajo vigilancia a Krieger y a Jo. Y menos, menos que todo el resto, haber visto a Irina quedarse como helada al oír mencionar el Fíat gris. Parecía estar alejada en algún otro mundo y no era un mundo agradable.

–Hemos llegado temprano –dijo Jo–, a pesar del tiempo que perdimos dando vueltas y más vueltas por Viena. Krieger propuso que nos encontremos a la una, más o menos. ¿Por qué, pues, no me detengo en el próximo *Aussichtspunkt* y preparamos bien nuestra entrada en el hotel de Dürnstein? Qué haremos, cómo lo haremos... ese tipo de cosa.

–Ahorrrará tiempo y confusión –asintió David–. Muy bien. Para ¡Ahora! –El auto salió lentamente de la corriente de tránsito y se detuvo en un pequeño lugar para estacionar sobre la ruta, cubierto de granza y con vista al río, y cuyo borde estaba protegido por árboles.

Irina había estado escuchando atentamente. –¿Krieger? –preguntó cuando bajaron del auto. ¿Él también está en la CIA?

–¿También? ¿Qué quiere decir, *también*? –le preguntó David sorprendido. Ninguno de nosotros está en la CIA. Somos un grupo de particulares.

Irina lo miró intrigada, mientras David se preguntaba si había utilizado tan poco si inglés en los últimos tiempos que no había captado el significado de sus palabras. En una época Irina lo había hablado con fluidez y lo leía además de conversar con él con toda facilidad. –¿Todos ustedes? –repitió. Evidentemente no podía creerlo.

–Somos un grupo de amigos –le dijo Jo alegremente–. Está Walter Krieger, que conoció a tu papá en 1943, en Eslovaquia, cuando tramaban formas de enfurecer a los nazis. Krieger era un oficial de enlace. Tu padre era miembro activo de la resistencia. Luego está Hugh McCulloch, que en un tiempo fue diplomático en Viena y fue a Checoslovaquia a ver a tu padre. En 1957, creo. Y está mi tío George que es editor de las obras de tu padre en Londres desde 1935. Y yo hace años que conozco a Hugh y a su mujer, de Washington, donde dirijo algo que se llama una "Boutique" para una diseñadora, Vera Maxwell. Allí es donde todas las mujeres de los diplomáticos se compran ropa y siempre quieren cosas que les hagan recordar París, y Londres, y Roma, y cualquier otra ciudad que se te ocurra. Por ello tuve que estar en París en julio, y luego seguí hasta Viena. Viajo mucho. En cuanto a Dave... ahora es crítico musical, y a veces viaja. Ah, está también Mark Bohn –añadió Jo como si acabara de recordarlo–, aunque en realidad él está como entre bambalinas –aquí se detuvo para proseguir–: ¿Hablé con demasiada rapidez? Perdón. ¿Quieres que lo repita todo más lentamente? –Puesto que, decidió Jo, todos estos hechos menores eran de suma importancia para Irina. La tranquilizarían en cuanto al hecho de que la gente que la rodeaba era un grupo de amigos.

Irina movió la cabeza, todavía perpleja. –Comprendí la mayor parte. Pero, tanta organización, tanta... –de pronto se interrumpió. Había sido Ludvik aquella mañana, quien le había metido en la cabeza la idea de que los norteamericanos no podían ser otra cosa que agentes profesionales. Y antes de Ludvik lo había hecho Jiri. También él había dado por seguro que la CIA la acompañaría.– ¡No, no! –dijo y se echó a reír.

David y Jo se miraron.

Irina se repuso, pero sus ojos sonreían aún cuando dijo a David:

–¿Qué quieres que haga cuando lleguemos al hotel?

Divertido a su vez, David hizo un gesto a Jo. –Dirígete a la cinta transmisora de Krieger –dijo– Pregúntale a ella. Jo recibe todas las instrucciones y luego las transmite. –Podían estar todos seguros de esto. Pero, ¿compradora de una casa de modas? Probablemente dirigía toda la casa de Vera Maxwell. ¿De manera que había hecho una visita a París antes de seguir viaje a Viena? La excusa, si llegase a necesitarla, era tan a prueba de preguntas indiscretas como la suya. Dirigiéndose a Jo, le preguntó: ¿Y qué estuviste comprando en Viena? ¿Faldas tirolesas?

–Tejidos de alpaca y carteras bordadas en "petit point" –dijo Jo irritada. Bueno, hablaremos ahora del trabajo. Pasaportes, por ejemplo. –Al decir esto sacó un pasaporte británico de su cartera y se lo pasó a Irina, que estaba de pie, de espaldas a la carretera–. Puedes mirarlo tranquilamente –le dijo. Nadie que pasara en automóvil podía ver lo que tenía en la mano Irina.

–¿Tesar? ¿Irina Tesar? Pero aquí usan el nombre de mi madre.

–Tu madre te inscribió así. Naciste en Londres, ¿no?

David intervino. –Es verdad. En marzo de 1939. –Luego de que Kusak logró sacar de Checoslovaquia a su mujer embarazada y volvió para incorporarse a la resistencia contra los nazis.

–Es perfectamente legal –prosiguió Jo. Los británicos pueden considerarte súbdito de ellos, ¿sabes?... de manera que tú no haces más que aceptarlo, es lo único que haces. Pero, por qué tu madre no registró tu nacimiento bajo el nombre de Kusak... es lo que no entiendo. A menos que haya sido una precursora del movimiento de Liberación Femenina.

–Quizá haya querido proteger la vida de Kusak –sugirió David. Era el primer pensamiento caritativo que le había inspirado nunca Hedwiga Kusak, nombre de soltera, Tesar. Pero tal vez fuese verdad. Si cualquier agente nazi, allá por 1939, hubiese informado que la mujer y la hija de Kusak estaban en Londres, podrían haberlas utilizado, bajo amenaza de raptarías, y aun llegado a este extremo, para atraer a Kusak a la superficie.

–Guarda el pasaporte en tu cartera, si cabe allí –insistió Jo–. No puedes parar en ningún hotel de Austria sin mostrarlo cuando te inscribes. Lo mismo sucede en... –de pronto calló. Por poco no había dejado escapar el nombre de Suiza–. En otros países de Europa. De manera que estás preparada.

Irina intentó meter el pasaporte en el costado de su bolso, sin conseguirlo. –Sacaré el otro –decidió–. David, ¿quieres guardármelo?

–¿Tienes pasaporte checoslovaco? –le preguntó Jo con aire de incredulidad–. ¿Cómo lo conseguiste? ¿O tienes uno viejo adulterado?

Cuando David lo examinó tenía un aspecto enteramente legal, y además era de fecha reciente. A su vez trató de disimular su sorpresa. Creo que debes guardarlo tú. Pero no lo uses por ahora. ¿Hay alguna otra cosa que pueda guardarte?

Irina titubeó. Por fin extrajo del fondo del bolso una pequeña pistola automática.

–¡Increíble! –exclamó David al tomarla. Era tan compacta que podía ocultarla en la mano cerrada. Seguidamente la guardó en un bolsillo. Jo no había hecho ningún comentario. Tenía los ojos fijos en la carretera. Quizá no había visto el cambio de manos de la pistola–. ¿Dónde la obtuviste, Irina? –le preguntó en voz baja.

–Estaba en el fondo de un cajón del escritorio de mi padre. La encontré antes de...

En ese instante Jo exclamó consternada. –¡Es el mismo automóvil! ¡Nos siguió, después de todo!

–¿El Fíat? –preguntó David–. ¡Es imposible!

*Era el Fíat gris.*

–Hay millares de Fíats en la ruta, y docenas de color gris.

–Pero yo tomé el número de éste. Y lo manejaba un hombre. Solo.

–¿Nos vio? –Era una pregunta tonta, se le ocurrió a David en el momento en que la hubo formulado.

–No pudo dejar de vernos.

–Entonces lo seguiremos nosotros, para variar. –Y con ello tratarían de resolver un interrogante. El Fíat había estado a quince minutos por lo menos de distancia de ellos. ¿Le viste la cara?

–Fugazmente. Miró en nuestra dirección al pasar. Aparentemente le sorprendió vernos admirando el panorama. –La misma mirada tonta que le había sorprendido el día anterior cuando ella se trepó al tranvía, pensó Jo. Estoy casi segura de que es el mismo hombre; con pelo rubio, revuelto y una cara ancha y boquiabierta. Pero es mejor que esté segura, añadió, siempre hablando consigo misma, antes de decirlo. Irina había vuelto a quedarse como paralizada al oír mencionar el Fíat gris–. Bueno, sigamos –dijo Jo con un tono deliberadamente despreocupado–. Todavía tengo que indicarle varias cosas a Irina. ¡Irina! Vamos. Nosotros haremos nuestros planes mientras maneja David.

–Es posible –comentó David mientras maniobraba con el auto para incorporarse nuevamente a la columna de vehículos que tengamos que cambiar de planes. Si ese individuo está esperando en algún punto de la carretera para ver dónde cruzamos el puente, nos acompañará durante todo el trayecto a Dürnstein.

–Pero tenemos que llegar allí. Krieger...

–Al diablo con Krieger, en este momento.

–¡No, no! Tenemos que mantener el contacto. De lo contrario nosotros... bueno... –Jo no terminó lo que iba a decir al ver el rostro tenso de Irina.

Irina dijo lentamente. –Me llevaron esta mañana a la Ópera. En un Fíat gris. Me llevó uno de los hombres que se encontraron conmigo cuando crucé la frontera. –Aquí su voz se redujo a un susurro. Ludvik Meznik. Puede que intente seguirnos... para ver si estoy segura.

–Eso explica cómo puede estar siguiendo esta carretera y a tanta distancia de nosotros –dijo David. Y hay bastantes Fíats circulando. ¿No anotaste el número de la chapa del auto de Meznik, Irina?

–No.

Era lógico que no lo hubiera hecho. La mente de Irina no funcionaba en esos términos. –Bueno, no hay nadie esperándonos cerca del puente –dijo David. No había ningún Fíat a la vista, en ningún lugar. En el asiento trasero Jo hablaba, tratando de dirigir la atención de Irina nuevamente hacia la llegada al hotel en Dürnstein. No tenía otra cosa que hacer que manejar, y concentrar su mente en hallar respuesta al interrogante.

Primero: el hombre los había visto abandonar el Sacher, había tratado de seguirlos, pero había fracasado. En ese caso, ¿cómo se había ingeniado para llegar hasta aquí sólo un cuarto de hora más tarde?

Segundo: el hombre había sabido todo el tiempo hacia dónde se dirigían. Su tentativa de seguirlos desde el Sacher no había sido más que una medida de control, para verificar que su información era exacta. Posible, pero desagradable en cuanto a sus implicaciones.

Tercero: el hombre había renunciado a seguirlos, pero había telefoneado, o bien entablado contacto con... alguien que podía informarle sobre el punto de destino. Probable, pero igualmente desagradable como hipótesis.

Era de esperar, pensó David mientras cruzaban el macizo puente de hierro que llevaba a la orilla izquierda del Danubio, que hubiese escasez de Fíats de cualquier color que fuera en Dürnstein.

Era una población reducida, pero densamente habitada, adherida a la ladera de una alta colina, lo que hacía que pareciera estar poco menos que colgada, sobre el Danubio y sus aguas. Tenía una calle principal más o menos paralela al curso del río, con comercios de aspecto medieval y casas en ambos lados, arcadas y arbotantes restaurados y pintados, con flores derramándose por los alféizares de las ventanas. La calle estaba llena de gente. Los turistas se detenían aquí para almorzar. Autos y ómnibus en todas partes. David tuvo que manejar con suma lentitud. ¿Adónde? –preguntó desesperado—. ¿Adónde, Jo, adónde?

–Hay una iglesia barroca a bastante altura sobre el río. ¿Ves la torre?

–Difícil no verla.

–El hotel está exactamente detrás, también sobre la ribera alta. Dobla a la izquierda cuando llegemos al final de esta calle. Krieger dijo que era casi una vuelta en "U".

David siguió las indicaciones y atravesó seguidamente una puerta medieval que conducía a una gran plazoleta. Sobre un costado, junto a la calle, tenía un alto muro que ocultaba de la vista el tránsito y las casas. Sobre el lado opuesto había un parapeto bajo que bordeaba la barranca rocosa sobre una margen del Danubio. El hotel daba a la puerta maciza y llenaba casi totalmente aquel extremo de la plazoleta. Deberían salir por donde habían entrado, se dijo David, y no le agradó mucho la idea, puesto que no le daba ninguna opción, y podría necesitarla si llegaba a encontrar el Fíat estacionado entre otros allí. –¿Lo ves? –preguntó Jo, mientras trataba de hallar un lugar para el Mercedes. Encontró por fin uno, algo apretado, pero en cambio estaba en un rincón entre el muro gigantesco y el hotel. Por lo menos había evitado estacionar en el sector más abierto, paralelo al río, de la plazoleta.

–Muy bien –le dijo Jo. Todavía estaba estudiando el lugar—. No, no veo el Fíat, pero tiene que estar aquí. Su conductor está junto al parapeto, examinando cada auto que entra.

–¿Estás segura?

–Segura –la voz de Jo era categórica. Y tú lo conoces, ¿no?

–le preguntó a Irina. Ello era evidente. Al ver al hombre, Irina se había estremecido.



–Sí, Ludvik Meznik –repuso Irina–. ¡Ah, qué tonto!

–Es algo más que un tonto. Yo le veo más bien cara de que nos dará trabajo.

David las interrumpió. –Yo llevo a Irina al hotel y la acompaño a su cuarto. ¿De acuerdo?

–Sí. Y me esperan allí. Me reuniré pronto con ustedes, e iré con Walter Krieger. Lo buscare en la terraza. Es casi la una en este momento.

–Cambiará de idea en cuanto a vernos tan pronto cómo se entere de la aparición de Ludvik –predijo David–. Dile pues que saldré tan pronto como Irina haya cambiado de ropas.

–¿En qué dirección?

–A Graz.

–¿Graz? ¡Vamos, David! Graz está exactamente en la esquina sudeste de Austria. Treinta kilómetros a tu izquierda y te encuentras en Hungría. Veinte millas más y estás en Yugoslavia. Queda muy lejos de tu camino.

–Graz –repitió David con firmeza–. Y si a ti te resulta poco factible, menos le parecerá a Ludvik y a sus amigos. ¿No podrías darle un empujón por esa barranca, o algo por el estilo? ¿Impedir que nos vea cuando partamos?

–Tenemos una carta en la mano. ¿Ves el Chrysler azul oscuro allí? ¿Entre el Renault y el Cadillac? Es el auto de Krieger. Lo sacarás tú. Te daremos media hora de ventaja, y luego llevaremos el Mercedes hasta Salzburgo. ¿Dónde parará en Graz? ¿Tienes alguna idea?

–Hay un lugar llamado Grand Hotel no sé cuánto. Está sobre el río, cerca del puente principal.

–¿Así que conoces Graz? –Era mejor así–. Muy bien. Bueno, pasaré las instrucciones a Krieger. ¿Y después de Graz, adónde?

–Lienz.

–¿Cerca de la frontera italiana? –Jo se mostró sorprendida–. Debo decir que estás tratando verdaderamente de confundir a Ludvik.

–O bien a quienquiera que lo reemplace.

–Es verdad –asintió Jo lentamente–. Tenemos que pensar en eso, además. Bueno, dejaré todo en los hombros de Krieger. Que él se preocupe por nosotros. Ahora, si tú e Irina se ocupan de desviar de mí la atención de Ludvik por un instante... Dame tu valija, ¿quieres?

David obedeció. Levantó la valija y el impermeable del asiento trasero con una mano, mientras con la otra entregaba a Jo las llaves y los documentos del Mercedes. Levantó luego el bolso de Irina, y en pocos segundos estuvo fuera del automóvil. Tomó del brazo a Irina y la sostuvo. –¿Lista?– le dijo mientras ella permanecía inmóvil junto a él. Irina hizo un gesto afirmativo con su rostro pálido, pero sereno, y

seguidamente emprendieron la marcha hacia la entrada del hotel. Gracias a Dios que era capaz de mantenerse serena en una emergencia. Y ésta era decididamente una emergencia. Por su parte estaba satisfecho de que Krieger estuviera en las cercanías, pero se imaginaba la irritación de Krieger: tener que desechar todos los planes cuidadosos, y de pronto ver a Graz introducido dentro de sus cálculos.

–¿Qué hará con tu valija? –preguntó Irina.

–La llevará al Chrysler.

–¿Y Ludvik estará demasiado ocupado observándonos como para notarlo?

–Tal es la idea. –Además de que economizaría tiempo cuando él y Irina se retirasen. Cada instante sería esencial.

–Nos arreglaremos –dijo Irina fingiendo una seguridad que no tenía. Hasta logró dedicarle una sonrisa alentadora cuando entraron en el hotel.

## OCHO

La terraza de Schloss Dürnstein, convertido ahora en un hotel, estaba emplazada teniendo presente el panorama. Se extendía a lo largo del castillo transformado ofreciendo una vista a una amplia curva del río. Debajo, un acantilado rocoso caía a pico sobre la orilla del Danubio. El contraste entre esta margen del norte del río y la opuesta era dramático. Aquí, una masa gigantesca de rocas y grietas se levantaba sólida como un paño, protegida por una manopla de metal contra la rápida corriente del río. En el lado opuesto la corriente había cavado playas arenosas en las márgenes bajas, limitando con ellas el paisaje de praderas suaves y colinas ondulantes con una que otra aldea.

Jo Corelli llegó a la terraza por la ruta más segura del comedor del hotel. El otro acceso estaba a unos pasos de la plazoleta y era por lo tanto completamente visible para el hombre que seguía al acecho junto al parapeto. Sol brillante, mesas con sombrillas alegres, y una cantidad de gente disfrutando en forma combinada de un almuerzo y de un panorama magnífico. Alimento para el cuerpo y para el espíritu, pensó Jo, de pie y muy apretada contra la pared del fondo del comedor, oculta a la vista desde la plazoleta. Entre la mezcla de turistas vestidos con ropas tan diversas como los idiomas que hablaban, no alcanzaba a ver ninguna mata de cabello canoso combinada con cejas espesas, bigotes y una pipa. Walter Krieger no estaba.

Entonces vio a Mark Bohn, con sus largos mechones de pelo negro agitado por la brisa y sus patillas grises erizadas sobre sus mejillas curtidas. Tenía una mesa para él solo, probablemente porque la habían arrinconado contra la pared del hotel en el extremo más distante de la terraza, sin ninguna visión del paisaje, salvo las espaldas de los otros comensales. Estaba leyendo un diario y disfrutando de su segunda botella de cerveza. No advirtió la presencia de Jo hasta que ésta se sentó frente a él.

Entonces dijo: –Qué puntual eres. ¿No hubo dificultades? ¿Cómo está?

–Irina está muy bien. ¿Dónde está Walter Krieger?

–Debió quedarse en Viena. –Bohn sonrió al ver la consternación de Jo, y una vez hecha su pequeña broma, añadió–: Nada de preocuparse. Estoy yo aquí –y luego, con mayor seriedad–Krieger tenía que terminar un asunto. No me dijo qué era cuando me llamó por teléfono a las diez y media, pero sospecha que no tenía muchas ganas de hablar largamente por teléfono.

–¿Tenía aire de preocupado?

–En lo más mínimo. Muy conciso, muy claro. Me pidió que lo reemplazara. Hasta mandó su automóvil al hotel. Diez minutos más tarde estaba a mi disposición. Ahora, dime si esto no es colaboración.

–¿Cuándo vemos a Krieger?

–Tú no lo ves. Te llamará desde Viena a la una y media. Jo miró mecánicamente su reloj.– ¿Adónde? ¿Al cuarto de Irina?

–Sí. Es mejor eso a que te llamen a gritos por el vestíbulo del hotel.

Jo asintió. Sintió que se le ponían tensos los músculos del estómago. –¡Maldito Krieger! –dijo de pronto–. Allí veníamos nosotros, corriendo por llegar aquí a tiempo, y él terminando algún asunto en Viena.

–En el departamento central de policía. El llamado provenía de allí.

–¿Cómo diablos lo descubriste?

–Elemental, estimado Watson. Se lo pregunté al hombre que me trajo el auto al hotel.

–¿Departamento de policía? –En aquel instante Jo recordó algo–. No era ningún asunto, Holmes. Era una visita de despedida a uno de sus compinches de la guerra. Estos viejos se aferran verdaderamente a sus amistades, ¿no?

–Si conozco a Krieger, fue también una visita útil.

–Podría ser –admitió ella con una sonrisa–. Bueno, ya que lo reemplazas, puedes pedir el almuerzo y estar preparado para que partamos a las... –trató de calcular–... media hora después de que se vayan Dave e Irina. Te avisaremos cuando ¿Te quedarás aquí? –Mark era un vagabundo, un hombre acosado por la curiosidad.

–¿Dónde más puede ser? No tengo la intención de trepar esa montaña detrás de la aldea para visitar el viejo castillo, ni aun para rendir homenaje a la memoria de Ricardo Corazón de León. En cuanto a estas rocas... ¿Darme una buena zambullida en el Danubio? ¡No, gracias! Será un placer para mí quedarme en este lugar y pensar en la gente amontonada en la calle principal.

–Quisiera poder quedarme sentada yo también. Pero será mejor que transmita la noticia a Dave. Se enojará bastante. Quería partir tan pronto como yo hubiese hablado con Krieger.

–¿Por qué el apuro?

–Hay un hombre merodeando por la plazoleta, con los ojos puestos sobre nuestro Mercedes. Lo cual me recuerda que... –Jo extendió la mano—. Dave necesitará las llaves del Chrysler, Mark.

–¿Sí? ¿Cambiamos?

–Cambiamos. Tú llevarás el Mercedes de regreso a Salzburgo. Aquí tienes las llaves y la documentación. Puedes entregarlo en la oficina donde alquilan autos.

Oye, he manejado ya bastante por hoy. ¡No soy chofer!

–Piensa que yo te acompañare–, seguramente querido. ¡imagina lo agradable que puede ser el viaje juntos! Además, no queda muy lejos y manejar por la carretera es fácil.

–Y después, ¿qué?

–Ruedas libre. Yo seguiré a Graz.

Mark la miró atónito. –¿De dónde sacaste esa idea loca?

–Fue de David.

Mark rió, agitando la cabeza. –¿Y adónde piensa ir? ¿A Yugoslavia? –para añadir luego con aire pensativo–: ¿O a Italia, tal vez? ¿Es allí donde se ha ocultado Jaromir Kusak?

–Así lo espero –dijo Jo tratando de eludir una respuesta firme. Si no habían informado a Mark sobre el objetivo de Suiza, no sería ella quien se lo dijese. No era que le desagradase Mark. Por el contrario, en más de una reunión de Washington se había divertido más gracias a él—. Entonces podría recuperarme en la casa de mis padres.

–¿Dónde viven actualmente? –El padre de Jo, recordó Mark, era un diplomático italiano retirado que había estado destinado a Washington durante años.

–En Roma –Jo se puso de pie. La perseverancia de Mark nunca dejaba de divertirla. Inmediatamente pasaría a preguntarle la dirección, y tendría así un lugar agradable donde parar cada vez que viajara por Italia.

–No es necesario irse tan pronto. Si Krieger dijo la una y media, quiso decir la una y media.

–Tengo que buscar el cuarto de Irina. –Y ello podría llevarle diez minutos, a juzgar por el laberinto frente a ella. Miró en dirección a las ventanas del hotel y comprobó con desaliento que le habían agregado varias alas. Te veré a eso de las dos –dijo a Mark y se alejó.

El hijo del empleado de portería, uno de los tres niños de nueve a doce años que circulaban por el vestíbulo del hotel, ansiosos por ayudar a llevar el equipaje o por responder a preguntas, condujo a Jo a lo largo de varios corredores angostos que serpenteaban alrededor de un patio interior hasta que llegaron a la puerta indicada. Cuando el chico la señaló, la sonrisa de triunfo era tan atrayente como su buena voluntad.

–Gracias. No sé qué habría hecho sin ti –le dijo Jo en su mejor alemán. Le entregó cinco *Schillings*, lo cual dejó encantado al chico–. Y por favor, vuelve aquí dentro de media hora, y te daré otros cinco.

–¿Aquí? –repitió el chico, tocando la pared junto a la puerta.

–Sí, exactamente aquí. ¿Cómo te llamas?

–Gerhard.

–¿Dentro de media hora, Gerhard? –Jo le señaló la hora en su reloj para estar segura. El chico asintió solemnemente y se alejó. Entonces Jo golpeó la puerta:

–¿Quién es? –se oyó la voz de David.

–¿Quién, sino tu rayito de sol? –La puerta se abrió y Jo entró rápidamente–. Y con diez minutos extra –dijo con tono de alivio.

–¿Antes de qué? –El tono de David era áspero.

–Antes de que nos llame Krieger desde Viena.

David se quedó mirándola.– ¿Entonces, quién trajo el Chrysler aquí?

–Mark Bohn. Está esperando afuera. En la terraza. Lleva un saco de hilo a cuadros. Muy a la moda. Pero quisiera que se quitase esas patillas. Son...

¿Esperando qué?

Verdaderamente, se dijo Jo, Dave no entendía nada. –Me espera a mí –dijo, y dirigió una mirada a Irina, quien estaba junto a la ventana. Sobre la cama había una valija abierta, pero Irina llevaba aún su vieja falda y blusa. Era agradable saber que por lo menos uno de ellos podía tomarse el tiempo para admirar el paisaje. –Es mejor que te cambies, Irina –le advirtió. En voz algo más baja, preguntó a David–: ¿Dificultades?

–No sé. Creo que tiene miedo de hablarme.

–De hablar con nadie. No conseguí comunicarme realmente con ella. Bueno, sigamos con este asunto. –Jo se volvió hacia la valija y eligió un vestido azul con un cinturón de eslabones metálicos. Irina, era más delgada de lo que había supuesto. Afortunadamente había elegido algo que pudiera marcarle la cintura–. ¡Irina!

Irina se acercó lentamente al costado de la cama.

–¿Qué sucede? –le preguntó Jo sin preámbulos.

Irina tomó el vestido, sin mirarlo: –Estoy poniendo en peligro a todos ustedes –dijo con una voz que apenas se oye. Nunca debí haber venido...

–¡Qué disparate! A ver si te pruebas esto, ¿eh? Dave quiere que estemos listas para salir tan pronto como haya hablado con Walter Krieger. ¿Verdad Dave?

David hizo un gesto afirmativo. Estaba observando la expresión de Irina. Decidió que estaba convencida de lo que decía. Intuía el peligro. Era todavía la Irina que había conocido, temerosa por ellos, no por ella misma. –Irina –empezó a decirle suavemente, pero no terminó la frase. Estaba sonando el teléfono.

Jo levantó la valija en ambos brazos. –Ven Irina –dijo y emprendió la marcha hacia el cuarto de baño. Antes de desaparecer en él dijo–: Yo también quiero hablar con él.

Era Walter Krieger. Su primera pregunta había hecho suponer que todo marchaba sin inconvenientes. Seguidamente quiso saber si había llegado Bohn. Y por fin, si la muchacha estaba bien. Evidentemente no debía mencionarse el nombre de Irina.

Las respuestas de David fueron igualmente breves.

Inesperadamente Krieger dijo: –Tengo que verte. Hoy.

–No tengo inconveniente –dijo David aliviado.

–¿Adónde vas?

–A Graz. Luego a Lienz.

–¿Sí? –Se produjo una breve pausa–. ¿Problemas?

–Dos, creo.

–¿Como por ejemplo?

–Un hombre que está demasiado interesado. Está en la plazoleta en este momento. No le importaba que lo viéramos o no. Puede haber otros cerca.

–¿Puedes hacer algo?

–Creo que sí.

–¿Y el otro problema?

–No es tan fácil encararlo. Está la muchacha.

–¿Te oye?

–No.

–¿Histórica? ¿Agotada?

–No, no, nada de eso. Está preocupada y no nos dice qué sucede.

–Entonces, haz que te lo diga –le dijo Krieger perentoriamente.

–¿Cómo? Ha estado guardándose demasiados pensamientos en estos últimos años. Es una puerta cerrada.

–Pregúntale, y esto es importante, quizá, pregúntale, repito, sobre Alois Pokorny. ¿Lo conocías? Si lo conocía, dile que lo mataron esta mañana, unos pocos minutos después de haber salido ella del edificio de departamentos donde había estado oculta. Observa su reacción. Podría sernos útil a todos.

–¿Dónde nos encontramos? Pensé que nos quedaríamos en... Krieger lo interrumpió. –Encuéntrame en la colina del castillo, debajo de la gran torre del reloj. ¿A las seis?

–Estaré allí.

–¿Está Jo cerca?

–La llamaré.

–No, dile simplemente que llegue a Lienz tan pronto como pueda. No te preocupes, se las ingeniará. Mañana temprano la llamaré a "Die Forelle", una hostería chica pero muy confortable. ¡Buena suerte! –Y con esto Krieger cortó.

Jo permaneció enojada casi dos minutos. Luego se rió con aire de pesar. –Muy bien. Perdí el llamado de Krieger. ¿Pero cree él que tengo alas? ¿Acaso pretende que cruce sola el Grossglockner? ¿Y de qué otra manera puedo llegar a Lienz desde Salzburgo? ¡ Verdaderamente, es demasiado!

–Dijo que tú te ingeniarías.

–Mañana temprano –la indignación de Jo había hecho que olvidara el éxito logrado con Irina. En cambio David mostró su evidente admiración. El vestido de un azul profundo era sencillo y bien cortado, ajustado en la cintura, y con un pañuelo azul y verde en el cuello, le quedaba sumamente bien. También le sentaba el abrigo haciendo juego, muy útil para las noches frescas de Austria. Notó el color inusitado en las mejillas y los labios de Irina, no exagerado, exactamente lo que necesitaba. Parecía natural. Pero lo más sorprendente de todo era el pelo. La peluca de color castaño oscuro con suaves mechones sobre las sienes y orejas la había cambiado totalmente. Era imposible recordar los trazos exactos de su estructura facial. Pocos eran capaces de ello.

–¡Fantástico! –dijo David a Jo. Irina estaba sonriendo mientras se contemplaba en el espejo.

–Una vez me llevó a través del Grossglockner un francés en su Ferrari nuevo. Y la verdad es que por poco no morí congelada a más de tres mil metros de altura. Entre eso y las veinticuatro, o bien quizás fueron veintiséis vueltas cerradas del camino una detrás de la otra, creí que me moría.

–¿Dónde está la ropa vieja? –preguntó David a Irina–. ¿En la valija? –Tenía un aspecto abultado, pero las cerraduras se mantenían firmes. Al responder Jo afirmativamente, añadió–:

Podemos detenernos bastante antes de entrar en Dürnstein, y arrojarlas en un bosque. Además buscaremos algo para comer, más al sur. ¿Tienes hambre?

–Un poco.

Aquella era una buena señal. Una hora antes había rechazado todo alimento, aun un sándwich. –Yo estoy muerto de hambre –admitió David–. Pero primero tenemos que salir de aquí. ¡Jo, vamos! Estamos esperándote.

Este comentario atrajo su atención.

–Ahora haremos lo siguiente –les dijo David, y les comunicó su plan para escapar del hotel–. ¿Han comprendido bien, las dos? Es todo cuestión de planear cada instante –dijo, y miró su reloj–. Las dos menos diez.

–¡Qué horror! –exclamó Jo e inmediatamente abrió con fuerza la puerta del dormitorio, llamando a alguien que estaba afuera. Un chico de unos nueve años con el pelo bien cepillado y el rostro reluciente hizo su entrada en la habitación–. Gerhard –anunció Jo nos llevará la valija hasta el Chrysler por diez *Schillings*. Le prometí cinco, pero creo que nuestro presupuesto puede estirarse hasta los cuarenta centavos.

–¿Reconoce los automóviles? –preguntó David con aire de duda.

–Ponlo a prueba. Los observa todo el día cuando entran y salen.

David le preguntó en alemán: –¿Viste un Chrysler azul oscuro en la plazoleta?

–¿Chrysler? –repitió Gerhard con tono perplejo. Por lo menos era sincero.

–Está junto al gran Cadillac negro –dijo David lentamente.

La sonrisa de Gerhard los iluminó a todos. –Vi el Cadillac.

–El Chrysler está junto a él. Es de un color azul más oscuro que el vestido de la señora. Al lado del Cadillac. ¿Comprendiste?

Gerhard hizo un gesto afirmativo y levantó la valija.

–Un momento –dijo David, y le entregó el dinero–. Pon simplemente la valija sobre el asiento trasero del auto. En seguida te alejas. ¿Comprendiste?

–Y muchas gracias –le dijo Jo cuando Gerhard comenzó a alejarse con su trote habitual–. Algún día será campeón de carreras de larga distancia.

–Tú también –le dijo David–. Ahora te vas. Desapareces.



–¿Y la cuenta? –quiso saber Jo.

–Pagada. ¿Cómo crees que me devolvieron los pasaportes?

Jo se echó a reír y se fue.

Al mirar a Irina David titubeó. ¿Había comprendido su plan?

–Yo te seguiré –le dijo ella.

–No me pierdas de vista. –Y a su vez David salió de la habitación.

Irina levantó un cartel que rezaba "Silencio" y lo colgó del picaporte de la puerta una vez que ésta se cerró tras ella. Luego siguió a David a través del intrincado laberinto de pasillos.

Jo estaba ya en la terraza. Mark Bohn seguía bebiendo lentamente su cerveza. –Creí que podríamos almorzar juntos –comenzó a decir.

–Más tarde. Primero... ven conmigo –le dijo Jo y se adelantó por la terraza, deteniéndose abruptamente cuándo alcanzó a ver a Ludvik–. ¡Camina hasta allí, rápido! Habla con ese hombre, el rubio con la camisa azul, apoyado sobre el parapeto. ¿Lo ves?

–Pero... –Mark se mostraba inseguro, y aun tenso.

–¡Habla con él! Dile cualquier cosa, cualquier cosa que desvíe su atención de la plazoleta. Tú hablas siempre con extraños, ¿no? –dijo Jo, y cuando le dio un pequeño empujón, Mark comenzó a moverse en dirección a los escalones. Siguió avanzando y pronto estuvo próximo al parapeto, para detenerse junto a Ludvik Meznik. Jo lo vio dirigirse al hombre con toda naturalidad. Y obtuvo una respuesta inmediata. El hombre aparentaba sorpresa, pero estaba respondiendo. Hablando, sin duda alguna. Seguidamente Mark le señaló una de las lanchas "Hovercraft" de gran tamaño, el nuevo tipo de ferry que cruzaba el Danubio en ambas direcciones. Con su rugido sonoro pero lleno de poder provocaba una especie de marea alta que se lanzaba desde las rocas. Todo el mundo en la terraza se levantó para ver más de cerca el paso de la "Hovercraft" debajo de ellos y en su marcha veloz hacia el embarcadero. Ludvik parecía estar interesado como el resto, o por lo menos observó el espectáculo durante un minuto entero. Luego volvió a mirar los automóviles en la plazoleta y siguió escuchándolo.

¿Lo habría logrado David? Se preguntó Jo. Un minuto no era mucho. Pero la suerte, aun medida mediante este minuto, era algo de incalculable valor.

Desde luego, reflexionó mientras volvía lentamente a la mesa de Mark Bohn, si no hubiera aparecido la "Hovercraft" gigantesca para atraer la atención de Ludvik, Mark habría hallado algo más, como preguntas sobre la abadía a lo lejos, otra construcción amurallada que se elevaba en una colina distante al sur del Danubio. O sobre los viñedos más allá, en las pendientes. O bien... nunca había visto a Mark falto de algo que decir. Su estilo periodístico más reciente, las "entrevistas en profundidad" como las

denominaba utilizando un fraseo elegante, atestiguaban que estaba tan lleno de recursos literarios como cualquier otro en el campo del Nuevo Periodismo. Era extraño, sin embargo, que hubiese vacilado allí unos minutos, como si de pronto se hubiese sentido nervioso. ¿Mark nervioso? Sólo cuando tenía que manejar de noche, o bien a lo largo de caminos tortuosos. En una oportunidad había hecho un chiste acerca de ello. –Simplemente no tengo tus reflejos –le había señalado–. Soy capaz de pasar una indicación de ruta sin haberla visto.

Jo miró su reloj al mismo tiempo que levantaba el menú. Qué felicidad sería poder quedarse tranquila dentro de unos pocos días, sin mirar nunca el reloj, sin calcular ninguna fracción de tiempo, sin viajar todo el día, quedándose en un solo sitio.

Preferiblemente junto a una piscina de natación con una bebida refrescante en la mano y un buen mozo tendido a su lado. En ese instante, al pensar en torsos curtidos, recordó al francés con su Ferrari. Y las curvas cerradas del Grossglockner. Se preguntó una vez más cómo haría para llegar a Lienz.

David atravesó pausadamente el pequeño vestíbulo del hotel y se detuvo junto a la puerta. No alcanzaba a ver a Gerhard. Había demasiados automóviles que le tapaban la cabeza. Vio en cambio a Mark Bohn caminando por el sendero junto al parapeto en dirección a Ludvik, siempre estacionado en su puesto. ¿Ahora? No, todavía no. Los dos hombres estaban conversando, pero la atención de Ludvik no estaba totalmente ocupada. Entonces Bohn señaló el Danubio. *Ahora*, decidió David. Irina estaba exactamente detrás de él. ¿Recordaría que debía esperar unos segundos, para darle tiempo?

No se volvió para mirarla, sino que se dirigió directamente hacia los automóviles estacionados. Una vez detrás de la primera hilera se sintió menos expuesto. Era una lástima que no le fuese posible encogerse hasta tener la talla de Gerhard. Oyó el rugido sonoro y distante del Danubio, pero no se detuvo. Llegó junto al Chrysler, abrió con fuerza la puerta y se deslizó detrás del volante. Una rápida ojeada al asiento trasero, y comprobó que allí estaba la valija de Irina, lo cual le hizo suspirar con alivio. En cambio no veía sus cosas. ¿Dónde las había puesto Jo? Buscó a tientas debajo del asiento, pero no halló nada. Movié entonces hacia adelante la butaca junto a la suya. No se había olvidado. Valija e impermeable en el suelo, escondidos al máximo como para que nadie los viera. Levantó el impermeable y se lo puso con trabajo. Se derretiría de calor, pero servía para ocultar el tono de su saco. Y la pantalla contra el sol sobre el parabrisas delantero, tirada hacia abajo y vuelta sobre la ventanilla izquierda como para protegerse del reflejo, ocultaría gran parte del pelo y de la cara de los ojos penetrantes de Ludvik. No tenía más que introducir la llave en el arranque, controlar la posición de todos los indicadores sobre el tablero poco familiar, tener el mapa a mano, y esperar. Ahora era cuestión de segundos.

Irina abrió la puerta y se deslizó en la butaca junto a él. David puso el motor en marcha, dio marcha atrás y retrocedió cuidadosamente. En seguida marcó en el tablero automático la posición de avanzar y se encontraron camino a la puerta de salida de la plazoleta.

–Ludvik me vio –le dijo Irina–. Me vio cuando salí a la plazoleta y entonces me volvió la espalda –y riendo en voz baja, añadió–: No le presté mucha atención y él me dio la espalda.

Nuevamente rió. Hacía bien oírle reír. –Miró el auto cuando salíamos –siguió diciendo–, pero no estaba muy interesado. Siguió conversando con un hombre. ¿Es uno de... de sus amigos? –verdaderamente, no le interesaba mucho en aquel momento. Conseguirían dejar atrás a todos, a todos ellos.

–No. Ese es Mark Bohn.

Irina no dijo nada más. Contemplaba la calle llena de gente, y una vez más apareció en su rostro un ceño y la expresión preocupada.

–Esto no durará mucho –dijo David para tranquilizarla–. Pronto llegaremos al puente y lo cruzaremos hasta la margen derecha del Danubio. El tránsito será menor allí, y podemos tomar velocidad.

Cuando cruzaron el puente Irina seguía silenciosa. David miró detrás varias veces. Por fin pudo decir: –No veo ningún Fíat. Escapamos, Irina –y deteniéndose al costado de la carretera se quitó el impermeable y el saco antes de reanudar la marcha–. Ahora podemos correr verdaderamente. Dentro de media hora nos detendremos a comer algo.

–No tengo hambre, David.

De manera que estaba en ese estado de ánimo otra vez.

–Bueno, compraremos unos sándwiches y puedes comerlos cuando tengas ganas. Irina, por favor... conviene comer algo. ¿Quieres?

Irina advirtió el tono de preocupación. Con una leve sonrisa accedió y mantuvo los ojos siempre fijos en los viñedos que se sucedían sin interrupción.

Primero la persuadiría de que comiera, y luego conversarían, decidió David. "¿Cómo?", había preguntado a Krieger. ¿Cómo? Seguía preguntándose. Él no era Krieger, ni podía mantener una actitud objetiva frente a Irina. Krieger se había equivocado al designarlo para la misión. Sería un viaje infernal. David guardó por fin un silencio melancólico. Nada salía nunca como uno lo había esperado, pensó. Nada.

## NUEVE

Estaban ahora en un terreno quebrado, a menos de una hora de distancia al sur del Danubio. David se arriesgó a detenerse en un café sobre la carretera, uno de los varios lugares para comer esparcidos en las inmediaciones del ski–lift. El resto de la aldea se extendía por las cercanías de la carretera, que corría a lo largo de las pendientes inferiores de unas colinas que poco a poco iban transformándose en montañas. En invierno los pequeños hoteles y los chalets de fin de semana estaban llenos de vieneses

con sus esquíes. Ahora, en cambio, había sólo unos pocos automóviles y grupos aislados de gente disfrutando del aire agradable mientras digerían el almuerzo y se preguntaban qué harían luego.

El interior del pequeño café estaba recubierto con madera barnizada con un brillo amarillo, con una pared adornada con pequeños cuernos de ciervo y otra con un aparato automático para tocar discos. Varios hombres de rostro rubicundo y vestidos con trajes locales, saco verde, pantalones negros y botas pesadas, habían tomado asiento junto al bar, alternando una conversación en voz baja y ronca con brotes de discusión. La camarera, vestida con minifalda, limpiaba las mesas con un trapo grisáceo. Ni ella ni los hombres prestaron atención a los recién llegados. David eligió una mesa más o menos limpia, dejó a Irina allí y se acercó a la camarera. –La cocina está cerrada –le dijo la camarera sin levantar la vista.

Quizá fuese mejor así, se dijo David al ver su delantal manchado. Si no hubieran tenido tanta prisa, habría salido después de echar una sola ojeada a este lugar. Y seguramente todas las cocinas en esta aldea triste con la ausencia del invierno estaban también cerradas. Con todo, dijo, pues:

–Hemos venido tarde, lo sé. ¿Podría conseguirnos un poco de pan? ¿Un poco de queso? ¿Té para la señora y cerveza para mí? No hemos comido nada desde el desayuno, y debemos partir muy pronto. Lamento causarle tantas molestias, pero le quedaría muy agradecido. Sumamente agradecido.

La muchacha, cuyo maquillaje era experto y cuyo cabello estaba apilado en lo alto de la cabeza de acuerdo con la moda del año anterior, interrumpió su tarea y se quedó mirándolo. Luego, inesperadamente, sonrió. Golpeó con el trapo la superficie de plástico de la mesa y hablando en un dialecto tan marcado que David apenas pudo entenderle una palabra, se alejó con un ruido de zapatones pesados golpeando el piso de madera. Volvió a los diez minutos con un delantal limpio atado a la cintura, y con los rudimentos de una comida simple. No era buena, pero era comible y además, presentada con esmero. E Irina, al advertir la depresión de David, hizo un esfuerzo y comió lo suficiente como para dejarlo satisfecho. –Tenias razón –dijo– Necesitaba comer.

–¿Cómo haremos para que supriman el ruido del tocadiscos?

–Habían hecho funcionar el aparato con su máximo poder en el momento en que habían tomado las gruesas rebanadas de pan negro algo viejo.

–No hacemos nada. ¡Se tomó tanto trabajo en elegir la música apropiada! ¿Qué es?

–Es Jazz "hot". Versión europea del estilo de Chicago. Boogie–woogie con "stomp stomp".

Irina casi rió en voz alta. Se contuvo, pero sus ojos estaban otra vez brillantes.

Algo era algo, se dijo David. –Prueba un poco de este queso delicioso.

–No era tan feo. Y el jamón era sabroso. Y el pan es... nutritivo.

Ninguno hizo comentarios sobre las rebanadas sin tocar de salchichón veteadado, que comenzaban a enroscarse en el plato al lado de un rábano medio marchito y de un poco de ensalada de papas con

mostaza. La cerveza era embotellada Y tenía más espuma que un baño de belleza. El té había sido preparado con agua tibia de la canilla. Al menos, en cambio, no había nada que los indujera a quedarse por más tiempo allí. David dejó una propina doble y salieron apresuradamente. –Vuelvan pronto– les dijo la camarera. Estaba de pie, en una pose de Brigitte Bardot, junto a la puerta, con un resonar estruendoso de música procedente del interior. Las colinas miraban impasibles y silenciosas al paso del automóvil.

–Ahora podemos reírnos –dijo David cerrando las ventanillas y apretando el acelerador–. Verdaderamente yo fui el más cómico de los dos. Allí estaba pidiendo té, con una pequeña pistola en el bolsillo, que de pronto recordé. –Una vez que quedaron tras ellos la aldea alpina y el ritmo ruidoso del tocadiscos automático volvió a bajar los vidrios. El aire que llegaba de los pinos tenía un perfume de resina, y ahora el único sonido de fondo era el de la música del agua corriendo rápidamente entre rocas y piedras en el lecho del torrente de montaña. ¿Lo notaste? –le preguntó al ver la sonrisa en sus ojos. ¿Fue tan evidente?

–No, no. Estaba pensando en otra cosa. En la mesa de café en Praga. Mis amigos te daban lecciones completas sobre el jazz en –Nueva Orleans y en Chicago. Y tú estabas tan incómodo, tratando de explicarles algo sin que nadie entendiera una palabra. No tenían la menor idea de jazz, ¿no?

–Bueno... conocían su Bach mejor que yo en esa época. Esto era una compensación. ¿Siguieron dedicados todos a su música? Nunca conocí tantos futuros compositores, directores de orquesta, violinistas solistas, alrededor de una mesita de café.

–No –dijo Irina, frunciendo levemente el ceño–. Uno de ellos enseña. Otro se dedicó a la política. Otros tienen... otros empleos –al decir esto su voz apenas se oyó.

–¿Y tú? –le preguntó David–. ¿Diste algunos conciertos?

Irina movió la cabeza negativamente. –¿Y tú?

–Yo escribo para una revista de música.

–¿Y por qué estas en Austria? ¿En este preciso momento?

–Salzburgo.

–¡Ah! Siempre quise ir a ese festival. ¿Cómo es?

Era un tema sin peligros, y David lo desarrolló durante cinco minutos por lo menos. Irina lo había escuchado atentamente, con interés, absorta. Pero cuando David esperó sus comentarios, tuvo la impresión de que estaba reconcentrada en sí misma, más alejada de él que nunca.

–¿Eres casado, David? –la pregunta, hecha con un tono frío y objetivo, lo tomó por sorpresa, y respondió a ella en forma abrupta.

–Fui casado. Duró cuatro años. No tengo hijos.

–Yo también fui casada... y ahora estoy divorciada. Dos hijos –y al cabo de una larga pausa–: Murieron, En un accidente, en un bote en el lago. Hace tres años. Tendrían ahora nueve y ocho años.

–Mira, Irina...

–No, *tengo* que decírtelo... pues de otro modo nunca podrías comprender.

¿Comprender *qué*? Se preguntó él.

–¿Por dónde empiezo? –Se preguntó ella en voz alta y movió lentamente la cabeza.

–Quizá cuando yo salí de Praga y te esperé en Viena.

–Y yo nunca llegué –Irina lo miraba a los ojos. No pude. ¡David... te pido que me creas! Mi madre me había llevado al campo, a la casa de mi padre cerca de Rajhrad. Queda al sur de Brno, lejos de Praga y de mis amigos. No le permitía a mi padre ni siquiera ir al pueblo a pie. Así vivía también yo, estrechamente vigilada, hasta que todas las dificultades en Hungría terminaron por fin, y mi madre decidió que podía dejarme volver a Praga y ver nuevamente a mis amigos. Salvó que ahora era ella quien los elegía, para mayor seguridad.

–¿Seguridad en cuanto a su posición en el partido? –preguntó David con amargura.

Irina asintió. –Pero eso no duró. Cinco años más tarde...

–Irina se interrumpió–. Nunca recibí tus cartas, David.

–Tampoco yo las tuyas.

–¿Sabías que yo te escribía?

–Lo esperaba siempre.

Irina estaba inmóvil, muda.

–Y a los cinco años... ¿qué pasó, Irina?

–Arrestaron a mi madre. Y luego, un año más tarde, la juzgaron secretamente. La condenaron a diez años de prisión.

–¿Por qué?

–Nunca lo supo. Ninguno de los arrestados entonces sabía por que.

–Pero tu madre era una de las autoridades del...

–Todos los demás, también. Tuvo algo más de suerte que algunos. Estos tuvieron que hacer confesiones públicas en un juicio con fines de propaganda. Y cuando los trasladaban a la prisión, retiraron a once de los vehículos, en un camino solitario, y los fusilaron.

Ahora le tocó a David quedarse mudo. Se limitó a escuchar, sin hacer otras preguntas. Así pues, prosiguió diciendo Irina, se encontró sola en Praga. No le dieron permiso para visitar a su padre. El

concierto que había estado preparando fue cancelado. La destinaron, junto con otros dos estudiantes de música, a trabajar en una fábrica. La mayoría de sus amigos y todos los antiguos amigos de su madre, la eludían. Todos, salvo Jiri Hrádek. Había sido profesor de historia en la universidad cuando lo conoció en el departamento de su madre, y más tarde había entrado a trabajar en el gobierno. Nunca hablaba de ello, ni aun después de casarse con ella, sacarla de la fábrica y disponer que trasladasen a la madre de Irina a una prisión menos rigurosa, con menos trabajos forzados. Ahora comprendía que el principal interés de Jiri había sido su padre, y tratar por todos los medios que le tomara simpatía, y que llegase a confiar en él. Pero en aquella época, en cambio, Irina sólo veía en Jiri un hombre de gran coraje, y había sentido gratitud hacia él.

En cuanto a la esperanza de Jiri de que se lograra persuadir a Jaromir Kusak de escribir una novela que evidenciara cierta simpatía por el régimen, no era tan descabellada como podría haberle parecido a David. Cuando liberaron a la madre de Irina de la cárcel en la primavera de 1968, junto con otros comunistas, ella seguía siendo comunista, más convencida que nunca de su doctrina. ¿Podía explicárselo David? Indudablemente, no. Ningún norteamericano podría comprenderlo. Ni tampoco lo había comprendido el padre de Irina. Se mostró atónito. Mientras él sentía júbilo frente a la liberación política en Praga, su mujer no mostraba más que una amarga desaprobación. Dubcek la había puesto en libertad, y ella desconfiaba de él. Daba en cambio la bienvenida a los tanques rusos cuando alegaban mantener el país fuera de las manos de los fascistas. El padre de Irina renunció, pues, a toda esperanza de recuperar a su mujer o de ver restablecida la libertad. Fue entonces que abandonó el país, en una aceptación de la desesperación total.

Irina no había salido con él. Quería hacerlo. Gradualmente se había apartado de su marido. Su reserva, sus largas ausencias, su velado desprecio por Dubcek, todo esto preocupaba a Irina y contribuía a separarla de él. Pero tenía a sus hijos, demasiado pequeños como para arriesgar llevarlos en el viaje con su padre. Podrían haber puesto en peligro su huida. Irina se quedó, por lo tanto, esperando hasta que sus hijos tuviesen la edad suficiente, esperando, planeando. Y entonces su madre se enfermó gravemente. Jiri la envió a que la acompañase, pues estaba muriéndose, y él llevó a los dos chicos a pasar unas vacaciones pescando. Tenía una casita de veraneo sobre un lago muy apartado. Pero en realidad se trataba de algo más que una excursión de pesca. Debía recibir allí, clandestinamente, a varios visitantes. Antiguos estalinistas, los verdaderos ortodoxos. Y en la mañana en que estaba él con otros tres hombres conversando en un cuarto cerrado, los niños fueron al lago y se alejaron en el bote. Esto estaba prohibido, sin duda, pero no había nadie cerca que los detuviese. No sabían manejar los remos. Se ahogaron en menos de dos metros de agua.

David se encontró desviando el automóvil hacia la banquina. –Pero, tengo que decírtelo –decía Irina–. Tengo que... –David trató de enjugarle las lágrimas que corrían por sus mejillas. La tomó en sus brazos. El llanto cesó gradualmente. David la tenía abrazada, con el rostro, apretado contra su hombro. –No– le dijo–. No tienes que decirme nada.

–Sí, sí...

–Más tarde –le dijo él–. Podemos hablar...

–No.–Irina levantó la cabeza y él la dejó apartarse–. Debo terminar de contarte esta parte, por lo menos. No queda mucho más. Dejé a Jiri y a su política. Había adquirido mucho poder. Aquella reunión secreta el día que murieron los chicos... le dio lo que quería.

David había vuelto a la carretera y logrado deslizarse delante de una columna de camiones de gran tamaño, habiendo luego aumentado la velocidad para que no tuviesen la tentación de pasarlo.

–Le pedí el divorcio. Jiri no quería dármelo. –La voz de Irina era ahora calmada, casi fría–. Obtuve permiso para vivir en la casa de mi padre en Rajhrad, y poco a poco, con mucho cuidado, entablé contacto con dos de mis antiguos amigos. Estaban trabajando en fábricas en Brno. Y por fin... accedieron a ayudarme a salir del país.

Los camiones habían abandonado todo intento de pasarlo, pero David seguía manteniendo una velocidad de cien kilómetros. La carretera era angosta pero en buenas condiciones de mantenimiento, sin vueltas cerradas y con buena visibilidad.

–Creo conocer el resto –le dijo David suavemente al notar que ella titubeaba.

Irina movió la cabeza como si estuviese por hablar. Luego, inesperadamente, se quedó callada y desvió la cabeza hacia la ventanilla. Parecía estar absorta en los prados y en los bosques que se extendían por el terreno ondulado.

David buscó mentalmente algo para abordar el problema mencionado por Krieger. Se preguntaba si acaso era necesario, ahora. Irina le había contado bastante, pero ese nuevo silencio que guardaba lo intrigaba. Disminuyó la velocidad a setenta y cinco kilómetros, a medida que se intensificaba el tránsito de vehículos procedentes de la zona de Graz. Efectivamente Irina le había proporcionado muchos datos concretos, pero todos se referían al pasado. ¿La preparación de algo que le contaría tal vez más tarde? *De otro modo nunca lo comprenderías.*

Diversos caminos secundarios comenzaban a tejer una red alrededor de la carretera, lo cual significaba un flujo cada vez mayor de automóviles y camiones. Su velocidad disminuyó a sesenta kilómetros. En este trayecto entraban solamente dos carriles, y en ellos circulaban sueltos algunos pésimos conductores. David mantuvo pues los ojos sobre la carretera mientras se preparaba para formular la pregunta propuesta por Krieger. No lo hizo con rodeos. No tenía intención de someter a Irina a una serie de ambigüedades diplomáticas. Simplemente dijo:

–¿Conocías a Alois Pokorny?

–¿Alois? –repitió Irina–. Por supuesto. ¿Y tú?

–No. A Krieger le interesaba éste punto. Quería saber si era amigo tuyo.



–Sí. Es amigo mío. Pero no quiero hablar de Alois.

–¿Por qué no?

–Porque sería peligroso para él. Cuanto menos se mencione su nombre, tanto mejor.

–No lo creo. Ya no. Murió, Irina.

Los ojos de Irina se abrieron desmesuradamente, y su rostro adquirió una expresión rígida. –¡Ah, no!... No, ¡no!

–Lo siento –le dijo él–. Alois Pokorny murió esta mañana.

–Pero, yo lo vi... estaba bien... quería llevarme al Sacher.

–¿Dónde lo viste?

–En el departamento... su departamento... el que compartía con Ludvik. Me esperaron en la frontera y me trajeron allí y me escondieron once noches –las palabras de Irina brotaban atropelladamente en una protesta llena de incredulidad. Seguidamente añadió con más calma–. No pudo salir conmigo. Llegaron dos amigos a recoger... a recoger unos panfletos que había estado escribiendo. Me crucé con ellos en la escalera cuando bajaba para ir al auto donde me esperaba Ludvik.

–¿Hablaron contigo?

–No.

–¿Los habías visto antes?

–No.

–Entonces, ¿quién te dijo que eran amigos suyos?

–Ludvik –Irina lo miró con los ojos desmesuradamente abiertos–. ¿Por qué me haces esas preguntas?

–Krieger me dijo que mataron a Alois pocos minutos después de haber salido tú del edificio donde vivía.

–¿Lo mataron? –La incredulidad dio lugar al dolor. Irina cerró los ojos. Por fin dijo con voz ahogada–. Primero, Josef. Y ahora, Alois.

–¿Josef?

–El hermano de Alois. Me llevó hasta la frontera y entonces lo... –Irina se interrumpió. Abrió los ojos, los fijó sobre la carretera delante de ella, y no vio nada.

Atravesaron las últimas colinas suaves salpicadas de fábricas. Lo que los turcos no habían conseguido hacerle a Graz en doscientos cincuenta años de repetidos ataques, lo había hecho la industria en menos de veinte. La última vez que David había visitado Graz, le había impresionado como

una población rural que por casualidad era la capital de una provincia famosa por sus reservas de caza. Ahora el tránsito era denso y aglutinado. Todos los automóviles y camiones, sobre la margen derecha del río que corría, oscuro y correntoso a través de la ciudad, estaban tratando de alcanzar la margen izquierda, donde una cantidad igual de vehículos semejantes había decidido cruzar a la margen derecha. Todo se complicaba, además, con el hecho de que la orilla izquierda se levantaba bruscamente desde una red de calles enmarañadas, para formar un alto promontorio sobre el cual se había levantado en un tiempo una fortaleza. Lo que los turcos no habían conseguido aquí, Napoleón lo había logrado. Todo había quedado destruido salvo una torre truncada, embellecida con un reloj gigantesco que dominaba la ciudad más abajo. Por lo menos, pensó David mientras atravesaban el puente para ver luego el letrero del hotel, el Grazer siempre sería puntual. ¿Quién podía atreverse a retrasarse con ese monstruo de reloj que les recordaba que todo pasa, los minutos preciosos inclusive? Quedaban cuarenta y cinco antes de tener que subir la colina y reunirse con Krieger.

El hotel no era tan elegante como hacía quince años o más, pero hacía todo lo posible por mantenerse a la altura de los hoteles más nuevos. Principios de agosto no era la mejor temporada para Graz, aparentemente. No hubo dificultad en obtener dos cuartos adyacentes. Todo moderno y apretado, todo construido como parte de la estructura para ganar un par de metros de piso despejado. Los dos habían constituido, probablemente, la mitad de una de las viejas habitaciones. Había mucho que decir en favor de los tiempos pasados, de mayor amplitud.

—¿Estarás tranquila? —le preguntó David a Irina. Estaba calmada ahora con el consiguiente alivio de David—. Voy a ver a Krieger.

—¿Quieres preguntarle qué le sucedió a Alois?

—Si quieres, lo haré. ¿Es importante para ti?

Con la misma voz indiferente Irina repuso: —Podría ser importante para todos nosotros.

—No tardaré. —David probó el elástico de la cama. Era comfortable—. ¿Podrías descansar... tratar de dormir? Comeremos abajo tan pronto como vuelva.

—¿Te parece seguro?

—No he visto ni un rastro de Fiat gris —dijo él, para añadir luego en voz baja—: ¿Por qué te seguía Ludvik, Irina?

—No sé. Esta mañana creí tener la respuesta. Pero ahora... simplemente no lo sé—. Desde que Alois... —no terminó la frase—. Estaré muy bien aquí.

David abrió la ventana. Estaba en el segundo piso y daba a una calle sobre el río, dejando entrar en la habitación el rumor de la corriente del río junto con el aire fresco. De esa manera Irina se quedaría dormida, tal vez. Pero lo único que llegó fue los chillidos y lamentos del tránsito y el olor de las emanaciones escapadas de los pesados camiones. Rápidamente David volvió a cerrar la ventana.

Irina reía abiertamente. –¡Pero, David!... ¡Qué cara!

–Me alegro de que algo sea cómico aquí –David la miró un instante y luego, impulsivamente, la rodeó con los brazos y la abrazó fuertemente–. No te preocupes, Irina. Ya encontraremos la respuesta a todo esto. Juntos.

Salió inmediatamente. Tenía veinte minutos para estacionar el automóvil en un lugar seguro dentro del garaje del hotel, llamar un taxi y llegar hasta esa fortaleza del pasado. Las distancias eran cortas dentro del corazón de la ciudad vieja, pero el laberinto de calles en aquel lado del río era una trampa más para el forastero. Un conductor de taxi conocería, en cambio, el camino más corto.

El mayordomo del hotel llamó al taxi mientras David llevaba el Chrysler al garaje, ya que no estaba dispuesto a confiar el automóvil de Krieger a las manos de ningún botones, y de cualquier manera, el único visible tenía, por lo menos, ochenta años. Cuando volvió a la puerta del hotel, el taxi estaba esperándolo. Tenía doce minutos para subir a esa maldita colina. Qué había hecho a Krieger elegir ese lugar para la cita era algo que no comprendía. El taxi llegó en diez minutos a la cima de la colina, utilizando una avenida curva que se apartaba de una calle de la ciudad para ascender suavemente hasta el nivel del reloj inmenso. Y ahora David empezaba a comprender el propósito de Krieger. Todo el lugar era como un enorme parque público, con árboles y canteros que disimulaban las ruinas arrasadas. Además era muy popular. Aquí la gente caminaba, más allá la gente se encontraba para sentarse en un banco y conversar. El movimiento era constante, y el espacio, amplio. En realidad podría resultarle difícil localizar a Krieger.

Dejaré que él venga a mi encuentro, decidió David. Probablemente me vio pagando el taxi. Decididamente me vio caminar hacia este muro bajo. Está junto a la torre. Y son las seis. Ahora miraré el paisaje allí abajo, como lo hacen cincuenta personas más.

La voz profunda de Krieger dijo a su lado: –Qué caída a pico ¿no?

## **DIEZ**

Para empezar, Krieger formuló las preguntas y las mantuvo muy breves. Escuchaba atentamente las respuestas de David, y aparentemente trataba de ubicarlas dentro de un esquema lógico. Pero a pesar de todo estaba perplejo. –Hay algo malo en algún punto –dijo por fin–. Aparte de Ludvik, que sabía dónde encontrarlo, aparte del hecho de que no le importaba nada que lo viera hay algo que anda mal, algo raro en todo este asunto.

–Irina no finge nada.

–No. Pero tampoco lo dice todo. –Krieger posó la mirada en los labios apretados de David–. Vamos – le dijo con un tono algo más cordial–, caminemos entre estos árboles. Esta vista valía tres minutos, y ya se los hemos dedicado.

–Irina –dijo David cuando empezaron a caminar por un sendero empinado que desembocaba en otro sector del parque– no está segura, ella misma. Cuando esté segura de lo que sabe, nos lo dirá.

–Espero que no sea demasiado tarde –dijo Krieger gravemente.

–¿Para Irina?

–Para Irina y para su padre. Para usted, también. Para cualquiera que haya colaborado en esta huida.

David observó: –Es una idea reconfortante. ¿De dónde la sacó? ¿Como consecuencia, tal vez, de la muerte de Alois Pokorny?

–Y la de su hermano.

Entraban en aquel momento a una larga avenida bordeada por árboles que serpenteaban por la colina. Había allí varias parejas paseando, brazos rodeando cinturas, cabezas de muchachas apoyadas sobre el hombro de muchachos, unos cuantos grupos con chicos pequeños corriendo de un lado a otro, hombres mayores y de movimientos lentos, con las manos detrás de la espalda al avanzar colina arriba, estudiantes discutiendo, riendo. Y nosotros hablando de la muerte, pensó David—. ¿Cómo murió Alois?

–Lo arrojaron por la ventana.

–¿Lo arrojaron?

–Sí. La policía está segura de ello. Hallaron señales de lucha. Y el pobre diablo tenía un solo zapato cerca de él. Encontraron el otro junto a sus zapatillas en ese cuarto. ¿Acaso se suicida un hombre con un solo zapato puesto? Además, vi cuando el cuerpo hacía impacto sobre la calle. No cayó sobre la acera. Cayó sobre la calle misma.

David detuvo su marcha.

–No, sigamos caminando. Yo estaba en la panadería sobre la acera opuesta. Y lo horrible es que estuve sentado detrás de los dos hombres que lo asesinaron. Vi cuando les hacían una señal desde la ventana del departamento de Pokorny. Los vi entrar en el edificio. Vi salir al hombre que hizo la señal. Vi salir a Irina y subir a un Fíat gris que se alejó. Hasta me tranquilicé respecto a esos dos hombres. Habían garantizado que Irina bajase la escalera sin dificultades. Me sentía muy satisfecho. Esto es lo terrible. Creí que había pasado lo peor. Desde ese momento, si teníamos cuidado, todo marcharía bien. Y entonces cayó el cuerpo, a menos de diez metros de donde yo estaba.

–¿Y el hombre que hizo la señal?

–Era el mismo hombre que salió inmediatamente antes de Irina. Manejaba el Fíat, ¿no?

–Ludvik. –Y Ludvik había salido al encuentro de Irina cuando ésta cruzó la frontera. ¿Cómo murió el hermano de Alois? –preguntó.

–Lo mataron de un tiro en la frontera. Según la traducción austriaca de un recorte de diario de Praga que vi esta mañana cuando visité a un amigo mío (su departamento se interesa por las actividades checas, por razones de seguridad austriaca) la intención es que se suponga que Josef fue muerto por un guarda de frontera mientras intentaba escapar de Checoslovaquia. Sí, escapar. No se menciona a Irina. Solamente que ese traidor de Josef Pokorny fue muerto por la patrulla de frontera cuando intentaba reunirse con sus cómplices. Hacía tiempo que estaba vigilado. Se sabe que Pokorny era un agente a sueldo de los imperialistas occidentales, quienes, desde la protección conferida por un país neutral, han estado apoyando las conspiraciones reaccionarias dirigidas contra nuestra República. Por supuesto –añadió Krieger cuando terminó la cita– fue la mención del país neutral que llamó la atención de los austriacos hacia ese montón de mentiras. Astuto, ¿no? Por un lado, Jiri Hrádek tranquiliza a sus camaradas en el sentido de que está dentro del sector que manda. No hay necesidad de que ellos pasen las noches sin dormir preocupados por los subversivos fascistas que conspiran junto con un gobierno extranjero para derrocar a la República. Por el otro, se deshace de dos miembros de la resistencia, Josef y Alois Pokorny. Dentro de pocos días no me sorprendería ver otro pequeño párrafo en "Rude Pravo", esta vez, sobre Alois. Suicidio en medio de estado de depresión por la muerte de su hermano y por el fracaso de la conspiración. ¡Así mueren todos los traidores!

Siguieron caminando en silencio, dejaron atrás la avenida de árboles por un camino lateral que los llevó hasta un gran patio hundido con algunas reliquias de la fortaleza, destruida junto a las paredes medio derrumbadas. David se detuvo y miró hacia abajo, en dirección al jardín plantado para disimular la destrucción de las ruinas. *Se pretende que creamos que Josef fue muerto por un guarda de frontera...* – ¿Quién mató a Josef? –preguntó.

–Sólo hay pruebas indirectas, pero bastante concluyentes. Dos austriacos, terminada su guardia en el puesto de frontera, iban en bicicleta por la carretera donde estaba el auto esperando a Irina. Estaban algo lejos, pero vieron el auto con una muchacha y un hombre sentados muy juntos, mientras dos hombres hablaban detrás del alambre de púas. Luego oyeron un disparo, y el hombre en el lado checo cayó de espaldas.

–¿De espaldas?

Krieger asintió. –El auto se alejó. Los austriacos llegaron a ese sector del cerco, y vieron que lo habían cortado. El hombre estaba aparentemente muerto, pero uno de los austriacos se dirigió al cerco mismo, supongo yo que infringiendo las reglas, y lo atravesó para ver si el hombre vivía aún, aunque esto no figuró, naturalmente, en su informe. Dijo en cambio, categóricamente que había visto bien al hombre, y que éste había recibido un balazo en el pecho, disparado por alguien frente a él. La herida podía haber sido causada solamente por alguien que hubiese disparado desde muy cerca, pues las quemaduras de pólvora eran visibles. Seguidamente la patrulla austriaca oyó aproximarse un jeep, de modo que retrocedió hasta la carretera, recogió sus bicicletas y regresó a sus puestos. Elevaron un informe de

rutina, y dentro de lo que les interesaba a ellos, el episodio se dio por terminado. Entonces el "Rude Pravo" publicó su versión, punto en el cual el incidente de la carretera cobró interés para los austriacos.

Krieger había sacado su pipa y su tabaquera, y tenía las cejas espesas muy fruncidas mientras la llenaba cuidadosamente.

—De manera, pues, que debemos tomar muy seriamente a este Ludvik. En los archivos austriacos no figura como agente checo, sino que se lo identifica, lo mismo que a Alois Pokorny, como un refugiado. Lo cual quiere decir que está muy lejos de ser tonto. Ha estado tan bien cubierto que debe ser importante, uno de los secuaces selectos de Jiri Hrádek. —Krieger encendió la pipa, aspiró profundamente, y comprobó que tiraba a su entera satisfacción—. Pero los dos que entraron en el edificio de Alois Pokorny aparecen fichados como agentes. Identifiqué sus fotografías hoy en una pequeña colección de tomas instantáneas. Hice hacer duplicados, simplemente como *quid pro quo* por la información que les había suministrado. —Al deslizar la tabaquera en su bolsillo, extrajo las dos instantáneas, y se las entregó a David—. Creo que debe mantener los ojos bien abiertos respecto a estas dos caras.

David las estudió. Una fotografía había sido tomada en una cervecería al aire libre, y la otra en una esquina callejera. Ambas presentaban claramente la cabeza y los hombros tomados en tres cuartos de perfil. —¿Qué talla?

—El de pelo oscuro es como usted, de un metro setenta y cinco, más o menos, diría yo. El otro mide un metro ochenta. Vigoroso. El moreno tiene cabeza angosta y ojos oscuros. El más rubio, de pelo no rubio, en realidad, sino castaño claro, tiene cabeza redonda y cara ancha, con ojos pálidos. Dos tipos bien diferenciados de checos, uno, del este, y el otro, del Oeste. Ambos son obedientes, no hay duda de ello. No tienen repugnancia ni andan con escrúpulos de ninguna clase.

—¿Hay nombres para estas caras?

—Milan, pelo oscuro. Jan, pelo claro. No, no —dijo Krieger cuando David hizo ademán de devolverle las fotografías—. Las hice hacer para usted. Yo los reconoceré muy bien. Además, muéstrselas a Irina. Puede que tenga algo que decir sobre ellos.

—¿Cuánto debo decirle?

—Lo que usted considere que puede soportar. Cuanto más, mejor. Bueno, ¿habremos visto ya lo suficiente de este jardín? Terminemos nuestro paseo subiendo a la cima de la colina. Deje mi auto allí. ¿Cómo está mi Chrysler?

—Seguro en el garaje del hotel.

—¿Y qué hotel es?

—El Grand.

Krieger hizo un gesto vago. Seguramente él habría elegido un hotel menos céntrico. –Mañana, Lienz. ¿Y luego, dónde?

–Se me ocurrió que podría cortar por el norte de Italia y tomar la carretera a través de los Dolomitas en dirección al Tirol meridional. Merano es, creo, un buen lugar donde detenerse. Suiza está detrás de las montañas, al oeste.

–No creo que estén vigilando esa ruta –dijo Krieger–. Pero ustedes entrarán en Suiza por un rincón demasiado apartado. Con todo... –nuevamente hizo un gesto de asentimiento que esta vez era casi de aprobación–. Podríamos organizar algo desde allí. ¿Telefonó a Hugh McCulloch en Ginebra?

Frente a este reproche velado David casi sonrió. –Lo haré esta noche. ¿Supongo que será solamente un llamado de rutina?

–Dígale, simplemente que estuvo conmigo, y que yo le informaré sobre la marcha de todo esta noche. Le gusta que lo mantengan informado. Es la mentalidad legal. ¿Le contó que estudiamos derecho juntos? Más tarde, yo me enredé en las actividades de inversiones, en el control de su conformidad con sus leyes de cada estado. Así pues me orienté hacia los negocios, pero dentro de algo que me permitiera viajar.

Toda esta charla agradable tiene como único objeto devolverme la calma, pensó David. Debió notar cómo me quedaba rígido cuando reconstruyó la muerte de Alois Pokorny. David trató de hablar con tono más ligero: –Y encontrarse nuevamente con viejos amigos. ¿Hay otros por el camino?

–Hasta que lleguemos a Suiza, no. Hasta entonces, estaremos librados a nuestros propios recursos. Sin recibir ayuda de nadie, a menos que los austriacos descubran a Ludvik. Tendrán algunas preguntas bastante escabrosas que hacerle –Krieger se detuvo al final del sendero, y miró hacia abajo, para contemplar las ruinas en el patio–. El hombre es sanguinario –dijo casi hablando consigo mismo–. Napoleón arrasó esta fortaleza, después de haber firmado el tratado de paz con los austriacos. Nunca logró tomarla por asalto. –Dicho esto reanudó su paso uniforme, pero la pipa no parecía darle ya mucho placer. Vació la pipa contra un taco y luego señaló con la boquilla el bolsillo de David–. ¿También usted ha empezado a fumar en pipa?

David sacó la pequeña automática el tiempo suficiente como para que Krieger la viera. –De Irina. De su padre, en una época. Me pidió que la llevara yo. Y la verdad es que no sé dónde dejarla –comentó, con aire perplejo.

–En su valija, no –le advirtió Krieger–. Pueden revisársela, puede que estén revisándosela en este mismo momento.

–No, ¡vamos...!

–Dije "pueden". Depende de si Ludvik y su banda lo han seguido a Graz o no. ¿Y por qué no? Sabían dónde alcanzarlo en Dürnstein. ¿Quién ha estado diciéndoles todo, me pregunto? –Las palabras eran ligeras, el tono, en cambio, implacable.

–¡Irina, no! No sabía que la llevaban a Dürnstein.

–Ni usted, tampoco. La misma razón. Pero yo lo sabía, y Jo lo sabía.

–Y Mark Bohn.

–Y eso es todo. ¿Quién sabía acerca de Graz? Usted, y yo, y Jo. ¿E Irina?

–Si acaso nos oyó. Pero estaba pensando en sus cosas. Y no puedo creer que Jo...

–Yo tampoco –dijo Krieger–. Conozco a su tío George desde hace años. Fue miembro del Ejecutivo Operaciones Especiales, EOS, durante la guerra grande. Ésta es la sigla que describe las informaciones secretas que no vacilan en utilizar tretas sucias. Conocí a Jo en Londres, en el departamento de Sylvester. Es de toda confianza. Estoy seguro de ello. Era una gran favorita de Jaromir Kusak. Acababa de salir de Checoslovaquia... pero ya le contará ella la historia.

–¿Hay noticias de Kusak? ¿Lo ha hecho aparecer ya George Sylvester?

–Por ahora, Sylvester sólo publica sus obras. Hay una nueva novela anunciada para esta primavera, la primera de Kusak en veintidós años, y Sylvester dice que será una obra fundamental. No le gustará nada a Praga. Es la antítesis de todo lo que ellos quisieron persuadirlo de que escribiera cuando estaba todavía en Checoslovaquia. Todo lo que produjo para ellos en aquella época fue una serie de cuentos cortos sobre la vida rural, nada de política, nada de propaganda, nada de cuadros idealizados. De manera, pues, que esto suma un peligro más para todos nosotros, ¿no? Es necesario destruir ese manuscrito, y también al hombre que lo escribió, quizás. Sin duda alguna, hay que desacreditarlo. Hasta el título es algo que Jiri Hrádek nunca podrá perdonar: *El Invierno de Praga*.

Estaban por desembocar en aquel momento en un terreno muy amplio, con un restaurante al aire libre, una serie de edificios y comercios de recuerdos para turistas, y una playa de estacionamiento. A pesar de sus dimensiones estaba lleno de gente, y su movimiento constante daba una sensación de seguridad.

Sensación de seguridad, repitió David amargamente. –Jiri Hrádek. ¿Qué tipo de canalla es?

–Sumamente inteligente, frío, calculador, totalmente entregado. También es sumamente simpático cuando es necesario, con una sonrisa sincera y una forma cálida de estrechar la mano. Muy ambicioso, y casi en la cúspide. Parece ser totalmente leal al régimen actual, pero siempre ha estado un paso más lejos hacia la izquierda que ellos. Si los comunistas de la vieja línea, los duros, llegan a asumir el poder nuevamente, Jiri estará en medio de ellos. Físicamente... alto, moreno, de rasgos firmes, muy atrayente para las mujeres, según he oído decir. Tiene cuarenta y un años, y... –Krieger miró a David–. ¿Le basta?

–¿Usted está convencido de que es el jefe de Ludvik?

–El primer empleo de Jiri Hrádek fue en la sección de propaganda de la seguridad de estado. De allí se trasladó a la policía de seguridad de estado, que tiene sus agentes en el extranjero además de los que



están dentro del país. Con estos antecedentes bien podría ser responsable de mucho más que de Ludvik. –Krieger se detuvo junto a unos árboles, e hizo un gesto en dirección a una fila de automóviles estacionados en un espacio abierto–. ¿Ve ese Mercedes verde? Lo alquilé en Viena. Es para usted. Yo recogeré mi viejo Chrysler en el garaje. Lo único que tenemos que hacer es intercambiar llaves y documentación. –Hicieron esto inmediatamente–. Los veré, a usted y a Irina, en Merano. Hay un hotel llamado Bristol, lo bastante grande como para que podamos perdernos en él. Será hasta entonces. El domingo.

Las carreteras estarían infernalmente llenas ese día, pensó David. A pesar de ello no tenía alternativa. Había una posibilidad algo remota de que los automovilistas del domingo eligiesen los caminos más fáciles hacia las zonas para hacer picnics, evitando las rutas de montaña. Pero en definitiva, ésta era la menor de sus preocupaciones.

–Krieger advirtió su vacilación. –¿Algún problema?

–Tenemos unos cuantos, ¿no? –replicó David con una leve sonrisa.

–No se preocupe demasiado de que Ludvik haya aparecido en Dürnstein. Podría haber sucedido que Jo hubiese dejado escapar algo en Viena cuando retiró su automóvil del garaje. Quizás averiguó acerca del mejor camino a Dürnstein, o pidió un mapa de esa ciudad. Si luego apareció alguien e hizo algunas preguntas en el garaje, bueno, ésa es la forma en que se escapa la información con la mayor inocencia del mundo. –La mayoría de la gente habla demasiado. Incluido yo, en los últimos cuarenta minutos.

–Me alegro de que haya hablado.

–No podemos trabajar a ciegas –asintió Krieger al tiempo que le estrechaba firmemente la mano–. Ahora tomaré el trencito de cremallera que baja a la calle por la pared de roca. ¿Alguna vez probó ese tipo de transporte? –Y dicho esto se alejó, abriéndose paso entre las mesas llenas de gente del restaurante abierto, hasta que llegó a una prolija estación junto a un comercio de recuerdos, y se perdió entre la multitud.

## ONCE

David llegó al hotel diez minutos más tarde. El Mercedes era de fácil manejo, y lo suficientemente compacto como para maniobrar sin dificultades. El color era apropiado, asimismo, ese tono verde oscuro que a él le agradaba. Lo dejó junto a la acera, algo más adelante de la entrada principal. Ello provocaría menos curiosidad que entrar en el garaje manejando un auto diferente. Además, podría toparse con Krieger cuando éste saliera, lo cual podía ser cómico, pero no conveniente. La calle fuera del hotel estaba ahora tranquila, casi desierta. Había desaparecido el tránsito frenético de las últimas horas de la tarde Y el Mercedes no se veía solitario, estacionado como estaba junto a un par de autos más. Pasaba casi inadvertido.

El pequeño vestíbulo estaba vacío. En el café junto a él había una sola mesa ocupada. El comedor, que no se alcanzaba a ver, estaba en cambio lleno de actividad, con rumor de platos, aroma de "goulash" y de pimentón proveniente de una esquina, recordándole que en cuanto a la comida se refería estaba dentro de la zona de países balcánicos. Miró su reloj. Casi las siete. La gente comía temprano en Graz. David miró nuevamente hacia el café, se preguntó si tendría tiempo de beber rápidamente un whisky, pero decidió no hacerlo. Sería mejor subir a ver a Irina. Quizás estuviese empezando a sentirse intranquila por él, y verdaderamente él estaba ansioso por verla.

Había un solo empleado en el mostrador, ya que, según suponía David, el resto del personal estaba cenando, a cargo de la doble tarea de atender al público y de manejar el conmutador telefónico. David esperó a que le entregasen la llave de su cuarto. Esperó sólo dos segundos, lo cual le sorprendió. Tan pronto como el empleado lo vio, se quitó los audífonos y acudió rápidamente. –Lo llamaron por teléfono, señor. Les dije que había salido. Entonces me preguntaron si podían hablar con la señora y darle un mensaje. Está hablando con ellos en este momento. Espero que esto no haya molestado a Mademoiselle Tesar.

–¿Llamado de dónde? –¿Hugh McCulloch? ¿Jo?

–Un llamado local, desde el aeropuerto, creo –por fin el empleado le entregó la llave–. Dijeron que era importante. Pero tal vez no debí molestar a...

David estaba ya en marcha hacia el sector detrás del mostrador, luego de haber dejado a un empleado sorprendido detrás. El único ascensor estaba en el cuarto piso. No esperó, sino que subió por la escalera al segundo piso. Si los ojos del empleado hubieran podido seguirlo, se habrían abierto más desmesuradamente aun.

David movió el picaporte de la puerta de Irina. Estaba cerrada, como cabía esperar, y seguidamente David golpeó con los nudillos. El llamado podía haber sido de Krieger. ¿Alguna idea ulterior, alguna advertencia? Pero, no había habido tiempo de que Krieger llegase al aeropuerto. Golpeó una vez más, con creciente ansiedad. Por fin Irina abrió la puerta, pálida y tensa. David miró hacia el teléfono. El auricular estaba en su soporte.

Irina no lo miraba. Se desplazó, en lugar de ello, hacia la ventana, la abrió, y se quedó contemplando el río sumido en la oscuridad.

David cerró la puerta con llave. –¿Pudiste dormir algo? –le preguntó. Había una ligera depresión sobre la almohada. Sobre la otra cama estaba la valija abierta y unas cuantas prendas desparramadas sobre el acolchado blanco.

–Un poco –Irina se cerró su bata delgada alrededor del cuello. Se había sacado la peluca morena y tenía nuevamente su pelo rubio.

–Vi a Krieger. Lamento haber llegado tan tarde. En realidad no perdimos tiempo.

–¿Cómo está? –preguntó Irina con aire de desaliento.

–Lleno de información –dijo David, con un tono fingidamente despreocupado–. Y tenemos un auto nuevo. Sospecho que extrañaba el suyo. –Hablar y seguir hablando, se dijo. Nuevamente miró el teléfono. Me lo dirá ella, se repitió. ¿Por qué no habría de decírselo?

–Supongo que sí comentó Irina,

–Vamos a comer. Luego, cuando hayamos comido, te transmitiré las noticias de Krieger.

–No –dijo, mirándolo de frente–. ¡No! No quiero saberlas. David se quedó mirándola.– ¿Ni siquiera las de Alois?

Ella guardó silencio, los ojos muy abiertos y rodeados de sombras.

–Es mejor que te apartes de la ventana. Hace más fresco a esta hora. No quiero que atraveses las montañas tosiendo y estornudando. –David había hablado en un tono normal, pero la depresión que sentía era cada vez mayor.

Irina no dijo nada, pero se apartó de la ventana. Se acercó lentamente a la cama, fingió interesarse en las ropas esparcidas sobre ella, levantó un vestido de lana de color verde claro, y lo dejó caer. Luego se acercó al tocador y levantó la peluca. Se quedó mirándola, pero sin verla.

David esperó. Irina no hablaba todavía. No pensaba decir nada, aparentemente, sobre el llamado telefónico. ¿Quién lo había hecho? El llamado no había sido para él, sino que habían invocado su nombre sólo para saber si estaba. Tan pronto como habían comprobado su ausencia, había sido posible hablar sin riesgo con "la señora". ¿Significaba aquello que el hombre no estaba seguro del nombre que usaba Irina? Sólo un hecho era indudable. Irina no debió haber recibido llamados telefónicos de ninguna clase.

David dijo: –Haré traer la comida aquí. Será más seguro, como tu dijiste.

–¿Más seguro? –La frase cortó el espacio a través del cuarto. Irina dejó caer la peluca y dijo–: Inútil. Inútil, todo. Todo lo que hemos hecho es inútil.

–No –le dijo David en voz baja–. No te permitas nunca pensar eso, Irina.

–Ay, David –Irina corrió hacia él, lo tomó de las manos y lo miró desesperada–. No hay más que una cosa que debo hacer. Volveré a Checoslovaquia. Partiré...

–Partirás *conmigo*. Y muy pronto –David la rodeó con los brazos. Estaba temblorosa. La sostuvo muy apretada contra él–. Vamos, vamos le dijo como si se dirigiera a un niño desamparado. Gradualmente el temblor disminuyó–. ¿Qué opinas, Irina? ¿Que debemos partir esta noche?

–Sí –repuso ella, el rostro oculto contra el pecho de David. Sí. Partamos. ¡Ahora mismo!

–¿Ahora? ¿Sin vestirme un poco primero? –Se oyó una risa muy débil–. Bueno, así me gusta –le dijo–. Pediré algo de comer... lo necesitamos, ¿sabes?, y luego arreglaré los detalles. Prepara tu valija, y estáte preparada.

Irina asintió. –No tardaré más de diez minutos, tal vez menos. ¿No volverás a tener miedo? ¿Me lo prometes?

Nuevamente Irina asintió, la cabeza inclinada aún.

David le levantó el mentón con un dedo. Quiero ver este mentón bien alto, ¿oyes? Y cierra la puerta con llave.

–Si. Pero...

El abrazo de David por poco la dejó tan falta de aliento que no pudo decir nada más. –¡Cierra la puerta con llave! –volvió a recomendarle él, y partió.

Volvió a utilizar la escalera, y su mente corría a la misma velocidad que sus pies. Echó un vistazo al comedor sombrío, en el cual se movía lentamente un mozo de cierta edad, y perdió toda esperanza. Probó luego el café junto al vestíbulo. Allí había dos camareras con uniformes de satiné negro, mujeres maduras y rollizas, que esperaban, con sus almidonados delantales blancos, a los clientes después de la cena. David se dirigió a la que tenía ojos brillantes y un paso más ágil. Durante un breve instante, lo escuchó. –Si subiera una bandeja para dos... goulash está bien... cualquier cosa que esté ya preparada en la cocina –dijo.

–Pues... –empezó a decir ella, con una expresión perpleja en su rostro redondo–... no sé. Están ocupados en el comedor, y a esta hora no hay servicio a las habitaciones. Más tarde...

–Yo puedo subir la bandeja. Consígame la comida. ¡Por favor!

Esta perspectiva le provocó horror. –La subiré yo –le dijo–. Si me es posible salir de aquí –añadió dirigiendo una mirada a la otra camarera.

–Estoy seguro de que podrá hacerlo. Habitación 204. Lo más pronto posible. Mi hermana no está bien, y no ha comido en todo el día. Con una sonrisa amistosa, le tendió un billete de cien *Schillings*–. Le pago ahora y con ello le ahorro hacer tantas cuentas.

–¡Es demasiado! Setenta serían...

–Guarde el resto, ya que le he causado una molestia. Y muchas gracias.

–Gracias a usted, señor –dijo la mujer cuando él ya le daba la espalda y se alejaba. David se volvió a medias y la saludó con la mano mientras se alejaba rápidamente.

–Pobre hombre, tiene la hermana enferma –dijo la camarera a la otra, y seguidamente partió presurosamente hacia la cocina–. Vigila mis mesas, ¿quieres? Compartiré la propina.

Esta promesa dio resultados inmediatos.

David volvió a detenerse junto al mostrador del vestíbulo. No se veía ningún teléfono público, pero adoptando ciertas precauciones su llamado a McCulloch sería inofensivo. El empleado seguía preocupado por haber molestado a la señora. Posiblemente este hecho contribuyó a que se mostrase sumamente comedido. Sin duda podía comunicarse con Ginebra en pocos minutos. Comuníquese con la central –le dijo David–. Dejé el número de Ginebra en mi cuarto, de modo que tomaré el llamado desde allí –y antes de que el empleado hubiese extendido la mano hasta el conmutador, David estaba ya en marcha hacia la habitación.

Trató de fortalecerse a si mismo antes de ver a Irina. Seguía tratando de persuadirse de que le mencionaría el llamado, se lo diría espontáneamente. Cualquiera que fuese el mensaje, la había dejado aterrorizada. Nunca había tenido a nadie entre sus brazos que expresase un terror tan profundo al apretar su cuerpo contra el suyo. Había sido un momento que bien querría haber olvidado. Frente a la puerta, se detuvo, y luego, aspirando profundamente, golpeó.

Irina se había cambiado y llevaba ahora el vestido verde. Era morena otra vez, y estaba arreglando los rizos sueltos de la peluca con dedos hábiles. –Pronto terminaré de preparar la valija –le dijo.

–Muy bien –le dijo él, quizá con demasiado entusiasmo. No se hablaba del llamado, y no se hablaría, seguramente, decidió. Ahora estaba preguntándole adónde iban, cuánto tiempo les llevaría, si no tendría inconveniente en manejar tres o cuatro horas más. David repuso con tono despreocupado, con una voz deliberadamente calmada, y llegando a agregar uno que otro comentario jocoso. Pero no era la Irina que él había conocido en un tiempo. Esta idea lo irritaba aún mientras trataba de aceptarla. Además, sus dudas eran cada vez mayores.

Sintió alivio al oír sonar el teléfono en el cuarto contiguo.–Voy yo –dijo a Irina al alejarse hacia su propio cuarto–. Esperaba este llamado. –La ironía del comentario le resultó evidente cuando vio que ella se quedaba inmóvil, con los ojos abiertos de curiosidad. Y comprendió, al levantar el receptor, que ni siquiera había mencionado el nombre de Hugh McCulloch ni el de Ginebra–. Mi Dios, pensó, las cosas no salían como las había previsto.

Fue sólo cuestión de segundos, una vez que hubo dado el número de Ginebra a la operadora suiza, antes de que una voz femenina le contestara con un "Holz, McCulloch y Winter–house". Consciente del conmutador abajo, David dijo: –Habla Mennery. Desde Austria. Quisiera hablar con algún miembro de la firma, o bien dejar un mensaje si no está ninguno de ellos.

–¡Ah, señor Mennery! Creo que uno de los socios está todavía aquí. ¡Un momento, por favor!

La confianza de David se reafirmó algo. La mujer había reaccionado con tanta rapidez frente a su pequeño subterfugio que su depresión se disipó. Y cuando oyó por el teléfono la voz de McCulloch, sin ningún nombre que lo identificase, el ataque de pesimismo de David desapareció enteramente. Allí había gente que sabía lo que hacía.

–¿Señor Mennery? ¿De manera que está en Austria?

–En este momento, en Graz.

–¿Sus negocios andan bien?

–En parte. El problema de la exportación está dándome algunos dolores de cabeza inesperados, pero creo que desaparecerán antes de la fecha de entrega.

–¿Los discutió con su socio?

–En su mayor parte. Lo vi esta tarde. Seguramente lo llamará por teléfono esta noche y le dará un informe completo de lo sucedido hasta ahora. Dicho sea de paso, cuando hable con él, dígame que pienso acelerar el traslado de la mercadería. Lo adelantará un día.

–¿Un día antes de la fecha? –La voz de McCulloch expresó perplejidad.

–Es aconsejable. Recuerde decírselo, ¿eh?

–Se lo diré. Y tendré el acuerdo completo redactado aquí, preparado para la firma final.

Cuanto más pronto, mejor.

–Inmediatamente –repuso McCulloch y cortó la comunicación.

Bueno, pensó David, conseguí pasar esa señal claramente. El sábado, no el domingo, en Merano. Levantó su impermeable y extrajo de él el mapa. Estudiaría el tramo siguiente del camino mientras cenaba con Irina. Sería un buen pretexto para evitar forzarla a hablar. *Unos dolores de cabeza inesperados*. Lo menos que podía llamarlos, añadió amargamente. Sacó la pequeña automática. Era una Beretta 22 y a larga distancia tan eficaz como una cerbatana. Controló el gancho de seguridad antes de deslizarla en el fondo del bolsillo de su impermeable. Allí encontró la corbata roja. La guardó debajo de un pulóver en su valija, pensando que debía haberla arrojado en un matorral en aquel sector desierto de la carretera. Y bien, quizá llegara a usarla algún día, si terminaba ese viaje con recuerdos algo menos amargos que los sentimientos que tenía en ese momento. Si terminaba ese viaje, punto. Eligió una corbata lisa oscura, discreta y segura, y la deslizó debajo del cuello de la camisa. Ahora el empleado lo vería con aprobación, ya que antes había mirado severamente la camisa con cuello abierto de David, y la partida brusca de los dos sería más aceptable. ¿Qué pretexto aducir para ella? David pensó en algo mientras se anudaba la corbata, pero para utilizarlo sólo en caso estrictamente indispensable. Con gran frecuencia las explicaciones sonaban más bien como evasiones, y con igual frecuencia lo eran.

Se oyó un golpe discreto en la puerta. Era la camarera, con una bandeja cargada como una pirámide. –Está muy bien –le dijo David, y la ayudó a bajar la pesada carga de su hombro—. Espléndido. Maravilloso. Nosotros dispondremos la mesa. Ya sé que está apurada. No, por favor. No queremos detenerla más. *Vielen Dank*. –La mujer se fue respirando afanosamente, pero con una ancha sonrisa, tal

vez de alivio combinado con la sensación de haber cumplido, y con una serie de buenos deseos flotando en el ámbito del corredor.

–Irina –le dijo, golpeando su puerta–. Está la comida aquí. Ven a comer. Es estilo picnic. ¿No te importa?

Irina estaba vestida, lista para partir. Estaba tranquila, con la cara cuidadosamente maquillada y sin rastros de lágrimas. Lo acompañó al cuarto, lo ayudó a colocar las fuentes cubiertas en todo el espacio disponible. –Me gustan los picnics. ¿Recuerdas, David, el día que fuimos a visitar el Moldava?

–Lo recuerdo –dijo David. Y ahora estaban nuevamente de vuelta en el pasado lejano, evitando el presente, huyendo del futuro–. Llevamos casi tanta comida como ésta. ¿Por dónde empezamos? ¿Sopa? Además creo que debemos dejar la charla para más tarde. Concentrémonos en que te alimentes bien.

–Sí –dijo ella–. Estos ñoquis austriacos tienen buen aspecto. ¿Uno o dos, David? –preguntó buscando en la sopera.

David movió lentamente la cabeza, sorprendido por la forma en que Irina se había recobrado, ¿o bien era todo parte de una representación? Al formularse esta pregunta por poco no perdió su propio apetito. –Tenemos que comer a toda velocidad. Como uno de mis amigos de Vermont. Un chacarero. Ochenta y dos años. Siempre me decía que era capaz de comer una comida completa en diez minutos. Había que oírlo –le dijo David, pensando a la vez que era muy hábil en materia de hablar de temas triviales.

–¿Qué era una comida completa?

–La clave está en "completa" –dijo David sonriendo. Irina sonreía, y quería saber más sobre Vermont. ¿No era allí donde había vivido el abuelo de David? Recordaba que él le había contado sobre los árboles de donde se extraía el maple, esa perfumada miel vegetal. Nunca había olvidado la expresión que usaba David para describir el proceso.

Tratando de extraer dulzura de algo... es lo que estaban tratando de hacer en aquel momento, pensó David. No había ningún signo en aquellos hermosos ojos azules, los que sólo media hora antes habían estado llenos de terror. La persona que la había llamado por teléfono la había localizado en Graz. Lo que preocupaba más aun a David, era que la hubiesen localizado en este hotel. Era el único que sabía su nombre, y sólo él y Jo Corelli lo habían sabido de antemano. Se lo había dicho a Krieger cuando estaban en la cima de la colina del castillo. ¿El tiempo suficiente como para...? No, decidió David, enojado consigo mismo. Aquella actitud era hacer exactamente lo que quería Jiri Hrádek. Si empezaban a desconfiar los unos de los otros, viendo la delación en cualquier interrogante que seguramente tenía su explicación, el grupo se desintegraría totalmente. Era una manera de deshacerse de la oposición. Hrádek debía conocer muy bien este expediente. ¿De qué otro modo podía haber trepado a la cumbre, trabajosamente, dentro de una estructura de poder tan cerrada? Y sin embargo... sin embargo... ¿Quién diablos estaba enterado de la existencia de este hotel?

–¿Qué sucede, David? –preguntó Irina de pronto–. ¡Estás tan callado! –comentó mirándolo aprensivamente.

–Estoy tratando de planear nuestro itinerario. Es mejor que mire el mapa. –Extendió el mapa sobre la cama, y llevó su plato a la mesa de noche–. Termina de comer tu goulash –le dijo–. Y luego sírveme café. No me des Strudel. Si como me quedará dormido.

–¿Cuánto tiempo exactamente tendrás que manejar?

–Es lo que estoy tratando de calcular.

Irina calló y dejó que siguiera estudiando el mapa.

A las siete y media y en el crepúsculo estuvieron preparados para la partida. Estaba de turno un nuevo empleado en el mostrador, un hombre que debía tener problemas propios. La salida fue fácil, después de todo. Se sumó a la cuenta el llamado a Ginebra, y les devolvieron los pasaportes. Irina tenía ya sus instrucciones. Salió delante de David. El botones de avanzada edad había insistido en llevarle su pequeña valija. ¿Nunca tendría horas libres? ¿Sería acaso demasiado viejo para caer dentro de los reglamentos sindicales? Irina abrió también la puerta del Mercedes, que estaba a nueve, no, a diez metros de la puerta, le había indicado David. Lo esperaba, preparada para partir, cuando David salió a la calle. Estaba totalmente desierta a esa hora. Ni un peatón a la vista, ni un automóvil que arrancara para seguirlos.

La ruta a Lienz, según sus cálculos, de aproximadamente doscientos cinco kilómetros, resultaría fácil y directa, más larga, pero más sencilla que el trayecto recorrido durante la tarde. A pesar de ello, y a costa de perder diez minutos, hizo un pequeño rodeo, vigilando la carretera a sus espaldas, dirigiéndose hacia el sur como si quisiera ir a Yugoslavia. Satisfecho dobló hacia el Oeste y aumentó la velocidad.

–¿Todo bien? –le preguntó Irina.

–Estaba controlando. No nos siguió nadie en la salida de Graz.

–Puede que no necesiten seguirnos.

–¿Qué te hace pensar eso? –Era una buena coyuntura para que hablase. Ahora podría mencionar el llamado telefónico con toda naturalidad. Pero Irina no lo hizo. No dijo nada más.

David se concentró en la carretera y esperó a que ella fuera la primera en romper el silencio. Duró más de noventa kilómetros, prácticamente un tercio del viaje. Irina tenía los ojos cerrados, como si se hubiese dormido.

Por fin se movió, estiró las piernas adormecidas y echó hacia atrás los hombros. –¿Cuánto falta?

–Dos horas, o más.



–¿Tan lejos es?

–Debemos avanzar hasta allí esta noche. Sin peligro, quiero decir.

–¿Y no hay peligro?

–Por el momento, no. Pero estarás en un serio peligro, y también tu padre, una vez que los hayas llevado hasta él.

–¿Que los haya llevado? –Irina se mostró agitada–. Mi padre no estará en peligro por culpa de ellos. Nunca lo tocaron. Sería pésima publicidad, un escándalo internacional. Tiene demasiados amigos en otros países.

–¿Es por eso que se ha mantenido oculto todo estos años? Es mejor que converse con Jo sobre tu padre. Jo lo conoció en Londres cuando todavía podía desplazarse a la luz del día. ¿Qué supones hizo cambiar su estilo de vida?

–Pero... –empezó a decir Irina, y luego callo–. No sé –dijo por fin–. En todo ese tiempo nunca supe nada de él –y luego añadió–. No le sucederá nada. Nunca se arriesgarían. Sería mala propaganda.

–¿Y un accidente liso y llano? –insistió David–. ¿Acaso eso provocaría conmoción en la opinión pública? Algo así como un incendio en su casa, con ustedes dos encerrados dentro. –David se dijo que estaba hablando crudamente, pero a pesar de ello, prosiguió–. Y quedaría destruido el manuscrito de su última obra. La gente se mostraría chocada, lo lamentaría. Habría un funeral solemne y duelo general. ¿Pero ponerse en acción, indignarse? ¿Protestas públicas? ¿Acusaciones? ¿Cómo era posible todo eso cuando se tratase de una tragedia habitual, cotidiana, como un incendio?

Lentamente Irina dijo, como si siguiera tratando de convencerse a sí misma: –Jiri nunca haría... .

–¿No?

Nuevamente Irina calló. Por fin preguntó: –Alois... ¿Qué le sucedió a Alois?

–No es una historia muy grata.

–Dímelo.

David le dio la versión de Krieger.

–¿Y esos dos hombres que vi en la escalera?

–Están bajo las órdenes de Ludvik.

–¿Ludvik?

–Y ahora, déjame que te cuente lo que descubrió Krieger acerca de la muerte de Josef –dijo David y a continuación le dio todos los pormenores sin reservarse ninguno.

–Ludvik. –Esta vez Irina le creyó.

Apresuradamente David añadió: –Tengo otras noticias, esta vez, agradables. Sobre tu padre.. Está trabajando. Hay una nueva novela, una novela importante, casi terminada. La publicarán el año próximo...

–Si se salva del incendio –observó Irina.

De manera que también aceptaba ahora esa posibilidad.

–Tendremos que ser más listos que Jiri, eso es todo.

–¿Más listos que él? ¡David... es inútil!

–Eso es lo que él quiere que creamos. –Como ella no replicó, David prosiguió.– Te diré que la gente suele ser capaz de estar tan segura de sí misma que eventualmente es derrotada. Puede tener en la mano una carta decisiva y no llegar nunca a jugarla a tiempo. Se quedan con ella en la mano, finalmente, por haber dudado, por haber vacilado, o bien porque dieron oídos a consejos sin sentido o los impresionó excesivamente el contrincante. ¿Y para qué sirve una carta decisiva cuando te quedas con ella una vez terminado el juego? Es inútil. En el sentido cabal de la palabra –aquí David se detuvo–. ¿Es así, o no?

–Sí –repuso Irina en voz baja.

–Otra cosa que debemos recordar, Irina, es simplemente esto: cuando las apuestas son elevadas, y no hay apuestas más elevadas que las que se hacen en la lucha por el poder, el enemigo quiere un triunfo permanente. Nunca apreciará un pensamiento bondadoso ni una vacilación de tu parte. Por el contrario, desvirtuará todo lo que hagas o pienses y cuando le convenga, lo utilizará en su provecho. Su intención es ganar. Y en términos de su ideología rígida esto significa que su intención es también que tú pierdas. No hay tal conflicto, según él ve las cosas. Sólo es cuestión de tiempo. Tus esperanzas, contra sus planes.

–¡En una época, David, eras tan optimista!

–Sigo siendo un optimista. Te dije que debemos ser más listos que Jiri, ¿no?

–Pero luego agregaste que no hay tal conflicto.

–Para él. También dije eso, ¿no?

–Sí. –Y luego agregó–: Tal vez yo me he vuelto pesimista.

–Sonaría mejor si eliminaras esa palabra "Inútil"

–Esta noche –le dijo Irina– Jiri hizo que me telefonara alguien. Cuando saliste, David.

– Ya lo sé. Y si yo hubiera estado contigo, habrían cortado la comunicación y llamado otra vez más tarde. Y otra vez. Hasta conseguir hablar a solas contigo.

–¿Lo sabías? –Y allí mismo había una enorme diferencia entre David y Jiri. De haberse enterado Jiri del llamado, habría esperado, como David, hasta que ella lo mencionara. Pero nunca habría admitido que había estado enterado todo el tiempo. Se habría reservado esto para utilizarlo en contra de ella.

–Son unos canallas, pero unos canallas listos. Perdona, me saca un poco de quicio todo esto. No pienso seguir corriendo y mirando para atrás. Te amenazaron, naturalmente.

–No. Se mostraron muy amistosos.

–¿Qué? –David se desvió involuntariamente de su carril, pero inmediatamente enderezó el rumbo hasta que los faros brillaron una vez más sobre la carretera negra y desierta–. ¿Y qué fue lo que te asustó? –No se había vuelto tan ingenua como él había temido en sus momentos de mayor depresión.

–Eso mismo. Pero, principalmente, que nos hubiesen ubicado con tanta facilidad. ¡Y nosotros habíamos tomado tantas precauciones!

–Es lo que querían que sintieras. Recuerda que Jiri era un experto en propaganda antes de pasar al departamento de los matones. ¿Qué es la propaganda? Simplemente persuadir a alguien de que crea lo que uno desea que crea.

–Me persuadieron... casi. –Irina extendió una mano y la posó levemente en el brazo de David–. Me dijeron que los tenía preocupados. En vista de ello seguirían mis pasos, para asegurarse de que seguía sana y salva.

–¿Sana y salva de qué, por Dios?

–De Krieger. Dijeron que tú no eres más que un peón, lo mismo que Jo. Krieger es la persona en quien no hay que confiar.

–¿Confiar en qué sentido?

–De que me lleve sana y salva junto a mi padre. No quiere que llegue a reunirme con mi padre ni que le entregue el mensaje de Jiri.

Por un instante David desvió los ojos de la carretera y la miró estupefacto. Pensó en el pasaporte. Pensó en la forma en que había conseguido escapar, aparentemente, sin ninguna dificultad, de Checoslovaquia. –¿Hiciste un trato con Jiri Hrádek?

–No un trato –dijo ella rápidamente–. Simplemente un acuerdo. Él me concedió el divorcio, y el pasaporte. Y me prometió ocultar mi huida tanto tiempo como fuera posible. Yo debía pedir a mi padre que volviera a Checoslovaquia. Eso es todo.

–¿Tenias que persuadir a tu padre?

–¡No, no! Pedirle, solamente, eso es todo. Por favor, David... créeme.

–¿Y tú crees que tu padre aceptaría volver?

–No, por supuesto que no. Menos ahora que se ha perdido toda esperanza de un régimen democrático. No volverá. ¿Para qué traje conmigo los dos cuadernos de notas que había dejado en

casa? No le hablé a Jiri de ellos. ¿Por qué había de mencionarlos? Yo acepté lo que él me ofreció. Y a mi vez mantendré la promesa que le hice. Ése fue el acuerdo.

–Y cuando tu padre se niegue a volver... ¿qué pasará?

–Jiri no habló nada sobre esa posibilidad.

–¿Y, entonces? –insistió él.

–Pienso quedarme con mi padre, eludir toda publicidad. Luego, cuando le publiquen su libro, bueno, tal vez para esa época, cuando sea demasiado tarde para que Jiri pueda hacer nada, puede que sea seguro poder vivir los dos a la luz del día.

–Vivir normalmente. –Irina lo miraba en medio de la oscuridad, parecía vacilar algo–. Podría llegar a ser realidad, ¿no?

–Sí. Salvo que éstos no son planes. Son simplemente esperanzas.

–Y Jiri tiene planes –comentó lentamente Irina, al recordar las palabras de David–. Mis esperanzas contra sus planes –al decir esto rió con un tono bajo y extraño–. Y yo que supuse que era al revés –dijo casi en un murmullo.

–Volvamos al llamado telefónico –le dijo David abruptamente–. ¿Qué más hablaron?

–Sólo que podrían encontrarlos en cualquier parte a donde viajáramos con tanta facilidad como nos habían localizado en Graz. No debía alarmarme. Era por mi seguridad. –Irina respiró profundamente–. Su tono era el mismo de Ludvik, cuando me llevó en auto hasta la Ópera esta mañana.

Gracias a Dios que Irina no les había creído, pensó David. De lo contrario, no se habría sentido tan aterrorizada. –¿Reconociste la voz en el teléfono?

–No. Habló en nuestro idioma. Su acento era auténtico. Era checo.

–¿Suave y amistoso?

–Sí.

Suave y amistoso como el diablo, pensó David. –El llamado se hizo desde el aeropuerto. Quizás acababa de llegar de Viena.

–¿Fue por eso que salimos tan pronto, antes de que pudiese llegar al hotel? –la idea le encantó.

–No nos vino mal –dijo David. Había demasiados interrogantes como para haber pedido darle una respuesta más concreta. El hombre podría haber llegado al hotel en el momento en que salían, pero por otra parte podría haberse dirigido al garaje para verificar si estaba el Chrysler y por lo tanto ellos todavía en Graz. Esto podría haberle parecido tal vez menos arriesgado que merodear por el café o permanecer en el pequeño vestíbulo. O bien el hombre había proseguido en dirección a Lienz, si acaso estaba tan al tanto de sus movimientos. Pero, ¿por qué pensar solamente en un hombre? Era posible que fuesen dos.

–¿Los dos que se cruzaron conmigo en la escalera cuando subían al departamento de Alois?

–¿Volverías a reconocerlos?

–No... no sé. Sólo los vi muy fugazmente. Me apreté contra la pared, y evité mirarlos de frente. Esperaba que no reparasen –mucho en mí.

–Entonces nos detendremos en la población próxima. Aprovecharemos para cargar nafta, y tú puedes arreglarte un poco.

–No es necesario...

–Nos detendremos –repitió él–. Y quiero que mires bien dos fotografías en algún lugar tranquilo donde haya buena luz. Esta vez deberás memorizar las caras.

–¿Los de los dos hombres?

–Convendría que hagas esto antes de que llegemos a Lienz.

–¿Estarán allí?

–No sé –pero alguien estaría allí, si no estos dos. Estaba seguro de ello–. ¿En ese llamado telefónico, te preguntaron sobre nuestra ruta?

–Sí.

–¿Y tú, qué dijiste?

–No dije nada.

–¿Mencionaron Lienz?

–No. –En aquel momento otra idea perturbadora pasó por la mente de Irina–. ¡David, por favor! ¿No me crees? Te he contado todo.

–¿Todo, Irina?

–Todo lo que es importante.

Sin embargo algo que Irina juzgase sin importancia podría ser absolutamente esencial para su seguridad. David dejó pasar por alto la respuesta sin formular otras preguntas. Advertía la fatiga en su voz. Mañana, pensó, cuando haya dormido bien, le pedirá que busque en su memoria. Trataré de que me cuente algo más acerca de Jiri, de la forma en que abordó la huida, de como le permitió escapar. Efectivamente, había sido, ni más ni menos, una huida permitida por Jiri.

La carretera seguía ahora la larga línea del lago. Se veían luces en algunas casas aisladas, bien espaciadas dentro de sus jardines sobre el lago. Chalets de veraneo, tal vez, con gente detrás de las sólidas paredes; mirando televisión y pensando en los paseos en bote al día siguiente. En el extremo del lago resplandecían luces más brillantes, una ciudad iluminada para los veraneantes. Habría allí un

movimiento constante de visitantes y numerosos automóviles. –Allí nos detendremos –dijo David, y en seguida tuvo otro impulso–. Pasaremos la noche.

–¿Y no iremos a Lienz?

–¿Por qué ir allí? –Jo estaba quizás allí, pero Krieger le telefonaría sin duda, por la mañana, como habían dispuesto y le daría instrucciones de proseguir hacia Merano. Krieger no tenía planes de esperarlo en Lienz, de todos modos–. Hemos recorrido bastante, ciento sesenta y ocho kilómetros –le informó–. ¿Está bien?

–Sí. Pero Jo estará sola... esperándonos. Se preocupará. Todos estarán preocupados.

–Le comunicaré a Hugh McCulloch que estamos bien.

–¿Le dirás dónde pasaremos la noche?

–No se lo diré a nadie, salvo a ti.

Inesperadamente Irina se echó a reír. –Ah, David, conseguirás confundir a todos, y también a Jiri. ¿Sabes lo que estás haciendo? Estás secuestrándome, tal como me lo advirtió él. Sólo que no es siguiendo órdenes de Krieger, ¿no?

–No. ¿Tienes inconvenientes? –Estaban llegando a la ciudad. Delante de ellos había una hermosa plaza, rodeada de casas bajas y de oficinas municipales, desde donde partía la carretera a Lienz desde la derecha. David mantuvo el rumbo a la izquierda y se internó en la calle principal. Era una calle alegre y concurrida, un lugar de esparcimiento adaptado al dinero que fluía durante las vacaciones, pero no en el estilo chillón típico de lugares como Las Vegas, por ejemplo. Tampoco era un paraíso para los "beatniks". Todo se veía confortable, tranquilamente alegre. El esparcimiento en una escala pausada, como para la clase media. Sobre todo, tenía un aspecto que inspiraba seguridad. Había la cantidad prevista de parejas de cierta edad, pero en su mayor parte la concurrencia era de muchachas bien vestidas con sus compañeros quemados por el sol, y se oía el rumor lejano de "jazz" tradicional, pero bien ejecutado.

–Ningún inconveniente. –Estaba diciendo Irina. Estaban rodeados de luces brillantes, y David veía claramente el rostro de ella ahora. Aparentaba dieciséis años menos. Hasta su sonrisa era la que recordaba de aquel tiempo lejano.

–Demasiado tarde para que los tengas, de todos modos. –Llegaron al final de la pequeña calle y pasaron por una puerta a un enorme espacio de patios medievales; y jardines, protegidos por un ángulo recto de edificios que ocultaban la ciudad y las calles.– Si rascas un hotel austriaco, descubres un castillo –Dijo David sonriendo. Y aun cuando fuese un castillo de imitación, el lugar tenía un aspecto confortable. En aquel momento todo le parecía hermoso a David.

Detuvo la marcha junto a la portería dentro del portón. Había bastantes autos estacionados allí, y gente paseando por los senderos del parque, admirando los rosales. –Nunca notarán nuestra presencia –le dijo a Irina y detuvo el motor.

–Quisiera –dijo ella en voz baja– que me secuestraran para siempre. Contigo, David. Sin nadie más. Como fue una vez.

Sí, la sonrisa era la misma. Los ojos que lo miraban, también. Ya no eludían los suyos.

–Recuerdas... –empezó a decir despacio, casi vacilando. Pero la forma en que se dejó abrazar no era vacilante.

–Todo –repuso él.

## DOCE

El hotel de Walter Krieger en Graz estaba cerca de la Oficina de Telégrafos, un gran edificio del gobierno, de aspecto impersonal. Fue muy simple para él entrar allí, luego de una rápida cena y hacer su llamado a Hugh McCulloch en Ginebra. Había algo muy tranquilizador en el anonimato de un teléfono público. Elevó pues un informe condensado de los acontecimientos del día, bien preparado y muy claro. McCulloch debió sentirse sorprendido por el curso de aquellos, pero lo escuchó en silencio. Si estaba ajustándose a sus procedimientos habituales, debía estar registrando las palabras de Krieger, para repasarlas cuidadosamente una vez terminada la comunicación. Si surgían preguntas, se las formularía a Krieger la próxima vez que telefonease. –Eso es todo –dijo Krieger por último.

–Todo, no. –La voz de McCulloch era tensa–. Hay un mensaje de Dave para ti. Llegó a las siete y diez, esta tarde. Está por adelantar su programa en un día.

Esta vez le tocó callar a Krieger. De manera que pasó algo después de que habló conmigo, pensó.

–Francamente, me preocupa –comentó McCulloch.

A mí también, pensó Krieger, pero dijo, en cambio, con tono despreocupado: –Muy bien. En tal caso podemos iniciar un poco de acción en tu extremo. –Hugh era un hombre cuidadoso, previsor y seguro; pero a veces, para el gusto de Krieger, algo lento, con tendencia a prestar demasiada atención a los pequeños pormenores–. Dile a Sylvester que el encuentro se dispondrá para el domingo. ¿Dónde?

–Sylvester sigue discutiendo este punto consigo mismo.

Sylvester era otro individuo cauteloso.– En ese caso, debemos decidir tú y yo. Y yo digo que lo hagamos ya. Plan A, o Plan B. ¿Cuál de los dos, Hugh? –El Plan A era el más simple: llevar a Irina a casa de su padre. El Plan B consistía en una cita en otra parte.

–La verdad es que deberíamos consultar a... .

–Qué diablos, hemos consultado bastante ya.

–Es difícil...

–Ni la mitad de lo difícil que puede llegar a ser para Dave. Acabas de oír mi informe. ¿No ves que Dave puede ser el próximo en la lista de gente a eliminar, tan pronto como haya cumplido su parte?

Se produjo otro silencio.

Des hombres muertos, pensó Krieger enojado, Josef y Alois. Dos testigos importantes cuyos testimonios podrían haber probado que la huida de Irina no había sido tramada por ningún organismo de espionaje occidental. –Tan pronto como haya cumplido su parte –repitió Krieger–. Las cosas se presentan así, ¿no? –preguntó bruscamente.

–Puede ser –repuso McCulloch. Y luego–: Es más de lo que contemplábamos hacer.

Siempre es más de lo que contemplamos –le dijo Krieger–. Yo voto por el Plan B. Es más seguro.

–¿Estás seguro de que quieren que ella los guíe hasta la casa?

Seguro.

–Muy bien, entonces. Plan B. Pero, ¿qué zona?

Ésta era una alusión muy cautelosa a dos pueblos elegidos como posibles puntos de cita, el lino próximo a Zurich, y el otro en las inmediaciones de Interlaken.

–Ninguno de esos dos.

–¿Qué?

–Mañana estaremos en Merano. –Krieger imaginaba las cejas elevadas de McCulloch. Merano significaba que Irina entraría en Suiza casi por el extremo sudeste, con las montañas que la separaban tanto de Zurich como de Interlaken.

–¿Quién tuvo esa idea? –McCulloch estaba mostrándose fatigoso.

–Quisiera poder decir que fue mía.

–Me parece una ruta endiablada para llegar a...

–A nosotros, no. Olvida esos otros puntos. Piensa en una población más cercana a este sector de la frontera, donde haya una casa que podría prestarnos, en cualquier momento, mi amigo el vendedor de caramelos. ¿La recuerdas? Te gustó mucho hace dos años. Dijiste que te gustaría jubilarte y vivir allí.

McCulloch la recordaba perfectamente. Tarasp. Una aldea apartada de la carretera principal, al fondo de un camino sin desembocadura que ascendía por la montaña. Era allí donde Krieger y él habían parado durante una visita al Parque Nacional Suizo, dos años antes. –¿Castillo, paredes pintadas y maceteros en las ventanas? –Preguntó para asegurarse de que estaban pensando en la misma aldea en la baja Engadina.

–Es ésa.



–Demasiado alejada... es la loma del diablo.

–Tiene un aeródromo a cuarenta y cinco kilómetros.

–Con todo creo que...

–No. Será ésa, Hugh. Nos asegurará una entrega rápida. Es lo que necesitamos en este momento. Y cuanto más mires tu mapa, más te gustará.

McCulloch dejó escapar un profundo suspiro. Estaba pensando en el nuevo programa que debía preparar. Todos sus planes cuidadosamente trazados arrojados por la borda como la carga de balasto. – ¿Y tu amigo nos prestará la casa?

–Sin duda. Me la ofreció para el mes de agosto. No tienes más que telefonarle. Cumplirá.

–¿Dónde me comunico contigo después?

–Lienz. Creo que me conviene pasar por allí y verificar unas cuantas cosas.

–¿Más problemas? –le preguntó McCulloch con tono agitado.

–Hay un escape de información. Decididamente. Es lo que me tiene tan preocupado. Tú concéntrate en todos los aspectos en tu lado, ¿quieres?

–Pondré todo en marcha.

–Es todo lo que te pido. Hasta el domingo –dijo Krieger, y con ello quedó decidida la elección definitiva de Tarasp.

Krieger salió apresuradamente de la Oficina de Telégrafos, con un paso suficientemente ágil como para no llamar la atención. Aparentemente nadie se ocupaba de él. Muy bien, decidió. McCulloch haría su parte según lo prometido. Evidentemente a Hugh le encantaban los planes bien trazados y seguramente estaba todavía moviendo la cabeza al pensar en los abruptos cambios registrados. Pero los planes eran buenos solamente en tanto fuesen flexibles. Y aquí estaba él mismo, preparándose para recoger su Chrysler y viajar hasta Lienz, a pesar de que esa tarde no había tenido intención de detenerse allí. Pero una visita breve y una conversación personal con Jo sería mejor solución para sus problemas que un llamado telefónico en la mañana siguiente. Había que dejar pues a Hugh McCulloch preocuparse de hacer llegar a Jaromir Kusak a Tarasp, mientras él se preocupaba sobre cómo habían seguido a Irina a Dürnstein. Entre ambos llegarían quizás a desbaratar el programa de Jiri Hrádek. La caída estruendosa de Hrádek era algo que Krieger no quería perderse por nada del mundo.

Krieger hizo un llamado telefónico más antes de partir del hotel, esta vez a David Mennery en el Grand. El empleado le respondió sin vacilar. Herr Mennery y Fräulein Tesar habían partido hacía casi una hora. Rápido, pensó Krieger, demasiado rápido. ¿Qué había hecho partir a David con esa velocidad?

Su sensación de prisa se intensificó. La distancia entre la estación y el garaje era corta. Normalmente habría caminado a lo largo de la costanera y disfrutado del aire fresco de la noche, pero en lugar de ello tomó un taxi y lo hizo detenerse detrás de unos automóviles estacionados frente al hotel. No tenía monedas por culpa de tantos llamados telefónicos y tantas propinas, de manera que hurgó en sus bolsillos, sentado en el taxímetro oscuro, mientras el conductor protestaba porque tampoco él tenía cambio. –Cambie entonces en el hotel –propuso Krieger tendiéndole el billete rechazado.

–Esperaré aquí –le dijo el conductor. Era un hombre peleador. O lo irritaba haber hecho un viaje corto, o bien no le gustaba trabajar de noche. Era lo suficientemente joven para tener una chica a quien le agradaba salir a bailar.

Krieger se dispuso a bajar a la acera oscura, en esa calle agradable y tranquila, donde la gente no se mostraba fuera de su casa a pesar de ser apenas las ocho de la noche. Y en aquel momento bajaron dos hombres por la escalera bien iluminada del hotel y comenzaron a caminar hacia él. La mano se le congeló en el picaporte del taxi. Apartó la cabeza del lado de la acera. Su viejo sombrero tirolés disimularía sus cabellos. Su impermeable de color claro colgaba sobre sus hombros y seguramente cubría bien el color de su saco de tweed. Pero si estos dos hombres se acercaban a tomar el taxi, todas sus preocupaciones resultarían inútiles. Quizá lo hubiesen visto sólo fugazmente esa mañana, en la panadería de Viena, pero sus ojos estaban entrenados para recordar fisonomías. Pensó inmediatamente en su maldito bigote, motivo de tanto orgullo para él.

Pero a Milan y a Jan no les interesaba tomar un taxi. Se detuvieron junto a un automóvil estacionado cuatro metros más adelante de Krieger.

–¿Le pasa algo? –le preguntó el conductor.

–No, es solamente un calambre en la pierna. Pasará en segundos.. Y cárguelo en mi cuenta –repuso Krieger. Si el hombre no hubiera hablado, habría podido captar una frase de Jan cuando subía al Fíat blanco. Lo único que alcanzó a oír fue un torrente de checo, seguido por el chirrido de los cambios. El Fíat salió marcha atrás y se alejó ruidosamente.

El conductor del taxi estaba agitando la cabeza ahora. –Estos malditos extranjeros –dijo–. Cuando no son checos o eslovacos, son húngaros o croatas. Uno se pregunta por qué insistieron tanto en dejar de ser austriacos si les gustaba tanto venir aquí.

–¡Lindo auto! –Era un Fíat flamante con chapa de Graz.

–No durará mucho con ese modo de manejar de los que los alquilan.

–Así que es alquilado... ¿Cómo lo supo?

–Nosotros alquilamos esos Fíats blancos último modelo en el garaje donde yo trabajo. Son demasiado caros para nosotros. ¡Y vea usted quiénes se meten en ellos! ¿Oyó esos cambios?

–Debían estar muy apurados –dijo Krieger suavemente, mirando las luces traseras que se alejaban rápidamente en dirección al sur.

–Los extranjeros siempre están apurados. Y siempre están llenos de dinero, además. ¿Sabe cuánto cuesta alquilar un automóvil? Se lo diré...

Sí –dijo Krieger–. Creo que se me pasó el calambre. Voy a buscar cambio.

–Iré yo –dijo el conductor. Su mal humor se había descargado ya, y ahora era un muchacho muy cordial, con una sonrisa simpática. Krieger no discutió. Esperó dentro de la seguridad que le ofrecía el interior del taxi, pensando entretanto en Milan y Jan. Habían seguido a Irina, no solamente hasta Graz, sino además hasta el hotel mismo. Era un consuelo muy relativo ver ahora que Dave les había quitado una ligera ventaja. Muy reducida. La dirección que habían tomado bien podía llevar a la carretera a Lienz.

Antes de recoger su valija y dirigirse hacia la esquina dio tiempo al taxi de que se alejara. El garaje estaba desierto, salvo por un mecánico de rostro afilado que estaba trabajando con su motocicleta. El Chrysler estaba cuidadosamente estacionado entre una docena de automóviles. No hubo ninguna objeción a que Krieger lo retirase. Tenía el recibo oficial, así como una explicación aceptable, y el mecánico no puso inconveniente alguno, aparte de cobrar algo adicional por la nafta y el aceite que habían dejado encargados (un punto para Dave, pensó Krieger).

–Por suerte llené el tanque en seguida –dijo el mecánico. Era un hombre de pecho hundido y cabello largo, con ojos mansos y una sonrisa melancólica–. No pensé que nadie retirarla el auto hasta mañana por la mañana. Es mejor que le avise a sus amigos.

–¿El norteamericano que lo dejó aquí?

–No, los dos amigos que vinieron a preguntar por el Chrysler, querían saber cuándo partiría. Le dije que mañana por la mañana.

–¿Era un hombre alto con pelo rubio, y otro más delgado, con pelo castaño?

–Son ellos. Espero que no...

–No, no. Les avisaremos. ¿Qué auto manejaban ellos?

–No tenían auto. Llegaron en taxi desde el aeropuerto, y querían que nosotros les alquilásemos uno. Pero nosotros no alquilamos. Es demasiado arriesgado. Los mandé a una agencia que los alquila cerca de la estación. ¿Encontraron algo allí?

–Estoy seguro.

–Pero nada como éste –comentó el mecánico, palmeando el capó del Chrysler, e hizo un saludo, antes de volver a dedicarse a su motocicleta. Seguramente, se dijo Krieger, este muchacho se había casado con la chica a quien le gustaba ir a bailar, y ahora estaba contento de tener trabajo extra por la noche para pagar el alquiler y los pañales.

Dirigió cuidadosamente el automóvil hacia la calle vacía y aumentó la velocidad al doblar la esquina para tomar la carretera en dirección al sur. Sus pensamientos no eran muy buena compañía. Ya no cabía discutir que Jo debía haberse descuidado y permitido que Ludvik la siguiera a Dürnstein, o bien que David había estado tan absorto en Irina que no había prestado atención al automóvil que lo venía siguiendo durante todo el trayecto entre Dürnstein y Graz. Estos dos, Milan y Jan, habían sido mandados directamente desde Viena en avión. Habían sabido exactamente dónde tomar la pista de Irina. Hasta habían estado enterados del Chrysler. No había ya duda. Había un delator entre ellos.

La carretera era excelente, pero corría entre fábricas pequeñas y silenciosas y casuchas en forma de caja donde la gente debía estar reunida en cuartos apenas iluminados, alrededor de sus receptores de televisión. Y poco a poco esas formas sólidas y oscuras se volvieron más dispersas, comenzaron a ralear, y por fin las reemplazaron los campos y las chacras y los árboles. La carretera se curvaba hacia la derecha durante un tramo libre de tránsito y luego se dirigía hacia el Oeste. Krieger aceleró.

Ten cuidado, se dijo. No manejes enojado. Aunque tal vez era mejor dar rienda suelta a su furia y deshacerse de ella antes de llegar a Lienz. Un delator... ¡Maldito, infernal traidor!

Lienz siempre le había gustado a Krieger. Era una capital de provincia donde los campos, las colinas y los bosques rodeaban en curvas onduladas la vieja ciudad. Los pequeños comercios sobre calles angostas mostraban cantidad de productos locales, alimentos simples y rústicos, así como sacos tiroleses, graciosos sombreros, cinturones de cuero repujado, faldas fruncidas, chales bordados, y nada de ello destinado especialmente a los turistas, como tampoco las armas largas de caza y los cuchillos en las vidrieras. La gente local tenía vida propia, y se ajustaba a sus costumbres habituales. La mayor parte de ella se había acostado temprano y al llegar la medianoche había dormido ya la mitad de sus horas de sueño. Los pocos que paseaban sin rumbo fijo por las calles eran turistas, cansados tal vez de haber pasado horas dentro de sus automóviles, y ansiosos de tomar un poco de aire fresco antes de ir a dormir.

La vieja plaza del mercado, una plaza de forma algo irregular, estaba llena de automóviles con chapas extranjeras, todos preparados para recorrer otros cuatrocientos kilómetros al día siguiente. Krieger sumó su Chrysler a la hilera, levantó su valija y su impermeable y se abrió paso sin pensar mucho hacia dónde iba, a lo largo de una vereda, buscando con los ojos una chapa de Graz en los Fíats que había. Una de Milán. Otra de Ginebra. Otra de Roma. Posiblemente, se recordó a sí mismo, los dos checos habían estacionado su automóvil en otra parte, si en verdad habían llegado aquí. Pero su instinto le decía que si les habían informado sobre el destino de Dave, también debían saber el nombre del hotel. En tal caso, era más que probable que un par de extranjeros cansados que llegasen tarde a esta ciudad estacionasen su automóvil tan cerca como fuese posible de *Die Forelle*, particularmente cuando había bastantes vehículos cerca como para darles una sensación de protección. Y allí estaba, en efecto, el Fíat blanco, cubierto por una fina capa de polvo, con su chapa de Graz.

Krieger mantuvo su paso uniforme, llegó a la ancha acera con sus masas de geranios y petunias cayendo en una lluvia de los maceteros en las ventanas, y se aproximó a la hostería, suavemente iluminada. Plácida y tranquila, un lugar donde, si no hubiera sido por un Fiat blanco con chapa de Graz, uno podría haber disfrutado de una buena noche de descanso. Pero por lo menos le quedaba un consuelo; no había visto ninguna señal del auto de Dave. Estaba actuando con cuidado, mucho más cuidado que los dos individuos de Praga. Y con este pensamiento Krieger pasó debajo del cartel dorado de la hostería, una trucha saltando fuera del agua, proyectándose en almidonada, áurea bienvenida, y entró en el pequeño vestíbulo.

Había cambiado muy poco en dos años. Krieger atravesó el recinto con piso de madera reluciente y se aproximó al mostrador de recepción. Lo rodeaban muros tapizados en madera, luces con pantallas de color suave, adornos de bronce resplandeciente. Y desde luego, flores, las flores del Tirol oriental. Y los restos tenues, pero que hacían agua la boca, del aroma de guiso de venado.

Detrás del mostrador un hombre de cierta edad apartó su libro y se incorporó de un sillón con un lento movimiento de su cuerpo macizo. Dio unos pasos majestuosos hacia adelante, una figura doblemente imponente con su traje nacional, él saco de lana gris con cuello verde oscuro, hojas verdes aplicadas sobre las solapas como adorno, botones de cuerno. Estaba en su perfecto papel como patrón de la hostería. No había cambiado tampoco en dos años: los mismos ojos perspicaces, la misma sonrisa cordial. Krieger recordaba todo en este hombre, salvo cómo se llamaba. Si, estoy cansado, pensó, y además tengo hambre. Dejó caer su valija sobre un banco de madera y consiguió sonreír.

—Qué pena que esté cerrada la cocina a esta hora —dijo tanteando la situación.

—Así es —asintió el hombre, cortés pero firmemente—. También es pena que no tengamos ni una habitación disponible. Está el hotel lleno —dijo señalando el registro de nombres.

—¿Aun esa pequeña salita que usted reserva para casos de emergencia?

El rostro de mejillas sonrosadas del hombre se levantó, dejando de estudiar el registro, y examinó el de Krieger. — ¡Ah! —dijo de pronto—. ¿Hace dos años? ¿Herr... Herr Krieger?

—El mismo.

—¿De Suiza?

Krieger le estrechó la mano. —Le agradezco la bienvenida aunque no tenga habitación para mí. ¿Hay una señorita Corelli parando aquí? Me gustaría llamarla por teléfono —al ver que el hombre sonreía con aire admirativo a alguien a sus espaldas, se interrumpió, y volviéndose vio a Jo Corelli junto a la puerta del comedor, con aire vacilante, algo diferente de su actitud aplomada habitual. Evidentemente estaba sorprendida, y quizá más, chocada. Pero aparte de esto estaba tan bonita como siempre, con la elegancia discreta de su pulóver y falda blancos y el pelo oscuro— bien cepillado y atado en la nuca con

un pañuelo de gasa. No tenía el aspecto de haber pasado el día entero viajando a través de una buena parte de Austria.

–¡Jo! –dijo Krieger–. ¡Qué bueno! ¿Hiciste un buen viaje? Jo se recobró lo suficiente como para sonreír y atravesar el vestíbulo para darle un rápido abrazo. –Muy bueno –murmuro–. Hace media hora que estoy esperándote en el comedor–salón–bar.

–Sí, ¿eh?... Bueno –dijo Krieger–, bebería algo a menos que... –y dirigiéndose al hombre detrás del mostrador, pregunto–: ¿el bar está también cerrado?

–Daré órdenes –dijo el hombre y se alejó hacia la cocina–. ¿Vino o cerveza?

–Esta noche, cerveza. Y en abundancia.

–Así que fue uno de esos días, ¿eh? –le preguntó Jo mientras lo guiaba a una mesa junto a la ventana en el comedor casi desierto. Los únicos huéspedes que quedaban eran un grupo de turistas que discutían en holandés, pero no estaban suficientemente lejos como para que fuera posible ignorarlos. Habían apagado algunas de las luces de pared, tal vez como para insinuar cortésmente que era hora de que la gente se fuese a dormir. El efecto de la luz tenue era en cambio agradable para ojos cansados como los de Krieger. La esquina que Jo se había reservado para sí, dejando en ella su cartera y una garrafa de vino, estaba parcialmente oculta de la calle por cortinas semicorridas.

–Confortable –dijo Krieger y se dejó caer sobre un macizo sillón.

–Y práctico. Puedes ver parte de la plaza desde esta ventana, pero nadie puede mirar hacia adentro... por lo menos tú no me viste a mí, ¿no?

Krieger miró hacia afuera entre las cortinas. Y no pudo evitar ver el consabido Fiat blanco para recordarle que la vida no era simplemente una cuestión de luces tenues, un sillón cómodo y una muchacha bonita que lo miraba con su sonrisa cálida. –¿Me viste llegar?

–Por supuesto. Estaba esperándote, ¿no recuerdas? Estabas solo en el Chrysler. Estacionaste donde yo no podía verte. Y luego, minutos más tarde, avanzaste entre los autos hacia la puerta principal. Tenias un aire triste, Walter. Más diría yo: amenazador, ¿por qué?

–Siempre tengo aspecto amenazador cuando llega la medianoche y he estado en movimiento desde el amanecer. –Especialmente, pensó, cuando acabo de manejar durante cuatro horas con furia suficiente dentro de mí como para que me dure un mes–. Pero sí me viste llegar, ¿por qué te sorprendiste tanto al verme?

–Porque hiciste que me sintiera muy tonta.

–¿Yo?

–Tú, sí. Aquí estaba yo planeando toda clase de estratagemas... por ejemplo, dejar que notases mi presencia en el vestíbulo sin llamar la atención de nadie a nuestra cita, y de pronto apareces tú, entrando

en un lugar donde te conocen, preguntando por Jo Corelli sin parpadear siquiera. Verdaderamente, Walter, después de la forma en que debimos hacer rodeos en Viena... ¿qué quieres que te diga?

–Yo te digo a ti que hubo un cambio en nuestra táctica. He decidido que jugaremos la partida de un modo diferente ahora.

–David también –dijo Jo enojada–. Eligió Lienz, ¿no? Nos trajo aquí, y qué viaje infernal fue, además, y ahora no piensa aparecer.

–¿No? –Los ojos de Krieger estaban pensativos al posarse en el rostro de Jo– ¿Qué te hace estar tan segura de ello?

–Telefonéó Hugh McCulloch de Ginebra...

–¿Cuándo?

–A las once y cuarto. Con un mensaje urgente que debía darte tan pronto como llegaras. Acaba de tener noticias en forma muy breve, de Dave. No hay que preocuparse. Dave e Irina salieron de Graz sin novedad. David se comunicará contigo en Merano.

De manera que McCulloch había mencionado Merano. Inevitable, sin duda. Era necesario mantener despejadas, las vías de comunicación, pero con cada punto que se aclaraba se rompía otro punto en la cadena de seguridad. –¿Dónde contestaste el llamado de McCulloch? No desde el mostrador del vestíbulo, espero. –¿Y habría repetido ella *Merano*, para que McCulloch supiera que había oído correctamente?

–¡Vamos Walter! No soy tan estúpida.

–Perdona –dijo él bruscamente.

–Menos mal que te disculpas –Jo siguió mirándolo, perpleja y ofendida a la vez–. Estás actuando como un extraño.

Walter la miró con una sensación melancólica. –¿Quién ha hablado, Jo? Francamente, alguien ha sido descuidado. –O tal vez peor que eso. Pero no dijo esto en voz alta–. Demasiada charla, quizá.

–¡Yo, no! –le dijo enfáticamente–. No estaba en el vestíbulo cuando telefonaron de Ginebra. Estaba en la cama. Recibí el llamado allí. Luego me levanté y me vestí y me peiné y bajé aquí a esperarte. Naturalmente, examiné primero el cuarto de Mark, para darle el último informe de McCulloch, pero había salido. Todavía no ha vuelto...

–¿Mark Bohn? ¿Cómo llegó a Lienz?

–Conmigo.

–¿Y dónde está ahora?

—No sé. Y en realidad no me importa. Estuvimos juntos demasiadas horas hoy. ¿Sabes una cosa? Mark es muy divertido durante diez minutos en una recepción, y sigue entretenido hasta el fin de la sopa en una comida, pero... —Jo se encogió de hombros—. Llegamos aquí al ponerse el sol, y Mark decidió que debíamos separarnos y entrar separados y mantenernos así. Y entonces apareces tú y cambias toda la táctica. Y Mark y yo nos sentimos como dos cómicos con la cara cubierta de merengue.

—Para qué nos servían las tácticas anteriores —preguntó. Krieger en voz baja—. Los siguieron a Dürnstein, a pesar de todo el secreto que mantuvimos. ¿Y qué hay del viaje de ustedes aquí?

—Nos siguieron en parte —Jo estaba preocupada a su vez, pero trataba de disimularlo.

—¿En parte?

—Fue extraño... no alcanzo a sondearlo. Cuando salimos de Dürnstein el Fíat gris había partido ya. Creí que estábamos seguros. Entonces lo vi, cuando estábamos por cruzar el Danubio, poco más abajo de Melk. Había una cantidad de autos, pero fue el último que entró en nuestro ferry. Y Ludvik manejaba. Mark me dijo que debía estar loca. Pero es miope, y no sirve para estos casos. Volví a ver el Fíat una vez más cuando salíamos de Salzburgo.

—¿Y luego?

—Nada. Entregué nuestro automóvil, mientras Mark iba a averiguar sobre la posibilidad de alquilar un avión chico. Yo quería volar a Lienz, ahorrar tiempo y energías. También se me ocurrió que era una manera eficaz de deshacernos de Ludvik. Pero... —Jo calló al sentir la mano de Krieger posarse levemente en su brazo. El dueño de la hostería venía hacia ellos con la ancha sonrisa del triunfo entre sus mejillas sonrosadas. Lo seguía una muchacha de aspecto fatigado, pero llena de buena voluntad, con una gran bandeja apoyada en su hombro delgado.

—Kröll —dijo Krieger en un murmullo—. ¡Eso es! —Luego, dirigiéndose al patrón, añadió—: Debo admirarlo, Herr Kröll. ¡Verdaderamente dio órdenes! —Había sobre la bandeja dos grandes jarros de cerveza y un plato de sándwiches abiertos.

—Y cuándo hayan comido —dijo Herr Kröll con la voz reducida a un susurro de opereta, con el objeto de ocultar la infracción a su propio reglamento de no servir comida pasada la medianoche—, Elsa lo llevará a casa de su madre. Queda muy cerca de aquí, dos minutos de marcha por el patio del fondo. Allí encontrará buena cama. Está preparándose en este momento. No, no —añadió, negándose a que le agradeciera nada—. Es lo menos que podemos hacer, Herr Krieger. A sus órdenes. —Y con una rápida reverencia se retiró al vestíbulo y a su sillón.

—Estaré listo dentro de media hora, Elsa —dijo Krieger a la joven camarera. Lo único que esperaba era no haberla desalojado de su propia cama confortable por esa noche. En caso de ser así, la paciente sonrisa de la muchacha no revelaba ningún resentimiento.— ¿Puede quedarse despierta hasta entonces?



Lamento tener que darle todo este trabajo. –La muchacha se derritió completamente, rió, le deseó buen apetito y volvió rápidamente a la cocina.

–Como decía mi padre, el diplomático avezado –murmuro Jo–, cuando hay que disculparse, hay que hacerlo con exageración. Y como añadiría mi tío, ese inglés astuto, no hay nada como el tratamiento de camaradería para eliminar muchos dolores de cabeza en los viajes.–seguidamente dijo–: ¡Por qué no habremos tenido alguien como Herr Kröll aquí, capaz de obtenemos un avión chico esta tarde!

–¿Bohn no tuvo suerte?

–Todos estaban ya alquilados. Y por supuesto no hay vuelos regulares a Lienz, o mejor dicho, a Nikolsdorf. El aeroparque allí no permite aterrizar más que aviones pequeños. En vista de esto alquilamos otro auto, y corrimos como locos. Así conseguimos atravesar Grossglockner con luz de día. Había mucha niebla hoy, que aparecía y desaparecía por momentos, algo verdaderamente fantasmagórico. Mark dejó que yo manejase al cruzar el abra y él tomó el volante en las partes más bajas.

–Muy valiente de su parte.

–En realidad –señaló Jo saliendo en defensa de Bohn, fue muy valiente. No quiso que partiera sola para Lienz, e insistió en que tenía que tener a alguien que me acompañase. –De pronto sonrió.– ¡Pobre Mark! Nunca calculó cómo habríamos de patinar en el camino lleno de escarcha. Desde luego, cuando llegamos a un terreno más llano y tomó el volante, me tocó a mí el turno de cerrar los ojos y contener mis lamentos. Es el conductor más imprevisible que he tenido junto a mí nunca. Pero en fin... Llegamos aquí. –En este punto se puso seria y sus ojos adquirieron una expresión preocupada. Habló en voz baja–. No nos siguió nadie al salir de Salzburgo. Ni un Fíat gris en todo el trayecto. Y a pesar de ello lo primero que vi al entrar en esta plaza principal, fue un hombre de pie junto a la pared de la vieja Municipalidad, el edificio exactamente frente a esta hostería. Era Ludvik. Ya estaba aquí. Esperándonos.

Krieger se quedó con su segundo sándwich en el aire. –¿Y tampoco le importaba que lo vieran?

–Aparentemente, ya no. En el momento en que vio nuestro auto debió alejarse. Por lo menos no estaba ya cuando entré en un lugar de estacionamiento y pude mirar a mí alrededor, y todo eso no llevó más de unos segundos.

De manera que ellos también habían cambiado de táctica, pensó Krieger, mordiendo con ganas su sándwich de jamón y queso.

–Era Ludvik –insistió Jo.

–Te creo.

–¿Pero, cómo pudo ser? Entró en Salzburgo detrás de nosotros.

–Y una vez que le dijeron sobre Lienz, consiguió alquilar uno de esos pequeños aviones que eran tan escasos. –Krieger se preguntó si Bohn había insistido realmente.

–¿Le dijeron a Ludvik? ¿Pero, quién?

–¿Quién sabía de Lienz? ¿Y quién sabía de Graz?

–¿Graz? ¿Alguien siguió a Dave hasta allí? ¡No, no!

–Dos compinches de Ludvik volaron a Graz desde Viena. Y tan pronto como descubrieron que Dave e Irina habían partido, vinieron aquí.

–¡No, no! –repitió Jo en voz baja.

–Su auto está afuera –dijo Krieger bruscamente, apartando a un lado el resto de su sándwich. Bebió luego cerveza y encendió su pipa.

–¿Qué auto?

–El Fiat blanco junto al Volvo rojo.

–Lo vi llegar. Veinte minutos antes que tú. Había dos hombres. Entraron aquí, examinaron este salón, y se fueron –Jo aspiró profundamente–. ¿A quién buscaban? ¿A Dave?

–No creo que hayan pensado encontrarlos a él y a Irina sentados abajo en un comedor público.

–¿A quién buscaban? –insistió Jo.

–A alguien que pudiera darles información sobre nuestros próximos movimientos.

–Yo no le dije a nadie sobre Merano –Jo evitaba toda mención de Bohn. Walter, no puedo creerlo. No puedo creerlo, sencillamente. ¿Qué hacemos?

–Tratemos de descubrir quién es. Decididamente.

–¿Cómo?

–Mencionando el nombre de Merano y viendo si les llega.

–Demasiado peligroso.

–¿Y de qué otro modo podemos establecer de dónde obtienen la información?

–¿Pero, que les sucederá a Dave y a Irina? ¿Podemos mantenerlos al margen de esto?

Krieger sonrió al ver la expresión de ansiedad de ella. –Sí, –le dijo con suavidad–. Crearemos un poco de interferencia para ellos. Eso es todo –y tomándole una mano agregó–: Déjame que yo hable, ¿quieres Jo?

Jo asintió, tratando de sonreír a su vez. Luego sus ojos se apartaron para dirigirse al vestíbulo. –Walter, déjame ir contigo en el auto mañana. ¿Quieres?

Krieger miró en dirección al vestíbulo a su vez. Mark Bohn estaba en el umbral del comedor, como si no supiera bien si entrar o no. –No veo por qué no –repuso–. Salimos a las nueve.

–Dicho esto hizo un gesto de saludo a Bohn, quien aprovechó para acercarse a ellos. Antes de que llegase a la mesa Jo tomó su cartera y se fue. Pasó junto a él sin mirarlo.

Muy divertido, Bohn observó. –Me parece que Jo está exagerando su papel de Mata Hari. Le dije que actuaríamos como extraños aquí, pero a esta hora de la noche... ¿quién nos ve? ¿Y qué estás haciendo aquí? ¿No tenía atractivos Graz? –preguntó dejándose caer sobre un sillón frente a Krieger.

–Quería asegurarme de poder partir temprano mañana.

–¿Sí? Y ¿adónde vamos ahora?

–Merano.

–Merano. Entonces tanto Jo como yo hemos perdido nuestras apuestas. Creíamos que nos dirigiríamos a Italia.

–Merano está en Italia. ¿O has olvidado el tratado de paz después de la Primera Guerra Mundial? –En aquella circunstancia se había cedido el Tirol Meridional a los italianos y Merano se había convertido en Merano, en el Alto Adigio.

Bohn logró dominar su irritación. –Por supuesto que no. Sabes lo que quise decir: un lugar más central, como Roma. Merano queda muy al norte...

–Pero es una ciudad agradable donde todos podemos descansar un día o dos. Irina está cansada.

–¿No encuentras que esa ciudad tiene pocas salidas?

–Hay una buena carretera al sur de Merano, que pasa junto al Lago de Como.

–¿A Milán?

Krieger levantó una mano como para indicarle cautela, mirando hacia los locuaces holandeses.

–No escuchan –dijo Bohn con impaciencia– ¿No estamos siguiendo el camino más largo hacia Milán? ¿A quién se le ocurrió, dicho sea de paso?

–A Dave.

–Ah, el aficionado lleno de ideas. Nunca pensé que fuese un personaje tan tortuoso. ¿Llegaron él e Irina con ustedes?

–No.

–¿Están todavía en Graz?

–A decir verdad, no estoy seguro de dónde están.

Bohn se quedó mirándolo. –Estás lleno de sorpresas esta noche.

–Ha sido un día lleno de sorpresas. Creí que ibas hacia Munich después de Salzburgo. ¿Qué pasa con tu misión relacionada con los Juegos Olímpicos? ¿No tienes arreglada ninguna entrevista?

–Los juegos no empezarán hasta dentro de diez días. Además pensé que Jo necesitaba compañía. Está un poco alterada. ¿No lo notaste? Hay algo que le preocupa. ¿Tienes alguna idea de qué le sucede?

–Creo que necesita descansar un poco. Yo la llevaré a Merano mañana. Tú puedes seguirnos en ese auto que trajeron desde Salzburgo.

Bohn guardó silencio. O no le gustaba la idea de manejar solo a través de los Dolomitas o bien estaba preocupado en cuanto al significado del cambio de planes.

–Esto es –siguió diciendo Krieger–, si quieres reunirte con nosotros en Merano en el Hotel Bristol. Ése es el lugar de la cita.

–Estaré allí. Después de todo, ya que he venido hasta aquí...

–Bohn se encogió de hombros, sonrió y luego añadió: ¿Qué clase de carretera es? Nada que ver con el viaje de hoy, espero.

–No hay escarcha –lo tranquilizó Krieger con una sonrisa–. En cambio hay mucho paisaje. Los Dolomitas son montañas de aspecto brutal, imponente, pero hermoso. La carretera es buena. No te perderás.– Y qué lástima es, se dijo Krieger.

–Me cuidaré muy bien siguiéndolos muy de cerca.

–Prefiero que seas tú y no Ludvik.

–¿Ludvik?

–Sí, está en Lienz. Y también están aquí otros dos asesinos, amigos de él. –La voz serena de Krieger era tan objetiva como su gesto de vaciar las cenizas de su pipa, que guardó antes de ponerse de pie y mirar su reloj–. Hora de dormir creo.

–¿Asesinos? –preguntó Bohn. Siguió a Krieger al vestíbulo–. Seguramente hablas en broma. –Tenía una expresión preocupada tanto al hablar como en los ojos.

–Te contare la historia completa en Merano. Es como escribir una novela. Pero no creo que esos matones nos molesten mucho más tiempo. Mañana temprano los arrestará la policía austriaca.

–¿Los busca la policía austriaca?

–Sí.

Bohn estaba estudiando atentamente el rostro de Krieger.

–Verdaderamente no hablas en broma –dilo por fin. Seguramente debía estar recordando la visita en Viena, nunca explicada, que había hecho Krieger al departamento de policía aquella mañana.

–Decididamente, no. Seré uno de los testigos en contra de ellos.

Había llegado al vestíbulo. Herr Kröll se había retirado. Ocupaba su lugar en el mostrador un muchacho de cara delgada que vigilaba la valija y el impermeable de Krieger. –Verdaderamente presenciaste... –empezó a decir Bohn.

–Sí –repuso Krieger, con los labios apretados.

Se produjo una breve pausa. –Hasta mañana –le dijo Bohn–. ¿A qué hora?

–A las nueve. En punto.

–Entonces es hora de acostarse para mí. –Bohn tenía aspecto de estar agotado y su rostro se veía pálido y tenso aun bajo la luz suave y cálida del vestíbulo. Se encaminó hacia el pequeño ascensor sin perder un minuto más en dar las buenas noches.

Krieger esperó, los codos apoyados con una actitud de fatiga sobre el mostrador de la recepción, mientras el muchacho iba a buscar a Elsa. Dentro del comedor los holandeses seguían bebiendo cerveza y luchando contra el sueño. Vida nocturna en Lienz, pensó Krieger. Por fin llegó Elsa con un chal sobre los hombros, preparada para el aire de la noche. Y cuando la siguió hacia la puerta del fondo en su trayecto de dos minutos, aparecieron señales en el conmutador telefónico. Espero que no sea Bohn quien está llamando por teléfono, pensó Krieger al salir a un pasaje abierto, oscuro y frío. Delante de él, los zapatos de Elsa repiqueteaban sobre el empedrado.

La habitación estaba en lo alto de la escalera, en el tercer piso, pero era limpia, con una cama blanca que invitaba al reposo con su aspecto mullido, y con una pequeña ventana. Los zapatos de Elsa rechinaron sobre los escalones de madera cuando comenzó a bajar. No había ningún sonido que fuese posible disfrazar en esa vieja casa, pensó Krieger, ninguna posibilidad de hacer una corta salida al exterior sin despertar a toda la familia. Estaba encerrado por el resto de la noche. Depositó cuidadosamente su valija sobre el piso de madera, apagó la luz, y se desplazó silenciosamente hacia la ventana para abrir las persianas de par en par. Sintió que tenía algo de suerte. El cuarto daba al frente de la casa y ésta a la plaza. Desde lo alto veía bastante, casi tanto como desde un callejón oscuro o un zaguán, y evidentemente, con mayor comodidad. ¿Cuánto tiempo les daría ¿Quince minutos, media hora, una hora larga, quizás? Fijó los ojos en el Fiat blanco, sacó su pipa, vaciló. Los fósforos brillaban. Mejor no... guardó nuevamente la pipa en el bolsillo.

Se quedó allí pacientemente, los brazos apoyados en el alféizar, el impermeable sobre los hombros para protegerse del fresco de la noche, éstos cubiertos por la sombra del alero saliente. Cada cinco minutos cambiaba algo su posición, estirando el cuello y la espalda, flexionando los músculos de las piernas. ¿Era una suposición falsa? ¿Una esperanza infundada? Esperaría hasta la una y media y lograría establecerlo.

En la plaza, abajo, parcialmente en sombra a pesar de la luna, y parcialmente iluminada por los faroles, no había mucho que rompiera el silencio de la noche. Pasaron velozmente dos motocicletas. Un grupo reducido de excursionistas calzados con botas pesadas, cuyas voces inglesas se elevaron hasta su ventana, volvían a su pensión, estudiando los automóviles a su paso. Un hombre con traje tirolés partió en un Volkswagen. Eso fue todo. A la una y media, la plaza parecía haberse retirado a dormir. Krieger estaba casi dormido él mismo, y los párpados se le cerraban de sueño. Parpadeó varias veces, empeñado en esperar diez minutos más para cubrir todas las eventualidades. En el pasado había aprendido que cada vez que se persuadía a sí mismo de abstenerse de jugar una carta arriesgada, siempre salía perjudicado. Quince minutos, a lo sumo, se dijo, pues se resistía a aceptar la derrota. Pero no necesitó más de cinco.

De la bocacalle angosta situada a cierta distancia surgieron dos hombres de las sombras y se encaminaron hacia los automóviles. Sus pasos no hacían ruido alguno en el pavimento. Se movían con precaución exagerada, con paso ligero y rápido. También viajaban con poco peso. Cada uno llevaba sólo una valija pequeña. Tenían la cabeza inclinada hacia adelante, los rostros ocultos de la vista desde las ventanas altas. Tuvieron que pasar bajo un rayo de luz proyectado por un farol, lo que permitió distinguir el color de sus cabellos: uno era rubio, el otro, moreno. La talla era la correcta, además, la mediana de Milan y la alta de Jan. Se detuvieron junto al Fiat blanco, abrieron la puerta y miraron a su alrededor con miradas escudriñadoras que abarcaron todo el nivel del suelo y luego se levantaron hasta las ventanas superiores de "La Trucha", y seguidamente entraron en el automóvil. Con mucho cuidado pusieron en marcha el motor, controlando el ruido. Suavemente el Fiat retrocedió, salió de la fila y se dirigió hacia el Oeste. Era la dirección de la frontera italiana. Krieger suspiró satisfecho.

No abandonó la ventana en seguida. Quería vigilar el automóvil hasta que saliera de la plaza. Si, decididamente estaba por tomar la carretera del Oeste. Y entonces, con su consiguiente sorpresa, se detuvo en la esquina, el motor siempre en marcha. De la última puerta de una casa sobre la plaza salió un hombre. ¿Cuánto tiempo había estado allí? Cruzó la acera y se introdujo en el Fiat antes de que Krieger pudiera asomarse para ver mejor. Podría haber sido Ludvik, ya que el hombre tenía su misma talla y proporciones. Y probablemente era Ludvik, se dijo Krieger mientras el automóvil se perdía de vista. Ludvik debía querer abandonar el territorio austriaco con tanta prisa como Milan y Jan.

Bueno, bueno, pensó, empujé un poquito y respondieron. Se apartó de la ventana y sacó su frasco de coñac de debajo de su estuche de elementos de afeitarse. Mañana tendría que hallar tiempo para comunicarse con Viena antes de salir. ¿Cuáles serían los convenios existentes entre la policía austríaca y la italiana? ¿Habría alguna probabilidad de obtener rápidamente una orden de extradición? Posiblemente, no. Pero tal vez la amenaza de tal medida sería suficiente. Todo lo que contribuyera a complicarle la vida a Ludvik era una buena idea. Y de haber sido necesaria alguna confirmación de los asesinatos de los Pokorny, allí estaba, esa noche, en la huida apresurada de Lienz.

Sería mejor, asimismo, examinar detenidamente el Chrysler al día siguiente. Ludvik había estacionado demasiado cerca de su automóvil. Sin embargo era más probable que Ludvik esperase hasta hallarse bien lejos del territorio austriaco antes de iniciar toda acción contra Krieger. El conflicto infernal estallaría en Merano. Krieger se había descrito a sí mismo como un testigo, y los testigos no podían ser tolerados por gente como Ludvik y su pandilla de matones. Krieger bebió un tercer trago de coñac para desechar tales pensamientos. El frío de sus huesos se había disipado, pero aparte del coñac y del bienestar alcanzado, hacía mucho que no se sentía tan bien.

Poco después estaba acostado, a pesar del ambiente poco familiar y del piso que crujía. Su sueño fue profundo y libre de pesadillas, el olvido plácido dentro de una nube de acolchado blanco relleno de plumas.

La mañana se presentó con nubarrones y amenaza de lluvia, pero nada podía alterar el estado de ánimo optimista de Krieger. El mal tiempo podía desanimar a los excursionistas de fin de semana, y seguramente los caminos de montaña estarían menos concurridos por el tránsito de los sábados. A las nueve estaba listo para partir, el auto revisado, el llamado a Viena efectuado, y por último uno breve a McCulloch también.

Jo, generalmente puntual; se retrasó unos minutos. Entró en el Chrysler con sólo un gesto de saludo como respuesta al de él y se sentó a su lado en silencio. Krieger puso en marcha el motor, avanzó lentamente por el borde de la plaza, evitando un minibús con problemas de carga y las consabidas valijas desparramadas en medio de un grupo de holandeses despiertos a medias. Muchos otros automóviles partían también en ese momento y pronto la plaza sería devuelta a los pobladores de Lienz. Pero no vio señales de Mark Bohn en la puerta de "La Trucha". –Lo perdimos a Bohn –dijo despreocupadamente.

–Ojalá fuera así –Jo estaba todavía irritada.

–¿Pasaste mala noche?

–Sí.

–¿Tomaste desayuno?

–Dos bocados, antes de que Bohn llegase a mi cuarto con un mensaje para ti. ¿Por qué no bajó hasta aquí y te lo entregó personalmente? Hoy la chica de los mandados; eso es lo que soy, se dijo Jo enojada–. Tiene un inconveniente. Ha estado tratando de comunicarse con Munich, algo de sus compromisos allí, fechas exactas, etc., etc., etc., y ahora está esperando que lo llamen de Munich.

–Bueno –dijo Krieger en voz baja–, nos deja.

–¡Cualquier día! Nos encontrará en Merano.

–Me pregunto si estará –dijo Krieger mientras concentraba su atención en la angosta calle donde se habían internado, con su ajeteo de actividad comercial y de compras de fin de semana.

–¿Por qué?

–Está con miedo, Jo. Se ha metido en honduras, y ahora se da cuenta de ello.

–¿Pero, cómo...?

–La mención de un asesinato.

Jo respiró profundamente. –No me hace gracia –Comentó cada vez más irritada.

–No pretendía hacerte gracia. –Trató de calmarla, añadiendo–: Perdón, Jo. No te dije mucho sobre lo de Viena, ni...

–No me has dicho nada en las últimas veinticuatro horas

–Había un tono de profundo reproche en la voz de Jo –¡Soy yo Jo!

De manera que allí estaba el sentido de haber sido ofendida.

–Pero ahora puedo hablar –dijo Krieger. Y gracias a Dios, podemos dejar las sospechas y las dudas detrás de nosotros, junto con Mark Bohn. Treinta kilómetros a la frontera, un desayuno aceptable para ti, y mucha conversación. ¿Qué opinas?

Sonaba perfecto, pensó Jo. Por primera vez esa mañana esbozó una sonrisa.

## TRECE

La paz reinaba en todas partes, principalmente en el corazón de David. Estaba de pie junto a la ventana, contemplando el jardín silencioso, un vasto parque verde con senderos tortuosos, macizos de flores y grupos de árboles que se perfilaban nítidamente contra el sol del amanecer. Los edificios próximos estaban silenciosos, sin señales de vida detrás de las ventanas con cortinas corridas. Solamente en el pabellón del portero junto al portón había signos discretos de actividad, preparativos para el día. Salvo por el personal del hotel, la mayoría de la gente estaba durmiendo aún. Como Irina.

Se volvió de la ventana, se acercó a la cama donde estaba durmiendo Irina, el rostro semiculto en la almohada, el pelo suelto y dorado, un trozo de sábana cubriendo apenas sus caderas. Suavemente, pues no quería despertarla, le besó el cuello, los hombros, palpó ligeramente la curva suave de su cintura, de sus senos suavemente redondeados. De pronto las manos de Irina lo asieron de las muñecas. Volviéndose, le acercó la cara. Lo rodeó con los brazos, atrayéndolo hacia ella, y lo besó en la boca.

Salieron de su ensueño al oír golpes repetidos en la puerta del cuarto. David abrió los ojos y se despertó del todo al oír un tercer golpe brusco, y una voz que le decía:– *Guten Morgen*.



–Planeé todo demasiado bien anoche –dijo enojado mientras se ponía la bata. Todo dispuesto para una partida bien temprano esta mañana: un desayuno caliente y abundante que les permitiese llegar hasta Merano sin preocuparse por comer. Miró el reloj al atravesar el cuarto: las siete y cuarto. El camarero se había retrasado. Y menos mal, pensó, y al abrir la puerta ya estaba de mejor humor. Detrás de él oyó un leve rumor de ropas de cama que Irina tironeaba para cubrirse la cabeza.

–Sal antes de que te asfixies –le dijo cuando el camarero se retiró al corredor; Comenzó a destapar las fuentes que le habían dejado sobre la mesa junto a la ventana. Al verla acercarse a él, se quedó inmóvil y serio. –Verdaderamente eres una mujer preciosa –le dijo en voz baja.

Irina lo miró largamente con ojos grandes y llenos de ternura. Luego agitó la cabeza y se echó a reír. Hoy simplemente la más feliz de las mujeres –dijo y rodeándolo con los brazos, lo apretó contra ella–. No me dejes nunca más, David.

–Nunca más –asintió–. Perdimos dieciséis años. Nunca más.

Tomaron el desayuno, se vistieron y estuvieron listos para partir a las ocho y veinte. Para esa hora había un gran movimiento junto a la portería, causado por la gente que partía y pagaba sus cuentas. – Llamaré más tarde a McCulloch –dijo David, dejando sus valijas en el asiento trasero y ayudando a Irina a subir al automóvil. Hasta el roce de su mano le hacía latir violentamente el corazón.

–¿otra vez? ¿No lo llamaste anoche?

–Sí. Pero no hablé con él. Dejé un mensaje para que se entretuviese un poco –David sonrió al leer los pensamientos de ella–. Fue suficiente –la tranquilizó–. Tienes un sentido exagerado del deber, Irina. Además, me preocupaba tener que dejarte sola –y rió al recordar su vuelta–. Si no hubiera vuelto corriendo detrás de ti, habrías salido flotando de ese cuarto de baño en medio de un mar de espuma, y bajado por la escalera. ¿Qué pusiste en ese baño?

–Todo lo que había –Irina rió también–. ¡Había tantas muestras esperando que las usaran! –¿Y por qué no? Mi primer baño caliente en doce días, se dijo. Y la primera mañana en años que no se había despertado con el temor acechando en el fondo de la mente. Temor y sensación de desesperanza.

–Te has convertido al capitalismo, ¿no? –le preguntó David con tono ligero, tratando de disipar la nube de recuerdos que ensombrecía su rostro. Lo consiguió. La sonrisa volvió a sus labios.

Al disminuir la marcha para atravesar el portón, miró por sobre el hombro para ver por última vez el parque verde con sus manchones de flores brillantes y los altos árboles que las guardaban como centinelas. –Fui feliz aquí –dijo ella en voz baja–. Algo que recordaré siempre.

David hizo un gesto. –¿Por qué en tiempo pretérito? No ha terminado. Estamos empezando.

–Pero...

–¡Pero, nada! ¿Quién nos impedirá ahora que decidamos nuestras propias vidas? ¿Tu padre? No. No creo que ése sea su estilo. Ahora, si se tratara de tu madre, nos esperaría una buena batalla.

–David, David –dijo ella moviendo lentamente la cabeza.

–¿Qué he dicho que no esté bien?

–Pienso en mí. He perdido la costumbre de pensar en el futuro. Vivo día tras día.

–No basta.

–Basta, cuando se teme el futuro.

–¿Por qué temerlo? ¿Porque no lo conocemos?

–Sí. Tantos caminos para elegir, y ninguno que sea seguro.

–Pero tienes la libertad de elección.

–¿Y si uno elige el camino equivocado?

–Lo reconoces... cuanto más pronto, mejor. Aceptas tus pérdidas en la partida, y eliges con mayor cuidado la próxima vez.

–¿Y si uno sigue cometiendo errores?

–En ese caso, probablemente no aceptaste totalmente haberte equivocado la primera vez –repuso David medio en broma–. Ésa es una manera segura de repetir los errores. Lo sé. Me sucedió a mí.

–¿Y todavía quieres tu libertad de elección... aun cuando elijas mal?

–¿Quién puede afirmar que una elección hecha para mí por otros no sea igualmente errada? No, gracias. Yo me arriesgo con mis propias decisiones. Y tu harías lo mismo, Irina.

–Supongo que aprenderé. Pero en este momento... me asusta en cierto modo.

–Lo sé.

–¿Lo sabes, verdaderamente, David?

–Todos sufrimos ciertos controles sobre nuestra vida.

–¿Pero te dicen en qué ciudad debes vivir, qué empleo debes tener, dónde vas a trabajar, adónde puedes viajar, aun dentro de tu propio país? Todo se decide en Praga. Allí se toman las decisiones para cada uno, para todo el mundo, y finalmente todo termina pareciendo inevitable. –Irina respiró profundamente–. En toda mi vida tomé sólo dos decisiones importantes por mí misma: separarme de mi marido y abandonar mi país.–Y aun esta huida no fue enteramente decisión mía, pensó inmediatamente. Nunca habría sucedido si Jiri no lo hubiera permitido. ¿Por qué me lo permitió? –preguntó hablando casi consigo misma.

David disminuyó la marcha para evitar a un grupo de adolescentes cargados con canastas de picnic y un tocadiscos portátil, que se dirigían alegremente a una de las playas artificiales que bordeaban el lago.

—¿Quién? ¿Y te permitió hacer qué?

—Jiri. ¿Por qué me permitió escapar?

David la miró con atención y acto seguido viró bruscamente hacia la izquierda de la plaza desierta para tomar la carretera principal. —¿Cuánto hace que lo sabes?

—Sólo ahora empiezo a caer en la cuenta; Jiri...

—No quiero hablar de Jiri. Quiero hablar de nosotros. Vamos, Irina, tienes que deshacerte de ese fantasma. A partir de ahora, Praga *no* toma todas las decisiones.

—Lo dices con tanta certeza...

¿Certeza, yo? David no hizo comentarios sobre esto. De lo único que tenía certeza, aparte de sus propios sentimientos hacia Irina, era de que estaban en camino a Merano. Habían dejado atrás la pequeña ciudad sobre el lago, llamada Velden, donde la gente despertaba para pasar otro día andando en bote a vela, nadando, jugando al tenis, comiendo, bebiendo, bailando, y disfrutando de todo en general hasta el fin de sus vacaciones. Con un inesperado sentimiento de nostalgia pensó en una playa enorme de arena blanca con olas gigantescas y médanos altos, y con pasto de un verde dorado. —Nunca viste el Atlántico, ¿no, Irina?

—El único océano que vi en mi vida es el Canal de la Mancha repuso ella y como él riese, añadió—. No, no es un océano,

—No. Ni siquiera es un mar muy grande.

—Yo lo vi enorme. ¿Es tan diferente el océano?

—Ya lo verás. Tengo un chalet chico donde paso los fines de semana. —Y a continuación comenzó a describirle East Hampton.

Poco antes de llegar a Villach, la última ciudad importante en esta ruta, David volvió a disminuir la marcha cuando se aproximaban a una estación de servicio muy bien instalada, aparentemente sin clientela a esa hora. —Una cosa he aprendido y es que en las carreteras rurales hay que mantener el tanque lleno. —Y luego al mostrarse Irina intrigada, tuvo que explicarle más ampliamente lo que había querido decir. El inglés de Irina era excelente, pero no le alcanzaba para sortear los espacios dejados por términos sobreentendidos. David tenía la sensación de que Irina no comprendía el significado de una cuarta parte de sus palabras. ¡Irina querida, pensó, al ver los ojos sonrientes, las cejas algo levantadas, los labios entreabiertos antes de reír, tenía tantas cosas, pequeñas y grandes que aprender!—. Mira —le dijo—, ¿te importaría que te deje sola unos diez minutos? Veo la oficina de la estación de servicio allí, y

seguramente tiene teléfono. Tal vez sería una buena idea comunicarse con, McCulloch, hacerle saber que estamos en camino.

–No te preocupes por mí–le dijo ella.

David vacilaba, aún. –Ven y quédate a mi lado –dijo– Haremos el llamado juntos.

–Creo que pasaré más inadvertida si me quedo aquí.

Era verdad. –No te perderé de vista –le dijo David al bajar del auto. Sería fácil vigilar el auto una vez que le permitieran usar el teléfono. La ventana de la oficina era ancha y desde allí se vería bien el automóvil. Irina se había puesto el pañuelo azul y verde para ocultar sus cabellos y mantenía la cabeza baja, como si estuviera leyendo algo. Nadie en los automóviles que pasaban la reconocería ni la recordaría. Seguro de ello, hizo el llamado a Ginebra.

Verdaderamente se preocupa por mí, había estado pensando Irina mientras se ataba el pañuelo. Era una sensación agradable. Extendió un brazo hacia el asiento trasero y encontró su lápiz automático apretado contra el interior del bolso, dejó éste donde estaba junto al equipaje, y con ayuda del lápiz, comenzó a estudiar el mapa de ruta de David, tratando de medir las distancias y de calcular equivalentes de kilómetros en millas. Tendré que aprender a calcular en millas, se dijo. Conviene empezar desde ya.

Cuando David volvió, el automóvil con el tanque lleno y el aceite revisado estaba listo para partir. No tenía una expresión muy feliz, como si hubiera algo que lo irritaba. Irina guardó el lápiz en un bolsillo y le preguntó rápidamente: –Para que no, sufras con nuestros kilómetros, te informo que estamos ahora a unas doce millas de Velden, y que faltan sesenta hasta Lienz. Luego unas veinte hasta la frontera italiana. ¿ Está bien?

–Bastante aproximado –repuso él sonriendo. Se le habían perdido unas siete millas entre Velden y Lienz. Notó los cálculos que había hecho con trazo muy suave en un margen del mapa, y se sintió conmovido. Había sido todo un esfuerzo para ella–. En realidad, está perfecto.

–¿Cuánto tiempo llevará?

David examinó el tránsito delante de ellos en la carretera, que aún no era muy compacto y se desplazaba a una velocidad uniforme. –Creo que llegaremos fácilmente a la frontera a las diez y media. Si el tiempo lo permite –añadió al ver unos nubarrones oscuros al frente, que según esperaba, no presagiarían ninguna dificultad.

—¿Nos detendremos en Lienz?

–¿Por qué habríamos de hacerlo?

–Jo puede estar esperándonos allí.

–Jo no está sola. La acompaña Walter Krieger, quien llegó a Lienz anoche.

–¿Con la esperanza de encontrarnos? –Irina se mostró afligida.

–Sí. Pero probablemente está encantado de que no llegamos allí. Estaba Ludvik, esperándonos. Y también estaban estos dos.

–David buscó en su bolsillo y extrajo las fotografías de Milan y Jan—. Es mejor que las mires ahora. Son los hombres con quienes te cruzaste en la escalera del departamento de Alois Pokorny. Milan es el de pelo negro. El más alto es Jan. ¿Los reconoces?

–¿El hombre de pelo rubio... Jan?... Sí –dijo lentamente–, es el que pasó muy junto a mí. Por lo menos lo creo. Tal vez si volviera a verlos juntos sería capaz de identificarlos.

–Por el momento, ten presentes sus caras. Y yo que creía haberme deshecho de ellos tan hábilmente en Graz. ¿Cómo descubrieron lo de Lienz?

Irina estaba también preocupada. Le devolvió las fotografías sin decir nada.

–Los tres se fueron de Lienz. No sé por qué ni cómo. McCulloch tenía otras cosas de qué hablar. Krieger me dará el informe completo, en Merano.

–¿Estarán Ludvik y sus amigos en Merano? –preguntó Irina en voz muy baja.

–Si se han enterado de eso también, sí.

–¿Sí? Aparentemente saben todo.

–Bueno, esperemos que no se hayan enterado de Tarasp.

Irina lo miró con un interrogante en los ojos.

–Es una aldea pasando la frontera suiza. Ése es nuestro punto de destino. Krieger nos indicará exactamente la casa donde...

–¿La casa de mi padre?

–No. Tu padre vive en algún otro punto de Suiza. Viene a encontrarse contigo. No me dieron el motivo... McCulloch dice que Krieger nos explicará todo.

–¿Y cuándo llegamos a Tarasp? ¿Mañana? –Tan pronto, pensó. ¿Y adónde iría David, entonces?

–Quizás antes.

–¡No, no! –La voz de Irina estaba llena de pesar y su rostro, de incredulidad–. ¡Esta noche! ¡No, no!

–Es lo que yo pensé.

Irina calló.

–¿Te vas con tu padre o te quedas conmigo?

Irina movió la cabeza. –Sé lo que quiero hacer. Pero... –no terminó la frase.

Los labios de David adquirieron una expresión obstinada. Si había un conflicto en Irina entre "quiero" y "debo", adivinaba muy bien cuál vencería y me pedirá que la espere. Y me prometerá que volverá a mí. ¿Volverá? ¿Y si su padre se enferma, si la necesita?... ¿Una postergación tras otra?

Irina dijo: –Pero, pero Tarasp queda demasiado lejos. No *puedes* cubrir esa distancia en un día.

Está postergando la decisión, se dijo David. –Mira otra vez el mapa, Irina. Desde la frontera italiana hasta Merano hay solamente ciento cincuenta kilómetros. Llegaremos allí a las dos de la tarde, tal vez antes.

–¡Pero, todas esas montañas!

–Nuestro camino las rodea, no las atraviesa –y allí se desmoronaba otro plan grato para él. Había pensado tomar una ruta más indirecta, entre los gigantescos picos de los Dolomitas; hacer un viaje más lento, pero increíblemente hermoso, algo que los dos recordaran siempre.

–¿Y de Merano a Suiza? –Irina seguía estudiando el mapa. Lo dobló nuevamente a fin de ver con mayor claridad el sector que debían recorrer, y sacó el lápiz para guiarse. Algo irritada, dijo: ¡No puedo encontrar este Tarasp!

–Está allí, sin embargo. Está en la Engadina, al oeste del Parque Nacional Suizo. Según McCulloch, a unos cien kilómetros de Merano.

–¿Tan cerca? –La Engadina... allí estaba. Y el Parque Nacional Suizo. Su lápiz siguió la carretera que lo rodeaba.

–Bastante cerca. Tu padre llegará a Tarasp esta noche. El lápiz se detuvo bruscamente y punzó el papel reflejando la reacción de Irina, y se le rompió la punta. Sí, allí estaba Tarasp. Y estaba cerca de la frontera. Muy cerca, en realidad.

Irina dejó el mapa en el asiento, junto a ella, guardó el lápiz y frunció el ceño. –Pero, ¿por qué, todo este cambio de planes? No era así como íbamos a hacer las cosas. ¿Eh, David?

–No –repuso él–. No es como yo lo esperaba, por lo menos.

–Pero, por qué...

–Querida, no sé por qué. No lo sabré hasta que vea a Krieger en Merano. Nos detendremos allí un par de horas.

–Me parece que no me gusta Krieger. Ha dispuesto todo, ¿no?

–Puede ser. Pero no se lo comentes a McCulloch –David aceleró. Basta de amenazas demoras. Se habría rebelado, de no haber intuido, que Krieger debía tener motivos muy poderosos para este ritmo precipitado. Pero sería mejor que los motivos fuesen válidos, siguió pensando con ira. Y luego, simplemente para sacar a Irina de su depresión, se apartó él mismo de su estado de ánimo negro y llevó la conversación por cauces más normales. Cuando pasaron por Lienz, Irina estaba sonriendo al oír todas

las anécdotas humorísticas que logró relatar sobre directores de orquesta excéntricos y ejecutantes locos. Una cosa podía decirse del mundo de la música: proporcionaba diversión de tipo ligero además de sonidos celestiales.

El último tramo de carretera, en dirección Oeste hacia la frontera austro-italiana era tan recto y monótono como la línea ferroviaria que corría paralela y persistentemente a través del valle ancho y llano de campos desiertos, con las montañas retiradas ahora muy lejos hacia el norte y el sur. Los automóviles delante de ellos comenzaban a disminuir su velocidad. Irina los miró y le costó creerlo. –¡Pero, apenas se detienen! ¿Estás seguro de que es la frontera, David?

–Es la frontera, sin duda. –Y habían llegado en buen tiempo, a pesar del intenso chaparrón caído cuando atravesaban Lienz.

Al aproximarse al pequeño grupo de edificios, Irina alcanzó a ver los automóviles con mayor claridad. –Algunos se han detenido –estaba nerviosa–: ¿Por qué?,

–Porque quieren. Seguramente necesitan cargar nafta, o bien cambiar *Schillings* en liras. No es mala idea, ahora que se me ocurre –David pasó una mano tranquilizadora en el brazo de Irina y añadió–: No tienes más que mostrar tu pasaporte, sonreír, dar las gracias y seguir cuando te dicen que sigas. Los italianos, más adelante en la carretera, seguramente te harán la venia. No te preocupes, mi amor. Aquí no hay alambre de púas. –Al acercarse al último automóvil de la pequeña procesión, David aminoró la velocidad. Su atención, no obstante, fue atraída por el hombre con saco amarillo de pie en el borde de la carretera, con una valija sostenida entre las piernas, observando cada vehículo a medida que pasaba junto a él. David había visto ya esa mancha amarilla, y ¿cómo podría pasar inadvertida? Estaba a poco menos de doscientos metros, y David decidió que se trataba de un viajero que "hacía dedo", pero pertenecía a la nueva modalidad en cuanto a ropa. Cuando se aproximaron, vio más claramente al hombre: anteojos redondos de gran tamaño, pelo largo y oscuro revuelto por la brisa del valle y patillas grises que sobresalían de sus mejillas delgadas. –Mark Bohn –dijo David sin poder creerlo–. ¡Pero, qué diablos! ¡Es Mark Bohn!

Bohn estudiaba atentamente el Mercedes verde al ver que se acercaba. Su rostro se mantenía impávido, sin dar señales de reconocerlos. La verdad era, reflexionó David inmediatamente, que nadie sabía qué marca de automóvil manejaba, salvo Walter Krieger. Hizo sonar levemente la bocina y sacó el brazo para saludar con un rápido gesto. Creo –dijo sin mucho entusiasmo–, que están por invadimos. –Verdaderamente era un viaje en el que lo hubiera pasado perfectamente bien sin Bohn y sin su incesante torrente de palabras, y más aun, sin nadie más, al pensar en ello. Caía pues por la borda otra perspectiva romántica, la de manejar solo con Irina, a través de los Dolomitas. Pasó junto a Bohn, indicando al frente un lugar donde podía estacionar sin peligro fuera de la carretera. ¡Y qué punto endiablado había elegido

Bohn para pedir que lo recogiera!, ¿qué pretendía provocar? ¿Una colisión múltiple? Claro era que allí había sido muy visible, y seguramente era lo único en que había pensado.

David se detuvo junto a un reducido grupo de automóviles estacionado cerca de una estación de servicio y miró hacia atrás. –No vio mi señal –dijo, moviendo la cabeza, Bohn parecía vacilar, algo perplejo, algo patético, también. Su sonrisa brillante al reconocerlos se había transformado en una expresión neutra. Luego, al ver detenerse el Mercedes, recobró la sonrisa, levantó la valija y se puso en marcha hacia ellos.

Irina quiso saber: –¿Es amigo tuyo?

–Sí. Y también amigo tuyo. Esa carta... Ahora que pienso en ello, siempre me lo pregunté. ¿Por qué se la mandaste a Bohn? ¿Por qué no a Londres, al editor de tu padre?

–Hace un año mandé una carta a Londres. No tenía nada de secreto. Noticias de la familia. La interceptaron.

–¿Dónde?

–No sé. Jiri me la trajo de vuelta. Dijo... –Irina calló en el momento en que Bohn llegaba hasta ellos.

Jiri, otra vez, pensó David. Siempre aparecía Jiri Hrádek en todas partes. Estaba harto de ese maldito nombre. Jiri, Jiri, al diablo con Jiri. Bajó del automóvil y saludó a Bohn con aire despreocupado.

Bohn decía: –Creí que no ibas a detenerte.

–¿Por qué no? Eras alguien que evidentemente quería que lo recogieran.

Bohn sonrió con gran buen humor. –Este es David –dijo– sumando dos y dos, lo cual le da cuatro, ni más ni menos. –Pero la forma en que dijo esto era tal que no sonaba mucho como un elogio. Ese era, empero, el estilo de Bohn, reflexionó David, especialmente cuando estaba de un humor agrio.

Bohn se estiró por delante de David para tenderle la mano a Irina. –Así que está sana y salva, y dos veces más bonita que la última vez que la vi.

Irina lo miró atentamente, y con gran cortesía dejó que le estrechara la mano.

–¿Tanto he cambiado? –prosiguió Bohn, con un tono de broma, ahora–. Más pelo, desde luego. Y cuatro años de preocupaciones con las correspondientes arrugas. Y una tendencia a sentirme cansado si me quedo de pie mucho tiempo. –Se sentó en el asiento del conductor–. Los esperé una buena media hora, quizá más. Tenían que venir por aquí. Fue una cuestión de simple deducción que hasta yo...

–¿Y cómo llegaste hasta aquí? –le interrumpió David– ¿A pie?

–Con ese maldito carronato asmático. –Bohn señaló un Citroën estacionado a un costado apartado de la estación de servicio. Carraspeó tanto que por fin se murió cuando llegábamos aquí. Uno de los



mecánicos dijo que lo arreglaría lo mejor posible, para las tres de la tarde. Pero ahora que aparecieron ustedes en la escena, lo dejaré para que lo recojan desde Salzburgo. Allí es donde lo alquiló Jo ayer.

–¿Y dónde está Jo?

–A mitad de camino hacia Merano con Krieger, supongo. Tuve que demorarme en Lienz, esperando un llamado telefónico desde Munich. Tengo que llegar allí esta noche, si es posible. El trabajo serio empieza mañana. Basta de andar saltando por la campiña pintoresca –luego, dirigiéndose a Irina, le preguntó con evidente interés–. ¿Y cómo está? Me alegro de que todo haya marchado tan bien. Espléndido, realmente.

–Todavía no ha terminado –le recordó David–. Y si ahora dejas de ocupar mi lugar, llevaré este auto hasta el surtidor de nafta.

–¿Qué apuro hay? Tenemos todo el día por delante.

–No lo tenemos –le dijo David bruscamente–: Irina, ¿tienes dinero austriaco que quieras cambiar?

–Hay tiempo de sobra para eso en Merano –dijo Bohn, pero se apartó al fin del asiento detrás del volante.

David volvió a subir, se ubicó en la fila, conversó brevemente con el mecánico y seguidamente se dirigió a la agencia de cambio. En Merano no habría tiempo para hacer mucho aparte de ponerse en contacto con Krieger y enterarse de los detalles relativos a Tarasp.

–No pierde ni un minuto éste, ¿eh? –comentó Bohn al reunirse con Irina. Tal vez no tiene intención de quedarse en Merano –al decir esto lanzó una carcajada–. Así como nos dejó abandonados a todos en Lienz. Hasta llegamos a preguntarnos... hasta qué punto era David realmente de confiar –los ojos de Bohn se desplazaron fugazmente por el vestido de Irina: de lana verde, y sin duda demasiado abrigado para un viaje hacia el sur...

–No había necesidad de estar en Lienz –le dijo Irina. Estaba algo confusa. Ahora les preguntaría dónde habían pasado la noche.

Pero es necesario estar en Merano, pensaba Bohn. Estiró el brazo y tomó el mapa que estaba en el asiento junto a ella. Lo miró, agitando la cabeza con aire de desaprobación. –Apuesto que usted dobló este mapa. Diarios y mapas... las mujeres nunca logran doblarlos nuevamente por los dobleces que corresponden. ¿Quiere que se lo doble bien? –Tenía los ojos fijos en el sector doblado hacia arriba. Allí se veía la carretera que corría hacia el Oeste desde Merano y luego se bifurcaba, dirigiéndose una rama hacia el norte para cruzar eventualmente hacia Suiza. La otra ruta iba hacia el sur, pero aparecía sólo parcialmente en este sector del mapa, y por lo tanto era menos importante. Sus ojos seguían ahora la carretera suiza que seguía su trayecto desde la frontera y se curvaba alrededor del Parque Nacional. ¿Y qué era eso... una marca de lápiz? Sí, era una marca de lápiz, un punto agujereado, bajo el nombre de una aldea. Me gusta su vestido –dijo Bohn mientras abría el mapa. Volvió a doblarlo correctamente pero

no antes de haber mirado por segunda vez la aldea marcada—. ¿Pero será bastante abrigado para su viaje?

—Perfectamente abrigado.

Decididamente, Italia no, en ese caso, pues allí el sol de agosto convertía los valles húmedos en un caldo caluroso. Debió haber adivinado que Krieger distribuiría pistas falsas a todo el mundo. Así, pues, al infierno con el Lago de Como, con Milán, y con Walter Krieger. —Pero necesitará también un abrigo para Suiza, ¿no? —al preguntar esto dejó caer el mapa cuidadosamente doblado junto a ella. Trasp, Trasp, o algo semejante. Más tarde lo miraría en su propio mapa.

—Tengo uno.

—Ah, sí —dijo Bohn, mirando hacia el asiento trasero donde, junto con el impermeable de David, estaba un abrigo azul doblado al lado de dos valijas y de un bolso con correa para colgar del hombro sumamente abultado. —Hay poco lugar aquí. Deme las llaves del auto, Irina. Llevaré todo esto al portaequipajes para ahorrarle a David su tiempo precioso —al decir esto hizo un ademán de tomar el bolso.

—Déjelo —le dijo ella abruptamente.

El bolso se deslizó de sus manos al suelo. Al agacharse a recogerlo Bohn abrió el cierre y levantó el bolso con la abertura para abajo, y antes de que Irina pudiese asirlo una cantidad de objetos cayeron desparramados sobre el asiento delantero.

—¡Perdone! ¡Perdone! ¡Soy un atropellado!

Irina rescató una libreta de apuntes, un diario, quizás, dejando en cambio el lápiz para los labios, el pasaporte, la billetera y el resto de los artículos dispersos. —¿Dónde está el otro?— preguntó con tono preocupado y a la vez apresurado.

—Dentro del bolso aún, enganchado en el fondo —Bohn lo extrajo—. ¿Es esto? —preguntó, y abriéndolo lo hojeó rápidamente. Páginas llenas con escritura apretada, en checo. Fechas, nombres, todo eso pudo ver aun durante esos breves segundos. Y tampoco estaban escritos con letra de Irina, dentro de lo que él podía recordar de la carta de ella. No me diga que ha conseguido sacar algunas de las memorias de Jiri —comentó con una ancha sonrisa al entregarle la libreta.

Irina guardó ambas en el bolso y comenzó a reunir todos los demás efectos para ponerlos arriba. —No saqué nada de Jiri. Esos apuntes pertenecen a mi padre.

—¿Sí? ¿Todos los datos y cifras que reunió sobre los políticos? —Y luego, como ella lo mirara con aire sorprendido, añadió: Seguramente todo el mundo sabía de ellos. Sus ojos se posaron sobre el pasaporte que Irina estaba guardando en último término dentro del bolso. Británico. Y listo para usar.

—¿Todo el mundo? —repitió ella con aire de duda.

–Todos los que nos hemos interesado por Checoslovaquia. Pero yo creí que sus papeles y notas fueron secuestrados durante un allanamiento de su casa cuando...

–Éstos estaban bien escondidos.

–Y son, también, dinamita, ¿no? –preguntó Bohn dirigiéndole otra sonrisa socarrona.

Irina no dijo nada; sino que cerró el bolso y lo depositó muy junto a ella.

–¿Conoce a Krieger? –la voz de Bohn tenía un extraño tono sombrío.

Con cierta sorpresa, Irina repuso: –No.

–Entre nosotros, Irina, tenga mucho cuidado con Krieger. Está haciendo un doble juego propio. No tiene interés en usted. Le interesa solamente sacar a su padre de su escondite.

–Pero David dice...

–¿Que es un ciudadano extraordinario? No lo crea. Krieger es un experto en espionaje, un agente profesional avezado y tan inteligente como el que más. No le diga en ningún momento que esos diarios de su padre existen.

–Es amigo de mi padre –señaló Irina. –

–Era. Hace treinta años. Confíe en mí, Irina. Yo tengo fuentes de información. Sé lo que le digo.

–Entonces, ¿por qué lo eligieron para que ayudase?

–Yo no elegí a nadie. McCulloch se abrogó esa misión, y ni siquiera me permitió... –Bohn miró a su alrededor al oír pasos cercanos—. Hola, Dave. Llegas a tiempo para ayudarme a poner el equipaje detrás.

–Más tarde –le dijo David–. Salgamos ya. –Tenía varios folletos de turismo en la mano, en los que se destacaban las bellezas de Austria.

–Oye... bien puedes perder otros diez minutos.

–No podemos. –David guardó bruscamente un folleto en el bolsillo al ocupar su asiento. Su título, "Merano en el Tirol Meridional", no le agradaría mucho a los italianos, pero era todo lo que había podido encontrar en este lado de la frontera. Dejó caer el resto en el suelo detrás de él, con la esperanza de que hubiesen servido para distraer a cualquiera que tuviese demasiado interés en sus movimientos.

–Pero me gustaría llamar por teléfono, y avisar a Salzburgo dónde pueden recoger el Citroën.

–Más tarde –repitió David–. ¿Vienes, o no?

Bohn metió violentamente su valija en el interior de la parte trasera del automóvil, y seguidamente subió él mismo, con los labios apretados de rabia.

Cruzaron las dos fronteras sin mayores demoras. –¿Dónde quieres que te dejemos? –le preguntó David.

–En cualquier parte donde haya un ferrocarril y pueda tomar un tren expreso hacia el norte.

–¿En Brixen?

–Está bien. –Y desde allí puedo telefonar mis últimos datos, pensó Bohn. Mi última reverencia antes de dejar el escenario. En cuanto a mí, esta misión ha terminado. El asesinato es mucho más de lo que había calculado. Y Jiri Hrádek lo sabe.–Si no es mucha molestia para ti –añadió.

–No. Está en nuestra ruta. Pero no te garantizo que pueda llevarte hasta la estación.

–No importa, déjame donde pueda tomar un taxi. No quiero entretenerte. ¿Piensas manejar a Suiza esta noche?

La pregunta tomó a David por sorpresa. Pero en seguida preguntó a su vez: –¿Suiza? ¿Es allí donde debemos ir? –Trató de adoptar un tono ligero.

Sí, pensó Bohn, allí es a donde van, decididamente. Y esta noche. De otro modo, ¿por qué tenía David tanta prisa? –Eres masoquista, David. Para mí manejar de noche es más o menos mi noción de la tortura más infernal. ¡Y además, por un camino de montaña! No, muchas gracias.

No tengo un buen motivo para sentir desagrado frente a todo lo que hay detrás de sus comentarios, pensó David, pero a pesar de ello, me inquieta. Krieger tiene razón. La gente habla demasiado, y Bohn es un chismoso innato, y propenso a mencionar nombres y apellidos por costumbre. –No, gracias, te digo yo también. Manejar de noche es malgastar el tiempo –y al decir esto volvió la cabeza y miró a Bohn divertido.

–Entonces, ¿por qué el apuro?

–Porque prefiero estar en Merano a correr por esta carretera con las dos manos pegadas al volante. – Se volvió ahora hacia Irina, que mantenía un silencio extraño, mientras seguía con los ojos los elevados precipicios arriba de los bosques espesos y los prados ondulados–. Desde ahora –le dijo– no verás ni un pedazo de horizonte sin montañas enormes que se levantan hacia el cielo. La mejor hora es la de la mañana, apenas después del amanecer. Ya verás.

–Entonces, ¿no seguiremos viaje hasta mañana? –Irina sonreía.

David la rodeó con un brazo y la atrajo hacia sí. Seguiremos cuando tengamos ganas.

Bohn habló en voz baja: –¿Y qué dirá Krieger de todo esto?

–¿Qué dijo en Lienz?

Durante un instante Bohn se quedó mirándolos. Se quitó los anteojos y los limpió con su echarpe de seda. –No mucho– repuso, guardando los anteojos en el bolsillo del pecho y cerrando los ojos–. Si no les importa –les dijo– echaré una siestita. Las montañas a pico no son lo que más me entusiasma. Denme una calle de ciudad en todos los casos. –Al principio no durmió. Tenía los ojos cerrados pero escuchaba, aunque no surgió nada que mereciese agregarse a su informe. Sin duda, Suiza. Probablemente, la

Engadina. Posiblemente mañana al amanecer. Dos libros de apuntes peligrosos que se sacaban clandestinamente. Un pasaporte británico. En cuanto a Dave e Irina, ¿por qué mencionar su romance? Si Jiri Hrádek se enteraba del giro de los acontecimientos entre estos dos, podría estallar una acción bastante movida. Y no era la acción que a él le gustaba, se dijo. Si hay algo que detesto, es la violencia. Con la conciencia tranquila hasta llegó a dormirse a pesar del poco espacio de que disponía en el asiento trasero. Cuando se despertó estaban en Brixen.

–Te veré en Nueva York –le dijo David.

–¿E Irina?

–No sé –dijo ella tristemente–. Depende de...

–Bueno, cuando se encuentre con su padre, dele mis mejores saludos, y pregúntele si me permitiría que lo entrevistase, cuando le venga bien, por supuesto.

–¿Por qué habría de hacerlo? –le preguntó David sin preámbulos.

–Bueno, después de todo, yo fui quien inició la liberación de su hija, ¿no?

–Y yo se lo agradezco –dijo Irina–. Le diré a mi padre...

–Adiós –interrumpió David–. Puedes pedir un taxi por teléfono desde aquí –le indicó, señalando un café muy concurrido frente al cual había detenido el automóvil pero no el motor.

–Comprendo muy bien esa insinuación –Bohn sonreía. La sonrisa seguía dibujada en sus labios cuando el automóvil se alejó. Levantó su valija y fue a averiguar si era posible hacer un llamado de larga distancia a Viena. El mensaje sería transmitido a Checoslovaquia, y no con mucha demora, gracias a la velocidad con que manejaba David. Ah, qué tontos son los mortales... Bohn contuvo una carcajada. Si aquella mañana había partido de Lienz preocupado, por culpa de ese bandido de Krieger. ¿Cuánto sabría? Ahora estaba en la cumbre de una de esas montañas odiosas que tanto le gustaban a David. ¡Qué tontos, todos sin excepción!

## CATORCE

Todavía flotaban vagamente algunos velos aislados de niebla alrededor de los picos gigantescos, pero la pesada cobertura de nubarrones de lluvia había desaparecido. También había desaparecido el mal humor de David. El tránsito era menos intenso, pues la mayoría de los viajeros esperaban turno ahora para almorzar. Los restaurantes, muy pocos a lo largo de esta ruta, debían estar repletos, a juzgar por la cantidad de automóviles y ómnibus aglomerados al borde de la carretera. El camino estaba despejado, bien construido, y era a prueba de deslizamientos. Y la intrusión de Mark Bohn empezaba a disiparse ya detrás de aquella enorme barrera de montañas. No es, pensó David, que me resulte antipático. Pero a veces es capaz de irritarme profundamente. Esa maldita curiosidad que tiene. Siempre quiere saber, aun

cosas que no tiene por qué saber ¿Por qué ese interés en el pasaporte de Irina cuando estaban en la frontera, por ejemplo? "¿Pasaporte falso, Irina?", había preguntado Bohn con un leve toque de burla. "¿No sabe que eso es ilegal? Nos hará arrestar a todos". Irina lo había mirado con frialdad, antes de responder: "Es perfectamente legal", con lo cual lo había hecho callar tan eficazmente que su única reacción fue una ceja levantada por el asombro y una sonrisa con la que intentaba disculparse.

David rió en voz alta. Irina, sentada muy junto a él, levantó la cabeza, que había tenido apoyada en el hombro de David, y le preguntó sorprendida:

–Y ahora, ¿por qué la risa?

–Bohn. Si algo habría podido lograr que los retuvieran e interrogaran, fue su voz de oveja, preguntado acerca de pasaportes falsos.

–Habló en voz baja. –Pero había algo que estaba siempre presente en su pensamiento desde que había dejado a Bohn en las afueras de Brixen. Ahora trató de simular despreocupación al comentar–: Si nos hubieran interrogado habría tenido una explicación preparada. ¿O no?

–Sí, siempre tiene una explicación. Pero a pesar de ello, no se hace cierto tipo de broma en presencia de las autoridades de frontera. O de los recolectores de impuestos, o de los funcionarios de la aduana. O de nadie que tenga atribuciones para aumentarte o bajarte el salario. Es causa de malos ratos –David logró que Irina volviera a sonreír–. Mi querida –le dijo muy suavemente–. ¿Qué es lo que te preocupa de Bohn? Después de todo, tú le mandaste esa carta.

–No había nadie más que pudiera ayudarme.

–¿Ni aun yo?

–Tú no conocías a nadie dentro de la CIA, ¿no?.

–No. Por lo menos, que yo sepa.

–Bohn conoce a todo el mundo. Y me dieron su dirección en Washington. No sabía dónde estabas. Ni siquiera sabía que eras su amigo. Fue un choque tal... un choque magnífico... descubrir que te había mandado a Viena:

Bohn no, pensó David. McCulloch había hecho la elección. Bohn, sin mucho entusiasmo, la había aceptado. Bohn había dicho todo el tiempo... vamos, ¿qué era lo que había dicho aquella noche en East Hampton? Que los aficionados eran inútiles. Algo parecido.

–¿Qué pasa, David?

¡Era tan grato oír la ansiedad de su tono! David consiguió sonreír y hablar con voz despreocupada.–  
¿No le contaste acerca de mí, en 1968? ¿Cuando visitó Praga y lo conociste?

–No lo conocí en 1968.

–¿Qué?

–No lo conocí hasta 1970. Y fue un encuentro muy breve.

–¿1970? ¿Estuvo en Praga en 1970?

–Y el año pasado, también.

Ahora le tocó a David sentirse preocupado. Estaba recordando 1968. Había sido en septiembre, cuando Bohn había aparecido inopinadamente en East Hampton para hacerle una corta visita. Maldición, pensó David, su única razón para visitarlo sin anunciarse había sido darle noticias de Irina. –¿No lo conociste en 1968? En la ópera en que a Dubcek lo...

–No.

La respuesta era inequívoca. –Muy bien –dijo David–, ¿Y hoy? ¿Por qué estas preocupada por Bohn?

–No lo sé. Y esto también me preocupa. Ya ves, no hay un verdadero motivo para que tenga esta sensación. Hay tantas pequeñas cosas, ninguna de ellas importante en sí. No pudo haber sido más amigable, más comedido. Pero siempre... siempre, todas esas preguntas. Preguntas indirectas. ¿Por qué es tan curioso?

–Siempre fue muy curioso. Es su manera de ser. ¿De qué conversaron?

–De mapas y de ropa. Y de los cuadernos de notas de papi. Creo que esto fue lo que verdaderamente me dio malestar. No quería que nadie se enterase de ellos, salvo tú.

David calló durante largo rato. –cuéntame de los mapas y las ropas y el resto de los chistes de Bohn.

–¿En el orden en que él habló?

–Sí. Desde el principio... exactamente lo que dijo.

–Pero en realidad no tenía importancia.

–A pesar de ello, a ti te preocupa.

–Me he vuelto excesivamente ansiosa por cualquier causa. –La voz de Irina vaciló al agregar–: Demasiado suspicaz.

–En ese caso vamos a deshacernos de todas estas preocupaciones hablando de ellas. Vamos, querida, dime qué pasó.

–¿No te reirás de mí?

–No. No me reiré. –David escuchó atentamente la voz suave y vacilante de Irina a la vez que mantenía los ojos fijos en la carretera serpenteante. Las praderas manchadas de contrastes de luz y sombra se elevaban y caían a ambos lados, limitadas por bosques sombríos que ascendían en un ángulo empinado hasta los precipicios cortados a pico de las cumbres peladas, murallas gigantescas de rocas

puntiagudas brotadas en alguna convulsión remota de la tierra. La carretera era un segmento curvado de cuerda blanca, los automóviles que corrían velozmente en ella, pequeñas cuentas de colores, y la gente dentro de ellos, cada persona un mundo, menos que partículas de polvo frente a los gigantes de piedra sobre ellos.

–Y eso –dijo Irina cuando terminó su pequeño informe– es realmente todo. ¿Habrá pasado el motivo de preocupación por haber hablado tanto? –La idea de hablar de lo que la intranquilizaba le había gustado. Además había sido buena, porque se sentía mejor–. No son cosas importantes; ¿no? lo único que quisiera es que no se hubiese apurado a comentar los cuadernos de papá. Eso fue lo que me quitó la calma.

De manera que había sido el pequeño episodio de los cuadernos lo que había dado lugar a la cadena de dudas, pensó David. Sin ello, Irina habría olvidado tal vez el resto de las preguntas de Bohn, o bien las habría considerado simplemente charla ociosa. Consideradas aisladamente, parecían, en verdad, de poca trascendencia. En conjunto, en cambio, formaban una estructura bastante perturbadora.

–Porque –siguió diciendo Irina– Todo el mundo no sabe de la existencia de esos cuadernos. Sólo los hombres de Jiri, los se incautaron de los libros y papeles de mi padre cuando él escapó (estaba en Praga en esa época y no pudo volver a la casa de Rajhrad donde tenía guardada la mayor parte de sus documentos) sólo estos hombres podrían haberlos conocido. Ellos creyeron haber encontrado todo el material. Pero los dos cuadernos que tengo conmigo son lo más importante. Es por ello que mi padre los ocultó con tanto cuidado.

–¿En el cajón donde descubriste la Beretta?

–En realidad no era un cajón. Tuve que llamarlo así cuando hablé delante de Jo. No la conocía lo suficiente. Comprendes, ¿no? –le preguntó ansiosamente.

–Entonces, dónde encontraste...

–En la pata de la mesa.

David se quedó mirándola, pero Irina hablaba seriamente.

–Era una mesa de comedor que había pertenecido a mi bisabuelo, un tablón de roble macizo apoyado sobre patas gruesas, cuadradas. Alrededor del borde de esta tapa había un trabajo de talla primitiva cuyo dibujo bajaba por las cuatro patas. Nada complicado, sino simplemente adornos de tipo rústico esculpidos en la madera maciza. Pero dentro de una de las patas había un hueco escondido. No era grande, sino de amplitud suficiente como para ocultar unos pocos objetos, de modo que si alguien llegaba a golpear esa pata, el sonido era de algo macizo.

–Tu bisabuelo debió tener un carpintero lleno de ideas.

–Era necesario, aun en aquella época.



–¿Cómo lograste abrir el compartimiento? Supongo que tenía un panel que se deslizaba.

–Sí. Se apretaban dos puntos de la talla decorativa y se abría hacia afuera un pequeño panel. Cuando se cerraba, quedaba tan perfectamente disimulado en el diseño que nadie habría adivinado que existía.

Ningún indicio, ya fuera a la vista o al oído, un mecanismo ingenioso. David dijo: –De modo que cuando fuiste a la casa de tu padre, después de que la allanaron y secuestraron sus papeles, abriste el panel y...

–No –dijo ella rápidamente–. No fue entonces.

–¿Por qué no?

–Temía que hubiese alguna cámara oculta en el cuarto. Además, ¿qué hacer con los documentos que pudiese haber ocultado mi padre? No había ningún escondite tan seguro como la pata de la mesa. No la toqué hasta que supe que estaba por salir del país. La noche antes de iniciar mi viaje, tan pronto como oscureció, tomé una linterna eléctrica y ocultándola en parte con una mano abrí el panel de la pata y busqué a tientas dentro. Había la pistola, colocada verticalmente en el espacio, poco profundo, y las dos libretas, bastantes finas, detrás. –En su rostro apareció una leve sonrisa–. Esa noche fui a dormir con las tres cosas. Y leí las libretas a la luz de la linterna.

Durante unos instantes David no pudo decir nada. Era otro mundo, pensó, un mundo donde era necesario moverse en la oscuridad, como un ladrón, en la propia casa. –¿De qué tratan?

–Nombres, fechas, lugares, hechos. La historia de las conspiraciones y complota en 1968, antes de que los tanques soviéticos atravesaran la frontera.

Material de fondo, pensó David. –Pero tu padre está trabajando en la novela en este momento, ¿no? ¿Necesita este tipo de documentación detallada? –le preocupaba a David y le causaba inclusive indignación, que Irina estuviese en un peligro mayor aun al sacar clandestinamente esos dos cuadernos de Checoslovaquia con el solo fin de que se escribiera una obra de ficción–. ¿Pero no le es suficiente su memoria?

–Tiene buena memoria, pero la memoria no basta cuando debe prepararse para hacer frente a los críticos que lo acusarán de tener prejuicios contra los comunistas, y de que todo el libro es una fantasía.

–Pero...

–Yo sé cómo trabaja mi padre. Nunca ha desvirtuado los hechos históricos. Si no tiene los hechos tal como ocurrieron en cuanto a ciertos acontecimientos críticos, no los utilizará como fondo político de su libro. La novela que está escribiendo es su primera obra importante en muchos años. Muchos años, David.

–Lo sé.

–Por lo tanto no puede tener material no documentado, especialmente en cuanto se refiere al período inmediato a la invasión de Checoslovaquia. La invasión tiene que ser punto culminante de la novela, lo que justifica el título, *El invierno de Praga*.

–Pero sin duda los acontecimientos políticos de ese período son del dominio público. Todos los conocen, ¿no? –dijo pensando inmediatamente que quizá no todo era tan conocido.

–La parte desempeñada por Jiri y su camarilla, los estalinistas, los comunistas de la línea dura, no. No solamente conspiraron contra Dubcek y contra los liberales, hecho del que se muestran abiertamente orgullosos, sino que, además, tiene el designio secreto de eliminar a los hombres que no son "progresistas", a los comunistas moderados.

–¿los hombres que están actualmente en el gobierno?

–Sí. Rusia los eligió en lugar del grupo de Jiri, y los puso en el poder. Tal vez les es más fácil manejarlos –Irina calló, moviendo la cabeza–. Es extraño, y aun cómico. Jiri llegó a permitir que los agentes de informaciones soviéticos se instalaran en su propia oficina de Praga la semana anterior a la invasión.

–¿Qué?

–Sí, eso ocurrió.

–¿Preparación para la toma?

–Sí.

–Bueno, tal vez eso sirva para explicar por qué los rusos no echaron a Jiri ni mucho menos. Sigue siendo un hombre importante, ¿no?

Irina esbozó una sonrisa antes de responder. –Ni siquiera los rusos estaban al corriente de toda la historia. Además, parecería que Jiri hubiese cambiado... que se hubiese vuelto algo más moderado. Ahora trabaja con los mismos hombres contra los cuales conspiró en una época.

–¿Cuántos sabían que estaba envuelto en esa conspiración?

–Muy pocos.

–¿Viven todavía?

–No muchos de ellos. Y los que estuvieron implicados, como Jiri, y sobrevivieron, lo están tan profundamente que no hablan. Su seguridad personal depende de un silencio absoluto.

–Tienen allí un núcleo de poder bastante peligroso. –La conspiración aparentemente se infiltraba en la sangre, como una enfermedad que reaparecía una y otra vez a menos que se la sacase al descubierto. Y ahora la importancia de las notas de Kusak, el registro exacto de los hombres y las fechas y los hechos se le hizo enteramente evidente a David. Tal vez el material no fuese aceptable en una corte de justicia,

puesto que buena parte de él debía haber sido suministrado en forma fragmentada y aislada por los partidarios de Dubcek, quienes estaban seguramente en la cárcel o bien habían muerto, pero en manos de un escritor de la calidad de Kusak, sin duda arruinarían todos los planes que pudiesen abrigar para el futuro Jiri Hrádek y los aliados que aún le quedaban—. ¿Qué están haciendo? ¿Esperando el momento propicio?

—Aparentemente han cambiado. Se han vuelto menos fanáticos. —Pero Irina no parecía muy segura de ello.

—¿Como Jiri?

Irina calló.

—¿Verdaderamente crees que pueda haber cambiado? —insistió David.

—Hace dos semanas creía que había cambiado. Pero ahora... no, no lo creo. De haber sido así, Josef y Alois todavía estarían con vida. —Irina calló ahora, los ojos fijos en las moles de montaña rocosa, sólida y árida, que se levantaba verticalmente desde los prados y los bosques verdes. Cuando volvió a hablar, su voz había perdido toda emoción. Era una voz fría, objetiva.—Cómo les facilitamos las cosas... la gente como yo... a Jiri Vemos, pero cerramos los ojos. Oímos, pero tratamos de no escuchar. Sólo cuando hube leído los cuadernos de mi padre... —al decir esto miró a David—... lo sé. Ayer te dije que sólo los había hojeado. No quería que parecieran demasiado importantes. La evasión, o la mentira... he aprendido mucho sobre ello. Se han convertido en una forma de vida. Nunca decir la verdad total, siempre reservarse algo, guardarse algo por motivos de seguridad.

La mano de David cubrió la suya. —Fue solamente cuando leíste los apuntes de tu padre... —insistió suavemente

—Cuando los leí, todas las cosas que hasta entonces no habían sido claras para mí, todo lo que había tratado de *no* creer —Irina no terminó la frase. Y luego dijo—: Aún hace dos semanas, cuando guardé los cuadernos, había decidido casi pedirle a mi padre que no utilizara nada de ellos que pudiera poner en peligro la vida de Jiri. Por la ayuda que me había prestado para escapar.

—¿Cuál fue esa ayuda, en realidad? —Tal vez, pensó David, se enteraría por fin de toda la verdad.

—Se hizo el distraído. Sabía lo que estaba planeando yo. Podría haberme hecho arrestar por intento de abandonar el país. No lo hizo. Me dio un mensaje lleno de amistad para mi padre, mi pasaporte, palabras cariñosas, y una sonrisa. La verdad es que la gente como yo le facilitamos las cosas a Jiri. Siempre tendemos a ver señales de cambio para mejor, porque son lo que en el fondo deseamos ver.

—¿No te prestó otro tipo de ayuda?

Se produjo otro silencio prolongado.

—Consejos.

—¿Sobre qué, Irina?

—Mi carta. La mejor manera de conseguir que se actuara con rapidez era mandarla a un norteamericano que tenía conexiones en Washington y que me conocía personalmente. Alguien que había sido periodista y viajado mucho en el extranjero, y conocía Checoslovaquia bien. Alguien que comprendía la situación y me creería.

—¿Mark Bohn?

—Es el único periodista norteamericano que conozco que vive en Washington, y ha visitado Checoslovaquia y me conoce personalmente.

—¿Y su dirección? ¿Te la dio? —Ésa había sido la historia de Bohn.

—Jiri conocía a todos los comentaristas y corresponsales que venían a Praga. Tenía las direcciones de todos. Tenía una lista de ellas. Me la dejó a mí, como si la hubiera olvidado sobre mi escritorio. Todo lo que yo hice es elegir el nombre de Mark Bohn.

—¿No le dijiste a Jiri a quién habías elegido?

—No.

—¿Y él nunca te propuso a Bohn?

—No.

—¿Pero sabía que Bohn te conocía personalmente?

—No. Creo que no.

—Si Jiri conoce a todos los periodistas que van a visitar Checoslovaquia, ¿no es lógico que también conozca sus movimientos? Estoy completamente seguro de que Jiri Hrádek tiene mucho más que sus direcciones.

Irina lo miró con los ojos muy abiertos.

—Pero Jiri nunca mencionó a Bohn. Nunca los vi juntos —dijo y se quedó mirándolo. Luego con gran lentitud, y llena de amargura, añadió—: Jiri tramó todo.

David no dijo nada.

—¿No?

—Tramó muchas cosas. Pero no tenemos verdaderas pruebas sobre Bohn. Podría ser que lo hubiese usado a él también.

—Es tu amigo. No puedo creer que él no...

—Tienes razón —dijo David. Su tono había sido tranquilo, pero sus pensamientos en cambio, —eran confusos y fragmentados. Trató de hilvanarlos en orden, pero le resultó difícil. La sensación de

culpabilidad por sospechar aun fugazmente de Mark Bohn le impedía pensar con equilibrio. Y había asimismo un sentimiento básico de orgullo herido que no contribuía a que pensara con racionalidad. ¿Lo habían engañado totalmente, o bien estaba llegando a conclusiones demasiado apresuradas? Sea como fuere, sus emociones en aquel momento no lo hacían nada feliz. Le era imposible pensar con claridad, no con la mitad de su mente puesta en los peligros de este tipo de carretera. Estaba manejando mal. Había tomado la última curva con bastante descuido. Bajemos a tomar un poco de aire –dijo, disminuyendo la marcha y buscando algún lugar para estacionar junto a la banquina, un lugar donde pudiera salir sin riesgo de la carretera pavimentada.

Lo encontró, un lugar con vista panorámica, ideal para los fotógrafos y los turistas dispuestos a hacer un picnic. Estaban ya allí dos automóviles diminutos, y dos grupos de familias instalando mesas plegables y sillas. ¿Dónde llevarían todo eso dentro de los automóviles? –Allí –dijo David, rodeando a Irina con un brazo y llevándola hasta el borde de un pequeño espacio despejado, lo más lejos posible del despliegue abundante de carnes sonrosadas, ya que las camisas desaparecían a esa hora a fin de aprovechar el sol y tostarse un poco, donde un valiente grupo de pinos insistía aún en aferrarse al borde del precipicio los pinos tenían aspecto frágil. David hizo retroceder a Irina, reteniéndola con ambos brazos. Muy debajo de ellos se veía el lecho profundo de un torrente tumultuoso. Detrás, más acantilados y rocas cayendo a pico de las laderas montañosas. Se quedaron inmóviles, muy juntos, contemplando en silencio la vasta extensión de espacio lleno de una calma melancólica.

La tristeza y la tensión se borraron del rostro de Irina. Era joven y feliz otra vez, con el viento que le alborotaba los cabellos, el brazo rodeando el cuerpo de David, los de él que la estrechaban con fuerza, los besos que cambiaban. –Esto –le dijo él– es lo que estaba con ganas de hacer en los últimos ciento cincuenta kilómetros –dijo y por último la besó largamente y dejó que ella se apartara–. Te quiero, Irina. No lo olvides nunca. –Dicho esto se volvió bruscamente, la tomó de la mano, recogió el bolso de donde ella lo había dejado caer y emprendió la marcha de vuelta al automóvil – Tenía una expresión tensa.

Cuando llegaron junto a la carretera había logrado dominarse. Señaló a los felices turistas disfrutando de su picnic, llenos de ensalada de papas y de cerveza. –¿Les digo que se acerca una tormenta? –Era verdad que las nubes eran cada vez más oscuras y que la niebla se hacía más espesa en torno a los picos cercanos. ¿O bien que están sentados prácticamente en un estante sobre el precipicio? –Y lo estaban, efectivamente, sin haber advertido el vacío en la roca debajo de ellos, donde la lluvia y el viento y el sol y el hielo la habían carcomido durante años. David decidió que el peligro no era inmediato. En la primavera siguiente, se desmoronaría otro pedazo de ladera de la montaña, eliminando otro fragmento de ese lugar para hacer picnics. Se limitó pues a advertir a gritos al alegre grupo–: ¡Están demasiado cerca del borde! –Uno solo de los hombres le prestó atención. Se rió, –agitó la cabeza, dijo algo a sus compañeros y todos se echaron a reír estrepitosamente. Aparentemente David era un personaje cómico.

–Muy bien –dijo David y entró en el automóvil.

–¿Están realmente en peligro?

–Ya serán empujados hacia la carretera tan pronto como empiece a llover a cántaros. –El viento, como un heraldo amenazador, comenzaba a levantarse–. Corramos delante de la tormenta –dijo David, y luego de entrar en la carretera aceleró. Ahora le resultaba fácil manejar–. Una hora más, a lo sumo –dijo–. Estaremos en Merano a la una y media si tenemos suerte. –Y sin duda antes de las dos. Luego el problema sería encontrar una habitación segura donde Irina pudiera descansar mientras él se entrevistaba con Krieger. Sacó el folleto turístico del bolsillo y se lo entregó a Irina. Es hora de empezar a estudiar esto. Tiene un buen plano de las calles de la ciudad, y también una lista de los hoteles, cada uno con un número. Busca pues el Bristol en la lista, fíjate en el número correspondiente, y luego ubícalo en el plano de las calles. –¿Comprendes?

Irina asintió con una sonrisa. Había sacado su lápiz para recorrer más fácilmente la larga lista de nombres. Tenía poca punta, pues debió haberse roto la última vez que lo había usado. –Bristol... encontró el nombre, memorizó el número y la ubicación y por fin lo localizó en el mapa–. ¡Aquí está! –dijo–. Es muy céntrico. ¿Lo ves? –preguntó tendiéndole el mapa.

David lo miró brevemente para establecer la ubicación general del hotel. –Ahora sabemos qué demos evitar.

–¿No quieres ir al Bristol?

–No. Krieger está allí. Encontraremos algo que esté cerca, pero no junto a él.

–¿Pero no supondrá él que nosotros también pararemos en el Bristol?

–Supongo que sí.

Los ojos de Irina se abrieron nuevamente. –¿Acaso no confías en él?

David sonrió. –Creo que podemos confiar en Krieger.

–¿Porque Mark Bohn desconfía de él?

Esa podría ser una muy buena razón, pensó David, pero sólo dijo: –lo conozco a Krieger. Sé cómo piensa.

–Pero también conoce a Bohn –Bohn... ¿Habría notado Bohn el punto donde se le había roto la mina del lápiz sobre el mapa? No, seguramente, no. Sin duda había mirado el mapa al doblarlo, pero su rostro no había revelado ningún interés especial. No había pasado lo mismo, en cambio, cuando había revisado rápidamente las hojas del cuaderno de apuntes de su padre. Éste le había atraído verdaderamente la atención. Irina guardó nuevamente su lápiz en el bolsillo. David había tardado mucho en responderle. Posiblemente no tenía ganas de hablar de Bohn. Pero ella sí quería hablar de él. Sentía una compulsión extraña que no podía explicarse por el momento–. Tú lo has visto muchas veces, ¿no?

–En forma espaciada... sí, nos hemos encontrado –David calló, para añadir luego espontáneamente–: Y nunca he sabido qué piensa. Bohn era un conjunto de charla amena, camaradería fácil, un toque de

ingenio, frases de moda del momento, mención de hombres famosos y jactancia de saberlo todo. Y en definitiva, nada sólido que permitiera recordarlo bien. Ni siquiera sé cómo reaccionaría frente a una emergencia. Es tan borroso como esa niebla que ves en las cimas, y con las mismas sorpresas.

—¿Y Krieger, no?

—Sí. Pero sus sorpresas no me intrigan. Tienen sentido común indudable debajo. No son... —David buscó la palabra apropiada—. No son imprevisibles.

—Es así como ves a Bohn... ¿como imprevisible?

—En este preciso momento, es el juicio más caritativo que puedo hacer sobre él.

Tal vez demasiado caritativo, pensó Irina. Extendió una mano, la pasó suavemente sobre la mejilla de David y la dejó allí unos instantes. Cuando volvió a estudiar el plano turístico, lo hizo para disimular la inesperada emoción que había sentido. —Y yo te quiero, David —le dijo en voz muy baja—. Y tú no lo olvides, tampoco.

## QUINCE

Dejaron detrás la tormenta a pesar de su veloz avance, y allí quedaron los relámpagos y los truenos encerrados entre los picos salvajes a sus espaldas. Se aproximaban a Merano, con las colinas que la rodeaban jalonadas por viñas, y el anfiteatro de montañas más suaves abierto hacia el sur más tibio, el manto de tejados rojos como una bienvenida jubilosa bajo el sol brillante. Un río de cauce rápido, bordeado por flores y árboles y costaneras, corría a través de la ciudad, abrigando un macizo central de casas dentro de la curva formada por un codo. Aquella era la parte antigua, de seiscientos años de existencia en sus sectores centrales, que se apretujaba contra una empinada ladera cubierta de viñedos.

—Iremos en esa dirección —dijo David—. No llegaremos verdaderamente a la Ciudad Vieja, sino junto a su muralla. —La Ciudad Vieja en sí era un lugar apropiado para citarse, con sus calles angostas y sus aceras protegidas por recobas, sus pequeños comercios llenos de actividad, los grupos de los sábados vestidos con sus trajes regionales, procedentes de las aldeas próximas, sus tabernas oscuras, sus pequeñas hosterías y la atmósfera general de una ciudad de provincia en el día del mercado abierto. Creo recordar que aquí hay una hostería, de unos trescientos años, exactamente donde nos conviene. La... no sé qué... de Oro. La reconoceré cuando vea el cartel.

—¿Has estado aquí? ¿Conoces Merano? —Irina evidenció alivio. Las vueltas y recodos de las calles, tan juntas las unas a otras, la desconcertaban. Había pensado que podrían pasar horas vagando por ellas en busca de un lugar donde descansar.

—Un poco, lo suficiente. Hice una visita de dos días hace dieciséis años.

Después de Viena... pensó Irina. Había estado en esta ciudad después de haberla esperado en Viena.  
–Si hubiera estado contigo entonces...

Sí, los dos se habrían ahorrado muchos dolores de cabeza.

–Estás conmigo ahora.

–¿Es por eso que elegiste Merano?

¿Otra vez el subconsciente? David rió y dijo: –Es posible. Acababan de pasar por una calle muy concurrida, de un trayecto muy corto como todas las de la ciudad, y ahora ascendían por una calle curva donde se amontonaban apretadamente las casas y los comercios pequeños. David disminuyó la velocidad, los ojos fijos en una estación de servicio de aspecto tranquilo. Detrás de ella debía haber una hostería, y en ese momento recordó el nombre, el "Goldener Adler", en uno de esos extraños saltos hacia atrás que solía dar su mente. Pero no alcanzaba a ver el cartel, sino el de un pequeño café italiano. Se detuvo frente a la estación de servicio, y notó que era el frente de un pequeño garaje. Ahora bien, si la hostería quedaba en efecto a pocos pasos, todo esto le vendría muy bien.

–¿Tan pronto? –le preguntó Irina. Un minuto antes habían estado en medio de la actividad y ahora, a pocos pasos, se encontraban en una ciudad rural–. Pero, ¿dónde está la hostería?

–Mi memoria no era tan buena –dijo David, bajando del automóvil y tratando de ocultar su desilusión. "El Águila Dorada" habría sido perfecta. Pero cuando el austriaco rubio y de ojos azules, el único empleado del garaje, aparentemente, se acercó a hablar con él, descubrió que el "Caffé d'Oro" había reemplazado al "Goldener Adler".

–Cerraron y se fueron. Se fueron a vivir en el Alto Tirolo –el muchacho se encogió de hombros. Había aprendido a vivir con nombres de calles en italiano y este idioma era el que se enseñaba en las escuelas. Siempre podía hablar su propio idioma cuando estaba con sus amigos, o bien, como ahora, con un extranjero que hacía el correspondiente esfuerzo y no lo denunciaría. Estudió a David, así como el Mercedes y la muchacha bonita que estaba aún dentro del automóvil–. ¿Buscan habitación?

–Sólo por poco tiempo.

–Mi madre tiene una linda habitación. Es muy confortable. David estudió al muchacho, a su vez. Rostro abierto y franco. Nada de dobleces, y una sonrisa amistosa. –¿Dónde queda? –Podría estar bien lejos.

–En el fondo de aquí mismo. Se llega por esta calle con el auto, doblando a la derecha, y luego...

–¿No hay entrada directa por el garaje? –preguntó David al ver una puerta entreabierta al fondo, y detrás, un patio.

–Tendría que caminar.

¿Sí? –dijo David, conteniendo todo comentario.



–Sólo unos pocos pasos. Corta el camino. ¿Cuánto ustedes?

–¿Cuánto pide su madre?

El muchacho se echó a reír. En cuanto a él se refería, todo estaba arreglado. –No lo arruinará.

–¿Agua corriente?

–Sí. Pero no en la habitación.

–¿Teléfono?

–Allí –dijo el muchacho señalando un rincón del garaje–. Es extra, naturalmente.

–Naturalmente –dijo David con gran seriedad–. Muéstrenos el camino, ¿quiere?

El muchacho hizo más. Ayudó a David a retirar el equipaje del automóvil y hasta llevó los abrigos hasta la puerta de fondo. –No puedo irme. El otro empleado no está. Sábado. Cruce el patio y siga ese pasillo directamente al frente. Doble a la izquierda, y se encontrará en la casa. Hay un cartel en la ventana que dice *Zimmer Frei*. ¿Comprendió?

Espero que sí, pensó David

–Me llamo Hartmann. Dígale que lo mandó Franz. Y no se preocupe por su auto. Se lo guardaré en el garaje. ¿Necesita algún trabajo en él? La vendría bien un lavado.

–Muy bien. Nafta y aceite. Y controle la batería y los frenos.

Con ello Franz se quedaría feliz durante la próxima hora, pensó David. Estaría demasiado ocupado para prestar atención a cualquier llamado telefónico.

El patio era pequeño, y el pasillo, una hendidura oscura que separaba dos muros con aleros sobresalientes, muy cortó. Si no nos gusta el aspecto del lugar –le dijo David a Irina en voz baja– nos vamos. Dando muchas gracias y pidiendo muchas disculpas.

Pero unos pocos segundos de marcha por el pasillo los llevó hasta una calle apretada entre una hilera de casas y una viña escalonada que trepaba por la colina en el lado opuesto. David dobló a la izquierda, y allí, en la esquina del pasillo con la calle, estaba la pequeña casa de los Hartmann con su cartel de *Zimmer Frei* cuidadosamente desplegado entre macetas de geranios. Era una casa vieja y agradable, con paredes blancas y techo rojo, con jardineras repletas de petunias de brillantes colores en las ventanas. – Me encanta –dijo Irina. Y a mí me encanta este sendero, se dijo David, al ver que desembocaba en una calle concurrida a unos minutos de marcha de allí. Tendría así una salida extra. El temor de que los encerraran en algún pasaje que terminara en un "cul de sac" comenzó a disiparse.

Frau Hartmann lo tranquilizó también mucho. Aparentemente tenía grandes preocupaciones propias y no prestó un interés muy marcado a los huéspedes. Salvo durante un instante difícil cuando preguntó: –

¿Usted no es casada? –al notar que las manos de Irina no mostraban ningún anillo. Su gesto de ansiedad se hizo más profundo y sus melancólicos ojos azules evidenciaron que estaba escandalizada.

–El cuarto es para mi hermana –dijo David rápidamente–. Un lugar para descansar, lavarse y cambiarse de ropa. Hemos estado viajando todo el día. Está muy cansada.

Frau Hartmann se ablandó un poco, volviendo a su actitud habitual de sufrimiento resignado. –Pero no alquilo más que un cuarto.

–No lo ocuparemos mucho tiempo. Pagaré la noche por adelantado.

–Hay dos camas. –El ceño había vuelto a acentuarse. Una mano nerviosa arregló el pelo rubio y desteñido para ponerlo más tirante.

–Pagaré por las dos.

–Pero usted no usara...

–Por las dos –dijo David firmemente, sacando la billetera–. Vale la pena pagar más por un cuarto silencioso donde mi hermana se sienta segura.

–Estará muy segura aquí. Nadie la molestará. –Y aparentemente el comentario contribuyó a tranquilizar la conciencia de Frau Hartmann en cuanto al pago adicional por una cama que no habría de ser usada. Los condujo pues por una escalera de madera blanca de tanto haber sido frotada con jabón, hasta un cuarto pequeño e igualmente limpio, con ropa blanca impecable y vista a la viña. Hubo una sonrisa de despedida, sorprendentemente cálida no obstante lo breve, pero nada de conversación. Frau Hartmann cultivaba el hábito del silencio. Y tampoco sucederá que nos pidan pasaportes, pensó David aliviado, ni problema de que se los devolvieran a tiempo como para partir precipitadamente.

–Voy a telefonar a Krieger –dijo a Irina–. Y buscaré algo para comer en el café. ¿Puedes aguantar hasta entonces? Volveré dentro de diez minutos.

–Veinte minutos –lo corrigió Irina riendo–. No te preocupes. No podría sentirme más segura. ¿No encuentras esto un lugar encantador? –Irina se quitó los zapatos y se dejó caer en una cama. David se inclinó, la besó y la retuvo en sus brazos–. Más lindo sería –dijo Irina– si no tuvieras que hablar por teléfono.

Media hora más tarde estaba en realidad en camino hacia el teléfono. Qué maldición es esto de tener que vivir a horario, se dijo, pero su estado de ánimo era excelente. Tampoco hubo ninguna interferencia por parte de Frau Hartmann. Estaba ocupada en la cocina, a juzgar por el rumor de las cacerolas. Tampoco de Franz, quien interrumpió su trabajo sólo para preguntar: –¿Todo bien?

–Todo perfectamente bien –repuso David, y seguidamente hizo su llamado al Bristol. Le dieron la comunicación inmediatamente. Krieger estaba allí, esperándolo.

–¿Qué demonios le hizo demorarse tanto? –empezó a decir Krieger–. ¿Y dónde está?

–Estamos en Merano.

–No camino hacia aquí, espero.

–No. Encontramos una habitación.

–¿Cerca?

–Exactamente junto a la Ciudad Vieja.

–Perfecto. ¿Un hotel grande? ¿O una hostería?

–Es un cuarto en un chalet detrás de un garaje.

–Bueno... es bastante original. Y además, seguro.

–creo que sí.

–La única dificultad es... ¿cómo podrá encontrarlo Jo? No quiero que me dé nombres de calles...

–¿Conoce este sector de la ciudad?

–Lo conozco.

–¿Bastante bien?

–Sí. Y si no confía en mi memoria, tengo un plano de la ciudad. ¿Usted tiene uno?

–Sí. ¿Recuerda "El Águila de Oro"?

Se produjo una pequeña pausa. Sé dónde está.

–Ahora tiene otro dueño. Es un café. El garage está casi al lado. El dueño es Franz Hartmann. Él le mostrará a Jo el camino hasta la casa de su madre. Pero, ¿por qué mandarla...?

–Usted y yo debemos encontrarlos. –Se produjo un silencio y luego hubo un rumor de voces apagadas. Jo debía estar con Krieger, pensó David. Seguramente él estaba dándole instrucciones. Pero, ¿por qué la prisa? –¿Está usted allí? –la voz de Krieger le llegó con nitidez.

–Sí –dijo David con tono paciente.

–Llegaré a la recova en la Ciudad Vieja en unos pocos minutos. Espérame en el "León Rojo". Queda sobre la acera izquierda, subiendo la calle. Salga ahora mismo, por favor.

–Me iré tan pronto como llegue Jo.

–Creí haber entendido que el cuarto era seguro.

–Es seguro. Pero en este momento debo salir a buscar algo para comer. No hemos comido nada desde el desayuno. Y eso fue hace siete horas.

Otra corta pausa. –Tenga cuidado, entonces.

La nota de advertencia en la voz de Krieger llamó la atención de David. –¿Dificultades?.

–De tres tamaños.

–¿Están *aquí*?

–Están por todas partes. Cuanto antes nos veamos, mejor.

–En ese caso, que Jo despegue ya mismo ese...

–Y usted, muévase –dijo Krieger y cortó la comunicación.

–Está por llegar Jo. En cualquier instante –le dijo David a Irina cuando volvió a la habitación–. Es mejor que te vistas, mi amor. Y aquí traje algo para recobrar las fuerzas –añadió, sacando de un paquete unos panes bien dorados, jamón cortado en rodajas finas, duraznos enormes y una botella de Chianti–. Nada muy complicado –dijo mientras preparaba unos sándwiches utilizando para ello su cortapluma–, pero nos alimentará. –seguidamente sirvió vino en un vaso para lavarse los dientes, lo probó y comentó–. Bueno, no es el momento de hacer comentarios sobre año de cosecha. Por lo menos no nos envenenará. ¿O quizá sí? Elegí lo primero que vi en el café.

Toda esta charla despreocupada, pensó Irina, oculta algo. Está preocupado, y no quiere que yo lo advierta. –¿Cómo está Krieger? –preguntó mientras se ponía el vestido y luego se cepillaba el cabello.

–Tengo que verlo tan pronto como llegue Jo.

–¡Ah! –Irina tomó un sándwich que estaba sobre la cómoda–. Bueno, tiene muy buen aspecto. Estaba muerta de hambre. –Y seguidamente dijo–: David.... ¿qué haremos con los cuadernos? ¿Se los mencionarás a Krieger?

–¿Por qué no?

Irina mordió el panecillo y rió al ver que le costaba trabajo comerlo. Pero una vez que hubo tragado el primer bocado, le preguntó: –¿Y si los pide? ¿Tú se los entregarías?

–No.

–¿Querías guardármelos tú?

–Están más seguros en tus manos. Pero no en ese bolso.

–Sí. Lo sé. Hoy olvidé el bolso en el suelo cuando nos detuvimos junto al precipicio. Podría haberlo dejado allí. –Al decir esto, movió la cabeza–. Verdaderamente, David... –Y otra vez mordió su sándwich. Costaba creer, pensó, qué tranquila se había vuelto en cuestión de veinticuatro horas, o menos. Tranquila y poco precavida, puesto que allí estaba David para pensar por ella–. ¿Te gusta Jo? –le preguntó.

–Sí.

–¿Y confías en ella?

–Sin duda.

–Entonces puedo hablar con ella. Con toda naturalidad. No me gusta la sensación de estar en guardia todo el tiempo. Es tan... tan fácil estar contigo, David.

–Entonces, hagamos que sea permanente... –se oyó una voz en la escalera, seguida por pasos ligeros–. Jo –dijo David. Tomó a Irina entre sus brazos y la besó largamente–. Esto es para que pienses en mí mientras esté ausente. –Y levantándose del borde de la cama se acercó a la ventana, donde Jo lo halló en una actitud despreocupada cuando abrió la puerta.

Jo se quitó el cinturón de su impermeable inglés, luego los anteojos oscuros y por fin el pañuelo que le envolvía la cabeza. Estaba casi radiante de triunfo. –Veintidós minutos, exactamente –dijo–. Y esto incluye un viaje corto en taxi y unas vueltas por calles tortuosas hasta donde tenía estacionado mi auto... alquilado, por supuesto. Es un Ford de dos puertas color beige. Lo verás abajo, en el garaje, y... bueno, aquí estoy. Con tiempo para disfrutar del picnic. ¡Que duraznos! Huelen a gardenias. Yo conocí una vez a una chica que comía gardenias, las guardaba en la heladera y se las comía pétalo por pétalo.

David miró a Jo, divertido. Se parecía bastante a él, pensó. Toda esa charla tenía por fin ocultar su confusión. O bien, tal vez, una verdadera preocupación. –¿Quién estaba vigilando el hotel?–preguntó.

–Ludvik. Disfrazado mediante un diario que fingía leer en el vestíbulo. Más temprano esta mañana era un hombre alto y de pelo rubio... Jan. No vi al moreno llamado Milan. Pero anda en la vecindad. Posiblemente tengan refuerzos. Krieger te explicará.

David comprendió la advertencia. Se dirigió a la puerta, con lo que le quedaba de su sándwich en la mano.

–Conviene que te lleves el impermeable –le dijo Jo. Se oyen truenos. Lo único que necesitábamos ahora, ¿no? Que llueva a cántaros y nos empapemos. –Miró primero a David, luego a Irina, y nuevamente a David–. Si –dijo con tono despreocupado– se te hace tarde para llegar aquí, David, yo partiré con Irina. ¿Estás de acuerdo?

Irina lo miró con aire preocupado.

–No tardaré mucho –le dijo él. Mentalmente se grabó la imagen de ella, sentada en el borde de la cama, con el pelo que le caía suelto sobre una mejilla, los ojos azules muy abiertos y con expresión interrogante. Cortinas blancas y almidonadas en la ventana, detrás de ella, y geranios rojos. Los restos de un picnic sobre la cómoda, un intervalo lleno de ternura mientras había durado. Se despidió de Irina con gesto alegre, vio su sonrisa, y corrió escaleras abajo. Afuera la calle estaba desierta, el pasaje, oscuro y tranquilo. Era una casa segura, pensó, y se sintió más contento.

Terminó de comer el sándwich mientras cruzaba el patio, se puso el impermeable doblado sobre un hombro. Uno de los bolsillos golpeó duramente contra sus costillas. Era la maldita automática que llevaba

allí, y que volvió su mente hacia realidades menos gratas. Se dijo que era un optimista como cualquiera, como los que habían estado disfrutando de su picnic junto a un precipicio de trescientos metros, pensando que el suelo era sólido porque no temblaba ni se agrietaba debajo de ellos. Con que el cuarto era seguro, ¿eh? Nada era seguro mientras Ludvik y sus secuaces anduviesen merodeando por la ciudad.

En el garaje reinaba la misma sensación de paz y silencio, con el tiempo que transcurría imperceptiblemente. Franz estaba junto a la entrada, tomando aire fresco y fumando un cigarrillo. Había terminado de trabajar en el Mercedes. Y cerca de él había un Ford color beige. Comprobó que era en realidad un Cónsul inglés, no nuevo, pero en buenas condiciones. Excelentes neumáticos. Se podía contar con Jo en el sentido de que se asegurase de tener un buen vehículo para un viaje de montaña. En realidad, se dijo, podía confiar enteramente en Jo. Cuidaría a Irina. Lo que engañaba en Jo era el hecho de que fuese joven, bonita y elegante. Con todas estas cualidades no habría necesitado tener además cerebro, pero también lo tenía. ¿Qué había querido decir con ese comentario breve, aparentemente ligero? *Si te retrasas al volver...* ¿quién iba a retrasarse? pensó al salir a la calle. Franz lo había seguido y le preguntaba en ese instante: –¿Lo encontró Fräulein Schmidt?

¿Schmidt? Perfecta versión para Smith. En cualquier idioma, era un apellido muy útil. David miró hacia ambas aceras, escudriñando los zaguanes más próximos y los automóviles estacionados. –Sí, me encontró.

Franz se detuvo junto al surtidor de nafta, miró el cielo y agitó la cabeza. –Nubes de tormenta –dijo– Será mejor que las desintegren pues de lo contrario perderemos las uvas.

David se quedó mirándolo, y al ver que Franz estaba por lanzarse en una extensa charla sobre la cosecha, le dijo alejándose: –Voy a comprar un poco de aspirina. –A sus espaldas adivinaba casi la desilusión de Franz, o tal vez, el resentimiento por haber sido interrumpido tan inesperadamente en el principio de una conferencia de diez minutos. Lo siento, compañero, será otra vez. Ahora la necesito para mantener los ojos bien abiertos y la memoria alerta. Si bajo hacia la derecha llegaré al Mercado de Granos, y luego, doblando a la izquierda llegaré al comienzo de la recova. Bastante fácil, pero toda esa multitud... aparentemente toda la comarca había venido a la ciudad esa tarde de sábado... bueno, si a mí me es difícil ver nada salvo una masa de cabezas que no alcanzo a distinguir, puede ser muy bien que Ludvik y sus amigos tengan la misma dificultad. Es un consuelo pensar en esto, no muy grande, pero el único que me queda por el momento.

Algo más animado, apresuró el paso y se dirigió hacia la Ciudad Vieja.

## DIECISÉIS

Las distancias eran cortas en aquel sector muy edificado de Merano, lo que recordaba los días en que la seguridad se encontraba en que las casas y las calles se aglomerasen muy juntas dentro de las murallas. En menos de tres minutos David llegó al Mercado de Granos, una plaza abierta que en un principio le pareció muy expuesta. Pero el constante movimiento de gente era un espectáculo reconfortante, especialmente cuando no vio ningún rastro de Ludvik; Ni de Milan. Ni de Jan. Con mucha cautela, tratando de no parecer apurado, pasó grupos de agricultores vestidos para la ciudad con sus camisas blancas y sus chalecos negros con botones de plata y sus sombreros con dos penachos de plumas, de mujeres de mejillas coloradas con faldas típicas y pañuelos de colores vivos, y por último de niños con cabello amarillo y enormes canastos de compras. Dejó atrás también a grupos de turistas vestidos con sus disfraces especiales. Había asimismo gente local, seguramente italianos, con trajes con tres botones, muchachas con faldas cortísimas y adolescentes con vaqueros. Había además bastantes hombres con sacos de tweed claro, con camisas abiertas en el cuello e impermeables sobre los hombros, de manera que David tuvo la impresión de no desentonar en este cuadro. Por lo menos nadie lo miraba especialmente Gracias a Dios, pensó, no mido un metro noventa ni tengo pelo rojo furioso.

A pesar de ello sintió alivio al llegar a la angosta calle que ascendía empinadamente colina arriba hasta el corazón de la Ciudad Vieja. Resultaba tanto más angosta por causa de los pesados pilares de piedra distribuidos a lo largo de las dos aceras para soportar el peso del piso superior de las casas que se proyectaba sobre la recova. Las recovas eran bajas y abovedadas, y sus comercios y portales y hosterías y tabernas desaparecían detrás de profundas sombras. Era un lugar secreto que creaba una sensación de protección y misterio a pesar de que las pequeñas tiendas estuviesen profusamente iluminadas y llenas de compradores de fin de semana. La vida moderna dentro de un fondo medieval. David se detuvo junto a uno de los macizos pilares, encendió un cigarrillo y estudió la situación. Gente, la misma que en el Mercado de Granos. Angostos zaguanes de entrada a las casas, arriba. Vidrieras con despliegues de salchichas y queso, pan y vino, ollas y cacerolas, delantales y faldas tirolesas, botas y pantalones cortos de gamuza. Cafés y tabernas. El cartel dorado de una hostería llamada "La Rosa Dorada". Todo ello simple, confortable, hogareño. Imposible reconocer a nadie en esa multitud a menos de encontrarse cara a cara, y David rezó por que no sucediera esto.

Se oyó de pronto un silbido agudo y prolongado, seguido por una violenta explosión. David dejó caer su cigarrillo y miró a su alrededor. Nadie prestaba especial atención, salvo los extranjeros, que se habían estremecido como David. Algunos se habían sobresaltado en forma visible, y una chica con un vestido muy cortó lanzó un grito. Otro silbido extraño y agudo, y otra explosión terrible. Un niño de corta edad con pantalones cortos de cuero aplaudió regocijado: —¡Cohetes, cohetes, quiero ver los cohetes! —y se lanzó a correr frente a David hacia el medio de la calle. La madre con su delantal con rosas estampadas sobre una falda tirolesa verde se lanzó tras él.

–Permiso, por favor –dijo a David, con un rastro de cortesía aun frente a esta pequeña crisis. Y luego, al advertir su perplejidad, añadió–: Son cohetes, nada más. Desde las colinas. –Y desapareció para rescatar a su hijo del tránsito de vehículos.

Cohetes... ¡Pero, naturalmente!. Para romper las nubes, evitar una tormenta masiva de lluvia o aun una granizada, y salvar las uvas... La brusca visión de los equipos de hombres con sus chalecos bordados y sus botones de plata y sus plumas de águila en el sombrero, reunidos en las colinas vecinas para disparar cohetes dentro de los grandes nubarrones negros encantó a David. Pensó con rabia cuánto le habría gustado estar allí, al aire libre, en algún lugar donde hubiese podido gozar del espectáculo. En cambio, a pocas puertas de distancia, alcanzó a ver ahora otro cartel colgante de una hostería. Este cartel mostraba una cabeza dorada de león.

Comenzó a abrirse camino entre la multitud, imitando a los habitantes de Merano, dejando a los extranjeros de la ciudad permanecer de pie hablando a gritos en media docena de idiomas. Se oyó una tercera explosión, más violenta que las anteriores, seguida por una cuarta, casi inmediatamente, que provocaron doble vibración a través de las arcadas. Inmediatamente delante de David dos hombres se detuvieron abruptamente, murmuraron una maldición, rieron y cambiaron algún comentario antes de reanudar la marcha. No había nada de extraordinario en ello, ya que David, entre otros, había hecho lo mismo, pero el idioma en que habían hablado esos, hombres era algo diferente. Checo. No había lugar a dudas. David se quedó como paralizado, se apretó contra el pilar más próximo; y fingió estar buscando otro cigarrillo mientras trataba de no perder de vista a los hombres.

Nunca los había visto con anterioridad. De estatura mediana los dos. Con trajes de hombreras cuadradas, de color gris, de corte idéntico. Los cuellos de la camisa, volcados, doblados con precisión en un estilo ya pasado de moda de quienes pasaban antes las vacaciones junto al mar. Una cabeza color castaño claro, la otra con pelo oscuro, cortado muy derecho sobre la nuca. Tal vez, pensó, al encender su cigarrillo y comprobar que estaban ya cerca del León Rojo, tal vez él fuese demasiado suspicaz. Bien podían ser turistas checos comunes, buenos miembros del partido autorizados a viajar. Y aun podían ser refugiados que hubiesen encontrado empleos en Merano. Pero quienesquiera que fuesen, tomaría sus precauciones, y esperaría a que avanzaran por la calle antes de entrar él en el León Rojo. Había, sin embargo, un detalle extraño. No habían mirado ninguna de las vidrieras a su paso, ni tampoco reparado en lo más mínimo en tres rubias esculturales vestidas con trajes regionales de colores brillantes. Luego las dos cabezas se volvieron para observar la puerta de la hostería con una mirada prolongada y fija, como si quisieran memorizar el cartel. Siguieron su camino. No muy lejos. Solamente hasta el pilar siguiente. Allí se detuvieron, volviéndose para mirar por la recova, estudiando a los peatones que se aproximaban.

David maldijo en voz baja a su vez y se ocultó detrás de un pesado pilar de piedra. Junto a él las tres rubias deslumbrantes se encontraron con dos mujeres más, se detuvieron a conversar y ocultaron de su vista el resto de la recova. Notó que un tercer hombre, de cabello claro, alto, vestido de color verde



tirolés, se abrió paso con más determinación que cortesía a través de esta inesperada aglomeración de peatones. El hombre avanzó con trabajo y llegó hasta los dos que lo esperaban. Los tres permanecieron juntos, conversando. Brevemente. Luego los dos vestidos de gris continuaron caminando por la recoba, mientras Saco Verde bajaba al pavimento y cruzaba a la acera opuesta.

David llegó hasta la angosta puerta del León Rojo, cruzó el rellano oscuro y se volvió para mirar hacia la calle. Hasta entonces sólo había visto la espalda del Saco Tirolés. Pero al llegar el hombre a la recoba sobre la acera opuesta, a no más de diez metros de distancia, miró por encima del hombro como si quisiera estudiar el terreno visible. Seguramente le satisfizo lo que vio. Le era posible observar a cualquiera que saliese por la entrada del León Rojo. Se acercó al pilar más próximo y permaneció allí. Y éste, pensó David, era casi con toda seguridad, Ludvik.

La planta baja del León Rojo, dos escalones más abajo del nivel de la entrada, era angosta y profunda, prolongándose hacia un sector al fondo de la hostería. Estaba escasamente iluminada. El humo del tabaco flotaba aún bajo el cielorraso bajo, con vigas de madera, oscureciéndolo más todavía. Olía a comida a pesar de que la mayoría de los parroquianos habían comido y partido. No quedaba más que un resto formado por tres chacareros que discutían los precios en el sector entre mamparas más cercano a la puerta, sus voces reducidas a un susurro ronco.

Era todo. Salvo por Krieger, sentado en uno de los compartimientos, bien apartado de los otros y mirando hacia la puerta. Estaba encendiendo su pipa, y pidiéndole cerveza a la única camarera de turno, una mujer gruesa y de edad madura.

De modo que acaba de llegar, pensó David. Los incidentes en la calle comenzaron a adquirir sentido. –Yo también tomaré cerveza –dijo a la mujer. Luego de colgar su impermeable en uno de los ganchos de hierro a lo largo de la pared sobre su cabeza, se deslizó hasta quedar sentado en el banco de madera frente a Krieger. Era un lugar en el cual las conversaciones en un murmullo eran lo apropiado. Los parroquianos que hablaban en susurros roncós tenían las cabezas juntas, formando prácticamente un nudo.

Krieger advirtió que miraba a los hombres. –Política –dijo hablando siempre en alemán–. Siempre es un tema espinoso si uno es un nacionalista acendrado.

–¿El corazón sangrante del Tirol?

Con aire distraído Krieger asintió mientras miraba a la camarera despejar de vasos vacíos la mesa vecina antes de retirarse apresuradamente. Cuando no podía ya oírlos, habló en inglés, con voz baja y rápida. –Llegó tarde. ¿Dificultades?

Tarde, ¿eh? ¿Y usted? David reprimió una sonrisa y dijo:

–Leve demora.. Un par de extranjeros que hablaban checo: miró largamente el León Rojo. Tengo la sospecha de que lo seguían a usted, si llegó más o menos en el momento de la doble explosión.

–Fue más o menos entonces –admitió Krieger–. ¿Y qué le hizo sospechar eso?

–Son amigos de Ludvik. Lo esperaron, hablaron un poco, y luego...

–¿Está seguro de que era Ludvik?

–Bastante seguro, a pesar de su nuevo saco tirolés.

–Es él –Krieger masculló una mala palabra–. Me tomó bastante trabajo para llegar hasta aquí. Me seguía, desde luego. Me las arreglé para eludirlos. Llegué sin cola, o por lo menos así lo esperaba – Krieger sacó su pipa nuevamente y la llenó–. Pero cuando él quedó bien atrás, seguramente los otros dos lo reemplazaron. Me siguieron a mí y él los siguió a ellos. Es infernalmente listo. ¿Adónde fue?

–Está frente a la puerta del hotel en este mismo momento, apoyado contra uno de esos pilares. Sus dos amigos siguieron por la recova.

Krieger contempló seriamente su pipa. No tiraba bien.

–¿Qué aspecto tenían?

–Trajes de color gris, de confección, en tela rígida. Uno con pelo claro, el otro moreno, el corte bien cuadrado sobre la nuca. Cuellos volcados. Rasgos comunes, sin nada notable. Talla mediana, más bien robustos.

–Refuerzos –dijo Krieger en voz baja–. Pero cabía esperarlo. Ludvik tuvo tiempo para hacerlos llegar aquí. Está en Merano desde la mañana temprano –dicho esto, volvió a encender la pipa y por fin consiguió que tirara bien.

–¿Cómo demonios se enteró de Merano?

–Le pasé el dato a Mark Bohn. –Krieger advirtió la expresión consternada que apareció gradualmente en el rostro de David–. Sabía bien lo que hacía –añadió algo impaciente– ¿De qué otro modo podía localizar la filtración de informaciones? No me mire con ese aire de consternación. Fue Bohn, sin ninguna duda.

Durante un instante David se quedó silencioso Luego dijo, lentamente: –Bohn...

–Cuidado, cuidado. Aquí viene la cerveza –Krieger comenzó a hablar en alemán. Sobre cohetes. Sobre viñedos. Levantó su enorme jarro de cerveza blanca y dijo–: Por las uvas, sanas y salvas, madurando bien para la cosecha el mes que viene. Es en esa estación que habría que venir aquí. Júbilo general. –La camarera sonrió para mostrar que estaba de acuerdo y se alejó pesadamente, con un vaivén de falda y de enaguas alrededor de sus anchas caderas.

David dijo: –Tenemos que...

–Primero las prioridades. Tarasp. Le daré ahora los detalles rápidamente. En caso de que nos interrumpan con grosería.

–Pero tenemos que sacar a Irina de Merano. Ahora mismo. Bohn...

–Estoy completamente de acuerdo, de manera que escúcheme con toda atención –Krieger se lanzó en una breve descripción de Tarasp Alto, una pequeña aldea que compartía la cima de la montaña con un castillo, y agregó ciertas instrucciones para llegar a la casa donde debían encontrarse Irina y su padre. Se había reservado habitaciones en la pequeña hostería local para Jo y para David–. ¿Comprendió bien todo? –dijo por fin.

David hizo un gesto afirmativo. –¿Y después?

–Desaparecerán, se integrarán dentro de la vida del padre hasta que se publique el nuevo libro. Para entonces, con un millón de lectores al corriente de su contenido, resultará sumamente difícil, aun para alguien como Jiri Hrádek, silenciar el mensaje.

*Desaparecerán... se integrarán...* David fijó los ojos en la mesa, sin verla. La encontré y ahora la perderé. Lo mismo otra vez. Trató de recobrar la serenidad y preguntó: –¿Y la venganza? Es un término algo pasado de moda, pero Jiri Hrádek es la clase de individuo capaz de creer en ella. Irina... bueno, aquí hay una cuestión personal, un desafío. No creo que le permita desaparecer de su vida con tanta facilidad. Y hay además otro peligro. Irina ha sacado clandestinamente dos de los cuadernos de material de su padre... detalles importantes... sobre las maniobras políticas de Jiri en 1968. ¿Qué hará Jiri cuando se entere de eso?

–¿Apuntes de Kusak? ¿Los tiene en su poder?

–Sí.

Le costó a Krieger reponerse de este nuevo choque. Luego dijo lentamente: –Sí, es un peligro más. Decididamente. Si Jiri Hrádek lo supiera... pero por suerte, no lo sabe.

–Lo sabe. Dejamos a Bohn llamando por teléfono desde Brixen.

–¿Bohn? –El nombre se oyó como un disparo.

–Nos esperó en la frontera. Vio los cuadernos por accidente.

–Había sido un accidente bien calculado; ahora lo veía David–. Estuvo solo con Irina unos minutos – David se puso de pie y descolgó su impermeable de la percha. Le daré todos los pormenores en Tarasp. Ahora, tengo que sacar a Irina de Merano.

La mano de Krieger fue como un círculo de acero al aferrar la muñeca de David e impedirle moverse. –Se fue –le dijo en voz muy baja, soltando la muñeca otra vez.

David lo miró atónito y volvió a sentarse.

–Se fue con Jo –Krieger miró su reloj–. Hace unos diez minutos.

David seguía mudo de asombro.

–Es lo mas seguro, David. Velocidad. Movimientos inesperados. Es lo único que tenemos por nuestro lado. El enemigo tiene los aparatos y los medios ingeniosos. Nosotros tenemos nuestra inteligencia y una capacidad de movernos con rapidez. Eso es todo –Krieger calló mientras miraba a David–. Y para que podamos proteger a Irina, cuénteme sobre Bohn. Todo. Los menores detalles. ¿De qué pudo enterarse?

Hace diez minutos... Debí adivinarlo, estaba pensando David. El último comentario de Jo... el comentario que lo había dejado intrigado... había sido el aviso de ella. De pronto su enojo hizo explosión: –¡Es un hijo de puta, Krieger!

–Alguien tiene que serlo de vez en cuando. ¿Y qué hay de Bohn?

–Jo podría habérmelo dicho directamente.

Krieger trató de contener su impaciencia. –Quería decírselo, pero yo me opuse. ¿Qué habría sucedido? Discusiones. Demoras. Finalmente usted debía venir aquí de cualquier manera para obtener los detalles sobre Tarasp. Lo que es más, no habría llegado aquí, a tiempo para ver a Ludvik tomando posiciones detrás del pilar. Ludvik lo habría visto, si usted hubiera vuelto a donde está Irina. Porque naturalmente usted habría insistido en que ella lo esperase hasta que volviera. ¿Es verdad o no?

Sí, efectivamente, Krieger tenía razón en cuanto a ese punto. En cuanto a varios puntos. David se tragó la ira que sentía y trató de hablar con voz calmada. –Voy a modificar algo mi juicio sobre usted. Es un hijo de puta persuasivo.

Krieger hizo un gesto afirmativo. –Cuénteme de Bohn. Pero sea breve. Quiero que esté en la carretera dentro de la próxima media hora.

–Es lo que yo quiero. Correré un poco y alcanzare a Jo antes de llegar a la frontera.

–Mucho antes. De acuerdo con lo planeado. Jo irá a una velocidad moderada por la Ruta 38, en dirección al Oeste. Donde se bifurca hacia el sur, seguirá la Ruta 40 hacia el norte, pero solamente durante cinco o seis kilómetros. Se detendrá y lo esperará, cerca de una capilla que es un punto de peregrinaciones, Santa María. No puede dejar de verla. Está sobre una pequeña colina, bien visible, en una cima despejada. Busque el automóvil de Jo que estará estacionado en un sector para picnics exactamente al pie de esa colina. Para cruzar los pasos de la montaña debe manejar usted. Jo tuvo un día muy difícil ayer. Además, no conoce los detalles relativos a Tarasp. Cuantas menos personas los conozcan, tanto mejor. En caso de algún accidente.

–Como por ejemplo, que los atrapara Ludvik. En aquel momento David sintió que tenía una preocupación más. Irina está al tanto de Tarasp. Se lo dije.

Krieger preguntó ansiosamente: –¿Y se lo dijo ella a Bohn?

–No.

–¿Qué le dijo? –preguntó Krieger con voz cortante.

–Las cosas no ocurrieron así –señaló David, empeñado en defender a Irina–. En realidad no dijo nada. Bohn le arrancó sencillamente...

–Muy bien –le interrumpió Krieger–. ¿Qué le arrancó?

David renunció a justificar nada más y le contó todo el episodio.

Ahora sé dos cosas, pensó Krieger al terminar de oír el informe condensado de David, éste de pie ya, descolgando otra vez su impermeable. Una es una nueva complicación, pero no la mencionaré: todavía está enamorado de ella, y ella de él. La segunda es que ha cometido un error con Bohn. Está implicado en esto más de lo que yo suponía, y mucho más de lo que él mismo imagina, tal vez. Si Jiri necesita a Bohn, volverá a utilizarlo. –Me equivoqué respecto a Bohn –dijo Krieger en voz baja–. Estaba tan completamente seguro de que se había retirado de esta partida..

–Se ha retirado, ahora.

–Puede querer retirarse, pero... –Krieger se encogió de hombros–. ¿Está seguro de que no se enteró sobre Tarasp?

–Irina me lo habría dicho –David estaba ya listo para salir ¿Hay algo más?

Salga por la puerta trasera. Yo esperaré un momento, y trataré de despistar un poco a Ludvik. Si me ve aún aquí, puede creer que todavía estamos descansando antes de emprender la próxima etapa de nuestro viaje. Ahora que se me ocurre, estarán alertas respecto a un Mercedes verde. Usted lo sabe, ¿no?

–Sí –maldito, maldito Bohn–. Me fijaré bien si hay alguien que nos sigue de cerca.

–Puede que todavía estén manejando el Fíat blanco... no saben que lo identificamos en Graz. Buena suerte, pues. Espéreme en Tarasp. Puede que llegue un poco tarde, pero...

–Se interrumpió al sentir una ráfaga de aire frío en los tobillos. La puerta del fondo del restaurante se había abierto.

–Dos hombres –le informó David. Era lo único que había alcanzado a identificar en esa parte del recinto sumida en la penumbra. Dos hombres dibujados brevemente en el marco de la puerta abierta, para transformarse en dos sombras cuando la cerraron. Se quedaron de pie allí, tratando de habituar la vista al largo espacio sombrío del salón.

–¡Muévase! –La Voz de Krieger era un susurro lleno de ansiedad–. Aléjese de mí. ¡Muévase!

David se movió. Se encaminó hacia el fondo del restaurante, pero lo hizo en forma pausada. Su mejor alternativa era una actitud despreocupada. Lejos, a sus espaldas, las voces de los chacareros se habían

elevado al llamar a la camarera, quien se levantó de la mesa donde había estado contando sus propinas. Con un rumor de monedas introducidas nuevamente en su cartera, pasó junto a David y como no interpretara bien sus intenciones, le señaló amablemente una puerta marcada "Herren" David se detuvo junto a ella como si pensara entrar, con lo cual quedó casi al mismo nivel que los dos hombres. Eran los mismos que habían estado caminando por la recova. Aparentemente habían hecho un rodeo para llegar a los fondos del León Rojo. O se habían cansado de esperar en algún pasaje del fondo, o bien querían verificar que Krieger estaba aún ahí. Su presa era Krieger, era seguro. Ni siquiera miraron dos veces a David.

—¡Ya los atiendo! —les dijo la camarera. —No hay prisa— replicó uno de ellos.

David cambió de posición otra vez, eligiendo el momento en que los dos hombres estaban de espaldas a él para entrar en el compartimiento más próximo junto a la pared. Desde allí alcanzaba a ver el borde de la mesa de Krieger. Krieger en cambio estaba invisible. Tampoco veía ahora a los dos hombres, que habían ocupado una mesa detrás de la de Krieger. No veía mucho desde allí, pensó David, pero por lo menos no lo veían a él. No habían advertido su pequeña maniobra. Estaba seguro de esto.

Pero era de lo único que estaba seguro. Krieger, de haber alcanzado a verlo desde aquí, debía estar, seguramente, echando maldiciones, todas dentro de su gran vaso de cerveza. Ya lo sé, ya lo sé, pensó David enojado. Se supone que tendría que estar en este momento caminando por un callejón detrás de este restaurante, camino a mi Mercedes y a una veloz salida de Merano. Pero por mucho que trato de persuadirme de que Krieger es capaz de manejar esta situación, el hecho es que está solo allí. ¿Cómo se deja a un hombre solo para hacer frente a dos matones como éstos? Es verdad que Krieger arregló así las cosas, y que está poniendo distancia entre ellos y nosotros para que podamos escapar. Pero no me gusta nada, no me gusta nada todo esto.

Transcurrió un minuto. En el frente del restaurante los parroquianos locales charlaban locuazmente y se ponían sus abrigos. Estaban por partir y David oyó el sólido repiquetear de sus tacos sobre el piso de madera. En un momento se detuvieron, hicieron unos chistes más que provocaron la risa de la camarera. La voz de un hombre joven se dirigió a ellos en un dialecto muy cerrado. Respuesta de uno de los hombres mayores. Risotadas, más comentarios, y el comienzo de un diálogo a gritos, mitad discusión, mitad bromas.

Transcurrió otro minuto más y David sintió ansiedad mientras mantenía los ojos fijos en su reloj y el oído alerta a fin de captar el más leve sonido. Krieger no se había movido, y los dos hombres estaban aparentemente decididos a quedarse sentados allí indefinidamente hasta poder seguirlo cuando saliera. ¿Nada más que eso? David vaciló. Pensó que estaba imaginando tonterías. ¿Hora de partir?

De pronto los dos hombres se pusieron de pie y se acercaron con paso rápido a la mesa de Krieger. David buscó la automática dentro del bolsillo de su impermeable mientras los observaba. Uno de ellos había metido una mano en el bolsillo de su saco, que se veía abultado y amenazador. El otro, en el

momento en que ambos estuvieron frente a Krieger, cortándole la salida, decía unas palabras agrias. Su pulgar recalcó con un gesto autoritario la orden de salir por la puerta del fondo.

Con mucho cuidado David se deslizó por el banco hasta apartarse de la mesa, los ojos siempre fijos en los dos hombres. Estaban casi de espaldas, con la atención concentrada en Krieger, quien estaba poniéndose de pie con una calma calculada. También él hablaba, lo suficiente como para que ellos siguiesen concentrando la atención en él, temerosos de alguna trampa. Esto dio a David los pocos segundos que requería para llegar hasta el hombre con el arma en el bolsillo. El otro se volvió y formuló una advertencia, pero ésta llegó un segundo demasiado tarde. David se lanzó hacia adelante y golpeó la nuca del hombre con la culata del revólver. Krieger estrelló su jarro de cerveza contra la boca del otro. Los dos hombres cayeron casi al mismo tiempo. Uno en el suelo, fuera de combate por un largo rato, y el otro, sobre la mesa, las manos cubriéndose la cara.

Krieger se detuvo solamente para dejar algún dinero junto al hombre. –Esto alcanzará para pagar por el jarro –dijo y siguió a David en dirección a la puerta trasera.

Salieron a un callejón donde no se veían ventanas abiertas. Krieger señaló hacia su izquierda. –Por allí saldrá antes. Yo seguiré este camino –dijo– alejándose hacia la derecha. Luego se detuvo un instante y miró a David, moviendo la cabeza antes de decir: –Es un tonto y un obstinado, pero gracias, de todos modos.

David sonrió y comenzó a correr por el callejón que se internaba tortuosamente como un arroyo de lecho profundo entre márgenes altas formadas por edificios de tres pisos de altura. Estaba muy oscuro y silencioso. La franja de cielo que se alcanzaba a ver entre los bordes ondulados de tejas rojas estaba ahora de color azul y despejado. Llegó a una calle que se curvaba hacia el norte y allí disminuyó la velocidad a un paso de marcha rápida.

## **DIECISIETE**

Irina había estado esperando oír los pasos de David corriendo escaleras abajo. Se levantó del borde de la cama con el sándwich en la mano aún y se dirigió a la ventana para verlo salir. Pero estaba fuera de su vista. No había nada allí salvo la calle vacía y los viñedos silenciosos. Volvió hacia Jo, evitando mirarla a los ojos. –Tenias razón –dijo–, amenaza tormenta.

–Termina tu almuerzo. –Jo estaba ordenando la cómoda, envolviendo los restos de comida y guardándolos cuidadosamente en una bolsa de papel. Había más comida dentro de ella. Una cosa había aprendido Jo en esta misión: estar siempre preparada.

–Come algo. ¿O bien no tienes hambre?

–Más tarde –le dijo Jo. Haremos un picnic más tarde. –Tal vez para entonces el malestar del estómago provocado por sus nervios se habría disipado. Su intento de comer a mediodía había sido

desastroso. Quisiera sentirme tan serena como aparento estar, pensó mientras ponía en orden el resto de la habitación. Afortunadamente Irina no había sacado muchas cosas de su valija—. ¿Te deshiciste de la peluca?

Irina se mostró escandalizada. —¿Deshacerme de ella? Es verdad que no me gusta, pero no sería capaz de tirarla. —Dicho esto terminó de comer su sándwich y bebió también el vino. Los duraznos estaban ya guardados. Verdaderamente Jo era demasiado eficiente—. Me gustaría comer un durazno.

—Más tarde. Lleva demasiado tiempo comerlo. Con todo ese jugo. Te ensucias las manos.

—Pero tenemos muchísimo tiempo...

—No tenemos tiempo. Vamos, Irina, ponte la peluca. La verdad es que te cambia bastante.

—No. Prefiero atarme el pañuelo en la cabeza.

—Pues hazlo ya mismo. —Cualquier cosa con tal de evitar una discusión, pensó Jo. Irina podría ponerse la peluca más tarde, una vez que hayamos salido de la ciudad y yo me transforme en una pelirroja para lucirme en Santa María—. ¡Hazlo ya! —repitió perentoriamente.

—¿Ahora?

—Ahora. Y empólvate la cara, para que quede pálida. Y no te pongas rouge en los labios.

—¿Nos vamos? ¿Sin David?

Nos vamos. Ludvik y Milan y Jan no están sentados en un cuarto bien confortable esperando a que mejore el tiempo. Por favor, Irina, créeme. Ésta es la única forma de...

—No me voy —la voz de Irina no daba lugar a duda—. Vete tú. Yo me quedo.

Jo se sentó en la cama. —Me siento enferma.

La expresión de Irina cambió. Había desaparecido la expresión de hostilidad. —Descansa, Jo. Recuéstate un poco.

—No puedo. Y tú tampoco. Debemos irnos.

Irina miró el rostro pálido de Jo y advirtió que su voz se había quebrado imperceptiblemente al hablar. Por ello dijo con voz muy suave. —Quiero esperar a David, ¿sabes?

Jo respiró profundamente antes de responder. —Eres tan empecinada como tu padre. Salvo que él siempre escucharía buenas razones.

—¿Conoces a mi padre?

—Si. Lo conocí en Londres. Estaba en casa de mi tío cuando tu padre salió de Praga. Estaba también con él cuando casi lo asesinaron.

—¿Qué?



–Te lo contaré en el auto. Tendremos tiempo de sobra para hablar antes de que David nos alcance – Jo se puso de pie, levantó su impermeable. Gracias a Dios, pensó, David se reuniría con ellas. La carretera hacia el Oeste parecía fácil sobre el mapa, pero sólo hasta que se desviaba hacia el norte en dirección a Suiza. Lo esperaremos en el santuario de Santa María: Queda a sólo cincuenta kilómetros de aquí –Irina no se movió–. ¿Vienes?

Irina movió la cabeza negativamente. –Esperaré a David aquí.

–¿Para que lo maten como a Josef y a Alois Pokorny? –Los ojos de Irina mostraron una expresión de terror, y Jo se dijo que había hablado con demasiada crudeza, pero no había otra alternativa–. O tal vez no hayas notado que todos quienes pasan mucho tiempo contigo terminan sufriendo algún tipo de accidente fatal. ¿Por qué? Pregúntale a tu Jiri. Está elaborando una bonita leyenda sobre tu huida y no puede permitir que la denuncien como una patraña –Jo calló un instante–. Y ahora, cúbrete el pelo. Ponte mi abrigo. Yo usaré el tuyo. Un poco de confusión nunca viene mal.

–¿Qué leyenda? –Irina estaba envolviendo el pañuelo alrededor de la cabeza. Hasta se había puesto el impermeable de Jo.

El nudo que se había hecho en el estómago de Jo se aflojó gradualmente. Gané la batalla, pensó. –Vamos, tenemos que movernos. Ya te daré los pormenores más tarde. –Pero Irina no dio un paso hacia la puerta, sino que miró a Jo de frente, con un interrogante en la mirada. Jo le dijo –los diarios de hoy tienen una noticia de Praga... sobre un secuestro político, el tuyo.

Irina se quedó inmóvil. –¿Un secuestro?

–Es la estratagema de Jiri. Krieger está esperando alguna trampa. Deja, pues, de preocuparte, Irina. Confía en Krieger. Ya pensará él...

–¿Confiar en Krieger? –dijo Irina amargamente–. Él tramó esto, ¿no? –preguntó señalando la valija de David, que Jo estaba por llevar abajo con la bolsa llena de comida. Por un instante pareció como si Irina estuviera por quitarse el impermeable.

Por fin estalló el enojo de Jo. –Krieger –dijo con un tono más cortante, más británico–, se quedará en Merano todo lo que pueda. Y cada minuto de esa demora puede ser peligroso. En realidad, mi querida Irina, es muy posible que termine muerto, y todo porque quiso ayudarte. De manera que pórtate como es debido. Si tienes que odiar a alguien, empieza por Ludvik y sus compinches. Ellos son quienes asesinaron a Alois. Y Krieger es el testigo que puede hacer que los cuelguen. –Terminado este frío discurso, Jo abrió la puerta. Miró hacia atrás para ver a Irina luchando aún con su impermeable. Pero no estaba sacándose. Estaba trasladando dos pequeños cuadernos de su bolso al hondo bolsillo interior del impermeable.

Irina cerró el bolso. –Estaba demasiado lleno –explicó–. Además, podrían robármelo. –Por última vez examinó el impermeable.

–No abultan nada –la tranquilizó Jo. Qué muchacha extraña... ¿qué diablos estaba escondiendo allí? Preocuparse, en momentos como éste, por ladrones. Por lo menos había aceptado de buen grado lo que Jo le había dicho. Y Jo se sentía mucho mejor. Verdaderamente había sido necesario para las dos el poner en claro las cosas. La rebeldía se había disipado, su propia sensación de náusea, también. Yo me encargaré de explicarle todo a Frau, cómo se llama, y a su hijo –le dijo a Irina cuando bajaban las escaleras–. No quiero que haya contradicciones en lo que digamos.

Cuando llegaron al pequeño vestíbulo, una violenta explosión hizo sacudir los vidrios de las ventanas. Jo piso mal el último escalón y casi perdió el equilibrio. Irina se estremeció, ambas se miraron y siguieron avanzando. No había rastros de Frau Hartmann. Seguramente se ha encerrado dentro de un armario –dijo Jo. Mi madre siempre hace eso cuando hay tormenta.

–Está muy cerca –dijo Irina.

–Demasiado cerca.

Cuando iban por el callejón oyeron un silbido prolongado áspero, que terminó en otra enorme explosión. –¿Habría esta liado una cañería de gas? Preguntó Jo. En ese caso podemos tener problemas de tránsito. –Las dos se echaron a correr

El garaje estaba vacío, excepto dos automóviles Franz estaba en la calle, la cabeza echada hacia atrás, contemplando el cielo. Se oyó otro silbido agudísimo seguido por otra explosión y por un cuarto silbido y una cuarta explosión. Esta vez las dos se sobresaltaron violentamente. –¿Serán cohetes? –preguntó Irina–. ¿Están celebrando algo?

Había desaparecido la tensión entre ellas, y rieron juntas.

–De todos modos –dijo Jo cuando depositaron el equipaje, incluida la valija de David, sobre el asiento trasero del Ford–, creo que Herr Hartmann está demasiado absorto contando las explosiones como para ocuparse de nosotras. –Y con esto ahorraremos la demora de cinco minutos de conversación, pensó inmediatamente con alivio.

Pero el hombre tenía un oído aguzado. Tan pronto como oyó ponerse en marcha el motor entró corriendo en el garaje para ver quién andaba en uno de sus vehículos. Jo estaba por salir. –Mi amiga no se Siente bien. Me la llevo al campo a pasar el fin de semana –explicó–. Por favor, dé las gracias a su madre por todo. Y dígame a Herr Mennery, cuando vuelva a buscar su auto, que tenemos su equipaje. Lo esperamos en casa de mi tía, al sur de aquí, cerca de Bolzano –había estado hablando en alemán, pero el nombre italiano de esta última ciudad se le había escapado involuntariamente–. Cerca de Bozen, –Dijo, con la esperanza de que la perdonara.

–¿Y la nafta? Yo llené el...

–Él le pagará juntamente con la cuenta con una sonrisa radiante y un gesto de saludo, Jo avanzó lentamente para salir del garaje y se preparó para doblar a la derecha y tomar el camino más rápido hacia la carretera del Oeste.

Franz Hartmann le gritó: –¡Fräulein Schmidt! –Jo detuvo la marcha–. ¡Por allí, no! –le gritó él corriendo hacia el automóvil–. Si piensa ir hacia el sur; debe doblar a la izquierda...

–¿Y manejar a través del Mercado de Granos? No. Puedo llegar a la ruta de Bolzano por otro camino más fácil.

–Pero deberá hacer un rodeo. Tendrá que...

–Es mejor que abrirse paso por la Ciudad Vieja. *Auf Wiedersehen*.

Franz Hartmann se quedó en la puerta de su garaje, mientras contemplaba alejarse el Ford. ¿De manera que el cuarto no era suficientemente bueno para ellos, no? La hermana del norteamericano estaba enferma, por lo menos ése era el cuento de Fräulein Schmidt, y tal vez era verdad. La rubia tenía un aspecto tan pálido como si la hubieran enharinado. En tal caso, era mejor que no le convirtieran ese cuarto en un hospital, era mejor que se hubiesen ido. A pesar de ello, no le gustaba el asunto. Lamentó no poder abandonar el garaje unos minutos, porque en ese momento se detuvo un automóvil junto al surtidor, y le pidieron un tanque lleno de nafta. Mientras estaba cumpliendo el pedido vio a Willi, el chico de la vecina, que venía a pedir en préstamo una llave de tuerca, como de costumbre. –¡Willi! –dijo–. Corre a casa. Dile a mi madre que las mujeres se han ido. Es mejor que revise el cuarto de huéspedes y vea si no falta nada.

En ese momento se acercó un segundo automóvil que necesitaba veinte litros de nafta, y un tercero acababa de detenerse junto a la acera, esperando a que él estuviera libre. Willi volvió a la carrera, sus pesados zapatos repiqueteando en el piso del garaje, y se apoderó de una llave de tuerca. –Tu mamá revisó todo –le informó–. Todo está perfecto. Te devuelvo esto dentro de cinco minutos –añadió agitando la llave de tuerca y corriendo en dirección a su casa. No falta nada, pensó Franz. El cuarto no era suficientemente bueno para ellas, pensó enojado. La verdad era ésa. Con un gesto brusco hizo señal al tercer automóvil de que se acercara al surtidor.

El automóvil no se movió. En lugar de ello, bajaron de él dos hombres. Más extranjeros, y como siempre pidiendo instrucciones. Franz colgó la manguera, se limpió las manos con un trapo y fue a su encuentro. Venían de Graz, a juzgar por la chapa del Fiat blanco, pero no eran austriacos, a pesar de que el más alto era rubio y tenía ojos azules. El otro, de tipo más moreno, era el encargado de hablar. Hablaba en italiano, con mucho cuidado; como si hubiera aprendido de memoria su corto discurso. Pero no preguntaba el nombre de una calle ni podía que le aclararan una dirección algo confusa. Buscaba a un amigo que acababa de llegar a Merano manejando un Mercedes verde con chapa de Viena.

–¿Por qué no prueba en los hoteles? –le preguntó Franz.

–Hemos llamado por teléfono a todos los hoteles y hosterías. De manera que ahora, pensó Franz, estaban controlando los garajes. Esto era algo más que la búsqueda de un amigo. Asunto de policía. No pienso complicarme en ello. Yo no. No son de la policía italiana, de esto no hay duda. Pero todos trabajan juntos. Una queja que le hagan a los italianos, y estoy arruinado. –¿Un Mercedes verde? –preguntó.

–Es lo que dije. –El hombre conseguía hacer del italiano, inclusive, un idioma frío y duro–. Manejado por un norteamericano. Lo acompañaba una muchacha, una linda rubia.

Los ojos oscuros miraban fijamente a Franz, pero fue el movimiento del otro individuo, cuando de pronto se introdujo en el garaje, lo que decidió a Franz a hablar. –¿Un norteamericano? –dijo–. Sí. Estuvo aquí.

–*Está* aquí –anunció el rubio–. Por lo menos su auto está aquí.

Su amigo lo siguió al interior del garaje, con Franz detrás. Pero no tocaron el automóvil, sino que se limitaron a examinar el número de la chapa. El hombre rubio dio un paso hacia Franz, pero su amigo lo contuvo. Seguidamente preguntó con esa voz fría y cruel: –¿Dónde está el norteamericano?

–No está.

–¿Dónde?

–Fue al centro.

–¿Con la muchacha?

–No.

–¿Entonces, dónde está ella?

Con un sentimiento de alivio Franz repuso: –Se fue con una amiga.

–¿Quién?

–Otra muchacha. Se fueron a las diez, aproximadamente... hace quince minutos, quizás. –Y gracias a Dios que no había necesidad de mencionar el cuarto. Estos dos personajes eran capaces de matar de susto a su madre. Había algo en el más alto de los dos que asustaba profundamente a Franz. Sin duda habrían revisado la casa desde el desván hasta el sótano. Franz sintió que la frente se le cubría de sudor.

–¿Qué marca de auto?

–Un Ford. Color crema. Con chapa de Meran. Iban hacia el sur. A Bozen.

–Al sur. Eso sí que me gusta. ¿Y tomó la dirección Oeste? –Sí. Pero quería evitar el tránsito en...

Los hombres soltaron una carcajada y se fueron.

Y el norteamericano, se preguntó Franz. ¿No pensaban en esperarlo?

Aparentemente ya no tenían interés en el norteamericano, porque Franz vio alejarse el Fíat blanco y tomar la dirección hacia el Oeste.

Estaba de pie aún en el mismo lugar, tratando de hallar una respuesta al problema, cuando Willi volvió con la ganzúa y le preguntó: –¿Te pasa algo? –Franz movió la cabeza, pero no dijo nada.

Seguía sin ganas de responder a nada cuando David regresó al garaje. La entregó la cuenta con un mínimo de palabras. Se fueron. Se llevaron su equipaje. Van hacia Bozen.

David examinó la cuenta. La habían preparado con gran prolijidad, y con una exactitud perfecta hasta la última lira. El costo adicional por cargar con nafta el automóvil de Jo seguramente era también exacto. Intentó hacer un chiste sobre el hecho de que a los hombres siempre les toca pagar la cuenta; pero cayó en el vacío, o mejor dicho no provocó ningún eco en la cara melancólica de Franz. ¿Qué le preocupaba?, se preguntó David. –Lamento tener que partir ya mismo. Sólo quería esa aspirina antes de que estallara la tormenta. Pero no hubo tormenta, ¿no?

–No –Franz estaba absorto en contar el cambio que debía entregarle.

–El asunto de los cohetes fue todo un espectáculo. ¿Se fueron las chicas cuando estaban haciéndolos estallar?

–Muy poco después –Franz volvió a contar el cambio, esta vez poniéndolo en la mano de David.

–¿La pasa algo? –dijo David al guardarse las monedas en el bolsillo. La cara de Franz era demasiado expresiva como para que pudiera disimular su preocupación. *Pasa* algo, decidió David, e hizo una nueva tentativa de hacerlo hablar.

–¿Estaban bien las muchachas? ¿No tuvieron que demorarse?

–No hubo demora –Franz le volvió la espalda y se dirigió hacia la pequeña mesa de madera que utilizaba como escritorio.

Al diablo con el hombre... pensó David y subió al Mercedes. Al salir frenó un instante al pasar junto a la mesa. –Muchas gracias –dijo y esbozó una sonrisa cordial–. La próxima vez, veremos de...

–La próxima vez usted no viene aquí. No necesitamos gente como usted.

David detuvo el motor. –¿Y cómo es esa gente?

–La gente que crea dificultades.

David contuvo su creciente irritación. –¿Qué dificultades?

Franz miró sobre el hombro para asegurarse de que Willi no estaba cerca de la puerta. –Dos policías. De particular.

¿Milan y Jan? El rostro de David estaba serio. –¿Uno tenía pelo y ojos oscuros, y el otro, más alto, tenía el pelo rubio?

Franz lo miró atónito y asintió.

Si, bien podían haber sido Milan y Jan. De manera que habían venido en busca de un Mercedes verde. David respiró profundamente. –¿Y el Ford? Las dijo que...

–No lo vieron –dijo Franz apresuradamente y salió a la calle.

–¿Pero les habló a ellos de él? –le dijo David.

Sí, pensó, se lo había mencionado, y ahora no quería admitirlo. Era todo lo que lograría arrancarle. Pero nuevamente David insistió una vez que el Mercedes estuvo fuera del garaje.

–¿Qué auto era? –preguntó deteniéndose junto a Franz–. El de esos dos hombres. ¿Qué marca de auto?

La intensidad del tono de voz de David arrancó por fin la respuesta de Franz. –Fiat blanco– y cuando lo dijo advirtió los ojos del norteamericano, ansiosos, desesperados, escudriñando la calle. Franz se ablandó algo más–. No lo esperaron. Se fueron...

El Mercedes viró hacia la derecha, entró velozmente en un espacio entre el tránsito y se dirigió hacia el Oeste.

–¿Pero cómo lo supo? –preguntó Franz en voz alta. ¿Cómo había sabido el norteamericano que los hombres viajaban hacia el Oeste? ¿Y por qué habría de correr un hombre detrás de dos policías? Franz permaneció allí, los brazos en jarras, las cejas juntas en un gesto de perplejidad, viendo cómo el Mercedes se perdía de vista. No es asunto tuyo, se dijo. Son un montón de locos que no saben lo que hacen, todos estos extranjeros. Su comportamiento nunca tiene sentido ni significado. Estás muy bien sin mezclarte en lo que hacen, Franz, muchacho. Ahora no habrá policía revisando el garaje... o la casa. Hoy no. Nada de preguntas, nada de averiguaciones. Nada de chismes entre los vecinos. Nada de sentirse vigilado. Pero ahora tienes que hacer una cosa sin tardar un minuto más. Sacar esas armas y esa dinamita del sótano. Que mis amigos encuentren otro lugar para esconder sus cosas. Debes decírselo esta misma noche, cuando los veas en el baile. Tienes que decir a esos malditos exaltados que dejen tu casa tranquila. Esta vez te escucharán. Franz, ahora tienes una excusa concreta: la policía.

En aquel momento llegó un Volkswagen al surtidor.

–¿Quince litros? En seguida. –La sonrisa de Franz Hartmann era alegre; su rostro tan sin nubes como el cielo sobre su cabeza. Si, pensó feliz, tienes un pretexto excelente. Ya no te dominarán por la fuerza, ni te persuadirán mediante la presión, ni te llamarán más un cobarde lleno de dobleces. Mi Dios, cuando los amigos se entregan a la política, son capaces de transformar tu vida en un sufrimiento constante, lleno de aprensión y temor.

–Oye, Willi –llamó dirigiéndose a la acera opuesta–, dile a tu hermana que esté preparada para las ocho. Esta noche vamos al baile. –Tal vez, se dijo con una gran sonrisa, tendría que estarle agradecido al norteamericano. Inmediatamente comenzó a silbar una movida polca local.

David salió de Merano y de la última de sus calles concurridas, y con la desaparición de los problemas de tránsito se disipó también su enojo. Su mente se despejó, como la carretera recta delante de sus ojos. No había más curvas tortuosas ni calles que le hacían desandar camino para asegurarse de que no lo seguía un Fiat blanco.

Era inútil culpar a Franz Hartmann por hablar de más. El hombre no tenía idea, simplemente, de lo que estaba en juego. Si a alguien le tocaba sobrellevar la culpa, era a Mark Bohn, en forma total. Mark vio el Mercedes. Informó sobre él, y el informe fue transmitido a Ludvik y Compañía, posiblemente dentro de la hora inmediata a su recepción. David recordó que ellos contaban con los elementos ingeniosos, los transmisores–receptores, los interceptores, y Dios sabe cuántas cosas más en materia de facilidades para comunicarse. En ese caso, Irina y yo estuvimos afortunados en no ser vistos entrando a la ciudad. Salvo, que, naturalmente, yo no había tomado la ruta habitual a Merano por Bolzano. No entré por el sur, sino que elegía la carretera mucho menos transitada, mucho más difícil, que bajaba hasta Merano desde el norte. Y todo ese trabajo enorme, todo ese esfuerzo, para nada. Porque todos los automóviles que utilizamos, todos los planes de Krieger, no eran más que un gran cero desde el momento en que Franz abrió su gran boca locuaz. O bien vaciló en responder. Todo se reducía a lo mismo. Milán y Jan no habían tenido más que observar esa cara ingenua pasando gradualmente a la astucia, para entrar corriendo dentro del garaje. Y allí, de un modo u otro, habían descubierto que Irina se había ido. La única cosa que tanto habían tratado de ocultar, la única. Ellos la habían descubierto.

Krieger, pensó inmediatamente. ¿Para qué sirve que Krieger se quede en Merano? Está arriesgando el pellejo. Y esos dos productos de importación checos dentro del León Rojo, aun cuando estén en malas condiciones en este momento, tienen cuentas concretas para arreglar con Krieger. Ellos, o bien Ludvik, no dejarán las cosas así. ¿Por qué? Krieger no tuvo tiempo de decírmelo, pero hay algún motivo detrás de todo ello. Tal vez... podría muy bien ser... se han enterado de que Krieger vio a Milan y a Jan abandonando la escena del crimen. Pero, ¿cómo? ¡Ah, basta! Tienes ya bastante de que preocuparte sin lanzarte en especulaciones absurdas. Pero será mejor que pierdas tres buenos minutos más deteniéndote en la próxima cabina telefónica para comunicarte con Krieger. ¿Y dónde estará ahora? Ni siquiera lo sabes. Pero deberá volver al hotel a alguna hora... Y hay que esperar que tu mensaje no le llegue demasiado tarde.

Detuvo el automóvil en la aldea siguiente, donde un café iluminado con luces de neón parecía indicar la existencia de un baño para hombres además de un teléfono. Tenía ya pensado el mensaje, totalmente traducido al alemán, y tan inocente como le fuera posible hacerlo. "Resultados desalentadores. No hay motivo de prolongar tu estada". El empleado del hotel tenía un tono inteligente y ágil. Repitió las dos

frases con exactitud. Cuidaría, ciertamente, que Herr Krieger recibiese el mensaje tan pronto como estuviera de regreso en el Bristol.

David volvió a su automóvil. Por lo menos su corta escala había tenido otras ventajas. El Fiat blanco que había observado a cierta distancia detrás de él llevaba solamente a una familia muy numerosa, que ahora bajaba para que los padres tomaran cerveza y los chicos helados. Tampoco había ningún otro Fiat estacionado en la playa, al acecho para seguirlo. Con seguridad sabían por cuál ruta viajaban, puesto que Mark debía haber informado asimismo sobre esto.

Antes de poner el automóvil en marcha David estudió el mapa. Convenía ver adónde iba. Dobló el mapa en el sector que quería consultar. La fuerte línea roja de la carretera lo atravesaba, al oeste de Merano, y luego se bifurcaba en el punto donde la Ruta 40 se abría hacia el norte. Y esto era lo que había visto Bohn, pensó, una carretera que cruzaba la frontera directamente a Suiza. E inmediatamente le llamó la atención Tarag. Sintió que el dorso se le ponía rígido. Tarasp aparecía marcado. Decididamente. Un borrón de lápiz alrededor de un pequeño agujero hecho por la punta de un lápiz.

Se forzó a sí mismo a concentrar la atención nuevamente en la carretera, y vio que Santa María estaba marcada claramente en la especie de cornisa que ocupaba arriba de la carretera. Sí, allí estaba Santa María, sin duda. Posiblemente Jo estaba ya allí. ¿Y el maldito Fiat? Era casi seguro que no tenía ningún interés en él. Su preocupación se intensificó. Dejó caer el mapa y puso el motor en marcha, saliendo rápidamente de la banquina. Cuando en cierto momento dejara atrás la cadena de aldeas que la bordeaban durante un trayecto de veinte o treinta kilómetros, podría aumentar la velocidad. Paciencia, se dijo. *Piano piano va lontano*. Haría un tiempo mejor si no debía detenerse a discutir con el policía italiano. Andaba la policía cerca. Había visto ya dos en un patrullero, y habían detenido a un automóvil. Resistió el impulso de correr más y mantuvo la velocidad permitida, maldiciendo cada uno de los kilómetros que cubría.

## DIECIOCHO

—Krieger tenía razón —dijo Jo señalando la capilla de Santa María, de dimensiones de miniatura, pero indomable en su posición, encaramada en lo alto y dominando la carretera desde un enorme promontorio rocoso. No podíamos perdernos esto, ¿no?

Irina por esta vez no se estremeció al oír el nombre de Krieger. David, pensó con gratitud, también vería muy bien Santa María y se encontraría con ellas por fin. Sin demoras, sin búsquedas difíciles. Sus dudas comenzaron a esfumarse. Desde que Jo había entrado con el automóvil en ese valle angosto, con un fuerte viento que soplaba a los costados, aun con el día radiante y el cielo azul, habían visto todo el tiempo el pequeño santuario firme contra el fondo de colinas agrestes que se unían arriba con montañas salvajes. Todavía quedaba a cierta distancia, pero los detalles de su arquitectura se agudizaban ya, y los relieves cambiaban con la proximidad. El precipicio delante, cada vez más imponente, parecía caer a pico



sobre la carretera. –Como la proa de un barco alto y airoso que estuviese por cortar en dos la carretera. –comento Irina.

–Pasarán algunos años antes de eso –dijo Jo como para tranquilizarla. Afortunadamente, pensó Jo, la carretera bordeaba esa saliente de la roca con bastante respeto, alejándose de la saliente de piedras escarpadas lo más lejos posible sin caer en el riacho que se precipitaba por el valle. Aun así se producían bastantes derrumbes por la ladera del precipicio. Los fragmentos rocosos y guijarros pulverizados caían formando montículos de cantos rodados que se apilaban contra la base de la montaña.

Los carteles advertían sobre estas caídas desde hacía mucho, a todo lo largo de la carretera: *Caduta Massi*. Jo tradujo estas palabras a Irina. –No te preocupes. No tendremos que trepar hasta allí.

–¿Cómo trepan los peregrinos?

–Seguramente no utilizan este lado escarpado. Krieger dice que hay un sector para picnics sobre este lado de Santa María. Ya tendríamos que llegar allí. –Pero, ¿dónde? El bosque que flanqueaba la carretera ocultaba todo. Delante de ella la columna de automóviles que la había pasado (manejar despacio, le había dicho Krieger) doblaba ya la curva del precipicio. Detrás un enorme camión con acoplado se abría con una maniobra llena de impaciencia–. Ahora no, chico –le dijo Jo enojada–. Te quedas detrás de mí y me das un poco de protección. ¡Estos malditos conductores turcos! Siempre tratando de desalojar a uno del camino. Transportan esas cargas desde los Balcanes hasta Hamburgo o Amsterdam, y esto despierta en ellos un gran orgullo. Si alguien va manejando algo elegante, como un Cadillac o un Jaguar, lo empujan a la zanja. No avances, monstruo, ¿quieres? –Por poco pasó de largo junto al acceso al terreno despejado que se encontraba apenas separado de la carretera, y debió hacer una brusca maniobra hacia la derecha para entrar en el prado agreste cobijado debajo de la fortaleza de Santa María. Detrás de ella se oyó un grito en turco y un toque de bocina–. Y yo te digo lo mismo, querido –dijo Jo, buscando un lugar menos visible para estacionar.

No muy lejos, pero dentro ya del prado habían estacionado dos ómnibus livianos con chapa local, paralelamente a la carretera. Detrás de ellos, mesas plegables y chicos y bancos. Bastante más atrás un grupo muy mal estacionado, de tres Volkswagen algo entrados en años. Los ómnibus, decidió Jo al notar un espacio entre ellos que le proporcionaba el lugar que necesitaba. El Ford entró allí con toda limpieza. Y ahora, pensó con alivio, no me verán desde la carretera. La única dificultad era que ella tampoco alcanzaba a verla, para vigilar la posible llegada del automóvil blanco que venía bastante detrás de su propio automóvil desde hacía media hora. –¡Rápido! –dijo a Irina, y se deslizó fuera del asiento poniéndose al mismo tiempo el abrigo azul sobre los hombros y arreglando los rizos de la peluca pelirroja contra sus mejillas. Levanto seguidamente la bolsa con comida–. Bien podemos comer nuestro picnic ya comento con aire despreocupado, y se abrió camino hacia la mesa más próxima, donde había unos conductores de ómnibus sentados a un extremo. Las otras dos mesas estaban totalmente ocupadas por niñas sentadas en hilera que esperaban pacientemente bajo los ojos vigilantes de tres monjas. Jo se

sentó en un banco, fingiendo no haber reparado en las miradas admirativas de los conductores y esperó a Irina.

Irina había disfrutado del conflicto entre el turco y la infiel y reído luego cuando el Ford entró saltando sobre la superficie despareja del prado y el equipaje se sacudió en el asiento trasero. Pero ahora, en cambio, con el impermeable de Jo fuertemente ceñido en la cintura por el cinturón y su peluca oscura bien colocada, el bolso colgándole del hombro, amenazaba rebelarse por segunda vez. Tenía los labios apretados y el ceño fruncido, pero tuvo suficiente sentido común como para hablar en voz baja. –David no verá nunca el auto –empezó a decir–. Ni siquiera nos verá a nosotras con todo esto con un gesto señaló los veinte pares de ojos de niñas, muy abiertos y atentos, que estudiaban con interés a las recién negadas.

–Y espero que nadie más nos vea, tampoco –le dijo Jo. Siéntate, Irina. Ponte de espaldas a la carretera. Yo miraré para ver si llega David.

–Pero podrás ver bien...

–Apenas, pero lo suficiente... siempre que te sientes ya y dejes de obstruirme la visión.

Tras una breve vacilación Irina obedeció. –¿Qué más quieres ver?

–Un auto blanco.

–¿Nos siguieron?

–No sé.

–Tienes que saber *algo*. –De lo contrario Jo no habría estado tomando todas esas precauciones. Por favor...

–Vamos, tenemos que reírnos un poco. ¿Estamos en un picnic, o no? –Jo se inclinó y sonrió en dirección a los dos hombres en el extremo de la mesa, quienes quizá no comprendían las palabras que cambiaban en un murmullo, aunque hubiesen logrado oírlos, pero estaban, con todo, fascinados por las dos-. Cálmate –le dijo a Irina-. La gente local es amistosa. Lo que ocurre es que no nos ubican bien. Somos de otro mundo. –Y en este momento, pensó, hubiera querido pertenecer al de ellos, un mundo más simple, menos complicado. ¿Quieres un durazno? También tenemos chocolate, tabletas enteras; ¿O bien prefieres un sándwich de jamón? ¿Queso? Es increíble la cantidad de cosas que compró David... como para una fiesta. Pero los hombres son así. Los pones frente a un mostrador de comestibles y compran todo lo que ven. Mi madre, que es muy buena ama de casa, jamás permite a mi padre acercarse siquiera a un supermercado –Jo sacó la botella de Chianti y la puso sobre la mesa-. Ahora sí que tenemos un aspecto totalmente festivo –dijo– por fin; pero en ningún momento dejó de observar atentamente la carretera.

–Por favor –volvió a decir Irina– no me trates como a una de esas niñas. –Al mirar la fila de caritas graves y silenciosas, les dirigió una sonrisa. ¿Quiénes eran estas niñas, vestidas todas con vestidos

simples e idénticos, con el pelo bien trenzado y sus ojos grandes y bondadosos? Las monjas las reprendieron suavemente, y todos los ojos dejaron de mirarlas. –¿Qué te preocupa, Jo? –No podía ser gran cosa, en aquel ambiente tan apacible.

–Iba manejando lentamente. Nos pasaron todos los autos en la carretera, ¿verdad?

–Excepto ese camión –le dijo Irina riendo suavemente.

–Hasta entonces, todos los autos nos pasaron. Todos, menos uno. Disminuía la velocidad cada vez que se nos acercaba demasiado.

Irina se puso seria.– ¿Un auto blanco?

–Sí. –Jo lo había visto por primera vez inmediatamente después de haberse detenido brevemente al salir de Merano para arreglar el problema de las pelucas.

–Hay tantos autos blancos...

–Lo sé, pero... –Jo titubeó y luego añadió–: Ayer al atardecer había un Fiat blanco en Graz. Apareció en Lienz anoche. Partió antes del amanecer.

–¿Quiénes viajaban en él?

–Milan y Jan. Ludvik se reunió con ellos en Lienz. Se dirigieron hacia Merano –Jo observaba atentamente a Irina. No aparentaba sentir pánico, sino que se mantenía tranquila. Algo animada, Jo prosiguió–: Ya ves por qué me intriga un auto blanco que debió pasarnos como el resto, pero no nos pasó.

Irina salió de su ensimismamiento. –Inteligente de tu parte, haber manejado despacio –dijo haciendo un esfuerzo por mostrarse despreocupada. De manera, pues, que estuvieron en Merano. Durante horas, estaba pensando.

–No fue idea mía. Fue de Krieger. –Y yo que pensé que estaba loco al proponerlo. Sabe cuánto detesto arrastrarme por una carretera como una vieja chacarera llevando huevos al mercado. Jo rió casi, en parte de sí misma, en parte de alivio. Irina estaba recibiendo bien esta noticia. Actuemos normalmente, decidió. O el auto estaba siguiéndonos, o bien, no. Y si estaba siguiéndonos, ¿qué? Nos quedamos tranquilas y lo esperamos a Dave. Entonces dijo–: Puede que haya estado preocupándome demasiado. Suelo hacerlo, y es una mala costumbre. Después de todo, no parece que hayan estado siguiéndonos. Ese auto blanco tendría que habernos pasado ya. Puede que se haya detenido en un camino lateral para que los hombres también hiciesen su picnic.

–Puede ser.

–¿Por qué otro motivo habrían de demorar tanto?

–Para mandar un mensaje a Merano. Para pedir nuevas instrucciones.

–Ah, vamos, Irina. Tienes una imaginación más febril aun que la mía –Jo eligió un durazno–. ¿Quieres uno? La especialidad de Merano. –Actuemos con normalidad, volvió a repetirse.

–No, gracias.

–Entonces, ¿qué haremos con estos duraznos? ¿Se los damos a las chicas? Yo no podría tragar ni un bocado con todos esos ojos que miran cómo desaparecen cuando los como –Irina expresó estar de acuerdo–. Bueno. Tú sigues observando la carretera– Jo se puso de pie, recogió los restos del picnic y sólo dejó la botella de Chianti sobre la mesa. Y si nos han seguido hasta aquí... bueno, por lo menos esta vez no podemos culpar a Mark Bohn. –Al decir esto advirtió el rostro de Irina, tenso e incrédulo–. Sí –añadió Jo–, él fue el delator. Sus labios se apretaron. Levantó la bolsa con comida y se aproximó a las monjas,

Irina aspiró profundamente a fin de serenarse. Verdaderamente David y ella habían sido demasiado buenos con Bohn. David, por amistad, y ella, por... ¿por qué? ¿Inocencia? ¿Vergüenza por el tonto error cometido con el mapa? Nadie le prestaría ninguna atención, había pensado. Pero Bohn se había fijado. Ahora estaba segura de ello. El instante de choque pasó, dejándola inusitadamente serena mientras observaba el corto sector de carretera visible desde el lugar donde estaba sentada.

Escuchó el torrente de italiano de Jo, el coro de réplicas de las monjas, la charla espontánea de las niñas. Observó los automóviles que pasaban velozmente, uno azul, otro marrón, otro azul, uno gris. Y todo el tiempo se repetía la misma pregunta. ¿Por qué la seguían todavía? Mark Bohn había transmitido su informe a Viena hacía horas. Tenía que haber sido transmitido ya de Viena a Praga y de allí a Merano. Para esta hora Ludvik debía saber que su destino era Suiza. ¿Por qué, pues, la seguían aún? Era posible, desde luego, que Jo se hubiese equivocado. Era lo que Jo estaba empeñada en hacerle creer. Tal vez el automóvil blanco ya se había desviado de la carretera, tal vez estaba, sólo...

En ese momento lo vio. Viajando a gran velocidad. Se quedó muy quieta, mirando el sector de carretera que ahora estaba vacío otra vez.

–Lo que yo pensaba –dijo Jo cuando volvió–. Es un grupo de huérfanas que hace un paseo especial, una diversión por ser sábado. Pobres chicas... –Aquí calló de pronto. Los ojos de Irina estaban como hipnotizados por la carretera. ¿Lo viste? –preguntó con tono de incredulidad.

–Sí –Irina se recobró algo–. Sí. lo vi,

–¿Un Fiat blanco?

–No sé distinguir bien un auto de otro. Pero era blanco. Había dos hombres en el asiento delantero.

–¿Qué te parece? –dijo Jo consternada. Volvió a mirar a las huérfanas. Bueno, por lo menos ellas se sentían felices. Y qué tonta soy yo, pensó. Una buena acción insignificante, y como recompensa recibo este golpe en plena cara. Debí recordar que hay gente en este mundo que no es capaz de diferenciar un

Rolls Royce de un panqueque. Trató de serenarse—. Bueno, ¿se detuvo el auto... ¿disminuyó la velocidad?

—No. Viajaba a toda velocidad.

—¿Miraron hacia aquí? ¿Por lo menos una ojeada rápida?

—Miraron brevemente.

—¿Bueno, qué importancia tiene? —dijo Jo tratando de dominar su creciente ansiedad—. Ni una ojeada ni una mirada les habría sido suficiente. Todo lo que vieron fue una muchacha de pelo oscuro sentada junto a dos conductores de ómnibus, y una pelirroja con un montón de chicas y tres monjas. No pudieron haber visto un Ford color crema, por lo menos, desde la carretera. Quedémonos pues tranquilas y esperemos a Dave, y que Milan y Jan sigan persiguiéndonos hasta llegar a la frontera Suiza. —Pero no, tendrán que recorrer mucho antes de descubrir que nos habían perdido de vista. Volverán, controlarán todos los puntos donde se puede estacionar junto a la carretera. ¿Cuántos puntos como éste hay, me pregunto, en este camino hacia el norte?

—¿Cuándo llegará David aquí?

—Media hora. Quizá menos. —Quizá más, pero no convenía mencionarlo—. Entretanto podemos consideramos con suerte. Este lugar para esperarlo es tan seguro como el que más —dijo, y mirando a los conductores, atrajo su atención, que de cualquier manera, nunca había estado muy lejos de ella. Sonrió, levantó la botella de Chianti—. Por favor —les dijo y se lanzó en un torrente de italiano. Los hombres aceptaron el vino con palabras de agradecimiento elegantemente fraseadas. Efectivamente, dijeron, era un lugar agradable donde pasar la tarde.

¿Había otros parajes para hacer picnics en la zona? No, le dijeron, éste era el único que había en muchos kilómetros. Sí, el camino era bastante recto, y la visibilidad era buena en la mayor parte de su recorrido, hasta llegar a los pasos altos. Y con estos últimos datos Jo dejó que saborearan el vino tranquilos.

—Así pues —dijo Jo, traduciéndole a Irina—, cabe esperar a esos dos muy pronto. Esto, desde luego, si son en realidad Milan y Jan. No tienen mucho donde buscar en el tramo del camino hacia el norte. Pero no perdamos la serenidad si llegan aquí a hacer una verdadera inspección. Seguramente la harán. No van a cometer dos, veces el mismo error.

—¿Y, entonces? —había una sonrisa muy extraña en los labios de Irina.

Entonces, ¿qué? Jo hizo un gran esfuerzo por seguir fingiendo una total despreocupación. —Puede que se bajen, merodeen de aquí para allá y esperen a que partamos. Tendrán un aspecto inocente. Creen que no sabemos nada sobre ellos o sobre el Fíat blanco. Y nosotros les haremos seguir creyendo eso, jugando el juego de ellos, como si los supusiéramos un par de turistas comunes. Cuando llegue David será el momento de actuar. Tendremos que eludirlos. —Pero, cómo, se pregunto Jo. En este momento

sentía un fuerte impulso de salir corriendo. Era una reacción tonta, se dijo, mientras miraba a su alrededor, fingiendo admirar el paisaje. Junto a ellas, ofreciéndoles reparo de la fuerte brisa del norte que soplabla a través del valle como por un tubo, se levantaba la masa de rocas cubierta de arbustos y árboles ralos, ocultando el áspero sendero al santuario, emplazado a tanta altura sobre ellas que estaba oculto a su vista. Al este y al sur del piado las colinas se levantaban escarpadas, cubiertas de espesos bosques, llenos de alerces, impenetrables. Al Oeste corra la carretera. Estaban bien protegidas, o bien, quizá, prisioneras en una trampa, según cómo se considerara su situación.

–Jugar el juego de ellos –dijo Irina mirando a Jo levemente divertida. En seguida movió la cabeza negativamente–: Ya no es un juego, Jo. Terminó el jugar a las escondidas, el ver quién es el más listo de todos.

–Era sólo una manera de decir –dijo Jo, defendiéndose, las mejillas sonrosadas de malestar–. ¿Tienes tú otras ideas?

–No. Simplemente una pregunta. ¿Por qué me siguen todavía? –Luego de una pausa, añadió–: No hay necesidad.

–¿No hay necesidad? –Jo se quedó mirándola.

–Ahora, no. Ya no le sirvo para nada a Jiri Hrádek. Los ojos de Jo se abrieron más aun. Esta confundiendo el uso de su inglés, se dijo. O bien soy yo quien lo confundo. Sin embargo la voz de Irina es fría, objetiva. Soy yo quien estoy por ceder al pánico. –Sí que le sirves –dijo– y lo sabes muy bien. Hrádek está dispuesto a borrar mi nombre de su pequeña lista, y también el de David. Nuestra utilidad es limitada. Pero tú, Irina, eres decididamente algo diferente. Por lo menos hasta que los lleves hasta tu padre.

–Jiri sabe dónde está mi padre. Mark Bohn le dio la información hace cuatro horas. Hay tiempo suficiente, sí, más que suficiente, para cambiar las instrucciones respecto a mí.

La historia que me contó sobre Bohn... el mapa, y el sector donde aparecía la ruta a Suiza... ¿es esto lo que le preocupa tanto? Jo dijo: –Son sólo suposiciones. ¿Y qué importa que Jiri Hrádek haya recibido la información de Bohn? Le habrán dado solamente una orientación general: Suiza. Sus hombres tendrían que seguirte siempre al lugar exacto de la cita.

–Pero, ¿si Jiri se enteró también de él?

–¿Cómo? Oye, ni siquiera yo sé cómo se llama.

–Es un lugar llamado Tarasp –dijo Irina.

–Pero, ¿quién te dijo...?

–¿Ve bien Bohn con sus anteojos?

Está loca, pensó Jo, absolutamente loca.

–¿Ve bien? –insistió la voz serena.

–Tienen mucho aumento.

–¿Mucho aumento?

Se produjo un corto silencio. –Entonces Jiri sabe –dijo Irina.

Esta vez el silencio fue más prolongado aun. Por fin Jo dijo:

–Espero haberme equivocado, pero pienso que estás diciéndome que han mandado a estos hombres para que te maten.

–Hoy en lugar de mañana. ¿Qué diferencia hace? Para Jiri, es lo mismo.

–Estás realmente loca –le dijo Jo. Seguidamente obligó a sus ojos a fijarse en la carretera.

Desde arriba se oyó el lento tañido de una campana. Las voces de las niñas irrumpieron de pronto, llenas de excitación, y todas comenzaron a levantarse atropelladamente de los bancos. Los dos conductores apuraron el último trago de Chianti. El más joven, dirigió una sonrisa cordial a Jo. –¿Se van? –les preguntó ella.

–Sí. Es la señal –dijo refiriéndose a la capilla. Ahora bajan los peregrinos que están arriba. Cuando lleguen al prado las chicas podrán subir. La iglesia es demasiado chica, el sendero de escalones demasiado angosto, de manera que...

–¿Es el único sendero?

–Desde aquí, sí. Los escalones han sido cortados en la roca.

–¿Y no hay otro camino hasta la iglesia?

–Sí, hay uno, pero no se usa. Los escalones de piedra son lo más seguro. Vayan subiendo un escalón tras otro y llegarán muy bien. Con un saludo, se alejó y subió a su ómnibus, el que estaba más próximo a la carretera.

–No me gusta esto –dijo Jo en voz baja. Una vez que el ómnibus se desplazara, el Ford resultaría totalmente visible para cualquiera que pasara por la carretera. Y con ello se desvanecía la lejana esperanza de que el Fiat blanco no entrara en esta zona de picnics, en definitiva, y de que Milan y Jan considerasen inútil inspeccionar detenidamente el lugar. –Mira, será mejor subir al auto y volver en dirección a Merano. Encontraremos a David en el camino. –Todo estaba arruinado, pensó Jo, todo marchaba mal. Y por una vez advirtió que no abrigaba ninguna otra idea en la mente, salvo la muy simple de huir–. Vamos –dijo rápidamente a Irina, al advertir una larga fila de mujeres que aparecían de una al descender por los escalones tallados en la roca, sus rostros preocupados irrumpiendo por fin en carcajadas cuando las mujeres llegaban al prado llano y seguro.

–¿Por qué volver a poner en peligro a David? –preguntó Irina. En aquel momento no lo corría.

–Nunca dejó de estar en peligro –dijo Jo concisamente–. Es mejor que nos movamos. Aquí no tenemos protección. Ya no.

–¿Las mujeres? –Lejos de la restricción impuesta por el sendero de escalones de roca, las mujeres de dispersaban ya para reunirse con alguna amiga especial. Alrededor del ómnibus habían formado un alegre montón.

–Nosotras no vestimos faldas tirolesas con chales azules y sombreros negros con ala ancha. Tampoco somos de edad madura, ni gordas. Si no fuera por ello podríamos muy bien mezclamos con ellas y reír como tontas. ¿Alguna vez oíste risas más infantiles? Y ninguna tiene menos de cuarenta años. –Y al decir esto de pronto Jo sonrió también. Por lo menos, pensó, alguna gente está disfrutando de esta maldita tarde de sábado–. Vamos antes de que el ómnibus nos bloquee la salida. –Miró la carretera, o lo que alcanzaba a ver de ella entre la masa de faldas voluminosas, el vaivén de las enaguas y de los delantales sobre los tobillos macizos y los zapatos con hebillas de plata. Y dejó de sonreír. En un esfuerzo por introducirse en el sector de picnics, pero sin lograrlo por el momento, avanzaba lentamente un automóvil blanco. Un Fíat –dijo Jo en voz baja–. Y está enojado –comento al oír dos fuertes golpes de bocina. Gracias a Dios las mujeres no se habían movido en lo más mínimo para abrirle paso.

Rápidamente Jo miró el prado, demasiado ancho, demasiado vacío, en su extensión hasta, las colinas boscosas, y luego a las niñas. Las últimas estaban ya cerca de los escalones de piedra, impacientes, inquietas, con la disciplina quebrada por risas y voces chillonas, mientras esperaban para seguir a las que ya habían iniciado el ascenso y se habían perdido de vista. Quedaba abajo una monja para cerrar la retaguardia de la columna. Estaba nerviosa, y evidentemente preocupada por la relajación de la disciplina. Su voz se elevó al repetir advertencias a las niñas al final de la fila. Fila india, mantenerse dentro del sendero, no apartarse. Sospecho que necesita ayuda –dijo Jo–. ¿Nos ofrecemos como voluntarios?

Irina asintió y echó a correr hacia los escalones. Unos pocos pasos más arriba la espesura verde las ocultaría. ¿Y después?

Más tarde, pensó, se nos ocurrirá algo, más tarde. Ahora, bastaba ocultarse de la vista. Jo la siguió, deteniéndose sólo para recoger la botella de Chianti, con lo cual hizo que un conductor atónito se quedase mirándola. Luego la atención del hombre se vio nuevamente atraída por la alegre confusión alrededor del ómnibus. Por suerte no era el suyo. No estaba complicado en lo que pasaba allí.

Ahora estaban persuadiendo a las mujeres de que subieran al vehículo, pero algunas de ellas seguían indignadas con un Fíat que había tratado de apartarlas de su pasó. Y naturalmente, las señoras que habían venido con sus Volkswagen, las vanidosas, las que exhibían con orgullo mayor cantidad de encaje en el cuello y delantales de seda natural, habían elegido este momento para partir las mujeres conductoras, reflexionó el hombre, divertido, mientras las veía amontonarse junto a la salida de la carretera, siempre las mismas, llegarían a ella. El Fíat no tenía más remedio que esperar. De todos



modos, ¿por qué tenía tanta prisa? No es asunto tuyo, Tommaso, se dijo, conteniendo un sentimiento de compasión hacia su compañero, el otro conductor. Tú no eres agente de tránsito. Se levantó calmadamente del banco, se acomodó la gorra sobre los ojos, oyó las voces ahogadas por el rumor de los motores al ponerlo en marcha y pensó con agrado en una corta siesta al sol. Desde arriba llegaba el canto de los chicos que subían. Paz, por fin. Maravilloso.

## DIECINUEVE

Milan Kliment y Jan Bruzek entraron en el prado, pero no antes de verse obligados a retroceder con el Fíat hasta la carretera y permitir el pasó por la angosta salida de dos Volkswagen de viejo modelo y de un ómnibus decrepito. El mal genio que se había apoderado de ellos tan pronto como habían comprobado la desaparición del Ford color crema, como si se lo hubiera tragado la tierra en pleno día, llegaba ahora a su punto máximo. El espectáculo del automóvil estacionado tranquilamente en el prado, junto a otro ómnibus decrepito, no contribuyó a calmarlos.

–Están aquí –dijo Milan, la voz tan dura como su rostro.

–Estaban aquí todo el tiempo –explotó Jan–. ¿Cómo no lo viste cuando pasarnos este maldito lugar? –Él había estado manejando, mientras Milan había estado a cargo de los mapas y el itinerario.

–Si tú no lo viste, tampoco podía verlo yo. ¿Por qué diablos tuviste que correr tanto?

Ya sabes la respuesta, dijo Jan para sí. Los perdimos de vista porque insististe en que nos detuviéramos para comunicarnos por radio con Merano. Dos minutos, dijiste, cinco como máximo, las mujeres corren a paso de tortuga, las alcanzaremos fácilmente. Además debemos obtener la verificación del informe anterior de Bohn a Merano. Pero había llevado cerca de diez minutos, con ese alemán del este que pasaba todos los mensajes a Ludvik desde su puesto de escucha. Y Ludvik, por su parte, tenía nuevas instrucciones. De manera que, ¿cómo pensabas que yo podía manejar despacio una vez que volvimos a la carretera y no se veía el Ford en ninguna parte? Debíamos correr, me dijiste, y es lo que hicimos.

–¡Vamos, vamos! –La irritación de Milan crecía con cada segundo que transcurría. Jan detuvo el Fíat en el lado del prado opuesto al ómnibus. Ahora hacía marcha atrás, a fin de quedar mirando hacia la carretera. Ello les permitiría partir con mayor rapidez y facilidad, si llegaba a ser necesario, Pero la demora requerida por la maniobra fue nuevo motivo de irritación. Milan había bajado del automóvil aun antes de que el motor estuviera detenido. Vamos –repitió, mirando a través del prado en dirección al hombre tendido sobre un banco. Despertemos a ese vagabundo y arranquémosle unas respuestas.

Se encaminaron hacia la mesa de picnic. Los pensamientos de Milan eran amargos. Mala suerte todo el tiempo. Praga le daría otro nombre. Bien podía aceptarlo desde ya, no habían tenido más que fracasos, salvo durante aquellos momentos de triunfo en Merano cuando por fin localizaron el Mercedes

verde. Esperanzas que aumentaban, esperanzas que se frustraban. –Aquí –dijo a Jan– es donde terminan nuestros fracasos. Ya estoy harto de ellos.

–No fracasamos en Viena –le recordó Jan. Alois Pokorny había sido manejado muy bien.

–¿Cómo calificas el haber dejado un testigo?

–No fuimos los únicos en subestimar a Krieger. Ludvik... Sin duda. –Ahora había los de los secuaces de Ludvik fuera de acción. Uno con una grave conmoción cerebral, y el otro con la mandíbula fracturada y un montón de dientes flojos–. Eso lo pondrá en un estado de ánimo comprensivo.

–Especialmente con ese maldito alemán que estaba escuchando. ¿Por qué diablos hubo que recurrir a él, quieres decirme?

–Porque –repuso Milan con un sarcasmo corrosivo– todos somos tan grandes y buenos amigos. Además de que los alemanes del Este tienen una buena organización en Merano. Nos la prestaron. Fue una emergencia. ¿O bien no estás enterado?

–De todos modos fue un error. Deberíamos mantener nuestro propio sistema de comunicaciones...

–Díselo a Hrádek.

Jan dirigió su resentimiento a terrenos menos peligrosos.

–¿Qué están haciendo los alemanes del Este en el Tirol meridional? –Ellos están presentes y nosotros no. Y de cualquier manera, nunca pude soportarlos, pensó.

–Están estimulando a los nacionalistas para que les amarguen la vida a holgazanes como ése –dijo Milan contemplando con desprecio al italiano dormido apaciblemente sobre el banco. Seguidamente extendió una mano y aferró al conductor de un hombro.

Tommaso había mantenido los ojos cerrados. Si fingía estar dormido, las voces extranjeras se alejarían. Tommaso era un hombre plácido y amable, de cerca de cuarenta años, un poco grueso de talle por culpa de las excelentes lasañas que le preparaba su mujer. Por otra parte, no comprendía una palabra de lo que estaban diciendo, y por lo tanto, ¿cómo iba a hablar con ellos? En ese instante una mano aferró su hombro y lo sacudió violentamente. ¡*Porca miseria!* No era forma aquella de tratar a nadie. Abrió los ojos, empujó su gorra hacia atrás y levantó los ojos hacia los dos rostros furiosos. ¿Y ahora, qué hice?, se preguntó. Al incorporarse, los miró con ojos hostiles.

Habló el moreno. –¿Adónde fueron? ¿Las mujeres que llegaron en el Ford? ¿Adónde fueron? Su italiano era lento, pues debía buscar las palabras. Tommaso se sintió mejor. Repuso con un torrente de fases deliberadamente atropelladas, y se sintió aún mejor cuando el hombre se mostró perplejo.

–¡Más despacio! ¿Adónde fueron?

Tommaso miró la mano que lo tenía asido del hombro, y el individuo la aflojó algo. Sólo entonces Tommaso miró el prado con una expresión vaga, y se encogió de hombros. –Yo estaba dormido.

–Estuvieron aquí. Una rubia con abrigo azul y una morena, alta, con pelo muy liso.

–No vi ninguna rubia. –El hombro de Tommaso, quedó asido otra vez, ahora por la mano cruel del hombre alto. Era una mano fuerte, y su presión muy dolorosa–. Ninguna rubia. Ninguna morena alta.

–¿Pero viste un abrigo azul?

Apresuradamente, al sentir hundirse los dedos en su hombro, Tommaso repuso: –Había una muchacha alta, pelirroja, con abrigo azul.

Jan dijo a Milan: –Yo vi a una pelirroja con un montón de chicas. ¿Qué hicieron? ¿Cambiar de abrigos, ponerse pelucas?

–¿Y la otra mujer? –insistió Milan–. Era de altura mediana. ¿Qué color de pelo?

–Negro.

–¿Y tenía puesto...?

–Un impermeable.

–¿Llegaron aquí en un Ford? ¿Y subieron por allí? –preguntó Milan señalando los escalones.

Tommaso vaciló. El pulgar hundido en su hombro tocó un nervio. Con un grito ahogado, dijo: –Todo el mundo sube por allí –repuso, y se maldijo a si mismo por las lágrimas de dolor que brotaron de sus ojos.

–Ahora –dijo Milan a Jan– sabemos exactamente qué estamos buscando. ¡Vamos! Ya hemos perdido bastante tiempo.

Jan aflojó gradualmente la mano que aferraba el hombro del italiano, –Éste nos lo hizo perder. ¿Cómo quedaría con la mandíbula deshecha? –dijo y se alejó lentamente desplegando una ancha sonrisa–. ¿Pero por qué la prisa? Las tenemos atrapadas. Están Presas en esa pila de rocas.

A Milan se le ocurrió algo más. Se detuvo, volvió a acercarse al conductor. –¿Hay algún otro camino para bajar a la capilla?

–Hay uno que lleva a la carretera por el otro lado de la colina. –Y sólo espero que lo tomen estos dos, se dijo Tommaso con satisfacción.

–No lo vi cuando veníamos por la carretera.

–Lo ocultan los árboles.

Los dos hombres cambiaron miradas y luego se dirigieron rápidamente hacia los escalones. – Romperé mucho más que una mandíbula –decía Jan a Milan –si ese bruto de campesino llegó a darles tiempo para escapar. Sacó un silenciador de un bolsillo, un revólver del otro, y los unió. Conviene estar preparados –dijo y comenzó a subir escalones arriba–. ¿Por qué el cambio de instrucciones?

–Lo oíste bien a Ludvik.

–Pero no explicó nada.

–¿Por qué había de explicar?. Praga no le explica nada a él.

Siguieron subiendo. –¿Qué tiene de importante un bolso? Quiso saber Jan. Tenemos que rompemos los huesos para conseguirlo, pero no podemos saber qué contiene. Bien repetido, no mirar dentro.

–Es verdad.

–Y tampoco entramos en Suiza –dijo Jan imitando la voz de Ludvik–. Praga manda un equipo distinto.

Y tampoco una explicación sobre esto, pensó Milan. No nos consideran bastante buenos como para el golpe final.

–¿Tienes idea de quiénes serán?

Milan tenía ideas, pero se las guardó. –No. Y ahorra tu aliento. Mantente alerta por si ves un impermeable y una peluca negra. Es el objetivo principal.

–Están llenas de estratagemas, ¿no?

Milan calló para economizar su propio aliento. Con la velocidad de Jan, lo necesitaba. Los escalones de piedra eran irregulares y cada vez más anchos. A esta altura los árboles empezaban a ralearse. La visibilidad se volvió excelente. No veían ningún movimiento. Las dos mujeres debían haber trepado hasta la cima. No debían haberse arriesgado a salir del sendero, no obstante ser éste tan difícil, porque a ambos lados el terreno caía en forma muy empinada, con riscos y masas de roca en equilibrio sobre plataformas ásperas, raíces de arbustos y árboles que impedían que toda esa estructura precaria se derrumbase colina abajo.

Ya estaba próxima la cima. No había más escalones de piedra, sino un sendero cubierto de agujas de pinos que serpenteaba entre los pocos árboles. –Recuerda bien esto –dijo. Milan a Jan. No nos han visto nunca. No saben quiénes somos ni por qué estamos aquí, de manera, pues, que podemos trabajar con tranquilidad y sin despertar sus sospechas.

–Me conviene.

–Pero que no haya ningún testigo. ¿Comprendido?

Sin testigos esta vez –dijo Jan con una sonrisa maligna. Casi echó a reír al pensar en el encuentro de Krieger con los dos agentes especiales de Ludvik. Ludvik debió emplearnos a nosotros, pensó. Krieger nunca nos habría dejado tendidos en el piso del León Rojo–. Dime –dijo–, ¿qué hay del otro norteamericano? ¿El más joven? ¿Dónde está ahora? –Krieger había vuelto a su hotel, según les había dicho Ludvik. Pero, ¿David Mennery?

–Ese es problema de Ludvik. Él lo resolverá.

–A menos que Mennery se le escurra –Jan seguía recordando Graz con rencor.

–¡Calla! –le advirtió Milan. El sendero se había abierto en un pequeño prado, cuyos pastos altos se agitaban en la brisa. En el centro había una iglesia muy pequeña, completa con su cúpula diminuta y su campanario en una torre separada. Exactamente detrás de esta torre Milan alcanzó a distinguir el otro camino que llevaba hasta la carretera debajo. El conductor de ómnibus no había mentido, después de todo. Allí estaba. Y esto presentaba un nuevo problema. ¿Habrían comenzado las dos mujeres a bajar ya por este segundo sendero? No, decidió Milan. No sabían que las seguían de modo que, ¿por qué habrían de correr?–. Esconde ese revólver–advirtió al ver una cantidad de niñas que salían de la iglesia. Tres monjas trataban de conseguir que formasen fila. Un viejo de espaldas encorvadas se dirigía renqueando hacia la torre del campanario. Decididamente no había rastros de las dos mujeres.

–¿Qué demonio está haciendo aquí toda esta gente? –preguntó Jan enojado. No entendía nada en toda esta situación. La campana comenzó a sonar–. Y eso, ¿por qué? ¿Se murió alguien?

–Probemos la iglesia –dijo Milan. Estaban a no más de veinte pasos de distancia, y la torre del campanario aun más cerca. Todo estaba muy junto en aquel terreno tan llano. Lo cual era tanto mejor.– Las sacaremos apuntándolas a las costillas y las llevaremos hasta ése otro sendero.

Fácil, pensó –Jan siguiendo a Milan por el pasto. Las mujeres siempre hacían caso de las amenazas. Un grito y dispararé sobre las niñas. Son capaces de creerlo, además, el tiempo suficiente como para que podamos avanzar hacia abajo, hasta la carretera. Después, cuando todo haya terminado, Milan y yo seguiremos nuestro camino, llegaremos a la carretera y volveremos caminando hasta el sector del picnic. "No encontramos a nuestras amigas", diremos al italiano gordo si todavía está allí. "¡Qué lástima!" Sí, qué lástima. Y además, qué fácil. Ludvik debió habernos mandado tras Krieger y Mennery, y dejar que los nuevos, tan seguros de sí mismos como estaban, ¿no?, se ocuparan de esta cuestión de jardín de infantes.

Milan se detuvo a conversar con una monja. Jan supuso que estaba verificando algo. Era un tipo cuidadoso, Milan, pero se preocupaba demasiado de un posible fracaso. Mala suerte, era lo único que habían tenido. Hasta ahora. Muévete, dijo silenciosamente a Milan, estás perdiendo tiempo.

Pero no lo habían perdido, en realidad. Se ahorraron en cambio una búsqueda inútil dentro de la iglesia. Milan decía, con su voz baja y cortante: –Estuvieron aquí; Hace diez minutos. La monja dice que deben haber vuelto a bajar al prado.

–¡Te digo que no, qué diablos! –La furia de Jan se tradujo en acción inmediata. Dio media vuelta, corrió hacia la torre, apartó al viejo con su campana insignificante. Milan se desplazó con igual rapidez, el pasto golpeándole los tobillos. A sus espaldas una monja le dijo ansiosamente:

–¡Allí no, *signore!* –Sin mirar hacia atrás, Milan siguió corriendo.

–¡Allí no, *signore!* –dijo a su vez como un eco, el anciano, interrumpiendo su tarea de tañir la campana para hacerse oír.

Idiotas, se dijo Milan furioso al lanzarse por el sendero cubierto por agujas de pino. ¿No tienen seso suficiente para saber que habríamos encontrado a Irina Kusak y a la norteamericana si hubieran vuelto al prado? No, tomaron esta dirección. Y tal vez deliberadamente, para llegar a la carretera y hacer un rodeo hasta el automóvil, y seguir viaje a Suiza. ¿Otro fracaso?

Si se apresuraban, no. Llevaban sólo diez minutos de ventaja menos, ya. No pueden correr como nosotros. Tendrán cuidado al bajar por este sendero. Es muy desparejo. Las alcanzaremos antes de que lleguen a esa maldita carretera.— ¡Apúrate! —gritó en dirección a las anchas espaldas de Jan. No era necesario decirlo. Jan corría velozmente con el revólver en la izquierda para tener la derecha libre y avanzar entre una saliente rocosa, un tronco retorcido, una pendiente inesperada.

Camino difícil, cada vez más abrupto, pensó Milan. ¿Habrían bajado por aquí, verdaderamente? Tenía que ser así. Había sólo dos senderos para bajar esa colina endiablada, y no habían tomado el usado por ellos. Era seguro que no. Las tenían pues casi en su poder, se dijo, mirando la caída casi vertical a su izquierda. En aquel lado, con sólo un borde de tierra blanda y de guijarros limitando el sendero, y un espacio vacío donde los arbustos y los árboles habían sido arrastrados por una caída de rocas, el terreno caía ahora en un precipicio desnudo. Bastante seguro, se dijo, si avanzaban junto al otro lado donde había aún árboles y arbustos, y mantenían el equilibrio aferrando los con la mano derecha, como lo hacía Jan. Bajo sus pies las agujas de pino habían sido reemplazadas por piedras sueltas. Lo prefería, pues daban mejor apoyo a sus zapatos livianos con sus suelas de cuero lisas. Salvaba los resbalones y tropezones con tanta destreza como Jan. Estaba además a la par de él. Los descensos eran fáciles. Tal vez no sabía mucho de escalar montañas, pero este paraje no era más que un montículo rocoso insignificante, como los de los topos, comparado con algunos de los gigantes que había visto ese día. — ¡Cuidado! —gritó en una ocasión, pero la advertencia fue inútil, pues Jan recobró fácilmente el equilibrio y con una sonrisa le dijo, mirando hacia atrás: De un minuto a otro, ahora. Creo haber visto algo.

Y en ese instante el sendero se curvó hacia la derecha, alrededor de una saliente cuyo costado estaba carcomido por la erosión, revelando más arriba una maraña de raíces secas de los árboles muertos. De pronto Jan se detuvo bruscamente, y por poco no concavó los brazos abiertos en un gesto de advertencia.

Milan intentó detenerse, pero la espesa capa de piedras sueltas se deslizó con él y sus pies perdieron todo apoyo. Trastabilló hacia delante, y todo su peso cayó sobre los hombros de Jan, cayendo ambos pesadamente. Pero estaban aún en el sendero.

Milan miró el borde con ojos desmesuradamente abiertos, el borde a pocos centímetros de distancia, y trató de no imaginar el profundo precipicio debajo.

Cuidadosamente se incorporó sobre las rodillas, sin repararen el dolor agudo causado por las piedras afiladas y se concentró en ponerse de pie sin provocar otra pequeña avalancha. Estiró la mano derecha y aferró un fino trozo de raíz. Éste no cedió. Su confianza aumentó algo y lo ayudó a levantarse. Estaba

ahora de pie, las piernas temblorosas por el esfuerzo. En cambio tenía los pies suficientemente afirmados como para poder mirar el sendero debajo de él. Primero notó el revólver que brillaba al sol. Había escapado de las manos de Jan con la fuerza de su caída, y estaba ahora junto a él. Jan estaba también de pie, las piernas muy separadas para mantener el equilibrio sobre los guijarros sueltos. Estaba lejos del borde, y como su revólver— demasiado cerca del precipicio. Pero lo que preocupaba a Jan no era el precipicio. Estaba señalando algo delante de él. —¡Allí!—gritó, los ojos fijos en algo que estaba más lejos en el sendero—. ¡Allí están!

La curva del banco obstruía la visión de Milan. Se movió cautelosamente. Las piedras bajo sus pies eran suficientemente firmes si marchaba con cuidado. Pero se detuvo, atónito, al ver lo que había interrumpido tan bruscamente el avance de Jan. Parte de la ladera de la colina había desaparecido. El sendero no estaba allí, sino que lo había cubierto un montículo de rocas trituradas. Más allá, nada. Sólo el cielo, y las copas de los árboles a lo lejos, en otra colina.

Durante un momento la mente de Milan dejó de funcionar. Y seguidamente sus pensamientos se dirigieron a las mujeres, esas malditas mujeres. Las había perdido de vista. Los habían eludido. Son... — ¿Pero, dónde están? —grito fuera de sí.

—¡Allí! —volvió a gritar Jan—. Ciego, idiota, ¿no las ves? Las tenemos. ¡Las tenemos!

Milan apartó la mano de la raíz y dio unos pasos cautelosos alrededor de la curva. Ahora las veía. De pie en el sendero entre ellos y el montículo de rocas desmoronadas había dos mujeres.

## VEINTE

—¡No! —dijo Irina cuando las dos llegaron a la puerta de la capilla. Las chicas habían entrado ya alborotadamente, con las monjas intentando vanamente calmar su entusiasmo. Irina retrocedió—. No, no. Es inútil. Quedaremos atrapadas.

Jo miró por última vez el interior de Santa María. No había allí ningún escondite posible, ninguna esquina disimulada por mamparas, ninguna puerta. A pesar de ello la iglesia era un refugio y el pequeño terreno delante de ella, en cambio, totalmente abierto. Era mejor quedarse en la iglesia con las niñas y esperar a que David trepase hasta allí. Y David lo haría. Una vez que llegara al terreno para picnics y viera el automóvil de ellas, y además, el Fíat, nada le impediría que subiese hasta allí. —Mira —dijo al llegar junto a río, existe algo que se llama santuario.

—¿Para hombres como éstos? —Irina movió la cabeza negativamente.

—Pero no podrían hacer nada con todas estas chicas y estas monjas.

Irina no pudo evitar reír al verla tan ingenua. —¿No? —Sus ojos escudriñaron el terreno.

—Entonces dónde...

–Por allí. Por ese otro camino... junto a la torre del campanario. –Irina estaba ya en marcha. Es la única alternativa.

Era inútil perder tiempo en discutir. Jo capituló y siguió a Irina corriendo. Hasta propuso ir delante, cuando llegaron al sendero. Pero cuando bajó trabajosamente por un tramo cubierto de agujas de pino, no pudo abstenerse de comentar:

–¡Qué segura estás de todo!

–En cuanto a esos hombres... sí. –Y como Jo no contestara, Irina añadió–: Conozco los de su clase. Los he visto actuar. Tú no. Nos seguirán sin cejar.

–¿Aun por este sendero? Tendrán más sentido común que...

–Una vez que hayan revisado la capilla, nos seguirán. Jamás abandonarán la caza.

¿En cambio yo renuncio quiere decir? Ya lo veremos.

–Espero que estés equivocada –dijo Jo con voz áspera y cortante. Irina no repuso nada. Bajaron con trabajo por el sendero en silencio.

La velocidad que mantenían era sorprendente. Jo trataba de mantenerla uniforme, ignorando todo lo que no fuera el terreno delante de sus ojos, poniendo cuidadosamente un pie delante del otro, dando pasos iguales; sin saltos ni brincos. Esto hubiera sorprendido realmente a Bob Whitfield, pensó, al recordar a su hermoso inglés de tres años atrás, ese maniático del alpinismo. Jo le había provocado desesperación cada vez que emprendían el descenso por una ladera. "Brincas como un chivo enloquecido", le había gritado furioso. "¡No lo hagas más, idiota!" le gritaba continuamente. "¡Tranquila, tranquila!" ¿Y dónde estaría Bob Whitfield en ese momento, cuando ella lo necesitaba tanto aquí? ¿Qué habría hecho él en este lugar, por ejemplo? El borde izquierdo del sendero se había transformado en un precipicio.

–Perdóname –le dijo Irina, rompiendo el largo silencio entre las dos. Esto fue decisión mía, y no fue acertada. Esta senda... –aquí agitó la cabeza– nunca creí que llegase a ser así, ni nada parecido. –Miró alarmada la superficie áspera que pisaban. No había ya el mullido colchón de agujas de pino y tierra blanda, solamente, trozos de roca, movedizos y cortantes–. Lo siento.

Es lo menos que puedes sentir, pensó Jo.

Creí que llegaríamos a un grupo de árboles o arbustos donde podríamos protegernos hasta que pasaran los hombres –dijo Irina. Pero no hay nada... aquí no. A menos que vayamos a esa plataforma arriba de nosotros. ¿Podríamos creer, llegar hasta allí?

–No hay forma. –La superficie estaba arriba de una pendiente casi vertical a la derecha de donde estaban. Era ahora una elevada muralla de tierra mezclada con guijarros y con raíces rotas. Tenemos que seguir.



–¿Cuánto hemos avanzado?

–Un tercio de la distancia, diría yo. Tal vez cerca de la mitad. –Desde la cima arriba de sus cabezas la campana de Santa María sonó otra vez. Las chicas no se habían quedado mucho tiempo. Jo cayó en la cuenta de que se habrían encontrado enteramente solas en la capilla, y miró a Irina: Tal vez tu decisión no fue tan desacertada, después de todo. ¿Oyes eso?

La pequeña campana tañía suavemente. Por ti y por mí pensó Jo. Pero se limitó a sonreír y a decir seguidamente para animar a Irina: –caminaremos despacio. Es bastante seguro si avanzamos con cuidado. Mantente muy junto a la muralla. No mires hacia la izquierda. ¡Irina! –Los ojos de Irina estaban como hipnotizados por el precipicio–: ¡No mires el borde! ¡No mires hacia abajo! –Era Bob quien hablaba, sin ninguna duda, y Jo bendijo mentalmente su obsesión con la seguridad en la montaña. Inmediatamente se tranquilizó al ver que Irina obedecía, y se volvió a medias otra vez para continuar avanzando en primer lugar.

La campana seguía sonando, con un eco que desaparecía gradualmente en las colinas circundantes. Se oyó asimismo un ruido mucho más próximo, un ruido más discordante. Jo oyó el sonido característico de las piedras al desmoronarse. Su rostro se puso rígido. Irina había tenido razón. Los hombres las seguían. Pasemos este codo. El sendero se curvaba hacia la derecha, y tal vez allí abajo encontrarían algún punto desde el cual subir a la plataforma. No era posible que la muralla continuase muy lejos hacia arriba. ¿O bien era posible? –Pero nada de precipitación alocada –advirtió, tanto para sus propios oídos como para los de Irina. Era muy fuerte el impulso de resbalar y deslizarse. Era lo que estaban haciendo los hombres

–¡Qué insensatos, qué tontos! –comentó–: ¿Los oyes? –bien, pensó inmediatamente, sería mejor no oír nada, pues cada vez los oía más cerca–. Tendrán que ir más despacio muy pronto. ¡Este tramo de la senda es brutal! ¡Ah, Dios!

–Entonces, no pensemos en ello.

–¿Y cómo hacer eso? –preguntó Jo recuperando el equilibrio luego de trastabillar inesperadamente. Con el consiguiente asombro, oyó reír a Irina–. ¿Qué te hace tanta gracia?

–Esa botella que has estado llevando en la mano izquierda todo el tiempo.

–¿Y que me dices del bolso que tú has llevado todo el tiempo colgando del hombro? –replicó Jo, pero al decir esto, comenzó a sonreír a su vez. El absurdo intercambio les había ayudado a dominar sus nervios agotados. Su mente dejó de girar inexorablemente hacia un torbellino de pánico que podría llegar a paralizarla. Nos reímos por no llorar, pensó, mientras guiaba a Irina sin percances en tomo a la saliente forma por la plataforma y llegaban ambas a un tramo de sendero algo más ancho. Aquí el terreno era menos traicionero. Era suficientemente sólido bajo sus pies como para permitirle levantar los ojos y mirar al frente. Nada. El sendero había desaparecido, devorado por una enorme avalancha de piedras.

Irina se adelanto hasta estar a la par de Jo. Las dos miraron delante de ellas con los ojos abiertos de espanto e incredulidad. La colina frente a ellas había desaparecido, tal vez la primavera anterior, tal vez el año anterior. ¿Qué importaba cuándo? se dijo Jo con desaliento. No quedaba nada, ni la menor saliente donde apoyar un pie, solamente una enorme masa de piedras desmoronadas que caían hacia el angosto valle debajo.

Jo recobró el aliento. –Movámonos junto a la pared. Allí no nos verán hasta que pasen el codo. –Y los hombres estaban ya casi allí–. Siento furia, ¿sabes?. Es extraño pero es lo único que siento. –Jo miró hacia arriba, esperando ver a los cazadores.

Irina hizo un gesto de asentimiento. Sus ojos tenían una expresión alerta mientras se quitaba la correa del bolso del hombro y la aferraba fuertemente con una mano. Desde el sendero más arriba de ellas, exactamente arriba de la curva formada por la plataforma superior, llegó un ruido fuerte y sordo. Jo dijo en voz baja: –Alguien se cayó. –Y al instante siguiente estaban frente a frente a un hombre que después de haber caído de bruces venía resbalando sobre un tobogán de pedregullo y piedras sueltas. Con un desesperado movimiento de freno hecho por las palmas de las manos y las punteras de los zapatos, el hombre logró detener su caída antes de que lo despidiese al abismo. Era Jan. ¿Y el otro? Debía haber caído, también, pero no lo veían–.

–Quédate detrás –dijo Irina a Jo. ¡Es a mí a quien cazan!

Se alejó un paso de la muralla, los ojos siempre fijos en el hombre, cuando éste comenzó a ponerse de pie, quedando primero de rodillas. Soy demasiado lenta, se dijo Irina al dar los primeros pasos cautelosos sendero arriba. Estará de pie antes de que pueda llegar a él. Y seguramente esta armado. ¿Dónde está el revólver? ¿En su cinturón aún, o bien en algún bolsillo? Debo apuntar a esa mano.– ¡Atrás! –le gritó a Jo. Jo no dijo nada y siguió avanzando detrás de Irina.

Jan estaba de pie por fin, pero con un equilibrio bastante precario. Se le hundían y deslizaban los pies entre las capas de piedras sueltas que él mismo había arrastrado con su caída y que estaban ahora apiladas en un montículo blando alrededor de sus tobillos y piernas. Era un hombre alto y fuerte, pero su peso no lo ayudaba. –¡Allí! –estaba gritando, mientras señalaba a Irina–. ¡Allí! –Oyó otra voz cortante, llena de furia. Jan repuso con un grito igualmente airado y Milan, el de pelo oscuro, apareció por fin. Se detuvo bruscamente, mirando por el sendero y luego a las dos muchachas delante de Jan.

–No avances más –advirtió Jo a Irina. Estaba a unos dos metros de Jan, tal vez menos. Pero Irina dio dos pasos más, cuidadosamente, deteniéndose junto a la pila de cantos rodados y piedras quebradas. ¡No, pensó Jo angustiada! El hombre se lanzaría sobre Irina. Está observándola, esta preparándose.

–¡Detrás de ti! –gritó Milan–. ¡El revólver está detrás de ti!

–Los ojos de Jan estaban fijos en Irina.

–¿Y esto? –preguntó Irina. Levantó el bolso y Jan avanzó para asirla–. ¡Tómalo! –le dijo y sé lo arrojó a la cara.

Sus brazos se levantaron instintivamente para contener el golpe. El movimiento fue demasiado rápido, demasiado brusco y el equilibrio en que estaba seguía siendo precario. Trastabilló, y podría haber recobrado el equilibrio, salvo por Milan, que continuaba gritando, y porque se volvió a medias para recoger el revólver que estaba sobre las piedras a corta distancia detrás de él. La superficie floja bajo sus pies se movió y se deslizó sobre el borde del sendero y comenzó a caer por el precipicio. Jan hizo un esfuerzo desesperado por salir de la pequeña avalancha que le aprisionaba los tobillos y lo arrastraba irresistiblemente. Cayó pesadamente sobre el borde, que se desmoronó, y por fin al vacío. El bolso cayó con él, en medio de una lluvia de piedras que se precipitaron ruidosamente desde el borde. Una caída profunda, muy profunda.

Irina permaneció muy quieta. Jo la tomó del brazo y la atrajo contra la muralla. Sintió que temblaba violentamente. –Quédate aquí –le dijo– ¡y sostente bien! –Las piernas de Jo también estaban flojas. Por un instante había creído que todo el sendero estaba por desmoronarse. Trató de afirmarse. Por fin su mente volvía a marchar. Era notable cómo se había vuelto fría y objetiva. Habían pasado todos los "peros" y los "si acaso" y no quedaba nada salvo la certeza. Los hombres no habían estado simplemente siguiendo a Irina. Habían venido a matarla, y uno de ellos había muerto al intentar hacer eso, ni más ni menos. Todo estaba silencioso, ahora, como si la colina estuviera conteniendo el aliento.

Milan no se había movido. Estaba mirando aún el borde derrumbado por el cual había desaparecido Jan sin lanzar ni un grito. Estaba algo arriba respecto a ellas, a no más de seis o siete metros de distancia, donde el sendero se curvaba alrededor de la plataforma saliente. Pero ésta era la única ventaja que tenía, pues estaba en medio de un tramo lleno de piedras sueltas y cortantes. Debía dar por lo menos diez pasos sobre esta superficie peligrosa antes de alcanzar el terreno más sólido, la roca desnuda, limpia ahora de piedras chicas, donde estaba Jo.

Los ojos de Milan se movieron, dirigiéndose hacia el revólver. Estaba a mitad de camino entre él y Jo, en el límite de los fragmentos de piedra suelta. Intentó dar unos pasos, sintió que resbalaba y se detuvo.

Está calculando algo, pensó Jo mientras avanzaba muy lentamente hacia Milan con la botella de vino vacía asida firmemente en la mano derecha. Pero yo también estoy calculando algo, se dijo. El revólver tiene silenciador, y está preparado para hacer un trabajo sin ruido, tal como debió realizarse. Nada de ruidos fuertes que llamasen la atención, todo muy meticoloso, ordenado y sigiloso. Seguramente Milan lo preferiría aún así. ¿Y su propio revólver? Sin duda tenía uno... sí estaba sacándolo ahora, y éste no tenía silenciador. Había decidido aparentemente que el otro no justificaba el riesgo de provocar otro deslizamiento. ¿O quizás intentaría recogerlo? Avanzaba imperceptiblemente. Cauteloso, y no tan seguro de sí mismo como cuando esgrimía la pequeña pistola. Tampoco podía fijarse dónde pisaba, ya que tenía los ojos puestos en Jo. Un pequeño resbalón, suficiente como para que se viera obligado a tomar el revólver con la izquierda y asirse con la derecha a una raíz para recobrar el equilibrio. Lo que ocurría, no

obstante, era que Jo estaba demasiado cerca del revólver de Jan, y esto Milan no lo podía permitir. Estaba levantando el brazo izquierdo, y Jo estaba tan cerca, que no podía errar. Y, ¿cómo será mi propia puntería?, se preguntó Jo.

Con todas sus fuerzas arrojó la botella, que lo golpeó en el pecho. Su brazo izquierdo se levantó y el disparo se desvió hacia arriba. Jo trató desesperadamente de apoderarse del revólver en el suelo y oyó un segundo disparo. Estoy muerta, se dijo. Pero nada le había pegado, ni siquiera un fragmento de piedra. Levantó la cabeza del lecho de piedras sobre el cual había caído. El segundo disparo no había sido hecho por Milan, quien se había vuelto hacia atrás para mirar el sendero tras él. Disparó hacia otro objetivo, pero no tenía firmeza en su izquierda, sus pies resbalaban, y el cuerpo se le arqueaba hacia atrás contra la muralla porque seguía aferrado a la raíz.

—¡Suelte ese revólver! —se oyó gritar a una voz de hombre—. ¡Déjelo caer!

No puedo moverme, pensó Jo. Tengo el revólver en la mano, y no puedo moverme. Sintió que las piedras sueltas se movían debajo de ella. Alguien llegó y la tomó del brazo. Era Irina, diciéndole: —Despacio, Jo. Está bien. Despacio. Se puso de pie; con ayuda de Irina, quien la llevó a un punto más seguro. *Te dije* que te quedaras atrás —le dijo Jo indignada. Y dicho esto, se echó a llorar.

Tú tampoco te quedaste atrás, pensó Irina, mirando nuevamente el sendero. —David está allí arriba —dijo en voz baja. Aquélla había sido su voz, pero el codo lo ocultaba de la vista.

—Viene —le dijo a Jo, escuchando los pasos de David, algo distantes todavía. Y entonces vio que Milan no había dejado caer su revólver. Había retrocedido un paso, protegiéndose con la curva de la plataforma, los hombros apoyados contra ella, la cabeza vuelta hacia la parte superior de la colina mientras esperaba. Había cambiado la pistola de la izquierda a la derecha, y estaba apuntando cuidadosamente.

Irina arrebató el revólver a Jo y lo esgrimió con mano poco firme mientras avanzaba. —Si —gritó. Déjalo caer. Si él no te mata, te mataré yo.

La cabeza de Milan giró bruscamente al oír la voz de Irina. Ojos furiosos, incrédulos, que la miraron durante una fracción de segundo. Instintivamente ella se apretó contra la muralla cuando Milan disparó a quemarropa. El disparo no hizo impacto. Para disparar desde un ángulo más seguro, tendría que apartarse hacia el sendero.

Esta vez David apuntó contra el hombre y lo hirió en el hombro. Milan se tambaleó sin poder controlar los pies, hasta que David lo vio caer de rodillas mientras su arma describía una ancha parábola hacia el precipicio.

David avanzó luego hacia el codo, bajando por el sendero tan velozmente como podía, maldiciendo cada vez que se deslizaban las piedras. Aquélla no era una senda. En este punto era un risco. Pero por fin pudo guardarse la Beretta en el bolsillo y usar las dos manos para asirse y mantener el equilibrio.

Milan seguía de rodillas. Estaba sobre el borde mismo del sendero. No sé movía. Seguía arrodillado allí, sosteniéndose el antebrazo herido como para acallar el dolor, contemplando con ojos desmesuradamente abiertos el abismo.

Que se muera, pensó David, y en ese instante vio a Irina.

Irina y Jo. Las dos juntas. Las dos sanas y salvas. A salvo. Unos pasos más, y estuvo junto a ella. Tomó a Irina en sus brazos y la abrazó violentamente. Luego miró a Jo, con... ¿rastros de lágrimas en las mejillas?, y también la abrazó.

–Volvamos al auto –dijo– ¿Creen que pueden caminar? Irina hizo un gesto afirmativo. David la besó, volvió a abrazarla y luego, a besarla:

–¿Y que hacemos con él? –Jo estaba mirando a Milan.

–Lo dejaremos para que le explique todo a la policía. Vamos, vamos –dijo apresuradamente–. Jo, tú, primero. Luego, Irina. Yo, el último.

–¿Dijiste policía?

–Alguien debe haber oído esos disparos. Quiero que nos alejemos de aquí antes de que nadie empiece a hacer preguntas.

–Levantó un revólver de calibre cuarenta y cinco, completo con su silenciador, que estaba junto a los pies de Irina. Menos mal que Milan no me disparó con esto, pensó.

–Eso era de Jan –le dijo Jo.

· –¿Dónde está? –preguntó David volviéndose rápidamente, y al ver las señales de deslizamiento, sólo entonces, cayó en la cuenta del fin de Jan, inesperado, aterrador–. Dios mío, –murmuró mirando a las dos muchachas.

–¡Sotto! –le dijo Jo señalando el precipicio. Estaba recobrándose; Hasta sonrió al hacer su cruel comentario.

David examinó el seguro del revólver y luego de comprobar que estaba colocado, arrojó el arma en la dirección que había señalado el brazo de Jo.

Irina dijo: –No funcionaba, de todos modos. No tiraba, yo...

–¿Estaba sin seguro? –preguntó Jo.

David intervino: –Moverse, las dos. Luego hablarán. Nadie miró hacia atrás. Pasaron el codo, marchando con el mayor cuidado. Después de esto el sendero les resultó casi fácil. Llegaron al terreno llano. La pequeña capilla contempló su paso a través del pasto suave y largo hasta que comenzaron a descender por los escalones hacia el prado.

–¿Es la campana? –preguntó Jo al oír un sonido tembloroso, un suave murmullo que pareció quedar suspendido en el aire durante breves instantes –¡Allí suena otra vez! ¿Quién está...?

–Muévete –le dijo David–. Es la brisa del crepúsculo que juega con la campana.

–¿Las campanas hablan consigo mismas?

–Te digo que te muevas, Jo –David agitó la cabeza. Decidió que las mujeres eran increíbles.

Llegaron al prado, lugar lleno de paz, con sus mesas vacías y sus sombras alargadas. El peso de Irina estaba apoyado en el brazo de David, como si hubiera llegado hasta allí solamente mediante su fuerza de voluntad. Jo también mostraba cansancio a pesar de querer disimularlo.

–No cedan. Todavía no –les dijo.

–¿No podríamos tendernos en este pasto verde tan lindo? ¿Tan solo cinco minutos? –le rogó Jo.

–Te quedarías dormida en menos de tres –David se dirigió hacia el Mercedes. Lo había estacionado junto al Ford. No pienses más en la forma en que entraste aquí, ni en lo que sentiste al no ver ni rastros de ellas, salvo el automóvil vacío y un Fíat blanco, recordó. El traslado del equipaje no ofrecía problemas. Pero el Ford sí lo era–. ¿Qué hacemos con él? –preguntó a Jo con un gesto hacia el automóvil, pues sabía exactamente lo que haría, pero vacilaba en proponerlo.

–Déjalo. Pueden recogerlo más tarde.

–¿Sin formular preguntas? –Para economizar tiempo empezó a amontonar el equipaje en un rincón de la parte trasera del Mercedes. Irina ocupaba ya su asiento, y tenía la cabeza baja y los ojos cerrados.

–Ah, si –dijo Jo lentamente–. Siempre existe esta posibilidad. –con un suspiro dijo–: Será mejor que lo maneje para sacarlo de aquí... –y titubeando completó el comentario–: creo.. –Habría esperado que él le dijera que dejase el Ford exactamente donde estaba.

–Buena idea. Pero llévalo solamente unos kilómetros. Te recogeré al borde de la carretera. –Encontró también la cartera de Jo en el Ford, y se la entregó. Jo la tomó como si hubiera sido lo más natural del mundo haber dejado la cartera dentro de un auto abierto. Hasta las llaves habían quedado colocadas en el arranque. David pensó que debieron haber pasado momentos de verdadero pánico y trató de no imaginar la escena.

–¿Van hacia el norte? –le preguntó Jo con aire de incertidumbre.

–Es el camino a la frontera.

–Quería estar segura. –Su tono era de disculpa–. Es raro, ¿no? Siento la mente confusa. –Arriba, en la colina... la verdad es que en toda su vida no había pensado con tanta claridad–. Es raro –repitió al subir al Ford.

¿Sería capaz de manejar? David la miró mientras retrocedía y partía. Seguidamente subió al Mercedes y la siguió. Los ojos de Irina se abrieron. No había estado dormida, después de todo.

–No pude encontrar tu bolso –le dijo él. Estaba verdaderamente preocupado–. ¿Lo dejaste caer? ¿Dónde? –No podía volver a ese maldito sendero.

–Cayó por el precipicio con Jan.

Dios, pensó David. ¡De modo que Jan había llegado tan cerca de ella!

–Tengo mi pasaporte –le dijo Irina, al advertir la expresión de su rostro. Está aquí –dijo señalando un bolsillo de su abrigo–. Pero hay algo más... he estado tratando de descubrir cómo decírtelo.. ¡ah, David!

–¿Qué?

Irina levantó el mapa, lo desplegó y dijo: –Tarasp...

Lo sé –dijo David. –

–Fue un accidente. –estaba enojada y tenía el lápiz en la mano y señalé el nombre y el auto pasó– una curva y se sacudió y...

–Sí, sí –le dijo él–. Deja de pensar en eso, Irina. –Es bueno decirlo, pensó, cuando yo no hago otra cosa que pensar en ello.

–Pero estarán en Tarasp para atraparnos.

–Puede que sí. Y puede que no. Depende de cuánto tiempo podamos ganar. O de lo complicado que les resulte llegar hasta allí–. Su tono había sido tranquilizador y resultó eficaz.

Irina se serenó y dejó caer nuevamente la cabeza sobre el respaldo. –Sí –dijo, al ver a Jo de pie junto al Ford al costado de la carretera–. También ellos tienen sus problemas. Parecían tan invencibles. Y sin embargo... –Cerró los ojos, y murmuró en voz muy baja–: Fue Alois quien compró la cartera. Era suya, en cierto modo.

David se detuvo junto al Ford. Jo había abierto la válvula del neumático posterior, que estaba desinflándose lentamente.

–¿Te llevo? –le preguntó David sonriendo cuando ella intentó correr hacia él, aunque inmediatamente optó por caminar, y tampoco muy de prisa.

En ese momento un automóvil que se aproximaba disminuyó la velocidad. El corazón de David le dio un vuelco. Luego, al detenerse el vehículo junto a él, vio un uniforme de policía. Los otros dos ocupantes del automóvil eran civiles, campesinos locales con chalecos negros, botones de plata y pequeños sombreros tiroleses.

–¿Hace mucho que están aquí? –le preguntó el policía. Era joven y con aspecto inteligente.

–Acabamos de llegar –dijo David. Le explicó luego que pensaba recoger a esa señorita en dificultades, ya que Jo estaba junto al Mercedes, pero de pronto su italiano pasó a ser francés, y renunció a hablar más.

El policía miró a Jo y bajó a la carretera, pero fue solamente para saludarla y preguntarle con mucha mayor cortesía, cuánto hacía que estaba allí.

–Muy poco. Tuve dificultades con el auto, de modo que me detuve. Este señor me llevará hasta el garaje más próximo.

–Ah, la señorita habla en italiano –dijo el policía con alivio–, ¿Oyó la señorita unos disparos en el lado de la colina detrás de nosotros?

–Sí –dijo Jo–. Debían ser cazadores.

–En esa colina, no. –Los ojos oscuros del apuesto policía adquirieron una expresión grave–: Allí hay un santuario para peregrinos.

–Puedo haberme equivocado. Estaba un poco lejos. ¡Y hay tantas colinas cerca!

Los dos hombres entraron entonces en la conversación. *Esta colina*, dijeron. Había sido en esta colina. Sabían de dónde habían provenido los disparos. Además había sido en el prado para picnics de Santa María donde Tommaso afirmaba haberse encontrado con dos hombres, tipos desagradables, uno armado con una pistola o algo parecido. Tommaso estaba seguro. La había visto cuando los hombres estaban por tomar el sendero hasta Santa María. Sí, había visto la pistola. Tommaso tenía buena vista.

David escuchaba el rápido torrente de italiano y logró comprender una que otra palabra. Esto podría prolongarse interminablemente, pensó, y para que Jo cayese en la cuenta de ello, le abrió la puerta trasera del automóvil para que subiera.

Jo la abrió de par en par, apoyó un pie en el borde y dirigió una cálida sonrisa al policía. –¿Dónde queda la estación de servicio más próxima? –preguntó. Escuchó las instrucciones dadas, dijo "muchísimas gracias" y subió al automóvil.

Un elegante saludo militar, un gesto de la mano de Jo y David se alejó. Una vez que dejaron atrás al policía, David aceleró. –Y, ¿quién diablos es Tommaso? –preguntó.

Pero Jo se había desmoronado en el asiento trasero, e Irina comenzaba a dormir de verdad. Lo único que sabremos, pensó, es que Tommaso tenía buena vista.

Jo le dijo: –Dame quince minutos, David. Luego te aclararé todo. He estado manejando todo el día, y... –Su voz calló...

David dejó que las dos durmieran hasta que el puesto de frontera italiano apareció frente a él. Lo cruzaron sin dificultades. Seguidamente, la frontera suiza, con sus pequeñas formalidades y también ella



quedó detrás. Había aún mucha luz, por lo menos una hora más, y Tarasp estaba a menos de cuarenta y cinco kilómetros hacia el sur.

## VEINTIUNO

Walter Krieger pisó la acogedora tierra suiza unos pocos minutos después de las seis y se detuvo brevemente para mirar el pequeño aeroplano de turismo que lo había traído desde Bolzano. Seguía maniobrando, esta vez en favor del viento a fin de facilitar el despegue para el viaje de regreso al propio nido. Pero lo había llevado hasta aquí, algo por lo cual no se habría atrevido a apostar quince minutos antes, cuando pasaban casi rozando los macizos picos que demarcaban la frontera italo-suiza. La próxima vez que debiera realizar un viaje entre esas masas escarpadas, se alquilaría un buen avión a chorro de modelo compacto, como el que veía allí, a un costado del aeródromo... y nunca más otro modelito de dos pasajeros de edad antediluviana. Contempló divertido el pequeño avión mientras levantaba vuelo y se alejaba del ancho valle verde en dirección a las atormentadas moles de rocas afiladas. Bueno, pensó, si los colibríes son capaces de volar dos veces por año entre Brasil y Nueva Inglaterra, ¿quién soy yo para dudar que lograríamos llegar a Samaden?

Su atención volvió a dirigirse al pequeño avión a chorro. Acababa de aterrizar cuando su propio avión se aproximaba al aeródromo de Samaden. Ahora estaba detenido donde no molestaba a nadie. ¿Había aún dos miembros de su tripulación de pie junto a él? ¿De guardia? Estudió el aparato unos instantes y frunció el ceño un poco más. Seguidamente prosiguió su camino para llenar las formalidades: pasaporte, documentos, pruebas generales de honradez. No le llevarían mucho tiempo. Su residencia legal era Suiza, y su compañía en Vevey era prácticamente una institución internacional. Además solía utilizar este pequeño aeródromo para pasar los fines de semana en St. Moritz de vez en cuando. No era exactamente un extraño allí. Todos estos factores eran como pequeñas gotas de aceite que contribuían al funcionamiento eficaz del mecanismo oficial. No se vio defraudado. No tenía equipaje, ya que su valija estaba todavía en Merano, y ni siquiera había subido a su habitación una vez que recogió el mensaje de David, el cual había acelerado todos sus pasos subsiguientes. El automóvil con su correspondiente conductor, que había pedido por radio, no había llegado

—Tiene que llegar en cualquier momento, Herr Krieger —le dijo el hombre encargado de las informaciones a los pasajeros—. Hoy hay un festival en la aldea. Las procesiones crean problemas de tránsito, quiero decir, pequeños problemas. ¿Comprende usted?

Krieger asintió. Se consoló con el hecho de que Samaden estaba sobre la carretera hacia el norte, directamente hacia Tarasp. Cincuenta kilómetros. Con suerte podría llegar allí dentro de media hora. Con un poco de suerte, y sin otras procesiones o demoras propias de los sábados.

El hombre miró brevemente las manos vendadas de Krieger. —Veo por qué pidió el auto con su conductor dijo amablemente.

—Nada serio. Unas quemaduras leves. —Nada de lo que podría haber sido, pensó Krieger, y decididamente nada comparado con lo que se tenía planeado. Contempló el rostro del hombre, de rasgos tan regulares como los de un reloj suizo, y se preguntó qué podría ocurrirle a ese rostro si él dijera: "En Merano, en un patio tranquilo detrás de un hotel respetable, arreglaron la puerta de mi auto de tal manera que cuando subiera a él, y la cerrara, se provocara una explosión debajo del asiento. Pero un par de chicos de unos diez años llegó hasta el vehículo para ver cómo era el interior de un enorme auto norteamericano como el mío, y al ver que me acercaba, cerraron la puerta de un golpe. Y la explosión se produjo. ¿Qué le parece semejante despedida? En cuanto a los chicos... ilesos. Uno de ellos, con el saco chamuscado. Las llamas no se extendieron y afortunadamente fue posible sofocarías. Así pues el chico salió sólo con un buen susto, y yo con quemaduras superficiales en las manos. Y además, un problema. ¿Cómo salir de Merano? Solución, un corto viaje en taxi al aeródromo de Bolzano". Pero Krieger se abstuvo de contar todo esto. En lugar de ello, se quedó contemplando las vendas que cubrían sus manos, bien empapadas en el consabido bicarbonato de soda, generosamente suministrado por la cocina del hotel, y dijo solamente—: Lo que más molesta es que no puedo encender mi pipa.

La preocupación del hombre por el retraso del automóvil se disipó algo. El norteamericano lo aceptaba con buen humor, no como esos otros individuos que habían llegado antes que él:

—Verdaderamente lamento este inconveniente —dijo amablemente.

—No es culpa de usted. Elegí un mal momento para llegar. Ahora que recuerdo algo, ¿qué hace un aeroplano de manufactura rusa en Samaden? ¡No me diga que les da ahora por mandar a sus ejecutivos de primera plana a pasar el fin de semana en St. Moritz!

El suizo rió: —Es una corta visita —y al decir esto bajó la voz—. No son rusos. Son checos. Tres checos y un norteamericano.

—¡Curioso! —comentó Krieger con tono indiferente.

—Vienen desde Innsbruck, creo.

El tono de Krieger reflejó ahora sorpresa llena de ingenuidad. —Yo habría dicho que Praga era lo más probable.

—Creo que el vuelo se inició en Praga.

—Ah, ¿se detuvieron brevemente en Innsbruck? —Raro, sumamente raro, pensó Krieger. Miró a su alrededor. El salón estaba casi vacío. La mayoría de los viajeros de fin de semana habían llegado el día anterior, o bien esa mañana—. Aparentemente se han ido. Deben haber tenido mayor suerte que yo con su transporte.

—No, no. Todavía están esperando. Dos automóviles. Nosotros no tenemos nada que ver, por supuesto. No fuimos quienes organizamos las cosas. —Y al decir esto, el suizo recordó para sus adentros

que ello no había impedido al grupo recriminarlo, como si tuviera la culpa de las complicaciones del tránsito.

–¿Dos autos? –Aparentemente esto divirtió a Krieger–. Viajan con lujo. ¿Y dónde están ahora?

–En una sala de espera. –El suizo no pudo contener una leve sonrisa–. Enteramente solos.

–Diplomáticos, posiblemente. ¿Quiénes más podrían mostrarse tan discretos y retraídos?

–La verdad es que sí –dijo el hombre, que también tenía algo de diplomático. Su sonrisa parecía indicar, hasta aquí hablaré, pero no más.

–Bueno –dijo Krieger–, voy a salir y ver si consigo atraer a mi auto con mensajes telepáticos. ¿O bien tiene usted el número de teléfono del garaje? Podría aguijonearlos un poco.

El suizo le dio el número, pero seguidamente se le ocurrió añadir algo. –Pero su auto está en camino. Estoy seguro de ello. Verdaderamente no es necesario llamar. –Y posiblemente quien lo conducía era su cuñado–. Llamar podría complicar...

–Por supuesto –dijo Krieger–. No quiero que el conductor tenga dificultades.

–Verdaderamente no es culpable. Créame, Herr Krieger.

–Le creo, le creo –Krieger le dirigió una sonrisa distraída y se alejó hacia la entrada principal. Su mente no le daba reposo, sino que saltaba de una hipótesis a la siguiente. Basta, se dijo. Innsbruck, más un norteamericano, no significa necesariamente que se haya ordenado a Mark Bohn que baje del tren en camino a Munich, simplemente para que un equipo de los expertos de Hrádek de Praga lo recojan y lo traigan con ellos. ¿Por qué habrían de traerlo? ¿Porque creen que seguimos confiando en él? ¿Porque es su caballo troyano predilecto? Basta ya, volvió a repetirse. ¿Por qué diablos habrían de venir los muchachos de Hrádek a esta parte del mundo? No sabían nada acerca de Tarasp. Suiza, si... si Bohn había resumido bien sus diversas observaciones. Pero, ¿Tarasp? No. Esto era algo diferente.

Sin embargo Krieger no lograba convencerse a sí mismo. No del todo. El interrogante en el fondo de su mente era demasiado grande y dominante, una duda instintiva a la que no podía responder con la razón fría y serena. Cuando llegó su automóvil le dijo que esperara, pues había olvidado algo.

El conductor se mostró resignado. Tanto apresurarse para nada, pensó mientras veía a su pasajero alejarse y perderse de vista. Seguidamente el conductor hizo avanzar su automóvil junto a la acera a fin de dejar lugar a dos automóviles que llegaban en ese momento. Eran vehículos poderosos, éstos, ninguno de ellos alquilado en la localidad. Tampoco conocía a los conductores. Hombres de aspecto recio, pero que en aquel momento parecían estar agitados. Uno de ellos corría hacia el interior buscando a sus clientes. ¿Por qué la prisa? –Tranquilo, *du Kerl*, vivirás más tiempo –le gritó el conductor de Krieger. Luego agitó la cabeza, extrajo un libro de bolsillo muy gastado, en alemán, y halló la esquina muy ajada que señalaba lo que había leído hasta entonces del capítulo once de la *Huella de Oregón*. ¿Cómo iría a terminar esa lucha alrededor del convoy de carretas?

Los cuatro hombres salieron de la sala de espera guiados por el conductor hacia los dos automóviles. El hombre les daba profusas explicaciones. –¡Basta! –le dijo Jiri Hrádek–. ¡Muévete! –Vestía de gris oscuro, un traje que pasaba inadvertido, pero era alto, erguido y tenía buen porte, y nada podía disimular el aire de autoridad que emanaba de su persona. El suizo, al verlo salir flanqueado por sus dos subordinados, decidió que era un hombre apuesto, con sus rasgos vigorosos, su cabello cuidadosamente cepillado, un color saludable en sus mejillas curtidas, todo lo contrario de los otros checos que habían llegado con él, con sus caras abotagadas y anchas. Pero ellos también iban prolijamente vestidos y sabían moverse. Comparados con ellos el norteamericano que salía detrás de ellos y a corta distancia era desprolijo, con un corte de pelo ridículo y un saco arrugado.

El suizo desvió la mirada antes de que reparasen en su interés, pero tenía la sensación extraña de que el norteamericano no estaba muy felizmente integrado a ese grupo tan unido. Luego sus ojos agudos vieron al otro norteamericano, de regreso, de pie junto a los teléfonos, con la cabeza vuelta hacia la pared del salón. Si no hubiera sido por las manos vendadas, pensó el suizo, nunca habría reparado en él. Debía haberse deslizado por una puerta lateral mientras él observaba la entrada principal esperando el arribo del automóvil. –¡Señor Krieger! –le gritó en inglés. No es necesario telefonar. Su auto está afuera.

Krieger no oyó, aparentemente, pero su mano anunció a la dolorosa pantomima de marcar un número telefónico. Se quedó inmóvil, como si estuviera escuchando junto al receptor sostenido entre hombro y mentón. Dios, rogó, que esto pase y que Mark se haya vuelto sordo y que mi amigo suizo se vuelva mudo ya mismo. Pero el hombre estaba llamándolo otra vez.

–¡Señor Krieger! se le oía más cerca, como si viniese hacia él apresuradamente. Luego los pasos se detuvieron. Krieger no osó arriesgar una mirada hacia atrás. Podía salir por la puerta lateral y correr hacia el automóvil. Pero con ello no podría dar aviso a Tarasp. Desesperadamente volvió a discar, y consiguió comunicarse. Todo lo que necesitaba decir era una palabra, "¡Trampa!" y Hugh McCulloch entraría en acción.

No tuvo ni siquiera la oportunidad de hablar. Alcanzó a oír pasos a sus espaldas, a sentir una mano apretada fuertemente contra la nuca, seguida por un profundo pinchazo. Inmediatamente sus rodillas se aflojaron. Trató de gritar, pero no pudo. Se volvió a medias antes de caer al suelo. Vio a su comedido suizo vuelto ahora de espaldas a él, conversando con uno de los checos. Krieger levantó los ojos hacia el otro, el que lo había atacado y hecho que se cayese al suelo. Ningún ruido. Ni el menor ruido. El receptor había quedado colgando y se oía una voz lejana:–¿Quién habla? ¿Quién habla? –Los ojos de Krieger se cerraron.

El checo colgó el auricular, volvió velozmente junto al suizo y le tocó el hombro: –Hay alguien allí, junto a los teléfonos, que parece sentirse mal.

–¿Qué? –El suizo se volvió rápidamente y miró atónito la figura inmóvil de Krieger tendida en el suelo.

–Creo que será mejor que llame a una ambulancia –le dijo el checo. ¿Será, tal vez, un pequeño síncope? Miró una vez más al suizo horrorizado corriendo hacia Krieger y llamando a dos muchachas tras el mostrador y al joven que conversaba con ella. Nadie notó nada –dijo divertido al alejarse caminando tranquilamente con su colega en dirección a la salida. Hrádek y su norteamericano estaban ya afuera.

–Perfecto –convino su colega. Y yo tampoco estuve mal al distraer a ese suizo estúpido. Todo lo que tuve que hacer fue derramar elogios por su amabilidad y eficacia, y como siempre me escuchó encantado. No es nada...

El dúo llegó a la acera, se detuvo unos instantes junto al automóvil de Hrádek. Mark Bohn estaba ya dentro de él, el rostro grisáceo, mudo.

–¿Llegó a hablar por teléfono? –preguntó Jiri Hrádek.

–No tuvo tiempo.

Con un gesto Hrádek entró dentro del automóvil, que partió inmediatamente. Había sido un buen operativo, sin que se perdiese un instante desde que se había detenido al oír el nombre de Krieger y mandado a Vaclav y a Pavel a que se ocupasen de ese problema. Trabajaban bien juntos y no era necesario dirigirlos mucho. En cierto modo, pensó, esto era un buen ensayo para la noche.

Miró hacia atrás. Vaclav y Pavel los seguían ya en el segundo automóvil. Se tranquilizó, pues, completamente.

–¿Sabe? –dijo sonriendo–. Podríamos no haberlo visto. Estaba oculto a nuestra vista. Es inteligente, ese Krieger.

Bohn no dijo nada.

Hrádek, en cambio siguió hablando. –Tengo una teoría. Creo que quedó probada esta tarde.

Bohn seguía silencioso.

–Tengo la teoría de que son las cosas pequeñas e inesperadas las que representan las trampas más peligrosas para el agente avezado. Puede trabajar con planes y con cambios en la dirección opuesta, pero una voz amistosa que lo llama por su nombre... –Hrádek se encogió de hombros y se echó a reír. Luego miró a Bohn:– Quítese esa tensión de la cara –le ordenó bruscamente.

–Krieger me vio.

–Usted estaba viajando con tres periodistas, todos con el objeto de verificar el hecho de que mantienen a Kusak detenido contra su voluntad, impidiéndole volver a su propio país. Esta es su versión Bohn. Y haremos que sea la aceptada.

Sí, pensó Bohn, pero, ¿cómo les explico lo de Tarasp? Por supuesto puedo decirles que me lo reveló Irina. Esto podría pasar, siempre que Irina no esté presente–. Hay demasiadas complicaciones –dijo. Más y más hondo... en realidad no había contemplado todo esto.

–Siempre hay complicaciones.

–¿Qué sucede si Krieger. . . ?

–Olvidemos a Krieger. Está fuera de combate.

–¿Muerto? –los ojos de Bohn estaban desorbitados.

–No diga ridiculeces. Un hombre muerto en un aeródromo suizo. Habría una investigación. Policía, interrogatorios, sospechas, arrestos. No, no. Tengo la intención de utilizar ese aeródromo esta noche sin que ninguno de estos obstáculos entorpezca nuestra partida.

–¿Volveré con usted?. –Ese punto no había sido bien aclarado, y preocupaba a Bohn.

Puedes irte al infierno, pensó Jiri Hrádek, pero dijo: –¿Por qué no pasa un fin de semana en St. Moritz? Puede dedicarse a escribir todos esos informes periodísticos tan ingeniosos. Tengo cinco diarios preparados para publicarlos. No se preocupe, no se incluirá este asunto, por lo menos antes de que se acepte y distribuya la historia por todo el mundo. Entonces podrá recibir los aplausos, escribir su libro y convertirse en el experto del episodio Jaromir Kusak. Y usted es un experto, ¿no?

Está tratando de que no piense en Krieger, se dijo Bohn.

–¿Cuánto tiempo estará inconsciente Krieger? –No quiero encontrarme con él frente a frente. Puede ser un enemigo temible, y no creerá ni una palabra de mis explicaciones.

–El tiempo suficiente como para cumplir nuestros planes. Deje de preocuparse por él, Bohn. Está decididamente fuera de acción.

–¿Y los otros en Tarasp? ¿Quedarán ellos también fuera de acción? –preguntó Bohn. No quiero tener nada que ver con eso, Jiri. No es asunto mío.

–Desde luego que no. Todo lo que usted hará será hablar hasta conseguir entrar en la casa de Kusak. Pavel y Vaclav y su chofer harán el resto.

–Pero yo estaré allí. Me conectarán con...

–Si corre con rapidez, no.– Yo estaré cerca, esperándolo.

Exactamente, pensó Bohn, estarás esperando, sano y salvo dentro de un automóvil oscuro. –Que tontería de mi parte –dijo–. Lo había olvidado. Usted prefiere el control remoto.

–¿Y usted, no?

Bohn logró sonreír y dijo, algo más sereno. –Pero nada de violencia, Jiri. Esa fue su promesa. Yo acepté hacer el viaje hasta aquí con la condición de que...

–Por supuesto. Nada de violencia. –El eufemismo de Bohn divirtió a Hrádek. ¿Cómo consideraba el ataque a Krieger? ¿Un acto de no violencia?– No tenemos mucha gente de quien ocuparnos. McCulloch estará allí, sin duda, y también David Mennery. Debe haber llegado ya, pues salió de –Merano a media

tarde. Solo. –Nunca debieron haberle permitido salir. Una oportunidad perdida. Ludvik había actuado muy mal en el episodio del León Rojo. Ni siquiera había estado enterado de que Mennery estaba allí con Krieger hasta que fue demasiado tarde–. ¿Qué clase de hombre es ese Mennery?

Bohn estaba en realidad absorto en sus propios pensamientos cargados de sorpresa. –¿Se fue de Merano solo? ¿Sin Irina? No lo creo. Le han pasado datos falsos, Jiri.

Se produjo un largo silencio. Hrádek contempló el riacho que corría serenamente por el valle a lo largo del cual viajaban. –Yo no recibo datos falsos ~ ¿Y por qué no puede creerlo?

Sabe algo acerca de Irina y Dave, pensó Bohn,– pero no seré yo quien amplíe la información que tenga. La gente portadora de malas noticias suele terminar decapitada. –Bueno... Irina no sabe conducir. Naturalmente pensé que seguiría viajando con Dave.

–¿Naturalmente? –subrayó Hrádek.

–Es una suposición –dijo Bohn rápidamente–. Aventuraré otra. Jo Corelli la lleva a Tarasp. ¿Cuál es la hora a que llegarán, según sus cálculos?

Hrádek seguía contemplando el riacho. –De modo que ése es el río Inn –dijo–. Apenas un riacho por ahora, pero extremadamente ambicioso. Desde aquí corre a través de Austria, bordea Alemania, y casi llega hasta Checoslovaquia. Me recuerda a ciertas personas que he conocido.

Bohn fingió no haber oído. –¿Cuándo espera el arribo de Irina y Jo? –insistió.

–No lo espero.

–¿Cómo?

–Fueron demoradas.

–¿Por qué?

–Nada serio. Un bolso que faltaba. Y un pasaporte. Ligera dificultad en la frontera... lo suficiente como para que no aparezcan en medio de nuestras negociaciones con Kusak. Nos pareció que era lo mejor.

Bohn se tranquilizó. –Es más difícil, así. –asintió. ¿De manera que uno de sus hombres se convirtió en carterista?

A Hrádek no le hizo gracia el comentario.

–Buen trabajo –probó decir Bohn. Es conveniente asegurarse de tener los cuadernos del papá Kusak –Hrádek seguía sin hacer comentarios–. ¿Sabe –prosiguió Bohn– que en este momento se me ocurre algo estupendo? No veremos a Mennery en Tarasp, después de todo.

–¿Por qué no?

–Irina tiene que estar esperándolo en la frontera para cargarlo con sus nuevas dificultades. Está con ella allí, en este momento seguramente.

–¿Sí? –Los labios de Hrádek esbozaron una sonrisa casi imperceptible.

Seguramente está allí. En el instante en que vio que las interceptaban en la...

–Cruzó la frontera antes que ellas.

Bohn agitó la cabeza con aire de asombro. Sin duda habían suministrado información a Hrádek durante todo el viaje en el avión desde Innsbruck. Su automóvil tenía tanto teléfono como radio. Pero el informe sobre David no tenía mucho sentido.

–No lo creo. David no habría dejado a Irina en Merano. Hrádek desvió la mirada, fijándola en algo fuera de la ventanilla. –Cuénteme sobre mi mujer y Mennery –dijo.

Las cejas de Bohn se arquearon. –¿Su mujer? Sin duda estaban divorciados, pero dando muestras de tacto Bohn evitó mencionarlo. Se sentía aún atrapado–. Nada –dijo, buscando con trabajo una respuesta inocua–. Nada de importancia. Quiero decir –añadió cautelosamente al ver el rostro de Hrádek volverse bruscamente hacia él–, nada que tenga que ver con este asunto.

–Comprendo –dijo Hrádek, y luego calló.

Lo sabe, se dijo Bohn. Menos mal que no le di una respuesta categórica. ¿Y qué me importan a mí Dave e Irina, comparados con los favores que he recibido de Hrádek, y aun con los favores futuros? Jiri recuerda a sus amigos. Está subiendo hacia la cumbre. Dentro de unas semanas, bien podría ocupar un puesto máximo.

De pronto, con el consiguiente alivio de Bohn, Hrádek salió, aparentemente, de su estado de melancolía. –Estuve leyendo una guía sobre el vuelo a Innsbruck –dijo con su tono habitual, cortés y amistoso–. ¿Sabía usted que hay dos Tarasp?

Bohn se quedó mirándolo y sólo atinó a agitar la cabeza negativamente. Esto si que era un choque, en caso de que fuese verdad.

–Hay una cerca de esta carretera, una aldea, aparentemente junto a un balneario y una cancha de golf. Hay otra enteramente diferente, con un acceso también distinto, sobre la colina. Aparentemente es muy pequeña, sólo un castillo y unas pocas casas. ¿Cuál de las dos puede ser?

–La que está marcada en el mapa de David.

–¿Y ésta era...?

–Junto a la carretera. La dije...

–Muéstreme –Hrádek desplegó su propio mapa.

Bohn lo tomó. –Éste no es el mismo mapa –señaló. Pero encontró allí una aldea de Tarasp, junto a la carretera–. Es ésta –dijo señalándola. En cuanto a la otra Tarasp, era apenas visible. No le era posible leer el nombre sin arrimar el maldito mapa casi junto a la nariz. Miró fijamente, con una sensación de



verse ridículo, y por fin descifró las letras diminutas—. Se llama Taras Fontana –dijo—. No vale, Jiri, no vale.

–Sin embargo, es Tarasp, y así se llama en la mayoría de las guías. Fontana debe ser una aldea casi al lado, supongo. A la gente de aquí le gusta unir los nombres de sus poblaciones con guiones. ¿No vio ninguna Taras Fontana marcada en el mapa de Mennery?

–No pude. No tuve tiempo de mirar nada detenidamente. Lo que vi fue una sola palabra escrita en letras de tamaño normal. Tarasp.

–Entonces está decidido –Hrádek dobló el mapa, lo dejó caer cerca, y añadió, medio en broma–: Y será mejor para usted no haberse equivocado.

Bohn no hizo comentarios. Hrádek sabía que tenía razón, y que nunca habría dado el nombre de Tarasp de no haber estado bien seguro. Su información siempre había sido exacta, y Hrádek lo sabía bien. ¿Por qué otro motivo había actuado Hrádek con una velocidad tan increíble? No cabía duda de que el hombre era un genio político y su capacidad de organización, de formular planes, óptima. Deslumbrante. En unos pocos años, pensó Bohn, se habrán escrito cincuenta libros sobre él y millares de artículos, pero yo seré la autoridad. Además, mi libro será el mejor. Con las relaciones que tengo, no puede dejar de serlo. Se arrellanó en su asiento y se dejó llevar por esta admiración de sí mismo durante el trayecto hacia Tarasp, mientras Jiri daba instrucciones complicadas pero exactas al chofer. Jiri, pensó Bohn divertido, había leído a fondo la guía. Ahora daba orden de detenerse. Estaban a un costado del camino, sin molestar al resto del tránsito.

El automóvil de Pavel se detuvo detrás de ellos y Pavel se acercó corriendo con los últimos boletines. Bohn intentó seguir el torrente de palabras en checo y sacar algo en limpio de lo que había venido sucediendo. Y aparentemente había sucedido bastante. Pavel debía haber estado bastante ocupado durante el trayecto a Tarasp, en constante comunicación con distintos lugares. Especialmente, con una estación de servicio del lado suizo de la frontera, un café junto a la carretera algo más al oeste, y un lugar de acampar después de que la carretera doblaba hacia el sur. Le habían dado la hora exacta en que un Mercedes verde, con chapa de Viena, había viajado junto a ellos a gran velocidad, y si bien no había identificación completa, los números de la chapa eran los que correspondían. En el lugar para acampar Stefan había comenzado a seguirlo. Se había detenido breves minutos en dos oportunidades para comunicarse por radio con Pavel. El último informe de Stefan, de hacía diez minutos, era que el Mercedes se aproximaba ahora a la ciudad de Scuol. Desde entonces no había llegado ningún otro informe.

–¡Separados! –dijo Hrádek a Pavel—. Adelántese bastante a nosotros. No dé ningún indicio de que viajamos juntos. Una vez que haya pasado la primera curva deténgase. Mantenga contacto por radio. Y dígame a Stefan que los próximos informes deben llegar directamente a este auto –Pavel se alejó corriendo.

Hrádek volvió a hablar en inglés al dirigirse a Bohn –Nos quedaremos aquí, en el límite sur de Tarasp. No es necesario avanzar hasta que sepamos que el Mercedes ha llegado a la casa de Kusak. Y podría ser en cualquier momento. Scuol queda solamente a diez kilómetros al norte de aquí.

–Diez kilómetros... tenemos poco margen –dijo Bohn. Anochece ya.

–Nosotros, no. Él, sí.

–¿Dave? –Pero David había estado corriendo a gran velocidad. *No había identificación completa*, había informado Pavel. ¿Qué diablos había querido decir? ¿Identificación del conductor? Posiblemente. Hrádek lo había interpretado así, conforme a su firme convicción de que Mennery viajaba solo. Y no pienso discutir nuevamente ese punto, reflexionó Bohn. Especialmente ahora que Hrádek tiene otro problema en la mente.

–¿Quién más podía ser? –repuso Hrádek irritado–. Está retrasado. ¿Qué le hizo demorarse tanto? Hace una hora que tendría que haber llegado.

–El tránsito de los sábados –sugirió Bohn.

–Lo salvó muy bien una vez que cruzó la frontera. –La demora, pensaba Hrádek, se había producido antes de que Mennery llegara a Suiza. ¿Qué la había causado?

–¿Pero no lo iban siguiendo durante todo el trayecto?

–No –repuso Hrádek lacónicamente. Ludvik había fracasado en toda la línea. Mennery había salido del garaje de Merano antes de que hubiese un hombre disponible para seguirlo. Ludvik había estado demasiado ocupado con el automóvil de Krieger. Y su único triunfo había sido las manos vendadas de Krieger–. No era necesario. Teníamos a Stefan esperando donde era más importante. –En cuanto a Ludvik... bueno, ya se ocuparían de él más tarde.

–¿Quién es Stefan? ¿Cuándo apareció en la escena?

–Yo lo mandé.

–No pretendía ser curioso –aclaró Bohn–. Sólo estoy un poco sorprendido. –Y verdaderamente lo estaba–. Me asombra, Jiri.

Hrádek se permitió una sonrisa. Stefan llegó a Merano esta, mañana. En las primeras horas de la tarde lo hice salir para Suiza. Preparó el terreno, por así decir, para asegurarse de que algunos ojos amigos se mantendrían alertas. Ahora está siguiendo el Mercedes. A su destino –Hrádek miró su reloj. Se comunicará con nosotros en cualquier minuto.

–¿Y luego? –Bohn volvió a sentirse nervioso.

–Se queda cerca de la casa de Kusak, nos dice cómo debemos llegar hasta allí. Esperamos. Hasta los primeros minutos del crepúsculo, mientras haya luz suficiente como para localizar fácilmente la casa.

Cuando oscurezca, avanzamos. –Aquí hizo una pausa. –Simple. La sorpresa es siempre el elemento del triunfo

*Avanzamos...* A Bohn no le gustaba nada esa palabra. A pesar de ello debía aceptar la desagradable verdad. Se requeriría una persuasión apoyada en la fuerza para introducir a Jaromir Kusak en un automóvil y llevarlo hasta el aeródromo. Contempló melancólicamente la carretera al frente que ahora desaparecía en una curva y se ocultaba detrás de árboles frondosos. Tenía los labios resecos. No debió haber venido, debió haberse negado. Pero, ¿cómo? No era posible, sin perderlo todo. Sin que su pasado quedase revelado, mediante datos pasados sutilmente a la prensa norteamericana. Su futuro... no, ni se atrevía por el momento a pensar en él. –Y una vez que avancemos –dijo–, ¿qué sucede?

Hrádek lo miró como si fuera un chico de dos años. –Lo que venga dijo en voz baja–. No vine hasta aquí para perder. –Y seguidamente, al ver la expresión de Bohn, añadió con impaciencia–. Esto no es asunto suyo, como ha estado recordándomelo...

En ese momento se oyeron señales en la radio y la atención de Hrádek se desplazó a la voz apresurada de Stefan. Bajó el volumen a fin de oír él solamente y dijo: –hable con más claridad. Sí, oigo mejor –y escuchó en silencio hasta que recibió todo el informe–. ¡Tome esa carretera! Sí, ahora mismo, antes de que oscurezca completamente. Y no se deje ver hasta que llegemos allí.

¿Algo andaba mal?, se preguntó Bohn. Pero Hrádek mantuvo su actitud fría y competente al ordenar al conductor que se pusiera en marcha y avanzase. Casi sin detenerse envió nuevas órdenes a Pavel y Vaclav. Una vez terminado esto y que el automóvil comenzó a pasar los codos y curvas en un camino que se había vuelto angosto, y parecía ahogado por laderas escarpadas y espesos bosques que seguían el curso del río al internarse éste cada vez más en el valle, Hrádek se volvió hacia Bohn. Durante unos segundos perdió el dominio de sí, y estalló en un torrente de violentas maldiciones en checo que dejaron paralizado y mudo a Bohn.

Por fin recobró el control. –Stefan perdió de vista el Mercedes en una de las curvas de ese maldito camino. Siguió corriendo hasta llegar casi al automóvil de Pavel. Fue entonces que cayó en la cuenta de que el Mercedes debía haber atravesado el río algo atrás, y tomado un camino lateral paralelo a la orilla opuesta. –Stefan había pasado asimismo otro dato. –Había por lo menos dos personas en el auto, posiblemente tres. Refuerzos, sin duda. Bueno, pensó Hrádek, los arreglaremos de cualquier manera. Con Stefan y nuestros dos conductores, seremos seis. Seis y medio, contando a Bohn.

–¿Vio otra vez al Mercedes? –preguntó Bohn. Pronto vendría el crepúsculo. De noche sería difícil distinguir un Mercedes oscuro.

–No.

–En ese caso nunca lograremos localizar a Kusak. –Y toda esta pesadilla para nada, pensó Bohn, todas esas horas durante las cuales había estado en el potro del tormento.

–Lo encontraremos. El camino lateral es corto. Va cuesta arriba. A ese otro Tarasp.

El rostro de Bohn palideció mortalmente.

–El Tarasp con el castillo. ¿Recuerda? –Los ojos de Jiri Hrádek eran tan duros como su voz.

## VEINTIDOS

David dio un suspiro de alivio cuando llegaron al camino hacia Tarasp. Había tomado un atajo desde la frontera suiza, con un tramo lleno de codos en ángulo agudo que habían dado lugar a un silencio total en el interior del Mercedes. Ahora sólo quedaba un ascenso relativamente prolongado a lo largo de la margen derecha del Inn, que corría en dirección a ellos, y ya David podía comenzar a concentrarse en el problema siguiente. Una preocupación tras otra, pensó

Jo –dijo–, ya estás bastante bonita. Ayúdame con este mapa. –Y se lo ofreció arrojándolo hacia el asiento trasero.

–Vas muy bien Es la carretera, y es la dirección –le dijo Jo, y siguió cepillándose el pelo para tratar de devolverle un poco de vida. Irina ya había terminado de peinarse. Se había sacado de la cara el polvo y las marcas de barro y estaban las dos otra vez presentables. Es mejor que te deshagas de ese impermeable, Irina. Está arruinado. Te prestaré un chaleco de punto. No puedes encontrarte con tu padre como una...

–¡Maldición! –estalló David–, ¡Fíjate en el mapa, Jo!

–Tarasp está al sur sobre esta carretera. No puedes pasarlo.

–Pero al responder esto Jo volvió a dejar caer su cepillo dentro de su valija. Nunca convenía discutir con un hombre cansado, pensó, especialmente cuando además, tiene hambre. Comida, eso es lo que necesitaban. Y baños calientes. Y ropa que no tenga un aspecto como si las hubiésemos comprado en casa de un ropavejero. Abrió el mapa, e inmediatamente ubicó Tarasp.

–¿Marcado? –Dijo con tono de incredulidad–. ¿No fue...?

–Culpa mía –dijo Irina.

–Un percance –acotó David–. ¿Qué ves Jo? ¿Hay algún camino lateral que lleve a Tarasp?

–Nada.

–¿Estás segura? su tono era áspero. Krieger habló de un Tarasp arriba. Eso quiere decir que hay dos aldeas. Que compartía la cima de la colina con un castillo, había dicho Krieger. Pero un castillo no podía resultar visible hasta que fuera demasiado tarde para David hacer el correspondiente desvío. No quería demoras, ni retroceder, ni buscar.

–Veo un solo Tarasp, y queda cerca de la carretera –dijo Jo mientras extendía una mano hacia su valija–. Yo tengo un mapa suizo... puede que tenga mayor detalle. –Al decir esto lo abrió ¡David, por favor! ¿No puedes calmarte un poco? ¿Unos minutos, por lo menos? Esta letra diminuta es realmente...

Aquí se interrumpió y pudo concentrarse mejor al disminuir David la velocidad. –¡Qué complicado es esto!

–Dime por qué –dijo David, resignado a lo inevitable. Debió haber adivinado que Krieger no podía haber elegido un lugar fácil de encontrar. No eran para Krieger las aldeas ubicadas claramente sobre una carretera bien recta.

–¿A qué distancia estamos de Scuol? –preguntó Jo. ¿No te encantan los nombres como ése?

–Llegaremos dentro de diez minutos, más o menos –David estaba observando una motocicleta que casi los había alcanzado, pero de pronto disminuyó la velocidad y quedó así un poco rezagada. Era un vehículo de gran poder que había marchado detrás de ellos durante unos cuantos kilómetros. Debía ser la versión suiza de un cowboy, supuso David, y en realidad pensó que la motocicleta pasaría zumbando junto a ellos en cualquier instante. Pero no pasó. ¿Habría abandonado la contienda?, se preguntó David y siguió observándola por el espejo retrovisor.

–Muy bien –dijo Jo, la cabeza inclinada sobre el mapa, el dedo firmemente posado sobre la ruta–. Pasa a través de Scuol. Sigue durante unos tres kilómetros. Dobla a la izquierda y cruza el río hasta llegar a su margen derecha. Estarás entonces en un pequeño camino que va a Vulpera. –Ah, qué nombres estupendos, pensó–. Después doblas a la derecha. El camino se bifurca y tomas el ramal izquierdo. Corres colina arriba unos cinco kilómetros. Y estás allí. Tarasp. Con letra casi invisible.

–¿Con castillo?

Jo miró nuevamente y vio el diminuto triángulo colocado allí por algún meticuloso cartógrafo. –Sí –repuso. Y luego, como David no contestó, sino que se limitó a acelerar, preguntó:–¿Quieres que te lo repita todo?

–No. Bendita seas Jo. Más claro que el agua –David volvió a ver la motocicleta, que a su vez había aumentado la velocidad.

–¿Ahora, puedo cepillarme el pelo?

–No. Tienes que mirar las indicaciones ruteras. Las miraremos juntos.

–Hombre cuidadoso, ¿eh? –Pero a pesar de su comentario se desplazó bien hacia la izquierda del asiento trasero para ver el río y su puente.

–A veces –repuso David, mirando a Irina. ¿Qué tal, mi amor? –le dijo en voz baja–. ¿Estás bien? –Y ahora, se dijo, queda un último problema que resolver, el más importante de todos. Sabía, no obstante, que estaba resuelto a pesar suyo, sin que hubiese intervenido su voluntad u opinión. ¿Qué otra cosa

podía hacerse? Miró la motocicleta, y disminuyó la velocidad. La motocicleta también disminuyó la suya, y tuvo que avanzar detrás de un ómnibus de gran tamaño.

—¿Por qué ir más despacio aquí? —quiso saber Jo. Miró fuera de la ventana trasera e inmediatamente volvió a entrar la cabeza al recordar las indicaciones de David. Perfil inclinado, cabezas bajas, les había dicho. Déjense caer, vuelvan a dormirse pero no ayuden a nadie a mirarlas bien.

—Mantengo una velocidad mediana. —Y esto era lo que quería en ese momento. Que aquel maldito se acostumbrara a su velocidad, pensó David.

Irina preguntó alarmada: —¿Hay un auto siguiéndonos?

—No hay auto —David no mencionó la motocicleta. La calma aparente de Irina se había resquebrajado con aquella pregunta ansiosa.

—Scuol —anunció Jo—. Irina, ponte ese chaleco. ¡Por favor! —pidió al dárselo.

Con una sonrisa, Irina lo rechazó. —Necesito este impermeable. —Palpó suavemente los bolsillos y el contorno tranquilizador de los cuadernos. David había notado el movimiento de sus manos. Sí, —le dijo ella—, los dos están sanos y salvos. —Advirtió la sorpresa de él, seguida por regocijo. David agitó la cabeza y se echó a reír. E inmediatamente sus ojos volvieron a concentrarse en el camino.

—Bueno, eso si que es un buen sonido —comentó Jo. En todo este viaje David no había sonreído levemente ni una vez, ni siquiera cuando las había despertado en el primer puesto de frontera para decirles que se arrancasen las malditas pelucas de manera que alguien creyese en la autenticidad de las fotos de sus pasaportes.

—David .empezó a decir Irina—. Mi decisión está hecha. Era esto lo que te preocupaba. —Pero David no contestó nada. Mal momento para hablar, decidió Irina al verle la cara, y calló.

Toda la atención de David estaba en la carretera. Estaban saliendo de Scuol y el motociclista había quedado algo atrás, como si considerase que con la velocidad anterior corría el riesgo de que lo descubrieran: Todavía se alcanzaba a verlo, sin embargo. Pero no sería por mucho tiempo, le prometió David mentalmente. El camino al frente comenzaba a curvarse como una serpiente. A un costado se levantaban árboles de grueso tronco y colinas muy juntas y escarpadas. En el otro, corría un riacho de curso muy rápido por una garganta cada vez más estrecha. Y ahora, una vez que doblase la próxima curva, sería el momento de aumentar bruscamente la velocidad. —Sosténganse bien —advirtió.

—¡El puente! —le gritó Jo—. No olvides el desvío.

No lo había olvidado. Disminuyó la marcha lo suficiente como para virar sin riesgo a la izquierda sobre un viaducto relativamente alto cuando cruzaron la garganta. Miró rápidamente hacia atrás. La motocicleta no había llegado aún a la curva. Dobló a la derecha. Estaba ahora en un sector cubierto de espesura, completamente oculto de la carretera que corría por la margen opuesta.— ¿El próximo codo corre cuesta arriba, en el brazo izquierdo? —La voz de David era casi alegre.

–Sí –le dijo Jo– ¿Quieres explicarme todo esto? –Aparentemente él no la oyó–. “Cállate”, me explicó el hombre –dijo medio en broma. Era un chiste trillado y además, de otro, pero era mejor que nada. ¿Qué le preocupa? Está en el brazo izquierdo, faltan sólo tres kilómetros, tiene su mujer al lado, y tendría que estar feliz. ¿O acaso nos sigue alguien más? Se preguntó Jo en ese instante, con alarma. Nada, salvo un angosto camino rural que ascendía entre masas de flores silvestres, serpenteando colina arriba. A su derecha, campos verdes que caían hacia el valle y una carretera ahora invisible. A su izquierda, una elevación de peñascos y rocas, y formaciones alpinas cubiertas de pasto. Paz, pensó, una puesta de sol magnífica en puertas, nubes blancas y sedosas cuidadosamente dispuestas para asegurar el máximo efecto. La montaña también le agradaba, pues los rodeaba sin aproximarse demasiado, como si hubiera decidido dar a esta pequeña colina un poco de espacio para respirar libremente. Había tenido ya bastante cantidad de montañas enormes arriba de ella, casi, en los últimos dos días. A la distancia, en cambio, formaban un telón de fondo magnífico contra un cielo de un azul desteñido.

David tomó una mano de Irina: –Pronto llegaremos. Un kilómetro más.–¿Y luego? Sabía, no obstante, lo que debía hacer. Apretó los labios y miró para otro lado.

Irina se enderezó para besarlo en la mejilla: –Mi amor –le dijo en voz baja–. No sufras. Te lo pido. Me quedaré contigo. Mi padre me escuchará. Estoy segura. Dame tiempo solamente para hablar a solas con él, para decirle... sé que me escuchará. Lo sé. –Dejó libre la mano de David para permitirle evitar a dos chicos, tres cabras y un perrito sobre el camino–. Todo lo que él quiere es verme feliz, segura, libre. Todo lo que necesita saber es que estoy feliz –Irina rió e hizo un saludo a los niños–. Y te verá y hablará contigo. No será difícil. Dale un poco de tiempo para que...

–¡Castillo a la vista! –exclamó Jo señalando lo alto de la colina a la izquierda. Increíble, pensó que algo que se levantaba tan orgullosamente sobre su propio montículo de verdor hubiese sido invisible hasta aquel instante.

El Mercedes cubrió el codo final, pasó frente a las modestas verjas del castillo; y se detuvo junto a una fuente coronada con un pequeño pedestal y geranios rojos. Se encontraban en una pequeña plaza si acaso podía dársele ese nombre, pensó David, con unas pocas casas que retrocedían respetuosamente para contemplar el castillo frente a ellas.

–¿No esta habitado? –preguntó Jo. –O bien están cenando, los doscientos habitantes de esta aldea. – No eran muchos más que esa cantidad los que podían vivir en la cima llena de las colinas –Irina, mira esas paredes decoradas, y esa madera tallada, y esas ventanas en nichos! Míralas, ¿quieres? En el más puro estilo alpino de la Engadina.

David había estado estudiando la única calle que alcanzaba a ver. Estaba flanqueada por otras casas de la Engadina, muy juntas entre sí, grandes y sólidas, blanqueadas con cal, de tres pisos de altura. Muchas estaban decoradas con motivos cuidadosamente pintados, algunos de ellos en torno a una ventana o una puerta para destacarla, otros sobre la pared para adornarla. David estaba buscando el

motivo que Krieger le había descrito, y preguntándose si podía arriesgar entrar con un automóvil voluminoso en aquella calle estrecha, sin raspar o dañar parte de la aldea. Pero no tuvo que buscar mucho. De una casa cerca de la esquina y de la plaza salieron dos hombres, se quedaron junto a la puerta en el primer piso unos instantes, y luego bajaron por los anchos escalones de piedra hasta llegar a la planta baja. Uno de ellos vestía uniforme. El otro era un civil, alto y delgado con pelo rubio que comenzaba a encanecer y ralea. Mientras los saludaba con la mano, sonreía ampliamente. Era Hugh McCulloch, mucho más feliz que cuando David lo había visto por última vez en un vuelo trasatlántico hacia Amsterdam.

—¿Cuál casa? —preguntó Jo a David cuando éste detuvo el motor y puso el freno de mano. Espero que sea la que tiene el perro en la ventana —dijo señalando una casa que miraba hacia la fuente.

Irina la vio y echó a reír. —¡Mira, David! Un perro grande, sobre el alféizar de la ventana, echado junto a un macetero de geranios.

Pero David estaba ya fuera del automóvil, llamándolas.

—¡Vamos, vengan! —No había un minuto que perder, se decía repetidamente.

Irina oyó el tono impaciente de su voz. Se acercó corriendo del otro costado del automóvil, tendiéndole la mano. —¿Ocurre algo? —dijo, y calló bruscamente al ver a dos hombres, dos extraños, inmóviles al pie de los escalones.

—No. —No podía decírselo. Resistiría cinco, quizá diez minutos, que transcurrirían con ruegos, llanto y discusión inútil que le destrozarían su propio corazón. Dijo solamente, pues—: Estás con tus amigos.

Irina lo asió de los hombros y lo abrazó con fuerza.

—¡Estamos aquí y estamos seguros, gracias, gracias, a Dios! ¡Ah, David!... —Y levantándose en puntas de pie lo besó. Qué importa perder un minuto, pensó David, ni qué importan McCulloch o su amigo uniformado, y a su vez besó a Irina... largamente. Luego, tomados de la mano y riendo y hablando atropelladamente cruzaron la pequeña plaza.

No podía ser mejor, pensó McCulloch tratando de dominar su asombro. Miró al coronel Thomon a su lado.. ¿Qué precio tendría ahora esa historia de un secuestro? Pero como diplomático transformado en abogado, McCulloch no hizo ningún esfuerzo por influenciar a este testigo altamente importante. No pudo resistir la tentación de mirar hacia atrás por el zaguán de la casa para ver si Ernest Weber había salido también para observar la llegada. Sí, estaba de pie en el escalón superior, muy discretamente, ocupando el fondo, observándolo todo con sus avezados ojos de periodista. Mejor, y mejor, pensó McCulloch y se adelantó para estrechar efusivamente la mano de David. ¡Irina! —dijo a la muchacha. Cabello rubio, ojos azules, sonrisa tierna de un bello rostro... ¡bienvenida! No tiene ni la menor idea de cuánto la esperábamos. Su padre la espera dentro. Insistimos en que no se dejase ver. ¡Hola, Jo! ¡Qué gusto verte!



–Cuándo puede Kusak... –empezó a decir David, pero McCulloch movió la cabeza en un gesto de advertencia y le dijo–: Primero quiero presentarlos a todos al coronel Thomon, quien hizo un viaje especial hasta aquí para asegurarse de que no haya ninguna irregularidad. –¿Qué es esto? ¿Un interrogatorio de las autoridades de inmigración sobre una colina?, se preguntó David. Pero McCulloch había impuesto su voluntad. El coronel Thomon hizo la venia primero a Irina, luego a Jo y por último estrechó la mano de David. Les estudiaba los rostros, fingiendo no haber reparado en sus ropas.

–Hace casi dos horas que estamos aquí –decía McCulloch–. El coronel Thomon estaba por irse. Tiene unas cuantas preguntas que quisieran le contesten. –También yo tengo unas cuantas, bien concretas, se dijo McCulloch seguidamente.

El coronel asintió. –¿Hablo en inglés? –preguntó a Irina–. ¿En francés, en alemán?

–En inglés.

–Seré muy breve. ¿Se fue usted de Checoslovaquia por su propia voluntad?

–Sí, –dijo Irina sorprendida.

–¿Nadie la obligó a venir aquí? –El coronel miró sucesivamente a David y a Jo.

–Nadie. Me ayudaron a escapar. –¿Y por qué habría de preguntarme todo esto? –se dijo Irina. Luego recordó la nota periodística que había mencionado Jo en Merano–. No me secuestraron. Mis amigos me recogieron en Viena y me trajeron sana y salva hasta aquí.

–¿Para qué vino?

–Para ver a mi padre, Jaromir Kusak.

–¿Y usted también –le dijo cortésmente el coronel–, quería pedir asilo en Suiza?

Irina titubeó. –Yo...

–Sí –dijo apresuradamente David–. Exactamente. –Luego miró insistentemente su reloj y seguidamente la carretera que los había traído hasta Tarasp. Esperaba que el coronel hubiese captado el mensaje.

–No tengo más preguntas –dijo el coronel, y dirigió una sonrisa a Irina. Pero sus ojos, fijos nuevamente en David, lo estudiaban con curiosidad.

–Irina... entra y no te dejes ver –insistió David.

–Y tú, también –Irina le tomó una mano.

–Más tarde. –Le besó la mano y trató de empujarla hacia los escalones. Con un gesto de desesperación, se volvió hacia Jo. ¡Hazla entrar, por favor!

Jo se detuvo para decir al coronel: –Hoy intentaron matarla.

–¿Quiénes? –El coronel no sonreía ahora.

–Dos asesinos buscados por la policía de Viena. Checos. Hombres de Jiri Hrádek.

El coronel conocía el nombre. –¿Los siguen aún?

–Esos dos, no. Pero hay otros... creo... –duró a David. Sí, había otros—. Vamos, Irina, a ver si subimos por esa escalera. No son tan difíciles como las que trepamos hoy con Jan y Milan detrás.

–¡Sí, vayan! –les dijo McCulloch alarmado.

–¿Nos siguieron hasta aquí? –preguntó Irina. Seguía mirando a David.

–¿Por qué crees que David iba corriendo como un loco? –le preguntó Jo vivamente.

Sin detenerse más Irina subió por la escalera, se detuvo en mitad del camino, se volvió y miró hacia atrás. David le hizo un gesto de que siguiera subiendo. Irina llegó a la puerta, que se cerró tras ella.

–¿Cuándo –empezó a decir David otra vez– puede salir Kusak de aquí con Irina? ¿Dentro de cinco minutos? ¿Diez? No más. Créame. No más. ¿Y dónde está su automóvil? –preguntó a McCulloch—. Conocen el mío.

–En ese galpón, allí. El coronel vino en helicóptero, naturalmente.

–¿Helicóptero? ¿Dónde está?

–En el prado.

–¿Al este o al Oeste de esta colina?

–Al este.

–En ese caso no lo verán –David estaba pensando en voz alta—. El oeste es el lado de la carretera. – Había verificado esto luego de mirar fijamente hacia el sol que ya se ponía—. ¿Cómo se llega al helicóptero?

–Espera un minuto, David –interpuso McCulloch, mirando ansiosamente al coronel.

–Nos siguió una motocicleta a través de Senol. Conseguí eludirla en el puente. Pero volverá, buscando ese desvío. Lo encontrará. Estará aquí...

–Un hombre –McCulloch se tranquilizó algo.

–Y otros que lo siguen –dijo David—. Refuerzos... todo el día han estado trayendo refuerzos. ¿Por qué detenerse ahora?

El coronel ascendió ágilmente por los escalones. –Es mejor que usted venga también –dijo a McCulloch—. Puede explicarle a la muchacha mejor que yo. Puede que ella... Se encogió de hombros, miró nuevamente a David, y añadió–: Lamento que no podamos llevarlo con nosotros. El uso del helicóptero está limitado.

–Tengo que esperar a Krieger –dijo David a McCulloch, que aún vacilaba–. ¿Tiene noticias de él?

–Todavía no.

–En marcha, Hugh. Dígale a Irina... dígale que arreglaremos algo. Cuando estemos seguros –David vio a McCulloch correr escaleras arriba, detenerse un instante a hablar con un hombre de cabello oscuro que había disimulado su presencia junto a la puerta durante los últimos minutos.

–No es nada –dijo el desconocido a McCulloch. Me alegro de que me persuadiese de venir. Ha sido muy revelador. –Luego, bajando por los escalones en dirección a David: Soy Ernest Weber –dijo, tendiéndole la mano–. Periodista. De Ginebra.

David le estrechó la mano. Creí que Kusak huía de los periodistas.

–En general, sí. Pero éste era un día algo especial. ¿No está de acuerdo conmigo? –Los ojos bondadosos de Weber contemplaron el rostro agotado del norteamericano. ¿Tiene un saco en el auto? Lo necesitará con este aire de la noche. Siempre hace frío en las montañas –Weber, en cambio, estaba bien protegido por un sobretodo de pelo de camello–. Y creo que es mejor alejarse de esta casa.

David asintió. En mitad del caminó a través de la plaza, se detuvo para mirar hacia atrás. No había ningún signo de Irina ni de Kusak. Ni tampoco del coronel o de McCulloch.

–No utilizarán esa puerta –le dijo Weber–. Harán una salida menos pública. Y luego seguirán un sendero hacia el prado del este. Seguramente ya están en camino. Si conozco bien al coronel, los habrá obligado a ponerse en marcha de inmediato. Tome... creo que necesita un poco de esto –le dijo pasándole un frasco de bolsillo de coñac.

–¿De dónde es? ¿Inmigración?

–No, informaciones de no sé qué. Siempre se muestra muy vago cuando le pregunto. Nunca he logrado apestillarlo.

–Pero, ¿por qué...? –David decidió callar. Estoy demasiado cansado para aclarar esto, pensó. Bebió un poco de coñac.

Detrás de él oyó la voz de Jo. –¡Espéranos! cuando se volvieron la vieron bajando los escalones, acompañada por un hombre uniformado.

–Es el capitán –dijo Weber–. Uno de los genios del coronel.

–Luego volvió a reír. Se divertía enormemente–. ¿De modo que también a él lo "bajaron"? ¿Es ésa la palabra? Ha estado custodiando a Kusak. Ahora, supongo, su presencia significa que Kusak no está ya en la casa. Como ve, nuestro gobierno siente una gran responsabilidad frente a Jaromir Kusak. Lo custodian en forma amistosa. Ah, sí. Saben dónde vive... por lo menos, dos o tres hombres lo saben.

–¿Usted lo sabe?

David comenzaba a revivir.

–Ni siquiera sé quiénes son esas dos o tres personas.

–¿Nunca se le ha escapado nada?

–¿Ah... esa especialidad de Washington? No. La falta de discreción no es uno de nuestros vicios.

–A la salud de Suiza –dijo David, preguntándose si acaso no estaba ya algo ebrio.

–¿Puedo tomar yo también? –preguntó Jo.

–Sólo un sorbo –le dijo Weber–. El aire frío dobla el efecto.

El capitán sin nombre asintió con una leve sonrisa.

–¿Por qué te quedaste? –quiso saber Jo, algo enojada.

–Creo que todos deberíamos irnos ya –observó el capitán.

El señor McCulloch me dio las llaves de su auto. Manejaré yo. ¿Adónde quieren ir?

–Samaden está bien para mí. Allí es donde entré en escena –dijo Weber sonriendo–. Aproveche su rango militar, capitán, y seguramente encontraremos un avión. Ésta es la ventaja de viajar con militares. Todo está arreglado de antemano. Y verdaderamente creo –dijo dirigiéndose a Jo– que usted necesita una buena noche de sueño... lejos de aquí.

–Estoy esperando a Walter Krieger –dijo Jo. Se miró los zapatos raspados, el rasgón en el abrigo azul de Irina, las manchas de barro que no había podido quitar. Le dolía el codo derecho y tenía magulladuras en las rodillas... –No se preocupe por mí. Estoy perfectamente. Siempre tengo este aspecto.

–Yo también me quedo –dijo David. Vio que los suizos se apartaban algo para conferenciar en voz baja.

–Creen que somos idiotas –dijo Jo–. Y puede que lo seamos, después de todo. Pero... dijo luego mirando ansiosamente a David–: Krieger puede llegar aquí en cualquier momento. No puedo permitir que llegue corriendo para no encontrar a nadie.

O a gente que no corresponde, pensó David. Asintió para tranquilizar a Jo y mantuvo los ojos fijos en el cielo hacia el este. Todavía quedaba algo de claridad, pero anochecía rápidamente. Y entonces lo avistó, el helicóptero sobre el campo, que luego hizo un leve movimiento hacia adelante, quedó estacionado un momento y comenzó a levantar vuelo. Está a salvo, pensó. A salvo.

El capitán había vuelto a su lado. –Hay una motocicleta que se acerca por la colina. ¡Escuche!

Todavía se veía el helicóptero, un punto negro, lejano, contra un fondo de picos oscuros.

–¡Escuche! –repitió el capitán.

La atención de David volvió lentamente hacia él.

–Es la motocicleta –dijo Weber–. Tenía usted razón. Lo siguió. Pero ha llegado un poquito tarde, creo  
–David volvió a mirar el valle hacia el este. El helicóptero había desaparecido.

Jo estaba mirándolo. Se volvió, buscó su chaleco dentro del automóvil, y se lo puso sobre los hombros. –Tengo ese recorte del diario en alguna parte –dijo mientras seguía buscando. ¿Lo viste, Dave? Una historia descabellada sobre un secuestro. Irina –y pronunció el nombre con gran claridad–. Irina fue secuestrada por unos bandidos norteamericanos que pretendían hacer víctima de sus fechorías al pobre Jiri Hrádek. –Esto surtió el efecto deseado.

–¿Es de una agencia noticiosa? –preguntó David, volviéndose rápidamente–. Dámelo, Jo.

–No lo encuentro –dijo ella despreocupadamente–. Pero es lo que decía, en resumen.

–No se preocupen –los tranquilizó Weber–. No durará mucho. He visto y oído lo suficiente como para poner fin a ese rumor aun antes de que llegue a crecer del todo.

–¿Sabe una cosa? –le dijo Jo. Usted, es el hombre más valioso que tenemos aquí. Creo que debería partir ya mismo. Me gustaría leer su columna mañana.

Weber sonrió. –No es una columna –dijo suavemente–. Es una página.

–¡Qué interesante! ¡Tenemos un destructor de mitos de nuestro lado! Se ha detenido –añadió inmediatamente Jo. Estaba casi aquí y ahora se ha detenido.

Era verdad. La motocicleta se había detenido en el último codo del camino. En la penumbra creciente se la veía solamente como una sombra algo distante.

–¿Qué espera? –preguntó Weber.

–A los otros –repuso David.

## VEINTITRÉS

Pasó un minuto, aparentemente interminable. El motociclista miró con ojos muy abiertos a las cuatro personas agrupadas junto a un automóvil. No alcanzaba a identificarlas a la distancia, pero el automóvil era del tamaño y color correctos, y era además de tono oscuro. Estaba detenido frente a la casa que daba sobre esa carretera De manera que era el lugar. Se volvió y regresó con la motocicleta hasta doblar nuevamente el codo, arrimándose mucho al paredón escarpado.

–¿Es ése quien lo siguió? –preguntó el capitán a David cuando el motociclista desapareció.

–No alcancé a verlo bien. – lo cual significaba asimismo que, tampoco el motociclista había podido verlos bien a ellos.

–¿Se fue? ¿Del todo? –preguntó Weber–. Quizás era alguien que se había perdido. Quizá se encontró en otra aldea.

Cualquier día, pensó David. –¿Supongo que ahora está caminando colina abajo?

–Puede que tenga dificultades con su batería –sugirió el capitán–. ¿Notó usted que vino sin luces?

–Lo noté. –En aquel momento se encendieron los faroles callejeros detrás de él, dos de ellos colocados muy alto debajo de los aleros de las casas próximas para iluminar parte del sector donde estaban. Ahora el hombre los vería, sin duda, si sólo daba unos pasos delante de la curva formada por la pared del camino.

–¡Retrocede, Jo, cúbrete! –David hizo un gesto al capitán y a Weber–. Ustedes, también –Jo y Weber advirtieron la ansiedad en su voz y buscaron la protección del automóvil. El capitán, en cambio, no se movió, las manos detrás de la espalda, los ojos fijos en el camino, que era ahora una cinta negra.

–¿Y usted? –preguntó el capitán.

–Cuentan con verme.

–¡Ah! Pero a la señorita Corelli, ¿no?

–No –dijo Jo. Decididamente, no. –Durante un instante su mente recordó Santa María. Sé estremeció y notó que la curiosidad de Weber era ahora evidente–. ¿Dónde está toda la gente? ¿Por qué no están dando un paseo vespertino por el pueblo? –Jo miró enojada la casa detrás de ella–. No hay ni un perro en la calle. –Como en las otras casas, se habían encendido unas pocas luces al aumentar la oscuridad, e inmediatamente habían cerrado herméticamente las persianas. La verdad es que todas las persianas estaban cerradas. Nada, salvo manchas de madera oscura que la miraban desde las paredes blancas.

El capitán dijo: –Han estado en los cultivos todo el día. ¿Por qué habrían de salir a caminar de noche?

–Ah –repuso Jo–, y ¿seguirán durmiendo profundamente cuando empiecen los disparos? –Pero para entonces sería demasiado tarde para David y para ella.

Weber la miró fijamente. Sin duda habla en broma.

Sin duda. Hablo en broma. –Pero Jo se estremeció nuevamente, y apretó las mangas del chaleco en tomo a su garganta.

–Será mejor que no intenten nada de eso –observó Weber–. No hay una casa en esta aldea... ni en ninguna otra aldea de Suiza, donde no haya guardado un fusil y un uniforme. Todos formamos parte del ejército de reservistas, ¿sabe?

–¿Usted, también?

Weber hizo un gesto afirmativo. La sorpresa de ella le agradó. –Es una manera de hacer respetar nuestra... neutralidad.

Espero, pensó Jo, que puedan hacerla respetar aquí mismo. Pero primero, Weber debía dejar de buscar explicaciones plausibles para todo lo que sucedía. No estaban frente a la razón, como suponía este pobre hombre. Esa noche, no.

–¡Ahora viene un auto! –dijo, y escudriñó con el testó de ellos el camino oscuro–. Está a mitad de camino de la cima de la colina –dijo el capitán a David.

–Tienen un auto bastante poderoso.

–Tienen que tenerlo, para subir en primera.

–Sí, pero aun así... –David trató de apreciar el volumen del sonido. ¿Más de uno?

–Puede ser. Dos, posiblemente.

David dijo: –Quisiera atraerlo hasta la plaza, para ver quiénes son.

–Yo también –observó el capitán.

–En ese caso, creo que debe alejarse de mí. Si alcanzan a ver un uniforme...

–En todo caso se verán obligados a subir hasta la plaza. No hay lugar para que un auto de media vuelta en esa carretera. Y tampoco hay mucho espacio aquí.

–Lo sé. Pero en materia de táctica...

–Ah, sí. Una pequeña sorpresa. –El capitán sonrió mientras miraba a Jo. Eso es mejor que las armas. Señor Weber, por favor acompañe a la señorita Corelli a cobijarse detrás del auto. Mantengan la cabeza, baja. –Él mismo se dirigió a un galpón ubicado en el otro extremo de la plaza, pero sólo dio unos pocos pasos. Así estará muy bien –dijo. Estaba ahora oculto de la vista de cualquier vehículo hasta que llegara dentro de la aldea.

Era un hombre obstinado, pensó David, y se alegró de ello. Y las dimensiones de aquel reducido espacio de terreno aumentaban su tranquilidad. No era un punto donde fuese posible disparar a quemarropa y huir. Había un mínimo de espacio para permitir maniobrar a un automóvil, y el Mercedes no facilitaba las cosas, ni tampoco el aljibe, fuente y bebedero combinados. De manera que habían venido para tenderles una trampa. ¿Qué intentarían hacer? Introdujo una mano en el bolsillo y la mantuvo allí, los dedos aferrados a la Beretta, al ver el primer haz de luces. Dos autos –informó el capitán. Los automóviles se detuvieron con los motores en marcha–. Deben estar hablando con el motociclista.

La conversación fue breve. Los autos reanudaron la marcha con las luces bajas y luego se detuvieron casi a la entrada de la plaza. Alguien debía estar guiándolos, pensó David. Sus movimientos eran demasiados seguros.

De pronto se apagaron todos los faros. Negro sobre negro, pensó David. No veo nada. Están tan cerca, a doce o quince metros, no mucho más, pero lo único que puedo hacer es quedarme aquí y

escudriñar las sombras. Entonces oyó rumores de pasos al bajar alguien del segundo automóvil. De la oscuridad apareció un hombre caminando, quien avanzó hacia el borde iluminado. Era Mark Bohn.

—¡Hola! —dijo con tono cordial, mientras se dirigía directamente hacia David—. Oye, no debiste apresurarte tanto en Brixen. Si hubieras esperado a que me comunicase con Munich, podrían haberme traído hasta aquí. La misión en Munich ha sido postergada... no necesito estar allí hasta el próximo fin de semana. Aquí me tienen. —Amigoso, parlanchín, así era Bohn. El único síntoma de nerviosidad que revelaba era la forma en que miraba a David.

David no replicó.

—¿Por qué no? —siguió diciendo atropelladamente Bohn. Esta historia es demasiado buena para perdmela. Además, han sucedido cosas. Sí, cosas serias, David. ¿Tuviste tiempo de leer los diarios hoy? Leí un par de ellos en Brixen. Hay una noticia... no un rumor, de que secuestraron a Irina.

—¡Ah, por favor! —dijo David disgustado—. Sabes perfectamente bien...

—Hay un hecho que yo ignoraba. Y que tu también ignorabas. Washington está detrás de todo este asunto. Su agente es Krieger. La llamada huida de Irina podría ser un secuestro político. Y esto es lo que la gente está leyendo en este momento. Será mejor que empecemos a investigar a fondo, tú y yo, para no quedar complicados. Nos han utilizado, nos han manipulado. Y esto es algo que no puedo aceptar de nadie.

David contuvo toda réplica.

—Irina sabe más de lo que te dijo—. Tal vez puedas sacarle la verdad. Krieger negará todo, naturalmente, pero Irina te escuchará. ¿No crees?

Desásete de Bohn antes de que estalles, se dijo David. Sus dedos aferraron la pistola. —No está aquí.

—Está retrasada, ¿no? —Bohn no aparentaba estar muy sorprendido. Bueno... es un viaje difícil. Aun al llegar al fin, frente a la bifurcación, por poco pasamos de largo el camino de la colina— Bohn movió la cabeza lentamente al recordar el error. Más minutos perdidos, con Hrádek contando cada uno de ellos con furia silenciosa—. Si, un viaje difícil.

—Dijiste, "nosotros"? —le preguntó David con intención.

La voz de Bohn volvió a ser atropellada. —Traje conmigo a otro periodista, un viejo amigo, de toda confianza. Estaba encantado de la oportunidad de venir... la noticia del secuestro nos tenía a todos llenos de expectativa. Y dos de sus compañeros de la agencia de noticias también vinieron, pero mi amigo se hace responsable de ellos, de manera que también son de confianza. —Bohn hizo una pausa para seguir inspirándose. La variante sobre la historia de Hrádek le conferiría una coartada si Pavel y Vaclav apelaban a la violencia. Él no los conocía, sólo había aceptado la palabra de su amigo—. Me pareció una buena idea que estuviesen aquí, David. Necesitamos unos cuantos testigos para ratificar lo que descubramos.



–¿Y dónde encontraste a todos estos amigos comedidos?

–¡Vamos, David!... Bien conoces la bendición del teléfono, ¿no?

–Un llamado desde Brixen, y se reunieron todos... ¿dónde?

–Nos encontramos en Innsbruck –dijo Bohn a tiempo. Todo muy simple... facilísimo para un corresponsal. Recibes un dato sensacional, tomas tu valija de mano y subes al primer avión disponible – Bohn seguía observando a David–. ¿Qué te pasa? ¿Qué estas pensando, en el fondo? –E inmediatamente halló una posible respuesta que lo divirtió–. Apuesto a que te preguntas cómo me enteré de Tarasp También esto fue muy simple. Irina dejó escapar la palabra mágica. Se le escapó y yo la atrapé. ¿Y por qué no? Bien podrías habérmelo dicho tú –añadió, levemente ofendido, y demostrándolo visiblemente–. Bueno, olvidémoslo. ¿Dónde esta Kusak?

–¿Y tus amigos? ¿No van a reunirse contigo? –Él rostro de David estaba tenso de furia. Había debido hacer un esfuerzo considerable para seguir hablando. Tenía un plan, no había duda de ello. ¿Pero, cuál era?

–Bueno... deben estar cómodos donde están... basta que yo haya visto a Kusak y le explique quién, cómo, por qué, qué. No quiero alarmar al viejo apareciendo sin que me anuncien. Pero ésta es una ocasión en la que deberá renunciar a su maldita manía de no conceder entrevistas. De lo contrario te verás en una situación muy grave, David. Eres el elemento principal en un secuestro. Si no conseguimos desvirtuar esa historia...

–No, esto es demasiado –dijo Jo y comenzó a caminar desde detrás del automóvil, acompañada por Weber.

La cabeza de Bohn giró bruscamente al oír él la voz. Se quedó atónito. Luego se volvió hacia David. –Mentiste. –Señaló la casa detrás del Mercedes–. Irina esta allí. Con su padre. –Se recobró algo, advirtió la expresión de David y habló con mayor serenidad–. Desde luego... es una superprecaución. Pero, ¿tenerla conmigo, Dave? Vamos, reunámonos con la familia. Hace mucho frío aquí. No te preocupes... no me quedará más de lo necesario para preguntar tres cosas esenciales. Pienso cenar en St. Moritz esta noche.

–Puedes ir ya. Kusak se fue. Irina se fue con él. Y ésa no era la casa.

–No te creo –dijo Bohn–. ¿De qué hablas, David? Qué...

Weber intervino. –El señor Mennery le dice la verdad. El señor Kusak y su hija partieron hace un tiempo... con una escolta de amigos. No hubo secreto de ninguna clase.

–¿Y quién es este? –preguntó Bohn. Quién diablos... –Pero al mirar con mayor atención el rostro del desconocido, su sonrisa se desvaneció.

–Soy Ernest Weber de la "Gaceta de Ginebra". Soy también corresponsal de varios diarios, en Londres, París y Roma. Pero creo que esto es bien sabido. Nos conocimos en Praga. ¿Hace dos años? – Weber aguardó. No hubo respuesta. Ni una palabra, ni un comentario de aquella boca habitualmente locuaz. Weber sonrió apenas–. Tuvo razón en cuanto a un solo punto, señor Bohn. Hace mucho frío aquí. ¿Por qué no irse pues tal como lo anunció?

Bohn juntó sus últimas fuerzas. –La verdad es que no hay objeto en quedarse –dijo tratando de reunir los restos de su dignidad y aplomo–. Dave... podemos hablar de esto más adelante... ¿no?

–Vete ya. –La voz de David se elevó, furioso. ¡Todos! ¡Váyanse! –y mientras decía esto dio un paso hacia Bohn.

Bohn retrocedió y dando media vuelta se alejó hacia el automóvil, y por primera vez vio un hombre uniformado que había estado inmóvil, observando y escuchando. Totalmente inmóvil, totalmente silencioso. Bohn apuró el paso. Llegó al comienzo de la carretera y casi echó a correr.

David vigilaba, la mano siempre en la pistola. La carretera en tinieblas se tragó a Bohn, y sólo quedó el rumor de sus pasos. Pasaron junto al primer automóvil y prosiguieron su marcha unos segundos. De pronto se detuvieron. Se cerró una puerta de automóvil, y luego reinó un silencio absoluto.

Lo quebró un grito en algún punto más arriba de ellos. La atención de David se dirigió a la casa detrás de él. Se volvió a medias y vio abrirse las persianas de una ventana y asomar por ella a una mujer enojada. No comprendió una palabra. Era un idioma que nunca había oído antes, pero el significado del puño en alto era inequívoco. Luego David miró hacia los dos automóviles. El capitán tendría que hacerse cargo de esa queja. El capitán así lo hizo. Se adelantó, habló y eficazmente hizo callar a la mujer. O tal vez fue el uniforme que la hizo callar. Nuevamente reinó la paz en la plaza.

El capitán se aproximó a David y contempló la carretera en tinieblas. –Se toman su tiempo. –Tampoco le gustaba esto.

–El segundo auto... ése es el más importante. En éste es donde Bohn está entregando su informe.

–Probablemente se niegan a aceptarlo. –Ello explicaba quizá la demora–. Puede que crean que Jaromir Kusak y su hija están todavía aquí.

–Se había dispuesto que Irina no llegase –le recordó David.

–Esto crea una situación difícil –repuso el capitán. Era más alto que David, de aspecto prolijo y competente. En aquel momento aparentaba tener veinte años más. Si creen que la señorita Kusak nunca llegó aquí, también pueden creer que su padre sigue esperándola.

Creo que no. Bohn vio claramente a Jo. Y ella es la prueba de que Irina llegó aquí. La prueba viviente –dijo David sin sonreír. Los vencimos en Santa María, se dijo. Al haberlo pasado, también podemos hacerlo ahora.

–Pero la demora...

–¿Cancelar una serie de planes, improvisar otra cosa? –dijo David.

–En ese caso los dos automóviles deben estar en estrecho contacto.

–Hay alguien que manda. Eso es seguro.

–¿El segundo auto, cree usted?

–Sí.

–¿A qué costado de ese automóvil se acercó Bohn?

–Fue por el costado izquierdo del camino.

–Entonces, entró por la puerta derecha.

–Tuve esa impresión.

–Tiene el oído agudo.

–Es mi obligación –dijo David y de pronto tuvo el impulso de soltar una carcajada–. Soy crítico musical.

El capitán sacó algo del bolsillo. –Es sólo un encendedor –dijo a David sonriendo–. No es una pistola. –Muy suavemente palmeó el bolsillo de David–. Y me alegro de que usted no haya usado la suya. ¿De qué marca es?

–Una automática. Una Beretta.

–Es una solución fácil, estoy de acuerdo. Pero es el tipo de solución que siempre trae complicaciones desagradables. –El capitán volvió a sonreír fugazmente–. No use esa automática. Nos arreglaremos. –Iba caminando hacia el centro de la plaza–. En el minuto en que comiencen a subir por la colina, colóquese detrás del auto. Weber...

Ni pienso hacerlo, pensó David. Con todo, sacó la mano del bolsillo.

Weber, al oír la voz del capitán se volvió. Seguía de pie junto a Jo. –Si, capitán Golay... ¿qué quiere que haga?

–Sáqueme a esa muchacha de la plaza.

Weber tomó de la mano a Jo: –Orden del capitán.

–No. –Jo miró la casa detrás de ella. Ahora había dos ventanas con las persianas abiertas y figuras sinuosas apretadas contra los vidrios. La puerta principal estaba asimismo abierta y había allí un hombre semiescondido con un capote del ejército sobre los hombros. Jo alcanzó a distinguir el brillo del metal en una de sus manos. –¿Más órdenes del capitán? –preguntó.

–Ese hombre, sí. Pero los que están arriba... simples curiosos –Weber había sentido bastante curiosidad, por su parte, al ver a David y a Golay hablando animadamente. Se había perdido aquello, desgraciadamente, por culpa de esta muchacha. Pero, ¿cómo podría dejarla, sola e indefensa, y prácticamente agotada?–. Por favor –le dijo insistentemente.

–*Tengo* que quedarme. Los amigos de Bohn tienen que verme a mí también. De lo contrario no le creerán, y... –Se quedó mirando el camino al ver aparecer un automóvil a toda velocidad. –¡David! ¡Cuidado!

El primer automóvil pasó sin rozarlo, eludió el Mercedes por unos pocos centímetros, hizo una maniobra alocada hacia la izquierda para evitar chocar contra una pared. El segundo automóvil lo siguió repitiendo la misma maniobra. Y los hombres dentro de él habían visto mucho más que Jo en aquella fracción de segundo. Una casa con las persianas abiertas, un hombre junto a la puerta con un rifle en la mano. Hubo un chirrido de frenos al detenerse bruscamente los dos vehículos, el uno casi encima del otro. El primer automóvil se había salvado por muy poco de estrellarse contra la escalera de piedra.

El capitán se desplazó con una velocidad increíble. Había –llegado al segundo automóvil, aproximado al costado izquierdo, golpeado vivamente la ventanilla, haciendo un gesto de que la bajasen, aun antes de que David llegase junto a él. Los dos hombres en el asiento trasero habían sufrido una violenta sacudida al frenar el automóvil tan bruscamente. Uno de ellos era Bohn. Estaba hundido en un rincón del asiento, y mientras trataba de incorporarse, gritaba: –Les dije que había visto policía. Les dije que debía haber otros. Les dije que..

El hombre a su izquierda le dijo: –¡Basta! ¡Basta! –Se volvió para mirar al capitán y bajó la ventanilla apretando un botón eléctrico–. ¿Qué quiere? –preguntó en alemán, mirando con mayor atención el uniforme.

–Pensé que podría haberse herido alguien.

La voz del hombre se volvió menos agresiva. –Nada, nada. Apenas una sacudida.

–Entiendo que perdieron el camino al venir a Tarasp. Seguramente yo puedo ayudarlos a encontrar la dirección correcta cuando se vayan. –El capitán Golay tenía ya un pequeño mapa en la mano, que abrió mientras se apoyaba contra la puerta del automóvil–. Demasiado –oscuro para ver –dijo–. Necesitamos... –añadió haciendo funcionar su encendedor. Probó otra vez. Nada.

Bruscamente el hombre apartó el rostro. –Tenemos mapas.

¿Y quién es él? se preguntó David. Alguien, sin duda, que no quiere que el capitán le vea bien la cara. Es una lástima que el encendedor no hubiera funcionado, pero al menos, lo había intentado. Lleno de curiosidad David siguió mirando atentamente esa cabeza firmemente apartada e inmóvil.

–Muy bien. –El capitán estaba tan sereno como antes–. ¡Salga! –Retrocedió, hizo una señal al conductor de que avanzase con marcha atrás y luego otra de que se detuviera. Ahora se ocupó del

primer vehículo, y dirigiéndolo él mismo, lo hizo retroceder ligeramente, maniobrar alrededor de los escalones y luego dio orden con movimiento del brazo, de que continuase, para indicarle que prosiguiera sin detenerse. El automóvil rodeó parte de la plaza y se detuvo. El capitán murmuró algo y le ordenó nuevamente que continuase la marcha. El automóvil no se movió.

–¡No! –Bohn había aferrado un brazo de Hrádek al levantar éste el transmisor para dar las últimas instrucciones. Por Dios, Jiri... ¿quiere arruinar todo? ¿Y para qué?

–Esto es asunto mío.

–¿Lo aceptará Praga?

Hrádek apartó la mano de Bohn, pero la advertencia había surtido efecto. La derrota era amarga, pero si se llegaba a conocer en Praga... desastre. Por fin dejó de vacilar. –¡Siga! –dijo al hombre en el volante. Seguidamente dijo a Pavel–: Se cancela el plan. Sígueme. Nada de demoras –Hrádek dejó el transmisor a un lado. Estaba bien apoyado contra el respaldo, el rostro apartado de los dos hombres que seguían mirando su automóvil mientras éste avanzaba hacia la carretera.

–Ése es Weber... el periodista –dijo Bohn alarmado, señalando una figura solitaria en un costado de la plaza–. Acababan de pasar muy cerca del punto donde estaba de pie.

–No me vio.

–Lo intentó.

–¿Qué importa? –dijo Hrádek con impaciencia–. Antes de que pueda publicar su informe yo ya estaré en Praga. –Y con una buena coartada, preparada de antemano, para esta tarde de sábado. ¿Podía ser Bohn tan ingenuo como para no sospechar que tenía una coartada preparada de antemano?–. Su periodista suizo será el hazmerreír de todas las salas de redacción. –Hrádek miró hacia atrás para asegurarse de que, Pavel y Vaclav lo seguían obedientemente. Lo seguían. –¡De prisa! –dijo al conductor–. ¡Muévete! –Dicho esto se arrellanó en su rincón, la cabeza inclinada, los ojos entrecerrados, los brazos cruzados. Pero su mandíbula rígida y sus labios apretados revelaban que estaba lejos de estar dormido.

–Salió bien de esto –aventuró Bohn. No tuvo respuesta. Bohn calló. Tenía bastante en que reflexionar por sí solo. Por lo menos no habían introducido por la fuerza a David Mennery dentro del automóvil de Pavel, para ocuparse de él posteriormente. Había estado bien cerca de ello. Dave, pensó Bohn, no sabrá nunca cuánto me debe.

Tras ellos Tarasp no se veía ya. Sólo quedaba en el automóvil su amargo recuerdo.

**VEINTICUATRO**

David seguía mirando la carretera, contemplando el descenso de los dos automóviles. El ruido de sus motores disminuyó gradualmente para cesar del todo. Silencio absoluto. –Se fueron –dijo a Jo, que se había acercado. No podía creerlo.

–¿Podemos estar seguros? –preguntó Jo.

–Sí –dijo el capitán Golay. Estaba anotando unas cifras en una libreta.

–No sé –dijo David. Tenía los nervios tensos y su malestar había aumentado. Y de pronto... nada-. Actuaban seriamente. Vinieron aquí con malos propósitos. Y luego... luego, se fueron, simplemente. ¿Por qué?

Weber sonrió. –Tenemos un medio disuasivo –dijo, señalando al hombre de pie. ahora frente al zaguán, bien visible. También tenía el rifle preparado-. Capitán Golay, creo que puede despedir a sus tropas.

Golay completó los datos sobre los números de las chapas de los dos automóviles y guardó su libreta. Llamó al hombre. Ambos compartieron un comentario jocoso. El hombre acotó algo de su propia cosecha, entró en su casa, y cerró la puerta. Arriba las persianas comenzaban ya a cerrarse. El capitán Golay seguía sonriendo satisfecho. –Les dije que los visitantes no volverían. No puedo traducirles la descripción que hizo de ellos –añadió dirigiendo una mirada a Jo-, pero creo que todos aquí concordaríamos con ella. –Aquí advirtió el rostro tenso de Jo-. Créame señorita Corelli, pasó el peligro.

Jo trató de dominar su depresión. –Volverán. Tal vez no aquí. Pero...

–No, no. Creo que podemos dar por terminada esta amenaza Tal vez hayamos terminado con ella esta noche misma. Señor Weber... ¿reconoció usted al hombre?

–Le vi la cara sólo fugazmente. La volvió hacia el otro lado. Por un instante creí haber visto ese perfil en alguna parte... cuando visité Praga hace dos años. Pero no puede ser, Imposible.

–¿No podría haber sido Jiri Hrádek? –preguntó Golay.

–¿Hrádek? –David y Jo pronunciaron el nombre ambos a la vez.

Weber dijo: –¡Entonces, era Hrádek! –su asombro dio lugar al júbilo-. Y ustedes lo reconocieron, en realidad. Esta todo arreglado, capitán.

–Yo lo reconocí por una fotografía que había visto. La semejanza era total.

La sonrisa de Weber se esfumó. –No es suficiente. Necesitarán mi corroboración de lo que vieron. Y yo no puedo dársela. No vi al hombre de cerca, de manera que no puedo jurar que haya sido Jiri Hrádek.

–Ésta –dijo Golay– es toda la prueba que requerirá el coronel Thomon-. Sacó su encendedor y lo sostuvo en alto brevemente antes de guardárselo otra vez en el bolsillo.

David dijo entonces: Cámara... película infrarroja... –y comenzó a sonreír. Krieger, pensó de pronto, tendría que haber visto funcionar ese pequeño aparato. La acción del capitán le habría encantado. Krieger. Su sonrisa desapareció. Krieger tendría que haber estado aquí... a esta hora... sin duda...

–Ahora –informó Golay–, tengo que mandar algunos mensajes. Luego puedo trasladarlos en automóvil desde aquí. Podría llevarlos hasta Zurich.

–¡Ah, no! –dijo Jo en voz baja.

–Samaden –dijo Weber– sería mejor. Es un viaje muy corto. Creo que es lo que quiere la señorita Corelli.

La señorita Corelli, pensó Jo, no quiere viajar a ninguna parte. Miró a David, pero éste estaba absorto en sus propios pensamientos.

–Hoy no utilizamos Samaden –dijo el capitán terminantemente. Tenía varios motivos muy válidos, pero no se los comunicó. Bohn había dejado escapar el nombre de St. Moritz. Era el error cometido a menudo por los embusteros hábiles cuando elaboran una explicación. Invariablemente agregan algún elemento capaz de ser probado para reforzar sus inventos. *Cena en St. Moritz*. Sí, era el lugar en el cual Bohn tenía intención de que lo vieran esa noche. El que hubiese mencionado Innsbruck era asimismo interesante. Debía haber estado allí, haber pensado que sería fácil identificar ese viaje con Innsbruck. Era por ello que había extraído una pequeña fracción de la verdad. Pero lo que no había advertido, otro error que a menudo cometen los embusteros, era que un hecho podía relacionarse con otro. Se sabía pues ahora que el avión de Hrádek había aterrizado en Innsbruck. Era posible reconstruir su vuelo a Suiza. – Samaden –les explicó Golay– no tardará en estar estrechamente vigilado. No conviene que vayamos a complicar las cosas. –Ni tampoco, estaba pensando, queremos que ustedes se encuentren cara a cara con la retaguardia de Hrádek. Era seguro que Hrádek dejaría tras él por lo menos uno de sus hombres, como observador–. Decidan adónde irán esta noche –dijo Golay haciendo un ademán de retirarse–. Díganmelo antes de partir. –Luego de un saludo amistoso a Jo se alejó apresuradamente.

–¿Pues bien? –dijo Weber.

–No se preocupe por nosotros dijo David–. Podemos pasar la noche aquí. –Era lo que menos deseaba hacer, pero Jo no estaba en condiciones de viajar. Además estaba el problema de Krieger–. Krieger dijo que había reservado un par de habitaciones en algún lugar... –David miró vagamente a su... ¡Qué cansado estaba, por Dios! Pero a pesar de su cansancio habría viajado al fin del mundo con tal de no volver a ver esa casa. Se quedó mirándola, y vio al capitán Golay subir rápidamente las escaleras. De esa casa había desaparecido Irina para alejarse de su vida.

Weber estaba diciendo con tono de alivio: –¡Bueno, qué suerte! La hostería no tiene muchas habitaciones. Le mostraré cómo llegar. –Al decir esto tomó del brazo a Jo para que se apresurase–. No es lejos. Queda exactamente después de la casa que pidió prestada el señor Krieger para la cita de esta noche.

–Pero, ¿dónde está Krieger? –preguntó Jo–. David, ¿qué le pasó a Krieger?

–Nada –repuso Weber con una sonrisa–. Llegará y se enojará por haberse perdido toda la acción. Por favor... no hay objeto en quedarse aquí. El señor Krieger sabe dónde queda la posada.

Jo empezó a caminar. Nada podía sucederle a Krieger, se repetía. A Krieger, no. ¿Pero por qué no le había respondido Dave? Seguía mirando fijamente la carretera como si esperase ver llegar al Chrysler velozmente en cualquier instante. –Dave –le dijo volviéndose.

–Ya viene –interpuso Weber y la instó a seguir caminando. David los seguía lentamente, en cambio, la cabeza inclinada para no ver la casa. Jo tuvo el impulso de gritarle: "Por favor, no te preocupes. Irina estará muy bien. Ya lo verás". No, decidió, sería mejor no mencionar el nombre de Irina, menos, en este momento.

David pasó junto a la casa con su pared al costado de la escalera que la ocultaba parcialmente. Habría querido borrar de su mente la última imagen de Irina, de pie, a mitad de camino por esos escalones, vacilante, buscándolo para que le diera serenidad. ¿Es eso lo que debo hacer, en esto lo que quieres? –le había dicho su mirada. Mañana, o el día siguiente, se permitiría pensar en ella. Por el momento la herida estaba abierta aún.

Emprendió la marcha por el camino corto y áspero, tratando de convencerse de que la vida no se repetía, de que Irina y él no habían vuelto a verse separados, y de que tendrían su tercera oportunidad de reunirse. Otro pensamiento se deslizó subrepticamente y se le quedó arraigado. Esta vez se hacía una elección. Ellos. Esto no era la Viena de hacía dieciséis años, cuando no había habido alternativa ni nada contra lo cual él pudiese luchar. Había habido solamente fuerzas invisibles, fuera de su alcance, fuerzas suficientemente poderosas como para alterar la vida de un hombre contra su voluntad. Ahora, en cambio, no estaba indefenso. Sabía contra qué luchaba, lo que podía esperar. En vista de ello, podía luchar. Por lo menos, podía intentarlo con todas sus fuerzas. Jiri Hrádek... Allí estaba la verdadera amenaza contra el futuro de Irina. No se trataba de su padre, ni de su sentido del deber, ni de sus sentimientos. Jiri Hrádek.

Weber estaba esperándolo en la puerta de la hostería, una casa como la mayoría de las otras en la aldea, salvo por las luces encendidas aquí y allí y su pequeño cartel. –La señorita Corelli subió. No, sólo por un momento. Quería... arreglarse un poco, creo que así dijo... antes de comer –Weber sonrió al pensar en Jo–. Muchacha extraordinaria. Y qué bonita. ¿No lo cree usted?

–Espere a verla arreglada –le dijo David–. Se desmayará.

Weber se echó a reír. –¿Desmayarme solamente? –Otra expresión para agregar a su colección de modismos. Pero lo que era más importante era que Mennery estaba recobrándose, aparentemente. No del todo. Sólo lo suficiente como para alejar en parte la perspectiva de una cena de mudos, sumergida en profunda melancolía. Uno podía compartir sus alegrías, pensó Weber, pero no debía compartir sus penas. Tomó suavemente del hombro a David–. Vamos adentro y bebamos algo. Creo que podemos permitirnos una pequeña celebración. Después de todo, acabamos de ganar la batalla de Tarasp. –Al



decir esto señaló el castillo sobre ellos, elevado como un fantasma blanco contra el marco del cielo nocturno—. Ese nunca presenció una escaramuza más extraña que ésta en sus ochocientos años de existencia.

David se detuvo. —¿Es ésta su anécdota para traer a colación el tema de Hrádek? —le preguntó con un dejo de amargura.

—No —dijo Weber pacientemente, y bajó la voz—. Escribiré acerca de la exitosa huida de Irina de Checoslovaquia, y se publicará la nota inmediatamente. La historia de Hrádek aparecerá más tarde, una vez que sus enemigos políticos se hayan ocupado de él. Se ocuparán. Y muy pronto.

—¿Pero cómo sabrán...?

—Deje que el coronel Thomon y sus superiores se ocupen de ello.

—Hrádek nunca se habría arriesgado a salir de Praga a menos que tuviese una buena coartada para ellos.

—Sí, intentará recurrir a ella, sin duda. Una corta excursión de caza en los Tatras, o una tarde de pesca, con dos compañeros dispuestos a jurar que dice la pura verdad. Pero esa coartada se le vendrá abajo.

—Hará falta más de dos fotografías para destruirla.

—Creo —dijo Weber, siempre en voz baja— que usted olvida el origen de esas fotografías. Nosotros los suizos no inventamos incidentes internacionales.

—Perdone. Me equivoqué. —David se serenó algo.

—Además, ¿no olvida usted la preocupación del capitán Golay por el aeródromo de Samaden? Es el más próximo a Tarasp. El avión de Hrádek debe estar esperándolo en algún punto allí. ¿No lo cree usted?

David casi llegó a sonreír. *Estrecha vigilancia*, había dicho el capitán. Registro de entradas y salidas. Fotografías de la gente que subía al avión de propulsión a chorro. Esa noche se haría un uso intensivo de encendedores y otros aparatitos ingeniosos. —Puede que eso inmovilice a Hrádek —comentó, y luego añadió—: En cuanto se refiere a los suizos.

—En cuanto se refiere a los demás, también —insistió Weber—. Los hombres que encabezan el régimen en Checoslovaquia no toleran ningún juego de poderes salvo el propio. Hrádek es neoestalinista, y también un ferviente nacionalista. Rusia no ve con agrado esa combinación... sobre todo en un país satélite. Y los checos actualmente en el poder siguen esa línea. Hrádek se ha mostrado muy listo pues nunca se les opuso abiertamente. Pero, ¿secretamente? Creo que tiene preparados sus propios planes y no puede ser que sea yo el único observador de Hrádek que tenga esas sospechas. Esta muy cerca de la

cúspide, aun dentro de la estructura actual. Pero el hombre que se lanza al último esfuerzo por alcanzar la cúspide y pierde pie, cae desde una gran. gran altura.

–Hrádek es lo suficientemente inteligente como para caer sobre una saliente y esperar allí hasta poder trepar una vez mas. –Tal vez, pensó David, aun exhausto, deprimido, puede lograr salir de esa saliente antes de que sea posible publicar el libro de Kusak–. Además tiene amigos. No habría arriesgado la acción descabellada de hoy si no hubiese estado seguro de ellos. Si llega a sentir que pierde el equilibrio, no esperará hasta caer. Dará la señal. Se adueñarán del poder.

–Los checos en el poder también pensarán en eso. Se moverán y con toda premura. Eliminarán a Hrádek dentro de la semana.

David lo miró atentamente, pero Weber hablaba muy convencido de lo que decía.

–Tal vez antes –dijo Weber–. Sus enemigos no perderán tiempo. Esto es una certeza.

¿Una certeza? Si Weber sólo hubiese podido conversar con Irina sobre Hrádek, no estaría tan seguro. –Muy bien –dijo David–. Supongamos que muestran a Hrádek las fotografías de esta noche y él ve así destruida su coartada. ¿Qué pasa entonces? Invocará la necesidad y añadirá un toque de sentimentalismo. –David imaginaba cómo si la oyese la hábil autodefensa de Hrádek. Irina, su mujer hasta hacía un mes, no podía abandonar Checoslovaquia. Ello sería mala propaganda para el Estado, aparte de sus propios sentimientos profundos respecto al abandono de que ella lo hacia víctima. Tarasp había sido la última oportunidad de encontrarla, y también a Jaromir Kusak, para llevar a ambos nuevamente a Praga. Un recurso desesperado, reconocería Hrádek, pero el secreto guardado protegía la imagen del Estado. Y así, y así, y así, sucesivamente, pensó David con fatiga.

Weber estaba moviendo la cabeza lentamente en un gesto negativo.

–¿Sentimentalismo? No hay mucho lugar para eso en la política del poder. Sus enemigos se reirán...

–Y aparecería como un tonto, y por lo tanto, menos peligroso. Ganaría tal vez el tiempo necesario para...

–¿Realmente cree que logrará zafarse? –Weber se mostró incrédulo–. Yo le aseguro, querido Mennery que el régimen actual de Checoslovaquia no tolerará lo de esta noche...

–Lo que necesitan es un buen susto. Evidencia concreta de...

–De una conspiración contra ellos en el pasado. Que pudiesen llamar traición.

–Sí... –dijo David lentamente, apartando definitivamente de su mente un fugaz pensamiento sobre los apuntes de Kusak–. Eso sí que les habría hecho entrar en acción de inmediato.

–Las fotografías serán prueba suficiente. –Weber se sentía ligeramente ofendido de que se cuestionase su eficacia. Pero cuando un hombre está cansado siempre se muestra algo obsesionado, se recordó a sí mismo. Dirigió una mirada muy inequívoca en dirección a la puerta de la hostería.

–Vamos a beber algo –accedió David, y con un esfuerzo cruzó el umbral gastado para introducirse en el ambiente cálido de cuatro gruesas paredes.

## VEINTICINCO

David durmió catorce horas. Se despertó en un cuarto poco familiar con una ventana con vista a montañas que no reconocía. ¿Dónde diablos estoy?, se preguntó. Y entonces recordó. Se levantó, miró su reloj. Debía haberse detenido poco antes de medianoche, pensó primero, pero sin embargo se oía su tictac. Aparte de cierta rigidez en los hombros y en la espalda, se sentía muy bien.

En ese momento alcanzó a oír voces, muchas voces mezcladas en conversación. Se acercó a la ventana. Debajo, había media docena de mesas que se llenaban rápidamente, dispuestas en una pequeña terraza cubierta de césped que terminaba en una barranca empinada hacia los prados de un plácido valle que se extendía hasta la muralla de montañas enormes. Estaba en el límite este de la aldea, y el valle a sus pies debía ser aquel del cual había despegado el helicóptero la noche anterior. Se quedó mirándolo atónito durante un minuto entero.

–¡Dave! –La voz era lejana, pero era la de Jo, quien levantó el brazo para atraer su atención. Estaba sentada con Weber en el extremo más alejado de la terraza. Junto a ellos había una tercera sillas inclinada hacia adelante contra el borde de la mesa. Jo la señaló, y le hizo un ademán de que se apresurase. David captó el mensaje. No necesitó una segunda invitación para moverse.

Se afeitó, tomó una ciucha y se vistió tan rápidamente como le fue posible. Tampoco tuvo dificultades en cambiarse toda la ropa. Gracias a la eficacia de Weber, la noche anterior habían traído a la hostería su valija e impermeable y la de Jo, y el automóvil había quedado guardado en un garaje, o más probablemente, en un establo, a fin de dejar más lugar en la plaza comunal. Lo cual no venía mal, a juzgar por la cantidad, de visitantes que en ese día domingo comenzaban a llenar todas las mesas de la terraza. Tenía que haber noticias; pensaba todo el tiempo. Buenas o malas, tenía que haberlas a esta hora.

Luego de trepar por un sendero empinado David llegó a la terraza, llena ya de turistas hambrientos que prestaban mayor atención a sus platos que al panorama magnífico. Jo y Weber formaban una hermosa pareja. Jo lucía su elegancia habitual. Suéter blanco, pantalones blancos. –¡Qué bien estás esta mañana! –le dijo al llegar hasta la mesa. Pero había un sello de ansiedad en su rostro, como si todavía no hubiese superado la tensión nerviosa del día anterior. Weber estaba completamente sereno. Vestía un traje de gabardina liviana, una camisa inmaculada, una corbata discreta. Sus modales eran tan suaves y tranquilos como su rostro.

David se sentó, trató de mostrarse despreocupado y por dentro tuvo que hacer un esfuerzo para lo que estaba por preguntar: –¿Hay noticias?

–Hay varios mensajes –dijo Weber–. Pero creo que éste es un lugar demasiado público para discutir nombres y lugares. –Comamos algo, y luego...

–No –insistió David–. Hablemos en voz baja.

–Además todo el mundo está absorto en su escalope de ternera –dijo Jo mirando hacia las otras mesas. Estaba tratando de mostrar su antigua alegría.

–¿Malas noticias? –preguntó David.

–En su mayoría, buenas –Weber sacó del bolsillo varias hojas de papel pequeñas–. Tengo los mensajes aquí, en el orden en que llegaron esta mañana.

–¡Vamos, por favor! –pidió Jo–, dele las noticias de Irina primero. El resto puede esperar hasta que haya pedido el desayuno. Está a salvo, David, a salvo.

–Aquí está su mensaje –dijo Weber extrayendo una de las hojas y entregándosela a David. *Todo mi amor siempre espérame mi amor.*

Weber dijo: –Llegó con éste de McCulloch. Ha vuelto a Ginebra. Se lo entregó a David. *Todo bien. Destino alcanzado sin, novedad. Sin dificultades. Espero verlo brevedad posible. Felicitaciones y efusivas gracias. Hugh*

Weber le pasó un tercer mensaje. –Este llegó con los otros dos. Todos tienen fecha de ayer a medianoche, pero desde luego fueron transmitidos por teléfono esta mañana temprano desde la oficina de McCulloch en Ginebra.

Por lo tanto hacia medianoche Irina estaba ya segura. ¿Dónde? Se preguntó David. Miró nuevamente el mensaje. Era breve y sin firma, como el de Irina. Decía: *Le debo mucho. Espero que algún día nos encontremos.*

–Pensé –dijo Weber con una combinación de tacto y curiosidad– que podría ser de Kusak... ¿Es?

–Sí. No nos conocemos personalmente –David mantenía la serenidad de su rostro. *Nos encontremos. No Nos encontraremos.* La diferencia lo preocupaba. Kusak se mostraba vago. Era lo que David había temido. Con todo, cabía esperarlo, Kusak quería mantener escondida a Irina. Temía por su seguridad. Hrádek, indudablemente. Bueno, las cosas estaban en manos del capitán Golay y de su coronel, ahora.

–David... pidamos –le dijo Jo–. No comiste mucho anoche.

–Tú, tampoco. –Lo único que había tomado Jo la noche anterior había sido un plato de sopa.

–Pero yo me desayuné hace casi cuatro horas.

–¿Tostadas con café, o café solamente? –David se anticipó a su sonrisa, con lo cual contribuyó a disipar parte de su preocupación. Quedaba aún, sin embargo, esa tristeza indefinible en su mirada–. ¿Cuál es el otro mensaje, Weber?

–Puede esperar hasta que hayas comido –dijo Jo.

Weber había guardado en el bolsillo el último mensaje, luego de lo cual consiguió una camarera, que le dijo: –¿Desayuno o almuerzo?

–Yo empiezo el día con el desayuno –dijo David–. Que sea bien reforzado. ¡Huevos, jamón, salchichas, todo!

–Ah, en el estilo de Londres. Recuerdo que me gustaba eso

–Weber repitió el pedido de David por triplicado–. No complicamos las cosas en el pedido, de manera que nos sirvan pronto. Lindo panorama, ¿no? Ese es el Parque Nacional Suizo.... ¡allá! Esas montañas...

–Digamos las malas noticias –dijo David–. Son de Krieger o del capitán Golay.

–No son de Krieger. Se refieren a Krieger –repuso Weber–. ¿Se las cuento, o bien prefiere leer mi francés? Lo anoté cuando me llamó por teléfono McCulloch a la hora del desayuno. Eso fue después de que recibí los otros...

–Sí, sí. ¿Qué le ocurre a Krieger? Cuente.

Jo dijo: –Por poco no lo mataron –y desvió la mirada.

–Pero vive –señaló Weber–. Y es un hombre fuerte. Se recuperará. Dentro de dos o tres días lo darán de alta del hospital.

–¿En Merano? –De manera que no recibió mi mensaje, pensó David. Le tendió una mano a Jo y estrechó la de ella. Estaba helada y rígida.

–En Samaden –dijo Weber–. Fue allí donde lo atacaron. En el aeródromo.

–¿Cómo?

–Una inyección en la nuca. Se utilizó una droga que puede ser mortal... si no se la trata a tiempo con la antitoxina adecuada. El problema, le diré, es que la víctima puede no recobrar el sentido lo suficiente como para hablar, o bien no saben qué le sucedió, de manera que los médicos no tienen nada que los ayude. Aparentemente hay síntomas de una crisis cardíaca grave. Pero Krieger se las arregló para recobrarlo, y para contar qué había sucedido. –Weber calló, agitando la cabeza–. Desde entonces, sólo fue cuestión de tratarlo según el método indicado.

Jo dijo con voz ahogada: –Siempre es cuestión de eso. Pero, ¿le darán el tratamiento indicado a Jiri Hrádek? Ah, ¿por qué no le pegaste un tiro en la cabeza anoche, mientras podías matarlo? –exclamó, intentado apartar la mano.

Ambos hombres se quedaron mirándola. La respuesta de David fue mantener su mano fuertemente aferrada. Weber dijo:

–Eso le toca a otros. Y a lo mejor sucederá más pronto de lo que nosotros creemos. El capitán Golay... –Weber titubeó.

–¿Tiene noticias de él? –preguntó David vivamente.

–Me llamó por teléfono hace sólo una hora. Quería simplemente asegurarnos que todo esta marchando perfectamente. Es una manera ingeniosa de describir cómo marchan, ¿no?

David asintió. Cualquier comentario que partiera de él habría sido violento. *Marchando muy bien*. Frases diplomáticas, pero esto no bastaba. ¿Cuándo diablos pensaban mandar a Praga las fotos de Hrádek? ¿Cuándo harían los suizos esa protesta formal? Eso era lo que contaba, cuándo, cuándo.

Weber reparó en el silencio neutral de David, pero decidió ignorarlo y continuó hablando del capitán Golay con su tono tranquilo y pausado. –También se aludió a unos documentos que acababan de caer en manos de Kusak.

–¿Los cuadernos? ¿Qué dijeron de ellos?

Weber frunció el ceño, intrigado e interesado a la vez.

–¿Cuadernos?

–¿Qué dijeron de ellos? –repitió David.

–Jaromir ha accedido a que se haga una copia de ciertas páginas, a fin de enviarlas a Praga.

David se repuso del choque, su incredulidad dio lugar a un alivio mudo, pero por fin su ansiedad reapareció: –¿Cuándo?

–Inmediatamente. –De manera que eso era lo que había estado preocupando a este amigo, pensó Weber. No consideraba que se movían con la rapidez necesaria–. Se manejará todo el asunto con la mayor delicadeza, desde luego. Parte de nuestro legajo sobre Hrádek, tal vez, que incluiremos a una acusación sumamente grave.

–¿Inmediatamente? –insistió David.

–La acusación vendrá después... lleva algún tiempo para redactar. Pero la evidencia inicial y el material de Kusak están ya en camino –Weber sonrió–. La rapidez, después de todo, es esencial. ¿Está de acuerdo conmigo?

David asintió nuevamente, pero esta vez brilló en sus ojos una expresión de alegría en respuesta a la sonrisa de él.

–La verdad es que no sigo bien esto –aventuró Jo.

David ni siquiera la oyó. –Pero, ¿quién persuadió a Kusak?

¿Fue McCulloch? –Alguien debía haberse sentado encima del viejo Kusak para lograr que iniciase la acción de inmediato.

–Creo que fue la hija.

–¿Irina? – pronto el júbilo de David se hizo visible.

–Por lo menos, fue ella quien insistió en que el capitán Golay le comunicase a usted este nuevo hecho –al mirar el rostro del norteamericano, agregó–: ¿Resuelve esto algún problema? –dijo suavemente, buscando con cautela algunos pormenores aclaratorios.

–Sí –fue lo único que repuso David.

–¿Le dice algo a usted?

–Me dice mucho. –Tenía un sentido enorme, maravilloso. Sintió impulsos de tomar a Jo de la cintura y bailar con ella por toda la terraza.

–A mí no –observó Jo. Su tono era cortante–. Cuadernos... hechos...

–Más tarde, Jo, más tarde. –Primero debía poner sus ideas en orden. Nunca se habría atrevido a esperar siquiera tan buenas noticias de Kusak.

–¿Qué motivo hay para sentir tanta alegría? –Jo estaba enojada–. Hrádek sigue vivo, y Walter Krieger está inmóvil en...

–Vamos, vamos –dijo Weber con tono tranquilizador–. No está tan inmóvil. O bien, digamos que su inmovilidad nos ayuda mucho. El hecho de que esté en una cama de hospital prueba que fue víctima de un ataque criminal en el aeródromo de Samaden. Este ataque verifica la hora exacta de la presencia de Hrádek en el aeródromo ayer por la noche. Hrádek estuvo allí, en ese lugar, en ese minuto, ni él ni ninguno de sus hombres puede negarlo. Krieger ha identificado todas las fotografías.

David dijo: –Sí... podemos siempre confiar en Krieger para aportar el toque final. –Contuvo la risa, pues Jo estaba aún preocupada–. Verdaderamente Krieger le puso el broche de oro –le dijo.

–¿Y para qué sirve eso? Hrádek está ahora fuera de la jurisdicción suiza. Está nuevamente en Checoslovaquia, complotándose y tramando y pensando su venganza. Y se vengará.

–Hrádek se terminó, Jo.

Jo no dijo nada, sino que se limitó a mirarlo.

–Lo conseguimos, Jo. –La voz de David estaba llena de confianza–. Podemos dejar de pensar en Hrádek.

Jo estaba casi convencida. –Hrádek tiene amigos. No te olvides de ellos, David. Pues ellos no nos olvidarán a nosotros.

–Puedes borrarlos también a ellos. –Unas pocas páginas de los cuadernos de Kusak habían bastado para ello. No hay ya ninguna amenaza para nosotros.

–Verdaderamente crees... –Jo vaciló. Estaba entre la duda y la esperanza.

–Sí.

–Y también lo cree su amigo Krieger –interpuso Weber–. Este pequeño elemento lo prueba. –comenzó a hurgar dentro de su bolsillo en busca del informe de McCulloch.

Jo dijo lentamente: –Pareces tan seguro, Dave. ¿Verdaderamente lo hemos logrado?

–Sí. Tú y yo y Krieger e Irina. Sobre todo, Irina.

Weber había encontrado por fin el papel que buscaba, pero su atención se dirigió a David al oír sus palabras. No interrumpió. Esperó, con el informe de McCulloch en la mano. Podía esperar.

David estaba diciendo: –Irina corrió el riesgo mayor, al sacar los cuadernos de Checoslovaquia, y con ello duplicó su propio riesgo. Contendían información decisiva, desastrosa para Hrádek. Debía saber o bien temer que dicha información existía. Cuando se enteró de que Irina había conseguido sacarla del país, entró en acción. Ya no era ella un peón en su juego por localizar a su padre. Irina se convirtió en la presa primordial, alguien a quien era necesario destruir junto con la información que llevaba. Ella sabía que sucedería esto cuando se llevó los cuadernos. Y si hubiera querido evitar riesgos, los habría dejado.

Weber preguntó: –¿Cuándo se enteró Hrádek de que los tenía?

–Ayer. Alrededor de mediodía.

–Pero, ¿cómo?

–Por un llamado telefónico hecho desde Brixen por Mark Bohn.

–¿Sí?

David desvió la pregunta al formular una él mismo: –¿Qué es lo que tiene en la mano, Weber? ¿Otra sorpresa?

–No, no. Nada de importancia. Sólo unas pocas palabras de Krieger... un mensaje que envié a la oficina de McCulloch en Ginebra. Creo que lo hallará muy tranquilizador, señorita Corelli. Ahora, veamos... –Sus ojos buscaron entre la escritura apretada... sí, aquí está. *Hemos encontrado al enemigo, y es nuestro.* –Weber empezó a desmenuzar el trozo de papel–. Eso es todo –dijo– Es bastante literario, su amigo Krieger.

–Es una cita, ¿no? –preguntó Jo. Había recobrado la sonrisa. Todavía estaba cansada, pero sabía sonreír–. La conozco. Es de Nelson.

David movió la cabeza negativamente.

–Entonces, es John Paul Jones.

–Perry.

–Sabía que era alguien que tenía que ver con el mar. Tiene un decidido sabor. ¿Estás seguro de que no es Nelson? ¡Es tan fácil citarlo!



–Bésame una vez –repuso David, y con este comentario consiguió hacer reír a Jo. Su mano no era ya un puño apretado, a pesar de que estaba aún helada. Se la soltó lentamente cuando llegó la camarera–. Necesitas las dos para el jamón con huevos –dijo– Cómelos, ¿quieres?

Jo accedió. –¡Al diablo con las calorías! ¡Al ataque!

David sorprendió la mirada atónita de Weber. –Sí –dijo– Creo que los dos estamos quizás un poco locos en este momento.

–Alivio, por supuesto. Lo comprendo bien.

O chistes, pensó David, o bien lágrimas.

Gente extraordinaria. Weber dejó de estudiarlos y se dedicó a la comida. Hablaban ahora de partir de Tarasp cuando hubieran comido. Y de ir a visitar a Krieger. Después de todo lo que habían vivido la noche anterior, eran realmente extraordinarios. En cuanto al viaje de ellos de Viena a Tarasp ...todavía tenía que hacer las averiguaciones del caso. Debía haber sido mucho más que un viaje en automóvil hacia el Oeste. Jo se había mostrado esa mañana encantadora, pero sus comentarios habían sido vagos. –David se lo contará –le había dicho ¿Se lo contaría? Weber apartó su plato. –Yo también debo partir de aquí. Tengo que estar en Ginebra esta tarde. ¿Podrían llevarme en su auto hasta Samaden?

–Si usted maneja, trato hecho –repuso David.

–Y cuando hayan visto al señor Krieger, ¿adónde piensan ir?

–Yo volaré a Zurich y tomaré un avión a Roma –dijo Jo–. Unos cuantos días allí y volveré a ser capaz de hacer frente a un desfile de modelos. ¿Y tú, Dave?

–Pasaré por Ginebra.

Ah, si, pensó Jo, Ginebra y Hugh McCulloch y hablar de Irina. Se sirvió una última taza de café y se quedó callada. Weber encendió un cigarro. David contemplaba el valle más abajo. Sus pensamientos estaban mucho más allá de las montañas.

**FIN**